

Revista Temas Número 14 abril-junio 1998

Diversidad

Henry Geddes Gonzales. [Las estrategias visuales de la construcción de la diferencia en las Américas.](#) No. 14 abril-junio 1998

Mayda Álvarez Suárez. [Mujer y poder en Cuba.](#) No. 14 abril-junio 1998

María Isabel Domínguez. [Generaciones y mentalidades.](#) No. 14 abril-junio 1998

Natividad Guerrero Borrego. [Género y diversidad: desigualdad, prejuicios y orientación sexual en Cuba.](#) No. 14 abril-junio 1998

Susana Peña. [Oye, loca. Las identidades y la cultura masculina gay cubano-americana.](#) No. 14 abril-junio 1998

Alberta Durán Gondar y Ernesto Chávez Negrín. [Una sociedad que envejece: retos y perspectivas.](#) No. 14 abril-junio 1998

Vivian Martínez Tabares. [Problemática, diversidad y espacio de debate en el teatro cubano.](#) No. 14 abril-junio 1998

Patricia Ramos, Daylet Domínguez, Antón Arrufat, Rosa Ileana Boudet, Raquel Carrió, Carlos Díaz, Abelardo Estorino. [El teatro cubano actual: intertextualidad, posmodernidad y creación.](#) No. 14 abril-junio 1998

Adelaida de Juan. [Ausencia no quiere decir olvido.](#) No. 14 abril-junio 1998

Jorge Luis Acanda González. [La confluencia que se frustró: psicoanálisis y bolchevismo.](#) No. 14 abril-junio 1998

Carlos Alzugaray Treto. Globalización e integración regional en América Latina y el Caribe: un estado del debate. No. 14 abril-junio 1998

Las estrategias visuales de la construcción de la diferencia en las Américas

Henry Geddes Gonzales

Profesor. Universidad de Massachusetts, Amherst.

Este estudio es parte de un esfuerzo más abarcador por determinar las políticas de la representación visual, y su relación con el discurso, en el contexto de la modernidad; investiga la relación entre el discurso colonial, asociado con la iconografía temprana de las Américas, y las formas contemporáneas de representación de los pueblos indígenas y los mestizos (etnicidad híbrida) en las fotografías noticiosas y los anuncios televisivos de los Estados Unidos. Estos espacios de representación son consecuentes con la forma en que las relaciones coloniales y neocoloniales han sido históricamente comprendidas, reproducidas y transformadas.

El análisis se concentra en la persistencia y relativa importancia de las prácticas culturales del primitivo período colonial en la perpetuación de las relaciones (neo)coloniales, así como su influencia en la articulación de contradiscursos en un sistema transnacional globalizado. Los discursos eurocéntricos suelen marginar las «voces» subalternas y niegan la diversidad de su experiencia políticosocial. También influyen en los términos con los que lo subalterno negocia la identidad y emprende la resistencia por medio de las prácticas culturales.

Ello ha involucrado a un grupo de asunciones, métodos, procedimientos e instituciones que han «producido» a los no-europeos en áreas del pensamiento y la práctica tan aparentemente desconectadas como la literatura, la organización social, la medicina, la ciencia social, las relaciones internacionales, los medios de comunicación masiva, el turismo, la educación y otras.

Las imágenes aquí discutidas lo fueron en tanto manifiestan actitudes recurrentes del discurso colonial y eurocéntrico. Los medios masivos han sido instrumentos en la perpetuación de nociones de diferencia, las cuales, en otra era, explícitamente informaron y legitimaron la empresa colonial. Las derivaciones eurocéntricas del discurso colonial ofuscan la naturaleza global de la producción y el consumo bajo el amparo de las corporaciones transnacionales, y contribuyen a la construcción de identidades culturales. El análisis se mueve entre la crítica de imágenes positivas o negativas del otro, con sus referencias implícitas a una realidad social no mediada más allá del texto, y asume que los textos refractan y constituyen un ambiente social ya mediado por el discurso.

Siguiendo a Mijaíl Bajtin,¹ la comunicación visual, el legado de su aura y sus códigos escritos, pueden ser comprendidos como una condensación de discursos generados por la interacción de sujetos localizados social e históricamente. Los discursos coloniales y eurocéntricos refractan y a la vez constituyen discursos generados por interacciones sociales con y entre los amerindios, los mestizos y los europeos. Esto puede discernirse en el nivel del texto mismo como convenciones de género vinculadas a discursos contendientes que modelan identidades culturales, así como estrategias de dominación, negociación y resistencia más allá del texto.

Conquista y representación

La conquista de América inició transformaciones globales que definieron relaciones políticas, económicas y culturales entre el centro y la periferia del sistema capitalista del mundo.² Esto coincide con el desarrollo de tecnologías de impresión y gráficas durante los siglos xv y xvi que transformaron las formas de comunicación y concientización. Ello contribuyó a la estandarización de nuevos códigos visuales, tales como la perspectiva lineal y las propias convenciones para combinar texto e ilustración.³ Aparejada a emergentes códigos narrativos en la escritura, la perspectiva lineal perpetuó la visión panóptica del sujeto privilegiado o del centro, la prioridad dada a la vista sobre los demás sentidos, y el ordenamiento del espacio y el tiempo en formas que a menudo niegan la contemporaneidad del otro.⁴

El otro pudo ser codificado, mayormente, en la forma de un monólogo⁵ y desplazado a través del espacio y el tiempo para satisfacer las demandas de la empresa colonial y para contener la resistencia a la misión civilizadora europea.⁶ Un aspecto sustantivo en esta práctica cultural es lo que J. Fabian refiere como «los efectos ideológicos del visualismo como un estilo cognitivo».⁷ R. Corbey observa que «lo que es visto, el otro objetivado, se aprecia como proveniente de lugares muy lejanos, pero también, y más importante, de un tiempo diferente, alocrónico».⁸ Como se verá en el análisis subsecuente, esta práctica visual ha persistido en la fotografía contemporánea y en videos/películas que experimentan una función similar a la que tuvieron las cosmografías y las descripciones ilustradas de viajes en los siglos xvi y xvii. Más aún, la perspectiva lineal y otros códigos visuales desarrollados en el período moderno primitivo definieron la larga tradición europea de representación visual durante los pasados quinientos años. Los medios masivos contemporáneos han heredado esta tradición, que fuera difundida y apropiada por todo el mundo.

Es, por otra parte, conocido que la representación visual de los amerindios y su entorno físico durante los inicios del período colonial enfatizó la dicotomía entre «el buen salvaje» y «los bárbaros». M. Bhabha se refiere a ello como la cualidad fetichista del discurso colonial, en el cual el otro es simultáneamente reconocido/deseado, y repudiado.⁹ Es a través del binarismo formado por esta suerte de fetichismo que el discurso colonial perpetuó una ideología que subsumió la agresión de una economía productiva (genocidio, esclavitud, desterritorialización) en el discurso de una economía moral que reforzaba la misión civilizadora europea.

Mercedes López-Baralt¹⁰ apunta que hubo una desviación de la visión idealizada del otro como «el buen salvaje» de los primeros escritos y consideraciones gráficas —como aquellos de los encuentros iniciales de Colón—, hacia un énfasis en la percepción de las deformidades físicas de los «bárbaros» y sus «prácticas corruptas» (canibalismo, idolatría, brujería), comenzado con el *Novus Mundus* de Américo Vespucio, publicado entre 1503 y 1509. Las proyecciones idílicas del «Nuevo Mundo» persistieron, sin embargo, y reflejaron los lazos entre los editores y los intereses financieros —a los cuales servían— con el propósito de atraer colonos e inversionistas para sus operaciones agrícolas, de extracción de minerales, y esclavistas.¹¹ Versiones contemporáneas de esta práctica cultural incluyen el turismo, el *marketing* y los medios masivos, todo lo cual exotiza al otro para provocar inversiones y clientes globales.

Junto con la dicotomía buen salvaje/bárbaro, los amerindios y su espacio físico fueron rutinariamente mostrados en términos femeninos. Recuérdese solo el tan socorrido grabado «América», que muestra el encuentro entre Américo Vespucio y una clásica figura femenina europea que representa el continente «descubierto».¹² A «América» se le asignó una identidad femenina que exuda sexualidad, inocencia y unidad con la naturaleza. Es como si ella hubiese sido despertada al curso de la historia por un europeo investido de signos asociados con instituciones presuntamente ausentes en el «continente descubierto»: ciencia (compás), religión (cruz), y organización política (Estado absolutista inscrito en la bandera y en la persona de Vespucio). Esto establece un discurso recurrente que identifica el territorio designado como América, y sus recursos y habitantes, con el cuerpo femenino que debía ser nombrado y moldeado. La sexualización del otro sirvió para construir una identidad patriarcal occidental como el eje alrededor del cual otras identidades eran definidas. Como se apreciará más adelante, este proceso ya había comenzado en Europa cuando se brindaba algún crédito al argumento de que la iconografía colonial

repetía discursos generados por interacciones sociales en Europa y por el contacto mismo del «viejo continente» con América.

Contradiendo el tema de América como buen salvaje-femenino, aparece la pretendida amenaza de lo «bárbaro». En el fondo de la imagen descrita antes, en donde convergían las líneas de perspectiva, hay una escena canibal en la que una pierna humana es asada sobre una fogata. La naturaleza hostil y decadente de los aborígenes fue codificada en todos los géneros durante el período colonial, como deformidad física y canibalismo.¹³ Esto comportaba en parte una manifestación de fetichismo que desautorizaba al otro, exagerando la práctica del canibalismo en América,¹⁴ y resultaba a la vez ideal para justificar el «proceso civilizatorio» y el uso de la violencia contra cualquier forma de resistencia de los amerindios.¹⁵

La más ambiciosa y ampliamente difundida de las colecciones ilustradas que documentan los primeros encuentros europeos con América, es *Grandes viajes* del protestante belga Theodor de Bry. Sus trece volúmenes fueron publicados en latín y alemán entre 1590 y 1634, y tratan acerca de los encuentros coloniales durante el siglo XVI y principios del XVII. De acuerdo con B. Bucher,¹⁶ el sistema simbólico en *Grandes viajes* revela los aspectos emocionales, no-discursivos (no-lineales, prelógicos) de la iconografía colonial. Así, los tabúes, el miedo a la «contaminación», el temor a lo desconocido, el caos y la ambigüedad, dieron por resultado la construcción de lo aberrante, pero siempre dentro de normas establecidas, dentro de los intersticios del orden. Ello se evidenció en la iconografía sistemáticamente organizada del canibalismo como negación del orden cósmico. La narrativa protestante del pecado original y la «caída» de Adán y Eva, fue usada por de Bry para retratar, por la vía de la comida y la apariencia física, la «contaminación» y la «decadencia» de los amerindios. Después de la «caída», los amerindios sustituyeron los residuos (sangre, cenizas) por el consumo de comida vegetal y animal. Este desvío coincide con la prevalencia de las imágenes de canibalismo, viejas brujas hechiceras e idolatría.

Bucher arguye que los signos de la anatomía y la ofrenda y consumo de comida están relacionados estructuralmente, en el modo vertical, prelógico del mito, con los códigos sociopolíticos que definen las relaciones entre los amerindios y las comunidades europeas. El subrayado de estas imágenes es el intento de la protestante Europa del norte por desacreditar la empresa colonial española y portuguesa, al hacer conspicua la violencia que infligieron a la población indígena e insinuar que la mezcla de razas fue la fuente de la decadencia en el «Nuevo Mundo» (canibalismo, brujería, idolatría). Mientras tanto, las escenas de la

colonización inglesa fueron eximidas de tal violencia y decadencia. De acuerdo con Bucher, ello pudo contribuir más tarde a la normalización del tabú de los matrimonios interraciales, la creación de reservas y la segregación característica de la colonización en América del Norte.

Un tema corriente en la iconografía colonial es la sexualización del otro como femenino. Ampliando la obra de N. Elias,¹⁷ Theweleit¹⁸ y Brauner (este último en *Cannibals, Witches and Shorewens in the Civilizing Process*, de próxima aparición) adujeron que esta sexualización del otro como femenino fue un aspecto esencial del proceso civilizatorio en Europa occidental, en la medida en que el orden capitalista patriarcal se institucionalizó entre los siglos XVI y XVIII. El proceso incluyó la disciplina de las funciones corporales tanto como los cambios relativos a la subjetividad que permitieran al emergente hombre (masculino) burgués, enfrentarse con las nuevas instituciones, tales como el Estado centralizado y el propio capitalismo. En el proceso de redefinición del espacio social y sus normas, el emergente ego burgués y masculino se autoconstruyó como opuesto a los campesinos, a las mujeres y a los no-europeos. Por ejemplo, la construcción de brujas como hechiceras sexualmente ambiguas, con cuerpos deformados, fue parte de un esfuerzo mayor de la Iglesia, el Estado, la institución médica y otras instancias sociales para debilitar la condición de las mujeres campesinas como parteras, sanadoras y líderes comunitarias durante el período moderno temprano.¹⁹

El discurso colonial fue una extensión del proceso civilizatorio en la misma Europa, en donde el otro fuera identificado con «gente salvaje» (habitantes marginales de los bosques), campesinos y brujas (siempre en femenino). La relación intertextual entre las correspondientes formas de representación visual es provocativa, particularmente en lo que respecta a la apariencia física deformada y el «pelo salvaje». De acuerdo con Brauner,

a través del período moderno temprano, las ilustraciones y textualizaciones de las mujeres europeas de baja clase como brujas y arpías, y de los nativos americanos como canibales, fueron promovidas entrelazadamente. No solo sus representaciones en todos los discursos oscilaban entre la mujer erotizada y la vieja asexual, amenazante, desmembrada, sino que los canibales se convirtieron en brujas dentro del discurso colonial cuando los rituales religiosos de los nativos americanos fueron igualados con los satánicos Sabbath, y cuando los nativos, especialmente las mujeres, también fueran acusados de brujería en las últimas etapas de la colonización.

Fue muy a propósito que estas representaciones mantuvieran su significado independientemente del texto escrito, y operaran —de manera muy parecida a los códigos anatómicos, de apariencia y consumo

alimenticio en los *Grandes viajes* de Bry— en un nivel prelógico, para producir un tiempo alocrónico, diferente, y complementar la construcción fetichista del otro.

Una variedad de discursos más o menos solapados sobre capitalismo, raza y patriarcado emergió en Europa y América post-siglo xv, para marginar las «voces» de las mujeres, los campesinos y los pueblos indígenas. Aquellos que, desde los márgenes, trataron de subvertir los discursos dominantes adoptaron una postura de acomodamiento, al incorporar en sus respuestas elementos del propio discurso colonial. Este fue el caso de la más célebre voz indígena de los Andes, Guaman Poma, quien escribió un texto ilustrado para intentar convencer a la corona española de que los incas eran víctimas de una burocracia corrupta y que merecían ser considerados súbditos españoles completos.²⁰ Es cuestionable si esta y otras estrategias de resistencia inscritas en el discurso dominante condujeron a la construcción de un contradiscurso viable, a una agenda política de verdadera valía. Sin embargo, o al menos, sustentaron —y no es poco— una tradición de resistencia, en constante diálogo con los discursos dominantes.

Transnacionalismo y representación

Los recientes desarrollos global, nacional y local señalan un contexto marcadamente diferente para un análisis de la función política de la imaginaria formada por el discurso eurocéntrico en las relaciones neocoloniales reguladas y normalizadas. Los medios masivos refractan y constituyen formas de interacción social crecientemente complejas, asociadas con la movilidad global del capital, la tecnología, el trabajo y la información. Aún más, las narrativas principales de religión, clase y pertenencia espacial han sido descentradas en el ambiente cultural de la última modernidad.

Los discursos eurocéntricos operan en dos niveles para formar un amplio rango de prácticas políticas y culturales: un conjunto de distinciones-temores-deseos-desaprobaciones, relacionados con lo propio y el otro, y aquellas ideologías más completamente articuladas, como el neoliberalismo, el racismo y el sexismo.

El racismo y el patriarcado han sobrevivido porque el capitalismo beneficia a segmentos privilegiados de población en América, y estas élites inevitablemente aprecian las distinciones étnicas y de género como medios de legitimar su control sobre recursos estratégicos.²¹ Nada es menos sorprendente que las mujeres, los pueblos indígenas y gran número de campesinos y emigrantes urbanos o descastados

de toda suerte figuren entre los más marginalizados segmentos sociales en el hemisferio occidental.²² Ello puede explicar parcialmente por qué los códigos de las distinciones étnicas y genéricas persisten en los discursos de los medios masivos dedicados a públicos nacionales y globales.

El otro proceso que contribuye a la persistencia de estos discursos se refiere a la tendencia de los pueblos de la periferia a estar «descubriendo» —alguno podría decir incluso que hasta «conquistando»— sus propios «espacios», en la medida en que emigran, muchas veces ilegalmente y debido al desplazamiento político o económico, para pretender los columbrados beneficios de formas más avanzadas en la modernidad capitalista. Las culturas híbridas resultantes, que combinan elementos de lo premoderno y lo moderno, desafían los fundamentos monoculturales de la nación-Estado. Esto se ha unido con un sustancial temor y resistencia de parte de todos los segmentos sociales (aumento de crímenes odiosos, políticas migratorias endurecidas, movimientos legislativos para excluir a los inmigrantes de beneficios sociales, el movimiento «únicamente inglés»), especialmente en los Estados Unidos.

La economía visual de las fotografías noticiosas y los anuncios televisivos está afirmada en un valor de uso y un valor de cambio que son consecuentes con la cultura de la última modernidad. En línea con las ambiciones del siglo xvi, en cuanto a representar la realidad, el valor de uso consiste en la capacidad de reproducir a través de los códigos de la perspectiva lineal. El realismo continúa desempeñando un papel central en la forma en que las representaciones visuales adquieren valor como expresiones de vigilancia y placer. El valor de cambio consiste en sus relaciones con un mayor archivo de imágenes y sus diversos usos sociales en un ambiente cultural mediado por los *media*. Así, las imágenes adquieren valor cuando comunican distinciones sociales de clase, género y etnicidad, que son acaso coherentes con el discurso eurocéntrico y las formas que le convienen. Ello es facilitado por el desplazamiento del tiempo y del espacio a través de técnicas de composición y edición fotográficas.

El código del realismo resulta idóneo para el género de la fotografía noticiosa. Tomemos un ejemplo de la Associated Press fechado el 15 de septiembre de 1991, cuya función principal es la de advertir a los viajeros internacionales sobre el peligro de lugares como Perú. En él se establece una equivalencia entre las que parecen ser figuras femeninas indígenas o mestizas, y una piara escarbando en un basurero cerca de Lima, asociación además exagerada por el hecho de que dichas mujeres son anónimas, permanecen vueltas de espaldas a la cámara, y sirven de telón de fondo no solo a los cerdos, sino al foco central de la noticia, dado en el texto

La representación visual de los amerindios y los mestizos ha sido conformada por los discursos provenientes del período colonial, los cuales todavía se despliegan en los medios masivos, a pesar de sus —solo aparentes— transparencia, realismo y neutralidad.

acompañante: el hecho de que veinticinco pasajeros de un vuelo internacional contrajeron síntomas de cólera mientras hacían escala en Lima.

Dejando de lado la exactitud de la información o la certeza de que ofrece a públicos globales una visión «distorsionada» de la «real» epidemia de cólera en Perú o en la región, se pueden interpretar estas estrategias discursivas y su relación con los discursos más allá del texto.

En primer lugar, no se establece más que una relación tentativa entre el incidente descrito en el texto y los sujetos reflejados por la cámara. El lector nunca sabe exactamente lo que las mujeres están haciendo entre la basura, excepto que el acto guarda alguna conexión con la contaminación de alimentos... Las mujeres retratadas en las fotografías constituyen un significativo, cuyo significado es la «condición del Tercer mundo»; condición que implica inferioridad, pobreza y enfermedad, con independencia del texto escrito. De manera muy parecida al temprano discurso colonial, este margina las «voces» del otro, y articula la «decadencia» (consumo de carne humana o de residuos) y la objetivación de las mujeres con relaciones más ampliamente sociopolíticas.

Mientras el texto escrito «fija» todavía más el significado, al establecer una relación causal entre las prácticas cotidianas peruanas/tercermundistas, y la extensión del cólera, esta imagen y otras como ella connotan relaciones neocoloniales sin necesidad siquiera de tal «fijación». La imagen fotográfica representa un archivo mayor de imágenes de la «condición del Tercer mundo». Ellas están formadas por discursos resultantes de la interacción entre las élites locales, nacionales y globales, y la vasta mayoría de mestizos desclasados y aborígenes en América. El lector está en posición de experimentar la distancia espacial y temporal que lo separa de estos sujetos, y de afirmar el orden espacial y temporal en que vive, contribuyendo de este modo a la negación de la contemporaneidad del otro.

Dentro del más amplio contexto de construcción de la periferia —por las industrias culturales transnacionales— como «caótica», «subdesarrollada» e «incivilizada», los referidos artículos noticiosos son parte de una tradición largamente establecida, que refuerza el desplazamiento alocrónico y la percibida inferioridad

de la mayoría de los habitantes de América Latina y la periferia en general, de la que apenas se exceptúan ciertos segmentos de la élite con apropiados estilos de vida. A semejanza de otros países de América Latina y del Tercer mundo, Perú aparece raramente en las noticias de los Estados Unidos, a menos que la información esté relacionada con estrategias, terrorismo, la «guerra de las drogas», terremotos o epidemias.²³ Aun cuando las condiciones de vida en Perú sean inadecuadas, el discurso hace aparecer esas condiciones como un fenómeno aparentemente eterno, mítico, que no tiene historia o soluciones potenciales sin intervención externa. Implícitamente, se atribuye esa condición al carácter imperfecto del propio pueblo, o al hecho de que no han sido observadas las prescripciones sociales y económicas ofrecidas por culturas «superiores» (políticas neoliberales). Al igual que los «bárbaros» del discurso colonial, estos sujetos deben ser reprimidos y civilizados. También sirven como recursos para el establecimiento de las definiciones eurocéntricas de sujeto y otredad, basadas en distinciones étnicas y de género.

Buenos salvajes

Un anuncio televisivo para el café Maxwell House, que se transmitiera entre 1991 y 1992, revela los extremos a los cuales llegan los anuncios de las transnacionales para «producir» los aspectos exóticos, serviles y femeninos del otro latinoamericano.

La música, adaptada de la banda sonora de la película *La misión*, fue originalmente concebida para celebrar la lucha heroica de los indios guaraníes de la región hoy conocida como Paraguay, contra los colonizadores españoles. En el comercial se usa para dramatizar imágenes espectaculares del paisaje colombiano, un festivo desfile en un pueblo rural, que incluye mujeres indígenas o mestizas, acompañadas por músicos masculinos, y campesinos trabajando en los campos de café. El anuncio culmina con una típica pareja caucásica suburbana, de la clase media-alta, disfrutando de su café matinal. La implicación es que los alegres campesinos colombianos y sus estratégicos recursos pertenecen, de forma natural y de buena gana, a la división global del trabajo. Esto se refuerza por la narración:

En las montañas de Colombia alaban a la tierra por crear el más rico café del mundo. Introduciendo el Maxwell House Colombian Supreme, café ciento por ciento colombiano. Toda la riqueza que la tierra puede ofrecer. El nuevo Maxwell House Supreme, regular, decafeinado e instantáneo. Cada gota, ciento por ciento riqueza colombiana.

Obsérvese la referencia a «la tierra» como fuente del producto. La ironía es que, como sus equivalentes a través de toda América Latina, muchos campesinos colombianos son ampliamente avasallados y permanecen en lucha con las corporaciones agroindustriales nacionales y transnacionales, que, junto con los carteles de la droga, controlan la economía y el aparato estatal.²⁴ Las voces dominantes en el anuncio de café son las compañías transnacionales del producto, los terratenientes colombianos y los consumidores en los Estados Unidos, que constituyen además las voces dominantes en el actual sistema global de producción y consumo. Por contraste, los campesinos colombianos están vinculados a la falta de tierra, los conflictos con los terratenientes locales o el comercio agrícola transnacional, la desterritorialización, y en lucha por la subsistencia, la participación política, la identidad cultural y el acceso a los servicios básicos. Solo un espectador informado puede ver en este anuncio la potencialidad para explorar estas «voces marginadas» y las formas en que chocan con las dominantes.

El anuncio de café es parte de un género de comerciales que usa imágenes de campesinos felices y serviles, o celebridades —generalmente mujeres— exóticas (Carmen Miranda, Charo) para evocar la latinoamericanidad. El énfasis de mujeres en los anuncios es un ejemplo de las características de género y etnicidad del discurso colonial, que establecía una equivalencia entre tierra/pobladores y el cuerpo femenino. Más aún, existe una larga tradición en el cine y la televisión de los Estados Unidos en cuanto a la «producción» de la otredad latinoamericana como una categoría femenina, lo que la hace más accesible y menos amenazadora dentro de los parámetros ideológicos del patriarcado.²⁵

El anuncio acomete la comercialización de un suceso local (¿o se trata en cambio de una simulación representada especialmente para el anuncio?), de la tierra y de la misma gente. Como ocurre con el turismo y otras formas de comercialización, las gentes y las prácticas involucradas están descontextualizadas y pierden sus voces, para acomodarse a los objetivos del comercial y facilitar la identificación y la fascinación por la mirada. Esa manipulación es apoyada por la cualidad panóptica de la cámara mientras registra el paisaje y sus habitantes. La «diferencia» exótica es transmitida a través del desplazamiento espacial y temporal característico del discurso colonial: los campesinos colombianos están literalmente suspendidos en una dimensión espacial y temporal diferente. El discurso también sirve para

distinguir lo que significa ser «americano», al equipararlo con la pareja caucásica en el anuncio de café; todos los restantes grupos étnicos están implícitamente vistos como «étnicos» o «extranjeros», aun después de haber sido asimilados dentro de la cultura anglodominante.

«Bárbaros»

Los pueblos indígenas de América raramente reciben atención de los medios masivos transnacionales, a menos que conformen la dicotomía buenos salvajes/bárbaros establecida a través del discurso colonial.²⁶ También son exotizados como remanentes de un pasado distante, o mostrados como agitadores que usan métodos destructivos para reclamar sus derechos. Mientras ese proceso identifica a los pueblos indígenas como sujetos históricos, la manipulación es tal que ignora a menudo el más amplio significado político y cultural de la lucha, pues los periodistas deciden centrarse en la violencia.

La construcción idealizada del otro, característica del anuncio de café descrito arriba, puede contrastarse con un reportaje noticioso televisivo de la CBS (mayo 11, 1991), que muestra una confrontación violenta entre un grupo de indios mohawks y tropas canadienses, en Quebec. Las «voces» mohawks fueron esencialmente marginadas: el reportaje comenzaba con la destrucción, con lo cual se desatendían las raíces del conflicto y no se daba a los mohawks la oportunidad de explicar por qué optaron por la confrontación violenta. Dan Rather introducía el reportaje diciendo que «hoy en Quebec, la lucha por la tierra entre los indios mohawks y las autoridades canadienses emergió otra vez violentamente». Rather continuaba la narración sobre las imágenes de video, que hacían poco menos que captar la violencia física, en medio de la cual los mohawks aparecían como agresores. El guión contaba que

docenas de indios luchaban con tropas canadienses porque el gobierno federal fue oficialmente reconocido como dueño de un terreno en disputa. Por lo menos un soldado y un mohawk resultaron heridos. Las autoridades locales quieren construir un campo de golf en la tierra que los mohawks consideraran suya. Esto se ha convertido en una situación complicada que involucra a los indios, la ciudad, la provincia de Quebec y el gobierno federal canadiense.

La última secuencia del altercado muestra a un policía montado canadiense mientras es pateado por un mohawk cuando intenta levantarse.

El reportaje reproduce discursos más allá del texto que tradicionalmente ha ubicado a los pueblos indígenas como «bárbaros» y «primitivos», incapaces

de comportamiento y organización social racional. Como señala Hulme, la «matanza indígena» fue la narrativa central en la construcción de los amenazantes «bárbaros» durante la colonización inglesa de América del Norte.²⁷ Esto hace posible ignorar sus reclamos sobre la tierra en disputa, la conexión con otros conflictos que relacionan a los mohawks en ambos lados de la frontera, o la generalmente forzada desterritorialización de los nativos americanos. La ironía de que los pueblos indígenas tengan que entregar su tierra para las prácticas de ocio, ambientalmente erróneas, de las clases dominantes, es desconocida por los cánones objetivos del periodismo. Se discierne el redespiegue del discurso colonial que privilegia una concepción de la tierra como mercancía para ser explotada en nombre de los beneficios, por encima de la idea de la tierra como algo sagrado y vinculado a una forma de vida.

Por otra parte, los mohawks tienen considerable experiencia en el comprometimiento de los medios masivos locales y globales, como parte de su larga lucha con las autoridades.²⁸ Durante los años 70 un grupo de mohawks, en el norte del estado de Nueva York, usó exitosamente los medios para mejorar su (construida) imagen como exóticos tradicionalistas que buscaban preservar su forma de vida y redujeron su agenda política, influyendo así sobre la opinión pública fundamental y concitándola en su favor. También es idóneo que hayan considerado el papel de la concentración de los medios globales en la publicidad de su causa. No otras estrategias han seguido luchas similares entre los kayapos en Brasil²⁹ o los mayas en México.³⁰

La cobertura de la insurrección maya durante 1993-94 en Chiapas, México, alcanzó una audiencia global, e hizo más difícil al gobierno mexicano imponer su voluntad en la región sin calcular las consecuencias de la opinión pública mundial.³¹ Ello pronostica un papel fundamental para los medios masivos, en cuanto a la forma en que se sostienen los movimientos de liberación nacional en una era de globalización; condiciones que cambian la naturaleza y alcance de la lucha armada. Sin embargo, a pesar de tales esfuerzos por utilizar y resistir al orden dominante en sus propios términos discursivos, estas acciones son admitidas por los medios masivos en la dirección que tiende a reproducir el discurso colonial y a ignorar las más amplias ramificaciones políticas y culturales de los movimientos indígenas y populares en toda América.³² Por ello, muchos de estos movimientos han contado con canales alternativos, tales como sistemas de computadoras, fax y video portátil, para establecer cadenas globales de solidaridad.³³

Conclusión

La representación visual de los amerindios y los mestizos ha sido conformada por los discursos

provenientes del período colonial, los cuales todavía se despliegan en los medios masivos, a pesar de sus —solo aparentes— transparencia, realismo y neutralidad.

El análisis apunta a la necesidad de moverse más allá de aisladas dicotomías, para considerar su interacción y la relación con sus usos sociales. Se necesita conocer las modalidades en que se inserta el discurso sobre etnicidad, patriarcado y capitalismo, a fin de producir variaciones en estos temas, con consecuencias para otras prácticas culturales, incluyendo aquellas que involucran la resistencia popular.

Variaciones en la representación de la otredad pueden discernirse en el contexto en que se despliegan los discursos. Por ejemplo, la visión de América por la Europa protestante del norte, en el siglo XVI, estuvo condicionada por las rivalidades entre las naciones europeas en la colonización de América. Ello anticipó una retórica de imágenes, y relacionó prácticas culturales que tendían a perpetuar las rígidas fronteras raciales características del actual ambiente cultural en los Estados Unidos.

Las imágenes publicitarias examinadas aquí tienden a exotizar al otro, mientras las noticiosas fotográficas y de video tienden a enfatizar al «bárbaro» sobre el «buen salvaje».

Tales distinciones proceden de los escritos de viajes y la iconografía de Vespucio y de Bry, quienes codificaron la feminización del otro. Una diferencia clave radica en que los deformados cuerpos femeninos del período colonial han sido reemplazados por una feminidad exótica, en un ambiente global de los *media* donde la diferencia étnica da forma a estrategias de *marketing* y de comportamiento del consumidor.

Debe investigarse más para delinear el amplio archivo de imágenes que ya no están como constreñidas por narrativas de espacio y religión derivadas de la tradición oral o pictórica, característica de la iconografía colonial. En la era de la comunicación electrónica transnacionalizada, la efectividad del discurso eurocéntrico se define menos por el lugar o la formación de clase, que por su difusión a través de prácticas textuales. Esto permea el valor de cambio y los usos sociales de la representación visual, con independencia de distinciones geográficas o demográficas. Ello justifica otras investigaciones, tanto de las políticas visual y textual del discurso eurocéntrico, como de sus implicaciones para los movimientos sociales populares.

Existe alguna evidencia de que las industrias transnacionales de los medios contribuyen al ajuste de la diferencia, por la vía de la «distribución estrecha» y la segmentación étnica de los públicos, abriendo espacios en los cuales las comunidades marginales —como los latinos

en los Estados Unidos— negocian sus identidades e influyen en la cultura dominante. Appaduray y Collins³⁴ arguyen lo mismo cuando reparan en que los medios transnacionales, junto con otras interacciones globales, ofrecen recursos alternativos para la construcción de la identidad cultural, con lo cual erosionan la capacidad del Estado para orquestar una identidad nacional unificada.³⁵ Sin embargo, esos desarrollos solo van hasta acomodar la amplitud cultural y política que concierne a los amerindios y los mestizos en América. Al tiempo que tales identidades son verdaderamente negociadas, más que impuestas sin problematización por los discursos y las instituciones dominantes; y mientras en años recientes los pueblos indígenas son más «visibles» como sujetos históricos, los términos y condiciones de la negociación no son ideales, pues muchas veces están inscritos en relaciones discursivas e institucionales de poder que datan del período colonial.

Para que los grupos subalternos modifiquen las prácticas de las culturas dominantes, necesitan activar la subversión de los códigos del discurso eurocéntrico en los medios masivos y desplegar formas alternativas de comunicación. El discurso eurocéntrico continúa mediando en la opresión de mujeres, pueblos indígenas y mestizos en América, al marginar sus «voces» y negar la diversidad de su experiencia política y social.

A los pueblos indígenas, de modo particular, se les ha negado la capacidad otorgada a las culturas occidentales para negociar constantemente sus identidades en respuesta a las cambiantes circunstancias históricas. Más aún, el bi y el multiculturalismo se hacen más comunes a través de toda América, y la tendencia para los grupos indígenas es mantener relaciones nacionales y globales con los movimientos populares, los canales de solidaridad, y la opinión pública mundial.³⁶ El reconocimiento de estas condiciones híbridas y sus más amplias implicaciones políticas y culturales, contribuyen a restablecer la coexistencia y la acción, la fuerza histórica del otro.

Los *media* tienden a ignorar o asimilar estas manifestaciones de hibridez, quizá porque subvierten las categorías esenciales de etnicidad y distinción de género, que regulan y normalizan las jerarquías de poder y privilegio.

Traducción: Mayra Pastrana y Rufo Caballero.

Notas

1. Mijaíl Bajtin, *The Dialogic Imagination*, M. Holquist, ed., University of Texas Press, Austin, 1981.

2. La Europa occidental se convirtió eventualmente en el centro de un emergente sistema global que eclipsó los imperios precolombinos en Asia, África y América. La característica distintiva del expansionismo occidental consistió en que, a diferencia de imperios anteriores, fue el primero en alcanzar

proporciones verdaderamente globales. (Samir Amin, *Eurocentrism*, Monthly Review Press, Nueva York, 1989; E. Wallerstein, *The Capitalist World System*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979; Tzvelan Todorov, *The Conquest of America*, Harper y Row, Nueva York, 1987).

3. Todorov advierte que «la perspectiva lineal europea puede no haberse originado en la preocupación de validar un único e individual punto de vista, pero se convirtió en su símbolo, añadiéndose a la individualidad de los objetos representados. Puede parecer atrevido unir la introducción de la perspectiva al descubrimiento y conquista de América, pero la relación está ahí, no porque Toscanelli, el inspirador de Colón, fuera amigo de Brunelleschi y Albert, pioneros de la perspectiva..., sino en razón de la transformación que ambos hechos simultáneamente revelan y producen en la conciencia humana». (Mercedes López-Baralt, ed., *Iconografía política del Nuevo Mundo*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, Puerto Rico, 1990; Tzvelan Todorov, ob. cit.).

4. J. Fabian, *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*, Columbia University Press, Nueva York, 1983; R. Corbey, «Ethnographic Showcases: 1870-1930», *Cultural Anthropology*, a. 8, n. 3, 1993, p. 361-3; Tzvelan Todorov, ob. cit., pp. 121-3.

5. I. M. Zavala, «Notes on the Cannibalistic Discourse of Monologism», *Critical Studies*, v. 3, n. 2 y v. 4, n. 1, 1993.

6. Zavala describe adecuadamente los aspectos monológicos del discurso colonial como «una forma de apropiación dialógica de la otredad que sustituye la experiencia del otro por la propia. Como tal, el discurso monológico comunica una concepción *externalizada*, fetichista y reificadora del otro. El monologismo puede ser entendido como una forma de comprensión unidireccional y unicultural que tiende a absorber y subsumir al otro en la dependencia cognitiva; puede ser descrita como una forma de imperialismo epistémico». (I. M. Zavala, ob. cit.)

7. R. Corbey, ob. cit., p. 361.

8. *Ibidem*.

9. Bhabha comenta sobre la cualidad fetichista del discurso colonial, que «es un aparato que depende del reconocimiento y repudio de las diferencias raciales/culturales/históricas. Su función estratégicamente dominante es la creación de un espacio para “pueblos vasallos” a través de la producción de conocimientos en función de la cual se ejerce la vigilancia y se incita una compleja forma de placer/displacer. Procura autorización para sus estrategias hacia la producción de conocimientos de colonizador y colonizado, los que son estereotípica y antitéticamente evaluados. El objetivo del discurso colonial es proyectar al colonizado como una población de tipos degenerados sobre la base del origen racial, para justificar la conquista, y establecer sistemas de administración e instrucción». (H. Bhabha, «The Other Question: Difference, Discrimination and the Discourse of Colonialism», en R. Ferguson *et al.*, eds., *Out There. Marginalization and Contemporary Cultures*, MIT Press, Cambridge, 1990)

10. Mercedes López-Baralt, «La iconografía política del Nuevo Mundo: el mito fundacional en las imágenes católica, protestante y nativa», en Mercedes López-Baralt, ed., *Iconografía política...*, ob. cit., pp. 66-7.

11. B. Bucher, «Al oeste del Edén: la semiótica de la conquista, reconstrucción del icono y política estructural», en Mercedes López-Baralt, ed., *Iconografía política...*, ob. cit., p. 9.

12. Véase P. Hulme, *Colonial Encounters*, Methuen, Nueva York, 1986; P. Mason, *Deconstructing America – Representing the Other*, Routledge, Nueva York, 1990.

Henry Geddes Gonzales

13. P. Hulme, ob. cit.; B. Bucher, ob. cit.; Mercedes López-Baralt, *Iconografía política...*, ob. cit.

14. Mercedes López-Baralt, *Iconografía política...*, ob. cit.

15. Colón estuvo entre los primeros en usar el término «caníbal» para referirse a los Caribes o a cualesquiera otros aborígenes que resistieran la conquista (P. Hulme, ob. cit.; Mercedes López-Baralt, *Iconografía política...*, ob. cit., p. 70). Stevenson sostiene que este discurso fue deliberadamente usado por Colón y Vesputio en el sentido de vencer a las autoridades reales en España y Portugal sobre la sanción de la esclavización de los amerindios.

16. B. Bucher, ob. cit., p. 23.

17. N. Elias, *The Civilizing Process*, Pantheon, Nueva York, 1982.

18. K. Theweleit, *Male Phantasies*. v. I, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1987.

19. L. Dresen-Coenders, «Witches as Devil's Concubines. On the Origins of Fears of Witches and Persecution against Witchcraft», en L. Dresen-Coenders, ed., *Saints and She Devils: Images of Women in the 15th and 16th Centuries*, Rubicon Press. London, 1987.

20. R. Adorno, «Iconos de persuasión: La predicación y la política en el Perú colonial», en Mercedes López-Baralt, ed., *Iconografía política...*, ob. cit.; M. L. Pratt, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturalism*, Routledge, Nueva York, 1992; Mercedes López-Baralt, ed., *Iconografía política...*, ob. cit.

21. E. Wallerstein, «Culture as the Ideological Battleground of the Modern World System», *Theory, Culture and Society*, v. 7, 1990.

22. G. Psacharopoulos y H. A. Patrinos, eds., *Indigenous People and poverty in Latin America: An Empirical Analysis Latin America and the Caribbean*, Technical Department, Regional Studies Program, Report n. 30, The World Bank, Washington, D. C., 1993; G. D. Sandefur y A. Sakamoto, «American Indian Household Structure and Income», *Demography*, n. 25, 1988, pp. 71-80; G. Urban y J. Sherzer, *Nation States and Indians in Latin America*, University of Texas Press, Austin, 1991.

23. Q. Morales, «Revolutions, Earthquakes and Latin America: The Networks Look at Allende's Chile and Somoza's Nicaragua», en William C. Adams, ed., *Television Coverage of International Affairs*, Ablex, Norwood, Nueva Jersey, 1982; J. Larson, E. G. McAnany y D. Storey, «News of Latin America on Network Television News: A Study of the News Flow», *Critical Studies in Mass Communication*, n. 3, 1986, pp. 169-83.

24. M. Medina, «Bases urbanas de la violencia en Colombia: 1945-1950, 1984-1988», *Historia crítica*, Universidad de los Andes, Bogotá, 1989.

25. López opina que los géneros hollywoodenses, particularmente la comedia musical, contribuyeron a la construcción de la otredad latinoamericana a través de imágenes de mujeres exóticas, sensuales, como Dolores del Río, Lupe Velez y Carmen Miranda. Variantes en la imagen se atribuyen a su articulación con las relaciones histórico-políticas entre Estados Unidos y América Latina, y ello se torna particularmente discernible en la forma en que Hollywood adoptó la Política del Buen Vecino antes de 1955 con la excesiva, aunque no amenazadora, persona de Carmen Miranda. (A. M. López, «Are all Latins from Manhattan? Hollywood, Ethnography and Cultural

Colonialism», en L. D. Friedman, ed., *Unspeakable Images*, University of Illinois Press, Urbana y Chicago, 1991).

26. M. Pedelty, «News Photography and Indigenous Peoples: An "Encounter" in Guatemala», *Visual Anthropology*, v. 6, 1993, pp. 285-301; T. Giago, «Native journalists», *Cultural Survival*, v. 17, n. 4, invierno de 1994; C. C. Wilson y F. Gutiérrez, *Minorities and the Media*, Sage, Newbury Park, Nueva Jersey, 1985; T. Troy, «Anthropology and Photography: Approaching the Nativa American Perspective», *Visual Anthropology*, v. 5, 1992, pp. 43-61; G. H. Landsman, «Indian Activism and the Press: Coverage of the Conflict at Ganienkeh», *Anthropological Quarterly*, v. 6, n. 3, 1987.

27. P. Hulme, ob. cit.

28. G. H. Landsman, ob. cit.

29. Ted Turner, «Visual Media, Cultural Politics and Anthropological Practice», *The Independent*, enero-febrero de 1991; P. Aufderheide, «Latin American Grassroots Video: Beyond Television», *Public Culture*, n. 5, 1993, pp. 579-92.

30. Bill Weinberg, *Entrevista al subcomandante insurgente Marcos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional*, 26 de abril de 1994, Chiapas-L, Internet; Comité indígena, *Comunicado del Comité Indígena Clandestino Revolucionario. Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional*, 10 de junio de 1994, Chiapas-L, Internet; H. M. Cleaver, «The Chiapas Uprising: the Future of Class Struggle in the New World Order», Chiapas-L, Internet, 1994.

31. R. Hahnel y S. Fleck, «The Zapatista Rebellion», *Zmagazine*, febrero de 1994; H. M. Cleaver, ob. cit.; Bill Weinberg, ob. cit.

32. Pedelty anota que en una reciente reunión panamericana de grupos indígenas en Guatemala, los periodistas globales ignoraron o estuvieron menos que interesados en la sustancia o la ascendencia histórica de la reunión. Apenas vieron en ella la oportunidad para documentar al pueblo en vestimentas exóticas, o en la potencial erupción de la violencia... (A. M. Pedelty, ob. cit.)

33. P. Aufderhide, ob. cit.; A. T. Durning, «Supporting Indigenous Peoples», en L. R. Brown, ed., *State of the World. 1994*, W. W. Norton, Nueva York, 1994; Ted Turner, ob. cit.

34. A. Appadurai, «Disjuncture and difference in the global cultural economy», *Theory Culture and Society*, v. 7, Sage, Newbury Park, Nueva Jersey, 1990, pp. 295-310; R. Collins, «National Culture: A Contradiction in Terms?», *Canadian Journal of Communication*, v. 16, 1991, pp. 225-38.

35. Juan Flores, «Living Borders/Buscando América: Languages of Latino Self-Formation», *Dividing Borders: Essays on Puerto Rican Identity*, Arte Público Press, Houston, Texas, 1993; A. Appadurai, ob. cit.; R. Collins, ob. cit.

36. G. Urban y J. Sherzer, ob. cit.; A. M. Pedelty, ob. cit.; Durning, 1994; H. M. Cleaver, ob. cit.; Bill Weinberg, ob. cit.

© TEMAS, 1998.

Mujer y poder en Cuba

Mayda Alvarez Suárez

Psicóloga. Centro de Estudios de la Mujer. Federación de Mujeres Cubanas.

La igualdad de derechos y oportunidades para hombres y mujeres en la sociedad ocupa en la actualidad un lugar importante en la agenda internacional.

En las principales conferencias mundiales celebradas en la década de los 90¹ se han vinculado los temas de desarrollo sostenible y de género. El mejoramiento de la condición de las mujeres y su acceso al poder, han sido aceptados como objetivos esenciales de toda estrategia destinada al logro de un mayor bienestar humano. Por todos es reconocida la insuficiente representación de la mujer en los puestos de toma de decisiones y los diversos obstáculos existentes para alcanzar una participación igualitaria.

La mujer y el poder en el contexto latinoamericano y caribeño

El tema del acceso de la mujer al poder y a la toma de decisiones ha venido siendo objeto de seguimiento en las siete conferencias celebradas en la región de América Latina y el Caribe para la

integración de la mujer en el desarrollo económico y social. En ellas ha sido expresado, de diferentes maneras, que

es significativo que la participación política de las mujeres en la región, en favor del desarrollo económico y social de sus países, sea extremadamente baja. Representan casi la mitad de los electores y, sin embargo, solo un porcentaje mínimo de ellas forman parte de los órganos legislativos y una proporción aún menor en los órganos ejecutivos. Las mujeres no participan suficientemente en la adopción de decisiones, sus opiniones son desestimadas y sus necesidades no se toman en cuenta al planificar el desarrollo de muchos países.²

El fortalecimiento de la ciudadanía de las mujeres —conceptualizada como participación activa en la sociedad a través del acceso a todas las instancias de toma de decisiones—, ha sido considerado en diversos foros intergubernamentales de la región como el objetivo clave hacia el cual deben converger todas las acciones. El ejercicio de la ciudadanía «pasa por el concebirse como sujeto de derechos, como sujeto político constructor de la democracia».³

La participación activa en la toma de decisiones supone el ejercicio del poder en todos los ámbitos,

desde el familiar hasta el político. Por esta razón se han agrupado en tres niveles los espacios más relevantes en relación con el acceso de las mujeres: familiar, comunitario o local, y global o de la sociedad.⁴

En el nivel familiar son considerados temas prioritarios para el logro de una participación y acceso a la toma de decisiones más equitativa, la socialización de los niños y niñas, el contenido de la educación familiar desde el punto de vista del papel que se les asigna a hombres y mujeres en la sociedad y de las actitudes y opciones de futuro de las personas que se forman en el seno del hogar. También lo son la forma en que se distribuyen las responsabilidades domésticas y el modo en que se administran los bienes y se toman las decisiones dentro de la familia. Se analiza si esta última es un obstáculo o un estímulo a la participación de las mujeres en la toma de decisiones y en el poder, y qué medidas o mecanismos podrían darle apoyo para permitirle responder a las demandas de una democracia con equidad de género.

En el nivel comunitario, la atención se centra, entre otros aspectos, en la participación de las mujeres en las decisiones y su acceso al nivel de dirección política, en la obtención de los servicios comunitarios para la familia, el acceso a la gestión y el diseño de los programas locales, las posibilidades de capacitación en gestión o autogestión y la relación entre el nivel local y las políticas globales.

En el nivel global o de la sociedad se valora la existencia del tema en la agenda política y las modalidades de su inserción en el aparato gubernamental; la educación y socialización que reciben las mujeres; su papel en el desarrollo económico, político y social y su participación política. Se establecen distinciones entre la participación en espacios institucionales (poderes ejecutivo, legislativo y judicial) y la que se observa en la sociedad civil y los movimientos sociales.

Se ha considerado que las posibilidades de participación y acceso al poder exigen de una plataforma estructural conformada por tres ejes principales: oportunidad de empleo, de calificación y de atención a la salud reproductiva. Esta tríada favorece o entorpece, según el caso, el proceso de participación femenina.⁵

Al constituir la forma más extrema de exclusión de las personas y de las oportunidades en todos los ámbitos de la sociedad, la pobreza es el mayor obstáculo a la representación igualitaria de la mujer en el poder.

Un fenómeno reconocido a nivel internacional es la feminización de la pobreza, con manifestaciones evidentes: las mujeres se ven privadas de educación y empleo o desplazadas hacia los peor remunerados, de menor calificación; frecuentemente en el sector informal

o subempleadas. También la desigualdad de salarios por un trabajo de igual valor sigue siendo una práctica en la mayoría de los países del mundo; todo ello con la correspondiente repercusión en sus condiciones de vida y de salud. Por otra parte, no puede obviarse que los procesos electorales en el mundo capitalista exigen que el candidato o candidata disponga de recursos suficientes para sufragar los enormes gastos de una campaña electoral.

La atención a la salud reproductiva es otro de los elementos de la tríada que se debe tener muy en cuenta. Cuando una mujer carece de poder de decisión con respecto a su propio cuerpo, a su embarazo y al parto, queda claro que muy poco podrá decidir en otras esferas.

La posibilidad de regular la fecundidad depende de las políticas sociales dirigidas a facilitar la planificación familiar y del acceso real de las mujeres y hombres a la información y a los métodos y servicios necesarios para esa planificación. A esta plataforma añadiría un elemento más: la posición de la mujer en la familia y la forma en que se asumen y comparten las responsabilidades en ella. Específicamente en el caso cubano, este elemento cobra especial significación: las mujeres cubanas cuentan con posibilidades de empleo y calificación, y con suficiente poder de decisión con respecto al embarazo y el parto; sin embargo, la distribución desigual de los roles familiares —con la correspondiente sobrecarga para ellas— constituye en muchos hogares uno de los principales obstáculos para su acceso al poder y a la toma de decisiones, como lo demuestran las investigaciones realizadas.

El diagnóstico más reciente realizado en América Latina y el Caribe para la Séptima Conferencia Regional sobre la Integración de la Mujer en el Desarrollo Económico y Social señala que la información disponible sobre la categoría de mujeres en el poder es más bien escasa: lo que existen son encuestas nacionales, estudios de casos, sondeos de opinión y estudios realizados en grupos de países. Estos «revelan tendencias interesantes y novedosas», y a la vez muestran que «hasta ahora la participación de las mujeres en la toma de decisiones de alto nivel en los países es más una excepción que una norma».⁶

El informe citado recoge que en los años 90 hubo dos mujeres en América Latina y el Caribe elegidas como presidentas (Nicaragua, 1990 y Haití, 1991), cuatro designadas como vicepresidentas (Costa Rica, Ecuador y Honduras) y una como primera ministra (República Dominicana).

Varias mujeres se desempeñaron como ministras, en la mayoría de los casos en las carteras sociales y la de justicia (15% en Centroamérica y 22% en el Caribe). Se señala el Caribe como la única subregión

Si bien el fenómeno del machismo, los prejuicios y la subestimación pueden estar, y de hecho están, presentes en la psicología de individuos aislados, también la discriminación puede manifestarse en los organismos de dirección de algunas instituciones estatales.

en que la participación de las mujeres llega al 20,5% en la esfera política.

En el ámbito de la administración de la justicia, el informe apunta que las mujeres están ausentes de la Corte Suprema; como promedio representan un 20% de los miembros de las cortes de apelaciones y el 50% en los juzgados de primera instancia. Por otra parte, en el poder ejecutivo, el porcentaje de mujeres fluctúa entre un 4,9% en América del Sur y un 7,7% en Centroamérica.

En cuanto al poder legislativo, la participación fluctúa en torno a un 10% en el Senado y un porcentaje ligeramente superior en la Cámara de Diputados, el cual varía de un año a otro.

A pesar de los avances, se reconoce que los porcentajes de participación de las mujeres siguen siendo bajos en comparación con los hombres. Asimismo, ellas están muy poco presentes en las áreas del poder ejecutivo y económico, en las que se toman las decisiones más importantes de los gobiernos.

Equidad de género y participación en el poder y la toma de decisiones en Cuba

El diagnóstico realizado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe no hace referencia a la participación de la mujer cubana en el poder. Sin embargo, como se señaló en el VI Congreso de la FMC, «la inserción de la mujer cubana en el proceso de desarrollo del país debe evaluarse como uno de los fenómenos más exitosos ocurridos en estos treinta y siete años de Revolución».⁷

El Estado cubano ha puesto en práctica desde 1959 su estrategia nacional de desarrollo, que comprende la ejecución, de forma articulada y armónica, de los programas económicos y sociales. En tal sentido, ha impulsado la creación y desarrollo de las bases económicas, políticas, ideológicas, jurídicas, educacionales, culturales y sociales que garanticen la igualdad de derechos, oportunidades y posibilidades a hombres y mujeres, transformando la condición de discriminación y subordinación a que había estado sometida la mujer cubana y promoviendo la eliminación de estereotipos sexuales

tradicionales y la reconceptualización de su papel en la sociedad y en la familia.

Desde su fundación en 1960, la Federación de Mujeres Cubanas constituye el espacio propio de las mujeres para promover, impulsar y canalizar su disposición a la participación y sus inquietudes e intereses. Esta organización realiza su labor a escala de toda la sociedad cubana, para concientizar y transformar concepciones tradicionales acerca de los roles de hombres y mujeres y defender los derechos de la mujer.⁸

A lo largo de todos estos años se han realizado acciones positivas para mejorar la condición y la posición de la mujer. Algunas han sido:

- La rápida extensión a todos los lugares del país de los servicios educacionales gratuitos desde las edades más tempranas, con igualdad de acceso para niñas y niños, hombres y mujeres.
- El acceso pleno de las mujeres a centros politécnicos y carreras universitarias, y la asignación de un número de plazas en especialidades hasta entonces mayoritariamente ocupadas por los hombres.
- La promulgación de leyes que favorecieron el acceso de la mujer al empleo —incluida la revisión del Código del Trabajo—, a fin de eliminar las prohibiciones y restricciones para el empleo de la mujer, así como la creación de las Comisiones de Empleo Femenino en todos los niveles.
- Estrategias y planes elaborados por la Federación de Mujeres Cubanas dirigidos a impulsar la formación femenina en todos los ámbitos y niveles de la sociedad cubana.
- La creación de condiciones en el sistema nacional de salud, a fin de que la mujer ejerza el derecho a elegir libremente su fecundidad, el número y el espaciamiento de los hijos y demás aspectos de la salud genésica.
- La promulgación del Código de Familia, que expresa la igualdad de derechos y deberes de la mujer y el hombre en ese ámbito.
- La promulgación, en 1976, de una nueva Constitución y su modificación en 1992, que postulan, entre otros

derechos, el acceso de la mujer «a todos los cargos y empleos del Estado, la Administración Pública y la producción y prestación de servicios».

- La creación, dentro de la Asamblea Nacional (Parlamento), de la Comisión Permanente de atención a la infancia, la juventud y la igualdad de derechos de la mujer.
- La aprobación y puesta en vigor del Plan de Acción Nacional de Seguimiento de la IV Conferencia de la ONU sobre la Mujer y la consiguiente creación de las comisiones gubernamentales para su cumplimiento.

Los avances logrados pueden ser apreciados en las cifras siguientes:

- Las mujeres son el 42,5% de la fuerza laboral en el sector estatal civil. En el sector no estatal (entidades del sector cooperativo, agrícola y privado, entre otros) eran el 18% en 1997.
- El 64,6% de los trabajadores ocupados en la categoría de técnico y profesional son mujeres. Esta tendencia comenzó a manifestarse hace más de tres lustros y no retrocedió en los años de Período especial.
- En los organismos de la Administración Central del Estado, las mujeres con responsabilidades de dirección han pasado del 12,2% en los inicios de los 80, al 24,5% en la presente década. Actualmente, las mujeres son el 30% de los dirigentes de la economía total del país.
- La dirección de dos ministerios es ocupada por mujeres: Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente y Comercio Interior. El número de viceministras ha crecido hasta 17. Como ejemplo, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, de cuatro viceministros, dos son mujeres.
- En el Parlamento cubano, las mujeres son en la actualidad el 27,6% de sus miembros, contra un 22,8% cinco años atrás.
- En el Consejo de Estado —elegido entre los diputados—, el índice creció de 13,6% a 16,1% de mujeres.
- La mujer representa el 34,6% de los dirigentes del sistema jurídico en Cuba, el 61% de los fiscales, el 49% de los jueces profesionales y el 47,0% de los magistrados del Tribunal Supremo Popular.
- En el servicio exterior ha habido un incremento del número de mujeres en puestos de mayor jerarquía. Actualmente hay 14 mujeres embajadoras, 11 cónsules generales y 133 en otros cargos diplomáticos.

- Las mujeres cubanas participan activamente en la vida política y en la toma de decisiones en esa esfera. Bastaría mencionar su participación, en un plano de igualdad con los hombres, en la discusión popular de las leyes, en los llamados Parlamentos Obreros; en el análisis de las resoluciones y tesis de los Congresos de las diferentes organizaciones políticas y comunitarias del país. Por solo citar dos ejemplos, las mujeres son el 52,5% de los dirigentes de las secciones sindicales (nivel de base de los sindicatos) y constituyen el 30,1% de la militancia del Partido Comunista de Cuba.

A pesar de los cambios ocurridos en la situación real de la mujer cubana, de su activa participación en la vida económica, política y social del país, y del aporte de la legislación a este *status*, no se puede desconocer que las transformaciones en la subjetividad de las personas, y en los patrones socioculturales de conducta y de relaciones entre hombres y mujeres, son mucho más lentos. Se necesita continuar realizando un sólido y sistemático trabajo ideológico y educativo dirigido a crear las bases de la cultura de la igualdad social entre el hombre y la mujer.

Investigaciones sobre el acceso de la mujer cubana a la toma de decisiones

Las investigaciones realizadas en Cuba acerca del acceso de la mujer a responsabilidades de dirección pueden ser clasificadas en dos grupos: a) las que indagan acerca del acceso de la mujer a la toma de decisiones en las diferentes esferas de la vida económica, política y social, y los obstáculos para este acceso; y b) las que tratan particularmente acerca de la representación femenina en los órganos del Poder Popular.

Algunas de estas investigaciones datan de la década de los 80 y otras son más recientes. Los resultados que aportan son, a nuestro juicio, muy valiosos para comprender la realidad cubana y la evolución que ha tenido el acceso de la mujer a la toma de decisiones.

Las comprendidas en el primer grupo aportan los siguientes resultados:

En la Encuesta Nacional de la Mujer Trabajadora en el Sector Estatal Civil,⁹ realizada en 1985, se formulaba una pregunta acerca de las causas por las cuales las mujeres no ocupaban cargos de dirección en igual medida que los hombres. Las respuestas más frecuentes fueron:

- Les afecta el tiempo dedicado a las responsabilidades domésticas.
- No se valoran suficientemente las condiciones de la mujer para dirigir.

En 1987 se realizó una investigación sobre algunas particularidades sociopsicológicas de la mujer dirigente en Cuba.¹⁰ Fueron entrevistadas 30 mujeres con funciones de dirección en Ciudad de La Habana: 15 de un nivel de dirección bajo (jefas de brigadas en industrias) y 15 de niveles medio y alto (directoras de empresas, jefas y vicejefas de organizaciones de la administración central del Estado). Al indagar sobre los costos que ellas enfrentan en el ejercicio de la dirección y sobre aspectos de sus relaciones familiares, este estudio arrojó:

- La vivencia de mayor costo que ocasiona para ellas la actividad de dirección es la falta de tiempo para atender a los hijos. En general, reconocen falta de tiempo para dedicarlo a la familia, compartir con sus hijos y esposos, realizar actividades en común, ir a la peluquería y a actividades recreativas y culturales.
- No se constató resistencia familiar al actual ejercicio de la dirección. Se evidenció participación de otros familiares (sobre todo de los adultos mayores en el cuidado de los niños), mejor distribución de las tareas domésticas y mayor participación de los hijos en ellas. Este mismo resultado fue encontrado en una investigación nacional sobre familia de dirigentes en 1990.¹¹
- La mayoría de las entrevistadas están casadas o tienen una relación estable actualmente. Las que han tenido divorcios anteriores, los relacionan fundamentalmente con su participación en actividades necesarias para el desarrollo social de la mujer y la dificultad para compatibilizarlas con sus responsabilidades en el hogar.
- Desarrollan mecanismos para proteger a la pareja; por ejemplo, aceptar como nuevos consejos u opiniones sobre aspectos que ya conocen para que el esposo no sienta que pierde su papel de «consejero experimentado». También generan mecanismos que compensan la falta de tiempo real, como el dedicado a los hijos. Dan una alta prioridad y atención a los momentos vividos en común.
- Afirman que existen mujeres que rechazan la actividad de dirección, ya que aceptarla significa una crisis para su vida familiar.
- Reconocen la existencia de prejuicios hacia las mujeres en los centros de trabajo, tales como «la mujer tiene hijos o los va a tener», «los hombres son los que siempre han dirigido, ellos tienen las reglas del juego y los modelos de selección se hacen a través de ellos», etc.

En esta investigación se indagó también acerca de la mujer dirigente en una muestra de la población

masculina. Los estereotipos encontrados fueron de signo positivo o negativo; diferenciables solo por determinadas características de la personalidad, pero coincidentes en las consideraciones de que «el principal problema de la mujer dirigente es su falta de tiempo para atender las tareas del hogar y la familia, lo cual puede traer como consecuencia problemas matrimoniales y a veces de comunicación con los hijos». El estereotipo negativo predominó en los hombres menos jóvenes. De todas formas, en ambos se valora a la mujer como inteligente, capaz y con conocimientos de su trabajo.

El Censo Nacional de Cuadros del Estado de 1982 aportó el dato de que «por cada dirigente hombre que cesa en sus funciones, ocurre lo mismo en 2,42 mujeres que ocupan similar cargo, lo que nos lleva a afirmar que la estabilidad de las mujeres dirigentes es menor que la de los hombres».¹²

En 1988, la Federación de Mujeres Cubanas realizó la investigación «La igualdad de la mujer en el proceso revolucionario cubano: teoría y práctica social»,¹³ con una muestra representativa de la población que comprendió cinco mil entrevistas a igual número de hombres y mujeres. Se hicieron tres preguntas dirigidas a indagar sobre la preferencia por el sexo del dirigente y a identificar, en este contexto, si aún persisten conceptos erróneos sobre la capacidad femenina para asumir un cargo de dirección.

La pregunta sobre a quién prefiere como dirigente se hizo al total de la muestra. El 60% de los encuestados respondió que les daba igual ser dirigido por una mujer o un hombre, pero más de la cuarta parte declaró que prefería un hombre. Lo interesante resulta que esta respuesta fue ofrecida tanto por hombres como por mujeres: 24,2% (M); 28,5% (H).

Ante la afirmación de que los hombres son mejores dirigentes, respondieron estar de acuerdo el 37,9% de las mujeres y el 43,3% de los hombres. De los 2 110 encuestados que estuvieron de acuerdo, el 56% adujo que los hombres tienen más oportunidad y tiempo y el 30% afirmó que el hombre tiene más capacidad, por naturaleza. Estas personas sumaban 636, lo que representa el 13,6% del total de entrevistados. Ello prueba que aún existen personas que creen que, genéticamente, los hombres están mejor dotados para dirigir.

En una investigación emprendida por la Dirección de la FMC en la provincia de Pinar del Río, se indagaron las causas de la baja promoción de la mujer a cargos de dirección —incluyendo su representatividad en el Poder Popular.¹⁴

Con este objetivo, entre el segundo semestre de 1990 y 1991 se entrevistó a 502 dirigentes, 217 subordinados a mujeres dirigentes y 105 familiares de estas; así como

Cuando los cargos son elegidos por el voto directo, existen mayores posibilidades de que se expresen las creencias, los prejuicios y los patrones culturales heredados y que aún persisten, incluso en las propias mujeres, y se manifieste más directamente la opinión de no proponer mujeres para «no sobrecargarlas más».

a 90 personas de la población del municipio de Pinar del Río. Las tendencias fundamentales en la opinión acerca de dichas causas se pueden resumir en lo siguiente:

- La limitación más frecuente que se señala (por el 46,9%) está en el hecho de que sobre la mujer recae el mayor peso en la atención al hogar, los hijos y la familia en general. Por tanto, resulta extremadamente difícil conjugar el trabajo de dirección profesional y la consagración que ello requiere, con las tareas domésticas y la atención que implica, por lo general, guiar el hogar, los hijos y ayudar a otros familiares.
- Relacionado con el primero, pero con una relativa independencia, se plantea el problema de la incomprensión familiar. Si bien en la práctica social actual la mujer es la más sobrecargada con los problemas de la familia, ello resulta más llevadero, menos agobiante, cuando se logra una correcta comprensión, comunicación familiar y una voluntad colectiva de respaldo a la mujer que dirige.
- Un elemento muy vinculado a los anteriores, el relativo a la maternidad y la atención a los niños pequeños, ha merecido un lugar aparte en las opiniones, porque constituye una limitación especial para la mujer joven, sobre todo menor de 35 años.
- Se esgrimen también como limitantes manifestaciones de machismo. Los encuestados se refieren a su expresión más abierta y directa: aquella que rechaza a la mujer en su rol social, en toda actividad que contradiga el papel y lugar que tradicionalmente le había sido conferido por la práctica social y las relaciones de convivencia familiar. En otros casos, según refieren los propios encuestados, la actitud machista se enmascara en los prejuicios hacia la mujer que dirige. En no pocos se pone en duda la posibilidad de conjugar eficazmente las actitudes y la delicadeza femenina con la firmeza de carácter, la rectitud y la decisión que presupone el trabajo de dirección.
- Cuando se interrogó acerca del grado de eficacia de una mujer en cargos de dirección, el 11% de la muestra señaló que es menos eficiente, y se encuentra en desigualdad con los hombres. Sin embargo, esta proporción de respuesta negativa es menor en el caso de los subordinados a mujeres que dirigen. De ellos, solo un 4% considera que la mujer es menos eficiente que un hombre en la labor de dirección.
- Si bien el fenómeno del machismo, los prejuicios y la subestimación pueden estar, y de hecho están, presentes en la psicología de individuos aislados, también la discriminación puede manifestarse en los organismos de dirección de algunas instituciones estatales, y no siempre de una forma abierta o directa que pueda ser claramente condenada. En estos casos, se expresa en la incomprensión e inflexibilidad de algunas administraciones para abordar y dar tratamiento a las dificultades y problemas reales que afrontan las mujeres.
- Por otro lado, se maneja como limitación por el 6,7% de los encuestados algunas características del propio trabajo de dirección, como lo irregular del horario, el exceso de reuniones, la indiscriminada afectación del horario vespertino-nocturno y otras.
- Alrededor del 5% de la muestra refiere como limitación para el acceso al cargo, la insuficiente existencia de círculos infantiles y seminternados, y sus horarios de funcionamiento. Esto afecta fundamentalmente a aquellas mujeres que, teniendo niños en estos niveles, no cuentan con la ayuda sistemática de otro miembro de la familia que les permita dedicarse sin preocupaciones a su trabajo.
- Igual número de encuestados se refiere al poco reconocimiento social que recibe la mujer dirigente. Su imagen no siempre se proyecta como edificante, como ejemplo a imitar, como orgullo del género femenino. Se aprecia que, por el contrario, hay tendencias a dar mayor peso a los aspectos negativos: al agobio, la desatención familiar, la inestabilidad de la pareja, la soltería, etc.

En 1997 se llevó a cabo una consultoría, con perspectiva de género, en los proyectos del Programa Mundial de Alimentos en Cuba.¹⁵ Fue estructurada mediante una metodología de planificación participativa orientada a objetivos, que posibilitó la participación activa de los actores y beneficiarios de la cooperación

llevada a cabo por esa organización en las provincias de Las Tunas y Granma. En los dos talleres celebrados se focalizó como problema la limitada participación de la mujer en el empleo y la toma de decisiones en esos territorios. Los participantes señalaron como causas fundamentales de esa situación en los proyectos ganaderos y agrícolas, las siguientes: a) la sobrecarga de responsabilidades domésticas para la mujer; b) la existencia de conductas y actitudes discriminatorias hacia ella en el empleo; c) la insuficiente capacitación para el empleo, y d) la existencia de inadecuadas condiciones de trabajo.

La mujer cubana en el gobierno popular

La Federación de Mujeres Cubanas ha mantenido el estudio sistemático sobre la participación de la mujer en los órganos del Poder Popular, con el fin de conocer la evolución de su presencia a lo largo de los procesos electorarios en cada nivel, desde los órganos de base (circunscripciones) hasta el Parlamento.

El análisis estadístico realizado muestra que, a partir de 1976 y hasta 1986, va creciendo paulatinamente la participación de la mujer en el Poder Popular. En todos estos años, la voluntad política del gobierno cubano ha sido y es impulsar una representatividad de las mujeres en correspondencia con su progreso político y social, lo cual queda expresado en los documentos de la época.

El año de mayor crecimiento, en todos los niveles, fue 1986. Las mujeres delegadas de circunscripción fueron el 17,1% de todos los delegados del país, lo que representó un salto del 5,6% en relación con el período anterior. En las Asambleas Provinciales fueron el 30,8% —de 21,4% en 1984. Las diputadas a la Asamblea Nacional llegaron al 33,9% del total de parlamentarios, el más alto de todos los años.

De 1986 a 1993 decrece la participación de la mujer en todos los niveles de dirección del Poder Popular, desde las delegadas de circunscripción hasta la representación en el Parlamento. En ese año 1993, solo el 13,6% de los delegados de circunscripción fueron mujeres, lo que significa un descenso del 3,5%; en tanto que las delegadas provinciales resultaron el 23,9%, el 3,7% menos en relación con el proceso anterior. Las diputadas alcanzaron el 22,8%, o sea, una reducción del 11,1% respecto a las elecciones de 1986.

Al analizar los factores que influyeron en este descenso del número de mujeres en los diferentes niveles de dirección del Poder Popular, no cabe duda de la influencia de la crisis económica enfrentada por el país; la que, desde inicios de 1990, agravó las condiciones de vida de las familias y afectó sensiblemente los servicios de apoyo al hogar. Ello hizo mucho más difícil

la vida cotidiana, cuyo rigor recae fundamentalmente sobre la mujer. El número de tareas que deben desarrollar en ese espacio, y el tiempo y los esfuerzos que requieren, aumentaron consecuentemente y limitaron las posibilidades de participación de la mujer en responsabilidades de dirección fuera del hogar.

Otra condición esencial —valorada en la Tesis sobre promoción de la mujer del VI Congreso de la FMC¹⁶— fue que, en esa ocasión, como parte del perfeccionamiento de nuestra democracia, la elección de los cargos de delegados a las asambleas provinciales y de los diputados se determinó por el voto directo de la población, igual que la de los delegados de circunscripción. Previamente se había desarrollado un proceso con amplia participación popular, en el cual los plenos de los comités de las organizaciones políticas y de masas —a nivel municipal, provincial y nacional— elevaron las propuestas que sirvieron de base para la conformación de las candidaturas.

Se pudo entonces constatar la reducción de la cantera de mujeres aprobadas en el proceso. Incluso en algunos territorios, en los plenos de la Federación de Mujeres Cubanas, se propuso a muchos más hombres que a mujeres, lo que fue analizado críticamente por la propia organización.

La realidad es que, cuando los cargos son elegidos por el voto directo, existen mayores posibilidades de que se expresen las creencias, los prejuicios y los patrones culturales heredados, y que aún persisten, incluso en las propias mujeres, y se manifieste más directamente la opinión de no proponer mujeres para «no sobrecargarlas más». De todo ello resulta que no siempre se valora la cantera femenina —con méritos y capacidad suficientes— existente en el país.

Ante el decrecimiento que se produjo de la representación femenina en el Poder Popular en 1993, la Federación de Mujeres Cubanas emprendió un conjunto de acciones: la elaboración y puesta en práctica de las recomendaciones derivadas de la investigación *Mujer y poder: las cubanas en el gobierno popular*,¹⁷ el trabajo directo con las mujeres en las comunidades, a fin de que reconocieran sus valores y capacidades, y la necesidad de una mayor representación de mujeres en cargos de dirección; el apoyo a las delegadas en el ejercicio de sus funciones, y la divulgación de los logros de aquellas mujeres dirigentes en los órganos del Poder Popular en los diferentes niveles. El tema de la promoción de la mujer fue abordado con mucha fuerza en el VI Congreso de esta organización y, en 1996, se elaboró una estrategia de promoción aún vigente.

A pesar de continuar en Período especial, se ha producido un crecimiento de las mujeres electas como delegadas de base. Así, en las elecciones celebradas en octubre de 1997, de 14 533 delegados, 2 595 eran

mujeres, para el 17,9%. En las elecciones generales de enero de 1998 se apreció también un incremento en el número de mujeres delegadas a las asambleas provinciales: de 1 192 delegados, 341 son mujeres, el 28,6%.

En la más reciente legislatura, de 601 diputados al Parlamento, 166 son mujeres (27,6%), lo que significa un crecimiento del 5% en relación con la anterior. De acuerdo con datos de enero de 1997 de la Unión Parlamentaria, Cuba se encontraba en el lugar 15 en el orden mundial en cuanto a la representación de mujeres en los parlamentos nacionales unicamerales o en las cámaras bajas y en el segundo en América Latina y el Caribe. En ese momento las mujeres parlamentarias eran el 22,8% (134 de 589), por lo que en la actualidad esta posición debe haber mejorado.¹⁸

No obstante los avances logrados, la existencia de una enorme potencialidad en mujeres que se destacan por su gestión, desde las actividades comunitarias hasta el nivel nacional, y el hecho de que las cubanas representemos el 64,6% de toda la fuerza técnica y profesional del país, hacen que no nos sintamos totalmente satisfechas de la representatividad lograda y que continuemos trabajando por un acceso más igualitario a los puestos decisorios.

Investigaciones sobre la representación femenina en los órganos del Poder Popular

El conjunto de investigaciones realizadas sobre la representación política femenina en los órganos del Poder Popular aporta importantes datos sobre los factores objetivos y subjetivos que a lo largo de todos estos años han estado afectando dicha representación.

La primera investigación llevada a cabo en 1975 sobre las mujeres y los poderes populares en Matanzas¹⁹ —provincia donde se realizó la primera experiencia de organización de los actuales órganos del Poder Popular—, con una muestra de 635 personas (302 hombres y 333 mujeres) de diferentes municipios, seleccionados aleatoriamente, mostró resultados significativos. Al indagar acerca de por qué no fue propuesto un mayor número de mujeres como candidatas a delegadas al Poder Popular, los electores opinaron:

- Las mujeres tienen menos tiempo libre, ya que ellas realizan las tareas domésticas y la atención a los hijos (33,6%).
- No se le dio propaganda a la posibilidad de elegir mujeres y valorar sus cualidades (32%).
- Como era algo nuevo, se temía dar esta tarea a las mujeres, ya que tienen muchos problemas (31,8%).

- Los hombres tienen mejor trayectoria (21%).
- Por la costumbre de ser dirigidos por hombres (18,9%).
- Los hombres son más capaces para las tareas de dirección (17,7%).
- Las mujeres subestiman sus propias posibilidades (15,3%).
- Se discrimina a la mujer (15,3%).
- A los hombres no les gusta que las mujeres dirijan (13,3%).
- A las mujeres no les gusta dirigir (12,4%).
- Los hombres tienen mayor nivel político (11,3%).
- Los hombres tienen mayor nivel cultural (10,4%).

Cuando se preguntó por qué las mujeres propuestas como candidatas a delegadas no resultaron elegidas, las opiniones más frecuentes fueron:

- Se temía que las mujeres no cumplieran, ya que tienen muchos problemas (43%).
- No se le dio propaganda a la posibilidad de elegir mujeres y valorar sus cualidades (39%).
- Los hombres son más capaces para las tareas de dirección (36,1%).
- Los hombres tienen más tiempo libre, ya que ellos no realizan tareas domésticas (24,8%).
- Por no estar acostumbrados a ser dirigidos por mujeres (15,4%).
- Habiendo hombres con condiciones, es preferible elegirlos a ellos, ya que las mujeres tienen muchos problemas (12,6%).

Al preguntarles a las mujeres electoras si aceptarían ser delegadas en caso de ser propuestas, el 45,7% respondió que sí y el 54,3% que no. Las mujeres que se negaron, expresaron, fundamentalmente, los siguientes argumentos:

- No se sienten con la capacidad necesaria (31,4%).
- Enfermedad personal o de familiares (20,3%).
- Bajo nivel escolar (18,8%).
- No podría cumplir con las responsabilidades del hogar (12,4%).
- No les gusta dirigir (8%).
- Esta responsabilidad debe estar ocupada por hombres (5,7%).

En una investigación realizada en 1983 acerca de las determinantes del comportamiento de la representación

política femenina en los órganos locales del Poder Popular en la provincia de La Habana,²⁰ en la cual se utilizaron como métodos entrevistas individuales a secretarios de los comités ejecutivos, entrevistas grupales a delegados y delegadas, análisis de contenido de las actas de rendición de cuentas y de una sesión de la asamblea municipal y encuesta a una muestra representativa (384) de los electores de toda la provincia, se obtuvieron los resultados siguientes:

- Los delegados entrevistados destacaron el peso de las tareas domésticas como una fuerte limitante para su desempeño. La presión doméstica fue reconocida como el freno fundamental para la diversificación y riqueza del papel social de la mujer. Se destacó también la necesidad de solidaridad familiar. Aseguran que las tareas de representación social «lo que llevan a la casa son problemas».
- Los delegados hombres hacen referencia a las dificultades objetivas que enfrenta la sociedad y que pesan sobre todo en la mujer, como el escaso desarrollo de los servicios y la insuficiencia de círculos infantiles.
- Los secretarios de los comités ejecutivos reconocieron que «la mujer puede hacer lo mismo que el hombre, pero no como él lo hace, porque además de todas las condiciones, tiene que planificar muy bien el tiempo, debido a la carga que tiene en el hogar».
- Las mujeres se consideran a sí mismas capaces, en gran medida, de acometer tareas domésticas, junto a las de corte social, y se ven igualmente aptas para el desarrollo de altas responsabilidades laborales.
- En cuanto a las tareas de dirección, se apreció que la posibilidad de ser dirigidas por una mujer no resulta grato para las mujeres, como tampoco se puede decir que estas *deseen* dirigir.
- Los hombres creen a las mujeres capaces de desenvolverse eficazmente en trabajos de alta responsabilidad. En cuanto a las tareas de dirección, las opiniones estuvieron divididas: los más jóvenes expresaron los criterios más favorables, sobre todo cuando se trataba del desempeño de la mujer como delegada.
- En las entrevistas grupales a delegados, los hombres enfatizaron que si no existen más delegadas, es porque el elector le supone a la mujer menos movilidad y posibilidades que al hombre para resolver los problemas que comúnmente se le plantean al delegado(a). Reconocieron la existencia de criterios discriminatorios que dificultan la promoción de la mujer, pero insistieron en la poca coincidencia de las características de la mujer con la imagen

prevaleciente del delegado actual, identificado totalmente con un gestor de soluciones. Están de acuerdo en que la visión social predominante acerca del delegado tiene un carácter masculino.

- En las entrevistas individuales a delegadas se constató que ninguna había propuesto, alguna vez, a una mujer para delegada. La elección de ellas mismas la atribuyeron a factores de prestigio y a su actividad en las organizaciones de masas.

Las principales conclusiones de la investigación sobre la representación femenina en los órganos del Poder Popular, llevada a cabo por la Federación de Mujeres Cubanas y el Comité Estatal de Estadísticas, en 1984,²¹ fueron:

- Los entrevistados señalaron como motivos más frecuentes de la proposición de mayor número de hombres que de mujeres para delegadas los siguientes: a) los hombres tienen más tiempo libre, porque no son responsables de las tareas domésticas; b) tienen más posibilidades de resolver los problemas de los electores; c) son elegidos por tradición.
- Se evidenció que la preferencia por el sexo masculino para delegado es mayor en mujeres que en hombres.
- En general, las limitantes más mencionadas para seleccionar a la mujer como delegada del Poder Popular se refieren a los problemas del hogar, entre ellos: a) la mujer es responsable de las labores domésticas; b) atención a esposo, hijos u otros familiares; c) dificultad para conseguir plaza en círculos infantiles, becas, seminternados, hogares de ancianos, etc.; d) novio, esposo u otro familiar no quiere que participe.
- Más de la mitad de las mujeres entrevistadas están en disposición de aceptar la proposición de candidatas a delegadas del Poder Popular.
- Las valoraciones que se expresan sobre las posibilidades de la mujer para ejercer como delegada del Poder Popular tienden, en muchos casos, a subvalorar las condiciones reales que ellas poseen; en ocasiones esto se refleja como falsa protección hacia el sexo femenino, lo que reiteradamente es argumentado por las propias mujeres. Todo ello impide una mayor participación de la mujer como delegada.
- En los niveles educacionales más bajos se aprecia una tendencia mayor a subvalorar a la mujer, que se apoya fundamentalmente en elementos de tipo subjetivo. Por el contrario, en los niveles escolares más altos la tendencia es hacia una valoración más justa de la mujer.

Una investigación llevada a cabo por un colectivo del Centro de Estudios sobre América,²² se propuso entre sus objetivos evaluar los espacios municipales como escenarios de participación popular en la selección de los liderazgos, utilizando como métodos y técnicas, observaciones de actividades participativas (asambleas vecinales, trabajos comunales, elecciones, etc.); entrevistas individuales y colectivas; discusiones de grupos con ciudadanos comunes —con énfasis en las mujeres—, así como con personas que se distinguen por su activismo comunitario.

Los datos que esta investigación aportó sobre la problemática de la mujer son los siguientes:

- Existen zonas en el país donde aún prevalecen con más fuerza los criterios machistas. La investigación constató que en el municipio Bayamo se dieron casos de mujeres que rechazaron ser nominadas alegando desautorización del esposo, lo cual, aun cuando pudiera ser cierto, en otras regiones del país se consideraría al menos poco elegante.
- Los autores valoraron que, dentro del proceso electoral, las organizaciones sociales y políticas (CDR, FMC, CTC, ANAP) cumplen, en la práctica, tareas como supervisar la calidad de las actividades programadas y otras funcionales, pero *no de representación*. A partir de eso, la movilización electoral que estas organizaciones impulsan *es poco diferenciada*.
- Al analizar la paradoja entre la escasa presencia de mujeres en funciones electivas municipales y su frecuente éxito en el desempeño de tales funciones, los entrevistados se centraban en dos aspectos fundamentales para explicar por qué las mujeres se desempeñan exitosamente:
 - a) Poseen mayor capacidad de convocatoria, dada su mayor proclividad a buscar ayuda y a persuadir ser ayudadas por los hombres y por las propias mujeres.
 - b) Mayor capacidad para sensibilizarse con los problemas de la vida cotidiana en la medida en que también son, en sus hogares, protagonistas de ella.

Los autores de la investigación consideran insuficientes esas razones y señalan:

La principal razón que determinaba el éxito de las mujeres delegadas era la misma por la cual estaban subrepresentadas: el alto nivel de exigencias que se les imponía y que las sometía a una suerte de selección artificial, mediante la cual quienes resultaban elegidas poseían regularmente capacidades muy superiores a la media de los hombres de igual condición. (Estas exigencias no se relacionaban con especialización genérica alguna, sino con

las cualidades reconocidas como óptimas para toda la sociedad y permeadas por el patrón patriarcal).²³

A esto se agregarían otras cualidades que caracterizan a las mujeres elegidas: la consagración y alta responsabilidad con las que se desempeñan; la capacidad de análisis para detectar los problemas y la acometividad para resolverlos. Se citan cifras: en el proceso electoral de Santa Cruz fueron nominadas 20 mujeres y resultaron elegidas nueve. En un total de 18 circunscripciones, perdieron en la mitad de los casos por márgenes pequeños de votación. «Una campaña de promoción femenina de mediano perfil hubiera podido revertir algunos de los resultados e incrementar la presencia de la mujer en la dirección del gobierno local».²⁴

Si se tiene en cuenta que esos resultados son el producto de una elección directa y básicamente libre, entonces estaríamos en presencia del predominio de patrones discriminatorios de larga data, que aseguran a la mujer una multiplicidad de papeles reproductivos, limitan su disponibilidad de tiempo flexible para el ejercicio de funciones públicas y se expresan en la conducta electoral mediante la emisión de un voto que favorezca al género masculino.

La investigación realizada por la FMC acerca del último proceso eleccionario (1997-98)²⁵ muestra interesantes aristas del problema:

- Se realizó un levantamiento de información en 6 221 asambleas de todas las provincias del país. En ellas fueron propuestas para delegadas de base (circunscripción) 4 511 mujeres y se negaron a aceptar 317, lo que equivale al 7% solamente. En total, las personas que no aceptaron ser propuestas fueron 680. Como puede observarse, el argumento que tan frecuentemente se esgrime en el sentido de que no hay más mujeres dirigiendo porque «ellas se niegan» no se comprueba, pues esto sería válido también para el caso de los hombres.
- El análisis de la cantidad de personas propuestas para diputados o diputadas en los plenos municipales y provinciales de las organizaciones de masas en las catorce provincias del país, muestra que en siete (50%) la cantera de mujeres sobrepasa el 30% de las propuestas y en tres de ellas está entre el 25% y el 29%. Las provincias con más bajo número de mujeres propuestas fueron La Habana (13,9%) y Matanzas (17,3%). Les siguen Las Tunas (21,4%) y Camagüey (22,3%).
- Cuando esta cantera pasaba a ser analizada por las comisiones de candidatura municipales y provinciales —presididas por la Central de Trabajadores de Cuba y un representante de cada organización de masas

Las [mujeres] que resultan elegidas poseen regularmente capacidades muy superiores a la media de los hombres en igual condición.

del territorio (trabajadores, campesinos, estudiantes, mujeres federadas, miembros de los Comités de Defensa de la Revolución— para seleccionar de ellas el número de candidatas que correspondía a la provincia según su población, se elevó en general la representatividad de mujeres. Así, en ocho de las 14 provincias se superó el 30% de candidatas (en tres de ellas el 40%), en cinco, se obtuvo entre el 27% y el 29% y solo en una el 26%.

- En el caso de los plenos nacionales de las organizaciones en las cuales se proponen figuras de ascendencia nacional, la cantera de mujeres propuesta fue realmente baja, exceptuando la Federación de Mujeres Cubanas (63%) y la Central de Trabajadores de Cuba (26,3%). La Asociación Nacional de Agricultores Pequeños propuso el 12,1% de mujeres, los Comités de Defensa de la Revolución el 18,8%, la Federación de Estudiantes Universitarios el 19,5% y la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media el 17,4%.
- El escaso número de mujeres propuestas cuya labor se desarrolla a nivel nacional, provoca que en los análisis de la Comisión de Candidatura Nacional la representatividad femenina no logre ser más alta y, como consecuencia, el porcentaje final de diputadas elegidas no ascienda más. No debe perderse de vista que entre las personas que se destacan en distintas esferas de la sociedad, en el nivel de la nación, el 70% de las que ocupan responsabilidades de dirección son hombres.

Los elementos ofrecidos apuntan claramente a la necesidad de realizar una profunda sensibilización, con visión de género, a todos los niveles, entre un proceso eleccionario y otro, comenzando por los dirigentes de las organizaciones políticas y de masas.

Notas finales

Los elementos aportados por el análisis estadístico y por las investigaciones realizadas hasta el momento, permiten llegar a las siguientes conclusiones:

Resulta indiscutible el salto histórico que se ha producido en el acceso de la mujer a la toma de decisiones, desde el triunfo revolucionario en 1959, como consecuencia de la voluntad política del Partido

y del gobierno, dirigida a transformar tanto la condición como la posición de las mujeres cubanas. A lo largo de todos estos años, se han producido avances que han posibilitado una mayor presencia femenina en los puestos decisorios en todos los niveles. Basta citar un solo ejemplo: del 0,3% de mujeres delegadas de base del Poder Popular en 1976, se ha pasado al 17% en 1997.

Un mayor acceso de la mujer al poder y a la toma de decisiones se ve afectada por los factores siguientes:

1. *Factores objetivos de índole socioeconómica*, relacionados fundamentalmente con la sobrecarga real de la mujer en las tareas del hogar y en la responsabilidad con sus hijos y otros familiares, debido a que aún persiste, en muchas familias, la tradicional división de los roles por sexo.

Este es el aspecto que más frecuentemente se señala en las diferentes investigaciones realizadas. Se encuentran también las limitaciones de recursos materiales y de servicios de apoyo al hogar y agudizadas por la situación del Período especial. Un informe acerca de sus impactos en la familia²⁶ señalaba ya a inicios de 1992 que la importancia de la función económica de este grupo se incrementaría ante la disminución de la oferta en la red de servicios, lo que aumentaría el número de tareas domésticas, su complejidad y el tiempo que se invierte en ellas. Al mismo tiempo, se señalaba que, en algunos tipos de familias, la participación de otros miembros —fundamentalmente en tareas fuera del hogar— se elevaría.

2. *Factores subjetivos, de carácter ideológico y cultural*. Se constata la persistencia de manifestaciones de machismo en forma de prejuicios y estereotipos, cuyos contenidos subvaloran a la mujer al considerar que no es suficientemente capaz, que está menos preparada y tiene menor poder de gestión para dirigir, y sobre todo, con los temores de que ellas no pueden hacer compatibles las funciones de dirección con la maternidad y la realización de tareas domésticas.

Estas creencias, prejuicios y estereotipos se expresan más claramente cuando la elección se realiza mediante votación directa y secreta; como es en el caso de los órganos del Poder Popular.

En algunos territorios persisten manifestaciones más abiertas de machismo, como la desautorización del esposo o del novio como causa para no aceptar ser elegida como delegada.

En las investigaciones realizadas, se constató el alto nivel de exigencias que se les imponen a las mujeres para su selección, por lo cual las que resultan elegidas poseen regularmente capacidades muy superiores a la media de los hombres en igual condición. Estas exigencias están relacionadas con las cualidades reconocidas como óptimas, permeadas, desde luego, por el patrón patriarcal.

3. *Factores relacionados con las características concretas del proceso electoral y del trabajo de los órganos del Poder Popular.* Hasta 1996, se dio poca cobertura propagandística a la posibilidad de elegir mujeres y a la valoración de sus cualidades, a pesar de que, desde el Primer Congreso del PCC, la promoción de la mujer es un lineamiento priorizado; y de que la FMC ha analizado permanentemente esta problemática en todos sus congresos. En este último proceso ya este obstáculo fue superado, al ser organizada por la FMC una campaña de propaganda dirigida a la promoción de las mujeres entre las mujeres, que incluía, además de la propaganda escrita, radial y televisiva, el debate de un material sobre el tema en sus organizaciones de base a lo largo de todo el país.

La función del delegado ha estado muy influida por su condición de gestor de soluciones a los problemas inmediatos y perentorios de la población que representa. Ello condiciona una visión que coincide muy poco, en la mente de los electores, con la figura de la mujer. A esta última se le supone menos movilidad y posibilidades que al hombre de resolver los problemas que comúnmente se le plantean al delegado.

En una de las investigaciones se evidenció que la mujer vota poco por la mujer. Los sectores poblacionales de las amas de casa y jubilados prefieren, más que otros sectores, a los hombres como delegados, por lo que parecen ser influyentes en la opinión pública a la hora de elegir.

En Cuba existen las condiciones y posibilidades para un mayor acceso de las mujeres a la toma de decisiones en los diferentes niveles del poder. Esto depende, a mi juicio, de cuánto pueda avanzarse en un grupo de aspectos, entre los que pueden mencionarse:

- La eliminación de estereotipos sexistas que encasillan a la mujer en los roles tradicionales de esposa y madre, condicionan una inequitativa distribución de tareas domésticas y limitan la valoración de sus posibilidades reales para dirigir.
- La sensibilización en cuestiones de género de dirigentes y funcionarios de todos los niveles de dirección estatales y de las organizaciones políticas y comunitarias, y de la propia mujer, a fin de continuar elevando su autoestima y la conciencia de la importancia de su aporte al desarrollo social.

- El mejoramiento de los servicios de apoyo al hogar que alivian la carga de las responsabilidades domésticas, fundamentalmente las relacionadas con el cuidado de niños y niñas, en la medida que las condiciones económicas del país así lo permitan.
- El desarrollo de la capacitación técnica, profesional y de dirección de las mujeres, para un mayor acceso al empleo y a los puestos decisorios.

En nuestro país no se ha optado por el sistema de cuotas, que establece una proporción fija de mujeres en los puestos de dirección.²⁷ Mucho se ha discutido sobre el tema y se le ha dado siempre la prioridad al trabajo ideológico, dirigido a cambiar tradiciones, prejuicios y estereotipos.

La experiencia de otros países demuestra que el establecimiento de cuotas no resuelve el problema de que las mujeres que accedan a la toma de decisiones representen siempre los intereses femeninos, si ellas mismas no están sensibilizadas en los asuntos de género.

No obstante, resulta conveniente recordar en la práctica cotidiana la expresa voluntad del Partido Comunista y del gobierno cubano encaminada a garantizar una mayor representatividad de mujeres en los diferentes niveles de dirección, pues resulta bien difícil que estas alcancen niveles igualitarios al hombre si solo se confía la corrección al paso espontáneo del tiempo.

Notas

1. Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, 1992; Conferencia Mundial de Derechos Humanos, 1993; Conferencia Mundial sobre la Población y el Desarrollo, 1994; Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Social, 1995; Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, 1995.

2. CEPAL, *Evaluación de la acción del PAR sobre la integración de la mujer en el desarrollo económico y social de América Latina y el Caribe*, Resolución Segunda Conferencia Regional.

3. CEPAL, *Acceso al poder y participación en la toma de decisiones. América Latina y el Caribe: políticas de equidad de género hacia el año 2000*, Séptima Conferencia Regional sobre la Integración de la Mujer en el Desarrollo Económico y Social de América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, 1997.

4. *Ibidem*.

5. Colectivo de autoras, «Participación política y acceso a la toma de decisiones» [ponencia para el Encuentro Internacional de Solidaridad entre Mujeres], Federación de Mujeres Cubanas (FMC), La Habana, abril de 1998.

6. CEPAL, *Evaluación de la acción del PAR...*, ob. cit.

7. FMC, «Tesis sobre promoción de la mujer», *Memorias del VI Congreso de la FMC*, Editorial de la Mujer, La Habana, 1995.

8. Como organización no gubernamental, especializada en el tema de la mujer, se ha convertido en un referente obligado para el

- gobierno en el diseño de políticas, programas y leyes orientadas hacia la mujer o que inciden sobre ellas. De hecho, funge como mecanismo nacional para el adelanto de la mujer en Cuba.
9. Comité Estatal de Estadísticas, *Encuesta nacional de la mujer trabajadora en el sector estatal civil*, La Habana, 1985.
 10. Angela Casaña *et al.*, *La mujer dirigente en Cuba. Algunas particularidades socio-psicológicas*, CIPS-ACC, La Habana, 1987 [inédito].
 11. A. Puñales *et al.*, *Caracterización del modo de vida de un grupo de familias de dirigentes con hijos adolescentes y jóvenes*, Departamento de Estudios sobre Familia, CIPS-ACC, 1990.
 12. Comité Estatal de Estadísticas, *Censo nacional de cuadros del Estado*, La Habana, 1982.
 13. FMC, *La igualdad de la mujer en el proceso revolucionario cubano. Teoría y práctica social*, La Habana, 1988 [inédito].
 14. FMC, *Sobre el acceso de la mujer a cargos de dirección en la provincia de Pinar del Río*, Dirección Provincial FMC, Pinar del Río, 1990.
 15. Mayda Alvarez Suárez, *Mujer y perspectiva de género en los proyectos del Programa Mundial de Alimentos/Cuba* [informe de consultoría], La Habana, 1997 [inédito].
 16. FMC, *Tesis sobre promoción de la mujer*, ob. cit.
 17. Mayda Alvarez, Perla Popowski y Carolina Aguilar, *Mujer y poder: las cubanas en el gobierno popular* [resultado de investigación], FMC, 1994 [inédito].
 18. Los países que antecedian a Cuba en orden eran: Suecia (40,4%), Noruega (39,4%), Finlandia (33,5%), Dinamarca (33,0%), Países Bajos (31,3%), Nueva Zelandia (29,2%), Islas Seychelles (27,3%), Austria (26,8%), Alemania (26,2%), Islandia (25,4%), Argentina (25,3%), Mozambique (25,2%), Sudáfrica (25%) y España (24,6%). Véase Unión Parlamentaria, *Las mujeres en los parlamentos, situación nacional al 1/01/1997*.
 19. FMC, *Investigación sobre las mujeres y los Poderes Populares en Matanzas*, Matanzas, 1975 [inédito].
 20. José L. Martín, «La representación política femenina en los órganos locales del Poder Popular», en Colectivo de autores, *Estudios sobre aspectos de la lucha ideológica en Cuba*, CIPS-ACC, 1985.
 21. FMC-INSIE, *Encuesta nacional de la mujer en el Poder Popular*, 1984.
 22. Haroldo Dilla, Gerardo González y Ana T. Vincentelli, *Participación popular y desarrollo en los municipios cubanos*, CEA-Editora Política, La Habana, 1993. El tiempo de duración de esta investigación fue de marzo de 1989 a junio de 1991 y fue desarrollada en cuatro municipios con características disímiles: Centro Habana, Bayamo, Chambas y Santa Cruz del Norte.
 23. *Ibidem*.
 24. *Ibidem*.
 25. Mayda Alvarez y Perla Popowski, *El proceso electoral cubano 1997-98. ¿Dónde se pierden las mujeres?* [resultado de investigación], Federación de Mujeres Cubanas, La Habana, 1998 [inédito].
 26. Mayda Alvarez *et al.*, *Posibles impactos del Período especial en la familia cubana*, Departamento de Estudios sobre Familia, CIPS-ACC, 1992 [inédito].
 27. Este sistema se emplea en los cargos electivos de carácter político, en el interior de los partidos y en los sistemas electorales.

Generaciones y mentalidades

María Isabel Domínguez

Investigadora. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.

A pesar de ser tan antiguo como la humanidad misma, el tema de las generaciones ha sido siempre muy controvertido. En el centro de las contradicciones se sitúan dos problemas: a) ¿son las generaciones grupos conformados objetivamente o necesitan para serlo tener conciencia como tales?; b) ¿son sus interrelaciones esencialmente conflictuales, por lo que el signo distintivo de la sucesión generacional es la ruptura casi permanente; o por el contrario, a pesar de aparentes desacuerdos, predomina el consenso y la imitación, que da lugar a la continuidad en la sucesión, con cambios evolutivos solo a largo plazo?

Desde que el tema comenzó a ser objeto de estudio sistemático por parte de las ciencias sociales,¹ las respuestas a estas interrogantes han variado en las distintas escuelas de pensamiento. Más allá de precisiones y matices, pueden distinguirse tres direcciones básicas:

1. La visión que puso el énfasis en la comunidad de edades del grupo *per se*, que considera a las generaciones como grupos objetivos cuya similitud está dada por atravesar de forma común una etapa de la vida. Bajo ese presupuesto se absolutiza la

continuidad en la sucesión y se niega la ruptura, pues a pesar de aparentes diferencias entre jóvenes y adultos, cuando los primeros se convierten en los segundos, asumen los rasgos de estos.²

2. La visión que basó la existencia de las generaciones en la comunidad de elementos espirituales. Esta considera que la generación solo se conforma subjetivamente cuando adquiere el «espíritu de la época»; de ahí que no toda la cohorte demográfica pertenece a la generación. Si lo que conforma la generación es la fisonomía espiritual que integra cada época, esta visión fundamenta el predominio de la ruptura en la sucesión y da muy poco espacio para la continuidad.³

3. La visión que concibió las generaciones como el resultado de la actividad práctica común de un grupo de edades próximas, de la cual se deriva la comunidad espiritual que da lugar a la conformación de una fisonomía generacional propia. Si el tipo de actividad vital en un contexto histórico concreto es lo determinante, quiere decir que la sucesión se produce a través de continuidades y rupturas

simultáneas, aun cuando en cada momento pueden predominar unas sobre otras. El grupo, por tanto, tiene existencia objetiva aunque no haya adquirido conciencia como tal; pero en la medida en que los procesos de rupturas sean más intensos —y por ello la diferenciación con otras generaciones, mayor—, es muy probable la aparición de una conciencia generacional que complete las distintas aristas de su existencia.⁴

Estas visiones han marcado las interpretaciones de los procesos generacionales a nivel internacional durante todo el siglo, a pesar de que ha habido altas y bajas en su tratamiento.⁵

Aunque generalmente se habla del proceso de sucesión generacional, en realidad esta se produce a partir de un período de coexistencia, durante el cual distintas generaciones se superponen en la vida social activa. En la medida en que la esperanza de vida de la población se ha ido elevando, es más amplio el número de generaciones que conviven simultáneamente (contemporáneos), lo que implica una interacción directa que favorece la continuidad. Pero en la medida en que el mundo se transforma más aceleradamente, como resultado del progreso científico-técnico y de nuevas dinámicas económicas, sociales, políticas y ecológicas, es más diversa la fisonomía generacional de esos contemporáneos y con más rapidez se hace obsoleto el equipo de conocimientos, habilidades, conductas y hasta valores de las generaciones anteriores, lo que favorece las rupturas. Esto hace más compleja la dinámica generacional en estos tiempos.

En Cuba, el tema generacional ha sido poco abordado como objeto de estudio en sí mismo, aun cuando ha estado siempre presente en el discurso político desde José Martí hasta la actualidad, así como en el trasfondo de análisis históricos, culturales, sociológicos y pedagógicos, desde Félix Varela y José Antonio Saco, pasando por Enrique José Varona, Fernando Ortiz o Ramiro Guerra, y muy especialmente en la obra política y literaria de la Generación del 30: Rubén Martínez Villena, Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa, Jorge Mañach, entre otros.

Sin embargo, en la etapa prerrevolucionaria, estudios específicos sobre el tema fueron muy escasos. Solo es posible encontrarlos de forma sistemática en la obra de José Antonio Portuondo, quien entre 1941 y 1950 escribió varios ensayos teóricos e históricos y usó el método generacional para realizar una periodización de la historia de la literatura cubana.⁶ También en 1954 apareció publicado *La teoría de las generaciones y su aplicación al estudio histórico de la literatura cubana*, de Raimundo Lazo.⁷

En la década del 60 se retoman estos asuntos y se producen interesantes reflexiones recogidas en

publicaciones culturales como *La Gaceta de Cuba* y *El Caimán Barbudo*. En algunas de estas, el joven sociólogo Ricardo J. Machado alertaba contra el negativo efecto de hacer «generosas donaciones» de conceptos como este, por considerarlos «ciencia burguesa».⁸ Pero, en realidad, el más prolongado silencio alrededor de las generaciones se produjo después.

No es hasta el año 1986 que se reconsidera la importancia de los estudios generacionales y se inician análisis, tanto de naturaleza teórico-conceptual como investigaciones sociológicas concretas, sobre la estructura generacional de la población cubana, sus rasgos comunes y diferencias, el clima de sus interrelaciones y los nexos entre estructura generacional y clasista.⁹

También para esa fecha reaparece la dimensión generacional como objeto de interés de literatos y artistas en prácticamente todas sus expresiones. Se aborda el tema en filmes, canciones, piezas teatrales y obras plásticas; se escribe sobre el tema; se utiliza como criterio de clasificación de grupos de creadores y cobra fuerza como elemento interpretativo de expresiones artísticas y hasta de conductas prácticas.¹⁰

Todos esos esfuerzos permitieron avanzar sustancialmente en el conocimiento de la problemática generacional en el país e insertarla en el contexto en que se mueve a nivel internacional. Pero todavía es insuficiente. Aún es un tema escasamente abordado por muy pocos especialistas, y en el que quedan numerosas aristas a las que ni siquiera nos hemos acercado.

Las generaciones en Cuba en las últimas décadas

Resultaría de gran interés detenernos en una mirada retrospectiva de la historia nacional a partir del nexo entre generaciones y mentalidades, que sirviera de pauta para confirmar con más elementos de juicio en qué medida los acontecimientos relevantes de ese decursar coincidieron con la entrada a la vida social de una nueva generación que, en estrecha relación con las anteriores, a partir de una fructífera coexistencia, impulsaron nuevos modos de pensar y actuar (José Martí-Máximo Gómez; Julio Antonio Mella-Carlos Baliño; la Generación del 30, etc.). Pero nos interesa un enfoque más contemporáneo, por lo que nos remontaremos en la historia solo a la generación de los 50.¹¹

El acontecimiento revolucionario de enero de 1959, que condujo al triunfo un movimiento popular por la independencia nacional y la justicia social, había tenido como principal protagonista a la generación joven de los años 50. Su alta proporción en las organizaciones revolucionarias y en su dirección, imprimió cambios significativos en las prácticas políticas, la convocatoria

Los jóvenes de los años 60 conformaron entonces una generación de transición, iniciaron un rápido proceso de urbanización, de acceso masivo a la instrucción y la calificación —incluso de nivel superior—, al empleo urbano y calificado y a la participación sociopolítica.

a la participación popular, la concepción sobre la toma del poder y la creatividad, energía y optimismo que caracterizaron la etapa.

La lucha de esos años creó condiciones favorables para la conformación de una incipiente identidad generacional, que eliminó barreras entre jóvenes del campo y la ciudad y entre representantes de distintas clases sociales, para conformar lo que se conocería como Generación del Centenario de Martí. Pero, a pesar de la magnitud de jóvenes involucrados y de la repercusión popular de sus acciones, no logró conformarse una única identidad generacional, pues la elevada estratificación clasista impuso sus límites a la formación de una conciencia colectiva.

La exitosa culminación de esos esfuerzos colocó a los jóvenes a la cabeza de las transformaciones económicas, sociales y políticas y creó un nuevo marco para el desarrollo de la generación de los 60, signado por dos procesos: elevada movilidad social de carácter ascendente y activa participación en todas las esferas de la vida social —educacional, laboral, política, de defensa del país.¹² Fue una etapa en la que se produjo un equilibrio entre los procesos de socialización y los de participación, en que ambos se interpenetraron y complementaron mutuamente.

Los jóvenes de los años 60 conformaron entonces una generación de transición, iniciaron un rápido proceso de urbanización, de acceso masivo a la instrucción y la calificación —incluso de nivel superior—, al empleo urbano y calificado y a la participación sociopolítica. Constituyeron también un grupo de transición en cuanto a valores y normas de conducta en esferas vinculadas a la familia, las relaciones de pareja, los roles entre los sexos, las relaciones interraciales y muchas otras áreas de la vida cotidiana, que se volvían cada vez más abiertas y participativas. Muchos de estos procesos se consolidaron con posterioridad en las generaciones siguientes, pero iniciaron las tendencias de cambio en este primer momento de rupturas generacionales en relación con sus mayores.

Por primera vez se formó una identidad juvenil ampliamente compartida, que permite hablar en términos más precisos de una generación con real participación en una actividad social común. La reducción de las diferencias sociales con la eliminación

de las bases económicas que sustentaban a las clases dominantes, e incluso el éxodo masivo de sus representantes, favorecieron las condiciones para una mayor igualdad entre los jóvenes y para la conformación de una mentalidad generacional caracterizada por una activa participación en la definición del cambio social, encaminado a la solución de los principales problemas colectivos, y una confianza ilimitada en sus propias fuerzas. Esa identidad quedaba reforzada por la constatación de significativas diferencias con generaciones precedentes.

Estos rasgos de la juventud cubana, aun cuando estaban en esencia condicionados por la transformación revolucionaria en el interior de la sociedad, acompañaban las características del contexto internacional en esa época, en la que el auge de los movimientos revolucionarios y de liberación nacional, el predominio de utopías emancipatorias que lograron encarnar en prácticas políticas en diferentes lugares y, luego, la oposición a la guerra de Viet Nam, estimulaban el entusiasmo y ocupaban las energías de los jóvenes.

La generación de los 70 se socializó en un contexto con fuertes similitudes con el anterior, pero con algunas modificaciones significativas. El fracaso de la estrategia económica seguida hasta ese momento, que se expresó en la imposibilidad de alcanzar la meta de hacer una zafra de diez millones de toneladas de azúcar en 1970 y en un desequilibrio de la economía interna, condujo a un acercamiento de Cuba a la comunidad socialista europea y a su inserción como miembro del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). Esos vínculos permitieron un crecimiento de la economía y, con ello, de las condiciones de vida de la población, que favorecieron la consolidación de algunos rasgos en la generación joven de los 70: fuerte concentración urbana, altos niveles de escolaridad y calificación, movilidad social ascendente a partir de la combinación educación superior-empleo urbano calificado-mayor nivel de vida y elevadas expectativas. Para fines de la década, el promedio de escolaridad de los jóvenes se situaba por encima del noveno grado, en contraste con la escolaridad promedio, inferior a los tres grados, de los años 50.

Pero esas relaciones exteriores también provocaron efectos negativos condicionados por el excesivo

copismo, que llevó a reproducir un sistema de planificación y dirección de la economía, modelos de institucionalización del Estado y decisiones concretas en materia de funcionamiento social en áreas como la formación de profesionales poco ajustados a las circunstancias cubanas, la escala del país, su nivel de desarrollo, tradiciones culturales, etc.

Esos procesos se acompañaron con la disminución de la participación social. Pero aún se conservaron áreas de intensa actividad para los jóvenes, sobre todo en la esfera educacional, en la que dieron respuesta a la demanda de maestros y profesores para enfrentar la amplia incorporación a la educación de los nacidos durante el *boom* demográfico de inicios de los 60. En esa etapa se crearon el Destacamento Pedagógico «Manuel Ascunce Domenech», las Brigadas Pedagógicas, el Movimiento de Alumnos Ayudantes y se fortaleció el Movimiento de Monitores. Se iniciaron y sistematizaron las escuelas al campo y las escuelas en el campo, para materializar la combinación de estudio y trabajo como principio educativo. Esta fue la última generación socializada masivamente en la actividad social.

La estabilidad que iba alcanzando el funcionamiento de la sociedad condicionó el predominio de los procesos de continuidad generacional, después del anterior momento de ruptura, y diluyó un tanto la identidad de este grupo. La fortaleza de los sentimientos de igualdad social y la conciencia de que la meta era borrar diferencias y desigualdades, debe haber contribuido a que no se desarrollara una mentalidad generacional particular.

Por su parte, la socialización de la generación de los 80 tuvo sus peculiaridades. El incremento de los niveles de consumo de la población, tanto a través de los fondos sociales como en el área del consumo individual, enmascaró el estancamiento económico que se había iniciado y que evidenciaba las limitaciones del modelo de planificación y dirección de la economía adoptado. La imagen que se formó fue la del crecimiento económico a partir del crecimiento del consumo. Ello contribuyó a fomentar la elevación de las expectativas de la población —y en especial de la juventud—, reforzadas por distintas instituciones socializadoras como la familia, la escuela y los medios de difusión. Sin embargo, esa elevación de las expectativas se producía en un momento en que la estabilidad social lograda y la menor dinámica de crecimiento económico reducían el ritmo de la movilidad social ascendente para esa generación. Si bien contó con altas posibilidades para el acceso a la instrucción y la calificación, y se convirtió en el grupo generacional que alcanzó los más altos niveles, se inició una tendencia a la autorreproducción de las clases y capas sociales, que

redujo los movimientos de ascenso social en relación con las dos generaciones precedentes.

De igual forma, el modelo de institucionalización adoptado, apoyado en el excesivo empleo de la planificación centralizada, tuvo sus efectos sobre la participación, con la disminución de la cantidad y tipo de actividades, cambios en su significado social y en el rol de los individuos, lo que se expresó en cierta formalización de los espacios participativos y de las prácticas concretas. En el caso de los jóvenes, se añadió falta de concreción en las tareas, esquematismos en la movilización y reducción de su participación en las decisiones de áreas socialmente significativas para ellos. No puede obviarse que en esta década se produjo la participación en misiones internacionalistas, cuyos principales protagonistas fueron los jóvenes; aunque, a pesar de su elevada magnitud, no involucró a la generación como un todo.

Se produjo entonces un desbalance entre la socialización y la participación, con un sobredimensionamiento de la primera, lo que significó que la segunda funcionara con cierto paternalismo. A partir de ese momento se inició un relativo desfase entre las aspiraciones de los jóvenes y las posibilidades sociales de satisfacción para todos, así como entre esas aspiraciones y los esfuerzos individuales desplegados para materializarlas. Como conjunto, el grupo juvenil desarrolló poco su identidad generacional. La relativa heterogeneidad interna, que comenzó a fortalecerse a partir de los procesos de autorreproducción, y la reducción de los espacios de participación común para jóvenes procedentes de diversos grupos sociales contribuyeron a que así fuera.

No obstante, las circunstancias sociales de fines de esa década crearon condiciones favorables para la incipiente emergencia de una conciencia generacional en algunos sectores, sobre todo en la intelectualidad joven. Entre dichas condiciones es de destacar el *efecto de tapón* que comenzaron a ejercer las generaciones anteriores en el área del empleo, que produjo una débil recirculación de la fuerza de trabajo que limitó el acceso real a los puestos de trabajo según la capacidad y preparación y no según el orden de llegada;¹³ así como el paternalismo en la socialización y el encartonamiento en la participación.

Aunque las relaciones intergeneracionales se desarrollaron en un clima de baja conflictividad, tanto en el marco de la familia como de las instituciones sociales, se vislumbraban algunos elementos poco favorables. Pudo constatarse cierto predominio de tendencias críticas y subvalorativas entre los adultos, en relación con las capacidades e intereses de los jóvenes. Estas daban lugar a posiciones sobreprotectoras que minimizaban las potencialidades del grupo juvenil para asumir determinados roles, y veían la socialización

como transmisión pasiva o actitudes desentendidas de sus responsabilidades en la formación de la nueva generación.

Los jóvenes, a su vez, mostraban insatisfacción con la ayuda que recibían de sus mayores e inconformidad con las posibilidades de participación con que contaban en diferentes esferas de la vida social, en particular en las referidas a la toma de decisiones. Reconocían la necesidad de prepararse mejor y poner más interés en sus actividades; pero insistían en sus demandas de mayor independencia en las tareas, sobre todo en el sector profesional, donde sentían cierto desaprovechamiento de sus potencialidades educativas y laborales y reclamaban el mismo espacio para la *imaginación* juvenil que para la *experiencia* de los adultos.¹⁴

En síntesis, los estudios realizados a finales de los 80 demostraron que, como resultado de esas dinámicas, las generaciones en la sociedad cubana eran grupos conformados y bien delimitados objetivamente, con algunos rasgos subjetivos propios, precisos en el interior de los componentes socioclasistas; pero menos a nivel de toda la población. Esta característica evidenciaba una mayor fuerza de su identidad y un sentido de pertenencia al grupo clasista (ocupacional, educacional) que al generacional, el que solo se expresaba como elemento subordinado al anterior. Es decir, no existía una autoconciencia generacional definida, aunque sí un sentido de pertenencia al grupo de los adultos o de los jóvenes, sin una clara percepción de los límites entre unos y otros, en dependencia del grupo de referencia de quien realizaba la evaluación.

La generación de los 90

Las intensas transformaciones económicas y sociales vividas por la sociedad cubana en la última década del siglo —como resultado de los impactos del derrumbe del socialismo euroriental y el recrudecimiento del bloqueo de los Estados Unidos sobre una sociedad que había iniciado un proceso de rectificación de errores acumulados en su gestión económica por más de una década,¹⁵— han dejado, sin dudas, una huella sobre la joven generación que arriba al escenario social en tales circunstancias.

Aun cuando la crisis económica y el reajuste han impactado a la sociedad como un todo y a cada uno de los grupos que la componen, estos procesos son vividos por los jóvenes de manera más intensa que el resto de las generaciones por la etapa de la vida que atraviesan, en la que se define no solo su inserción actual, sino también su proyección de futuro.

El cuadro de los impactos que produjo la caída económica de inicios de la década y la implementación de una nueva política socioeconómica encaminada a superarla, contiene, a la vez, elementos favorecedores y obstáculos para la socialización e integración social de la generación de los 90.

En un plano más general, los obstáculos se ubican en la magnitud del descenso económico, con la consiguiente afectación de los niveles de vida de la población; en el «desenganche» de la economía cubana dentro de la economía internacional; en el golpe a los referentes políticos y organizativos más cercanos, y en la vulnerabilidad ante los efectos del incremento de las agresiones del gobierno estadounidense en medio de condiciones poco favorables.¹⁶

En este mismo plano, entre los principales elementos favorecedores se aprecia el aumento, aunque paulatino y aún discreto, de los niveles de descentralización, que propician mayor autonomía a las instituciones, organizaciones y territorios; un uso más racional de los recursos y las potencialidades propias; una mejor comprensión de la relación entre el proceso socialista y la independencia de Cuba como nación; una conciencia de la necesidad de reformular las metas sociales alcanzables desde estas propias circunstancias; una reanimación del pensamiento social y político que retoma las raíces nacionales y abre nuevas posibilidades al análisis y el debate de ideas, lo cual limita el formalismo y el dogmatismo. Todos estos elementos contribuyen a reforzar la cohesión nacional y son condición básica para una participación más efectiva.

A un nivel social más concreto, los principales obstáculos para los jóvenes se han situado en el plano de las oportunidades de inserción educativas y ocupacionales capaces de garantizar, de forma masiva, las altas aspiraciones del grupo en esas esferas, así como en la débil capacidad de la sociedad para una inserción formal que satisfaga las necesidades de consumo y las expectativas de nivel de vida que portan. Esto está dado por:

- La escasa disponibilidad de empleos, sobre todo para los que arriban a la vida laboral sin una calificación superior.
- La estratificación de los espacios laborales, desde los muy atractivos hasta los rechazados masivamente por concentrar condiciones desfavorables, lo que genera competencia por el acceso a unos y desinterés por otros.
- La debilidad de los mecanismos de recirculación de la fuerza de trabajo para abrir paso a jóvenes idóneos para puestos ya ocupados por otros trabajadores. Esto agudiza el de por sí complejo panorama del empleo juvenil.

En el discurso de la actual generación joven emerge la preocupación por cuáles son las metas —individuales y sociales— a las que pueden aspirar con posibilidades reales de satisfacerlas y que permitan un ajuste entre sus expectativas de realización personal y las necesidades sociales, lo que a su vez pasa por una mayor clarificación de las vías para lograrlo.

- La reducción de opciones de formación profesional de nivel superior para ajustarlas a las posibilidades ocupacionales.¹⁷
- La débil correspondencia entre esfuerzo laboral y posibilidades de satisfacción de aspiraciones individuales mediante el salario, lo que propicia la búsqueda de vías alternativas.
- La aún insuficiente capacidad de los mecanismos de control social para actuar sobre la utilización de aquellas vías alternativas que son violatorias de normas morales y jurídicas, muchas veces a partir de los propios recursos del Estado.
- El incremento de las desigualdades sociales entre grupos de la juventud, condicionado fundamentalmente por el acceso o no a la tenencia de dólares.

Pero en muchos casos estos procesos contienen, de forma contradictoria, elementos positivos, entre los que es posible mencionar:

- Importantes pasos hacia la reducción del igualitarismo social a través de nuevas formas de estimulación, en correspondencia con la cantidad, calidad y significado social del aporte laboral en algunos renglones decisivos para la economía del país; esto estimula la realización de un mayor esfuerzo y favorece la formación de grupos de referencia internos que no son ajenos al modelo socialista.
- La paulatina recuperación de la moneda nacional, que impulsa a los jóvenes a la búsqueda de empleos que garanticen un ingreso estable.
- La diversificación de los espacios de inserción laboral a partir de la ampliación de las formas de propiedad.¹⁸

Tanto los obstáculos como los elementos favorecedores se conjugan con las características propias de esta generación. Sus principales fortalezas son sus elevados niveles educativos y sus altas expectativas, que pueden actuar como factores dinamizadores hacia un mayor esfuerzo. De igual forma, sus principales debilidades son cierta

concentración de dichas expectativas hacia el área del consumo material, así como una relativa pasividad.

En términos generales, la generación de los 90 se caracteriza por una mayor heterogeneidad estructural, a partir de una incipiente recomposición de la estructura socioclasista de la sociedad y del fortalecimiento de algunas diferencias territoriales asociadas al ritmo de recuperación económica y la presencia del sector emergente.

De ello también se deriva el crecimiento de la heterogeneidad en el plano subjetivo, en particular en cuanto a expectativas, valores y cultura política, lo que se expresa en un amplio abanico de intereses y en una diversidad de posiciones ante la participación política, que van desde el compromiso activo hasta el desentendimiento social, pasando por la incorporación pasiva.

No es posible tampoco desconocer las influencias más universales de una época signada por el escepticismo juvenil, el distanciamiento hacia las instituciones y el predominio de la pasividad y la apatía políticas, en un contexto de creciente interacción tecnológica y directamente humana. Aun cuando en Cuba estas expresiones se manifiestan en baja escala en comparación con el entorno internacional, incluso el más cercano, debido a la naturaleza de las relaciones sociales que condiciona el sistema, siempre este entorno marca de alguna manera la fisonomía de la actual generación joven, con rasgos comunes más allá de fronteras nacionales. Estos procesos provocan efectos contrapuestos, pues tienden, simultáneamente, a acentuar la fragmentación y a potenciar la integración, lo que a su vez tiene impactos interesantes en la dinámica generacional.

Los rasgos comunes adquiridos durante su socialización, en un contexto social de naturaleza relativamente distinta en la etapa clave de su conformación como generación, así como los impactos aproximadamente similares que se han producido sobre ella, imponen su sello y marcan diferencias en relación con las precedentes. Esto favorece la aparición de una identidad juvenil fuertemente integrada y claramente diferenciada de las

generaciones anteriores, expresada con mayor intensidad que en las pasadas décadas.

Sin embargo, los efectos polarizadores de algunas de las medidas del reordenamiento económico, el incremento de la heterogeneidad de experiencias vitales acumuladas y la concentración de un segmento de la juventud en la búsqueda de salidas individuales, que lo aleja de la participación en soluciones colectivas, crean distancias dentro del grupo juvenil que limitan la conformación de una identidad generacional ampliamente compartida.

Estos procesos contradictorios se expresan, por ejemplo, en el contexto de la familia. De una parte, existe como tendencia una mayor diferencia de puntos de vista entre padres e hijos y un mayor debate de ideas sobre un conjunto de temas de naturaleza filosófica, política, económica, social y de perspectivas de futuro. En muchos casos, los hijos admiran a sus padres; pero no quisieran imitarlos, por considerar que los nuevos momentos exigen nuevas respuestas. Sin embargo, se ha fortalecido la cohesión familiar y la solidaridad entre sus miembros para enfrentar los múltiples problemas que la cotidianidad pone por delante, lo que ha fortalecido los lazos intergeneracionales.

En sentido general, es evidente el surgimiento de una nueva generación: la generación de los 90, protagonista de ciertas rupturas en relación con sus mayores, de alguna manera comparables con las que se produjeron a raíz del triunfo revolucionario en cuanto a búsquedas de referentes más ajustados a los momentos concretos que le toca vivir y con un mayor espacio para autodefiniciones por parte de los propios jóvenes. Esto no significa la renuncia a las metas de sus antecesores, sino redefiniciones que las atemperen a las nuevas condiciones nacionales e internacionales en que habrán de materializarse.

En el discurso de la actual generación joven emerge la preocupación por cuáles son las metas —individuales y sociales— a las que pueden aspirar con posibilidades reales de satisfacerlas y que permitan un ajuste entre sus expectativas de realización personal y las necesidades sociales, lo que a su vez pasa por una mayor clarificación de las vías para lograrlo.

El rasgo más significativo de este segmento juvenil es la adaptación a un escenario distinto, aun no completamente delineado y precisado, portador de tendencias contradictorias, para el cual las instituciones socializadoras tampoco tienen todas las respuestas. Esto, probablemente, lo convierte en un grupo generacional de transición, tal como en otro sentido lo fue la generación que se socializó a inicios de los años 60.

Nuevos retos para la sociedad y la política

Cada nueva generación aspira a vivir en condiciones superiores a las que la precedieron. En términos generales, la sucesión generacional se ha comportado así a lo largo de la historia. Pero aquellas a las que les toca vivir en épocas de crisis, protagonizan procesos de ruptura mayores.

A la actual generación joven cubana le ha tocado ingresar a la vida social en un momento difícil, en el que se ha alterado el ritmo, más o menos estable, con que se movía la sociedad por casi tres décadas y en el que se han recortado posibilidades que estuvieron al alcance de las anteriores, como disponer de un lugar asegurado en una estructura socioclasista con alto grado de homogeneidad y un nivel de bienestar garantizado mediante esa inserción. Estas posibilidades no solo se refieren a la situación actual, sino a sus posiciones futuras.

Tales condiciones imponen a la sociedad un conjunto de retos para ampliar las opciones de inserción social de la juventud y propiciar una socialización que favorezca conseguir las metas colectivas del proyecto social de la Revolución, en estrecha correspondencia con la satisfacción de las expectativas individuales. Esos retos recorren dos direcciones principales.

La primera se produce en el marco del reordenamiento de las relaciones económicas, y se refiere a la necesidad de abrir espacios, con un contenido real, a los nuevos arribantes al mercado de trabajo; garantizar la calificación y preparación profesional que permita a esta generación disponer de perspectivas ocupacionales futuras —aun cuando no puedan ser satisfechas inmediatamente— y conserve una de las actuales fortalezas con que cuenta el país: la calificación de su fuerza de trabajo, y lograr el ajuste entre el aporte laboral y los resultados que de ello se derivan en términos de satisfacción de aspiraciones individuales y, especialmente, de mejoramiento de condiciones de vida.

Ello implica también la creación de grupos de referencia internos, con modelos de bienestar propios, atractivos, pero ajustados a las condiciones del país y basados en el trabajo y el esfuerzo personal y colectivo. Para eso se necesitan transformaciones en los mecanismos de distribución social, lo que, a su vez, requiere continuar fortaleciendo dos procesos: el de control, tanto de la cantidad y calidad del trabajo y la disciplina laboral, como de la disciplina social, con un fuerte peso del control popular; y el de evaluación a partir de los verdaderos resultados de la actividad de los individuos. Una aplicación consecuente de estos mecanismos, en el marco del actual proceso de redimensionamiento empresarial y de significativa presencia del trabajo por cuenta propia, debe generar una recirculación laboral en la que se potencien las

capacidades y actitudes positivas ante el trabajo y se abran mayores espacios a la juventud.

La segunda dirección es el reforzamiento de determinadas aristas del proceso socializador, en particular en el área de la formación de valores, para lo cual se hace necesario elevar los niveles de información y dinamizar los mecanismos de participación.

Para lograr estos objetivos se requiere continuar trabajando en otras direcciones. La primera es incrementar la articulación entre instituciones socializadoras, de manera que se apoyen y se complementen recíprocamente. Ello contribuiría al reforzamiento de solidaridades y de una identidad juvenil en torno a valores esenciales, sin que signifique una alternativa de oposición al mundo adulto; más bien, por el contrario, que genere unas relaciones intergeneracionales con un fuerte sentido de cooperación —y no de subordinación o de competencia—, que permita aprovechar todas sus potencialidades.

La segunda es aplicar enfoques socializadores diferenciados, que tomen en cuenta la heterogeneidad interna del grupo juvenil y las peculiaridades de cada uno de los segmentos que la componen.

Se requiere, sobre todo, trabajar en la dirección de concebir la socialización como el proceso mediante el cual se prepara a la nueva generación para intervenir en el cambio social, para participar desde las más tempranas etapas en la reformulación de las circunstancias sociales en las que desarrollará su vida.

Las generaciones mayores deben ser conscientes de que cada nueva época produce su propia generación y de que para enfrentar las situaciones que le plantea su época cada nueva generación tiene que crear nuevas soluciones: aunque, por supuesto, tome en cuenta la experiencia de sus mayores. De ahí que deben favorecer un clima de abierta participación y comprensión, sin barreras defensivas, y también sin sobreprotección ni paternalismos.

Cada generación debe intervenir en la conformación de una agenda generacional propia que defina qué puede y quiere aportar al proyecto colectivo y cómo ve su continuidad, para alcanzar un adecuado balance entre lo que aporta y lo que recibe. Es la garantía para lograr un proceso de sucesión-coexistencia, que imbrique las necesarias rupturas que implica el surgimiento de una nueva generación y garantice la continuidad de los valores básicos que rigen el proyecto social.

Notas

1. Aunque se conocen referencias al concepto de generaciones desde la antigüedad, su análisis se inició con la Ilustración. Sin embargo, no es visto de forma sistemática y con una perspectiva integral hasta la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX. Véase María Isabel Domínguez, «Un recorrido histórico por las categorías generacionales,

juventud y socialización», *Las generaciones y la juventud: una reflexión sobre la sociedad cubana actual* [tesis doctoral], Fondos del CIPS, 1994 [inédito].

2. Esta concepción tuvo su punto de partida en las ideas de Augusto Comte, que concibió la sucesión generacional como el mecanismo que sostenía el equilibrio social. A partir de sus criterios, otros autores desarrollaron concepciones positivistas sobre las generaciones con carácter más concreto, como fueron los casos de Joachim Drommel (1862), Giuseppe Ferrari (1874) y François Mentré (1920), entre los más significativos.

3. Esta concepción fue desarrollada por Wilhelm Dilthey entre 1860 y 1874, quien completó y procesó la definición del concepto. Posteriormente, otros autores, como Wilhelm Pinder, ampliaron y aplicaron la definición de Dilthey al análisis concreto de la historia.

4. Esta visión tiene sus fundamentos en las reflexiones de Karl Marx en *La ideología alemana*.

5. A finales de los años 40 y durante la década del 50 se produjo un auge en los análisis generacionales, como resultado de los impactos que la Segunda Guerra Mundial y los cambios de posguerra habían tenido para los jóvenes. Luego decayeron para alcanzar un punto máximo a finales de los años 60, al tratar de interpretar las revueltas estudiantiles del 68 en Europa y los Estados Unidos. En menor proporción, a finales de los años 80 e inicios de los 90 se retomó el asunto como resultado de los fuertes impactos para los jóvenes de procesos tales como la globalización de la economía y de la información y el derrumbe del socialismo en Europa oriental, que se han expresado en crecimiento de la exclusión y la marginación de la juventud, desempleo, migraciones, violencia, prostitución y drogadicción, entre otros.

6. Véase José A. Portuondo, *La historia y las generaciones*, Manigua, Santiago de Cuba, 1958.

7. Discurso de ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba, publicado en la separata de la revista *Universidad de la Habana*, a. XIX, n. 112-4, enero-junio de 1954. Según explica Portuondo, debido al carácter de discurso académico de este trabajo, su autor no desarrolló su esquema generacional. Véase José A. Portuondo, «Esquema de las generaciones literarias cubanas», *La historia y las generaciones*, ob. cit., p. 106. En 1973 apareció la segunda edición, ya ampliada, en los cuadernos del Centro de Estudios Literarios, n. 5, UNAM, México, D. F. Sobre el tema generacional en la cultura han escrito, además, Antonio de Bustamante y Montoro («Las generaciones literarias», *Ironía y generación*, Ucar García, La Habana, 1937) y José Juan Arrom (*Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Ensayo de un método*, Instituto Caro y Cervo, Bogotá, 1963).

8. Véase Ricardo J. Machado, «Generaciones y Revolución», *El Caimán Barbudo*, La Habana, 1966.

9. A partir de ese momento se inició un proyecto de investigación sobre las generaciones que dio lugar a un conjunto de informes que se encuentran inéditos en los fondos del CIPS y el Instituto de Filosofía. María I. Domínguez, *Estructura generacional de la población cubana actual*, CIPS, La Habana 1989; María I. Domínguez, María E. Ferrer y María V. Valdés, *Diferencias y relaciones generacionales en la clase obrera y la intelectualidad*, CIPS, 1989; *Diferencias y relaciones generacionales en el campesinado*, CIPS, 1990; *Características y relaciones generacionales en los estudiantes y los desvinculados del estudio y el trabajo*, CIPS, 1990; *Interrelaciones clasistas y generacionales en la sociedad cubana de hoy*, CIPS, 1990; María I. Domínguez, *Un recorrido histórico por las categorías generacionales, juventud y socialización*, CIPS, 1993; *Las generaciones y la juventud: una reflexión sobre la sociedad cubana actual*

María Isabel Domínguez

[tesis doctoral], CIPS, 1994; Miguel Limia, *Valoración del estado actual de las relaciones generacionales en Cuba*, Instituto de Filosofía, La Habana, 1990.

10. Múltiples trabajos aparecidos en *La Gaceta de Cuba* en los primeros años de la década de los 90 toman en cuenta el criterio generacional al analizar la producción cultural de la anterior década. Por ejemplo, Nelson Herrera Ysla, «El ajaco cubano de los 80. Plástica cubana de los 80: ¿paisaje después de la batalla?», marzo-abril de 1992; Vivian Martínez Tabares, «¿Hacia dónde vamos?. Memorias para una valoración de la escena cubana de los 80», julio-agosto de 1992; Magda Resik, «Escribir es una suerte de naufragio. Habla Senel Paz del cine, de la crítica y de la literatura», septiembre-octubre de 1992; Rosa I. Boudet, «Apuntes para una relectura crítica de los 80», noviembre-diciembre de 1992; Víctor Rodríguez Núñez, «La poesía es un reino autónomo. Entrevista con Roberto Fernández Retama», marzo-abril de 1993; Salvador Redonet, «Mi cuento por una pregunta. Trazos para una poética de la más reciente promoción de jóvenes cuentistas cubanos», julio-agosto de 1993; Mario Vizcaíno Serrat, «Carlos Varela: el gnomo y el guerrero», n. 1, 1994.

11. Para nuestro enfoque de las generaciones en la sociedad cubana contemporánea, nos hemos adscrito a la tercera visión apuntada sobre su definición y el carácter de la sucesión. A partir de un conjunto de presupuestos conceptuales y del análisis de la evolución histórica del país desde la segunda década del siglo en adelante, marco temporal de existencia de las personas que aún constituían la mayor parte de la población, se evaluó el proceso de conformación de generaciones, que fue sometido luego a comprobación empírica con una muestra representativa de la población a nivel nacional. Los resultados obtenidos, una vez ajustados con la indagación empírica, permitieron identificar la estructura generacional de la población cubana, conformada por seis grupos claramente delineados:

1. Los nacidos entre 1922 y 1934
2. Los nacidos entre 1935 y 1943
3. Los nacidos entre 1944 y 1949
4. Los nacidos entre 1950 y 1961
5. Los nacidos entre 1962 y 1970
6. Los nacidos entre 1970 ...

En este ensayo obviaremos las precisiones de cada uno de los grupos y nos referiremos a las generaciones, según la década en que atravesaron su etapa juvenil. En ese caso, cuando caracterizamos a las generaciones del 50, 60, 70, 80 y 90, nos referimos a los grupos 2, 3, 4, 5 y 6, aproximadamente. Véase María I. Domínguez, *Estructura generacional...*, ob. cit.

12. Según las investigaciones antes citadas, el 22% de los obreros de esa generación eran hijos de campesinos y el 59% de los jóvenes que se formaron como profesionales eran hijos de obreros y campesinos. A su vez, el 34% tuvo una participación social elevada en las distintas esferas y otro segmento del grupo que representa casi la mitad del total alcanzó un nivel de participación calificado como medio.

13. Véase Juan L. Martín, «La juventud en la Revolución. Notas sobre el camino recorrido y sus perspectivas», *Cuadernos de Nuestra América*, n. 15, La Habana, 1990.

14. Véase María I. Domínguez *et al.*, *Diferencias y relaciones generacionales...*, ob. cit.

15. Se refiere al denominado proceso de rectificación de errores, iniciado a partir del Tercer Congreso del Partido Comunista de Cuba, en la segunda mitad de los 80, que inició la revisión de los métodos de gestión y planificación económicas empleados en los diez años anteriores, así como algunos de sus efectos para los servicios sociales y la participación.

16. La intensificación del bloqueo de los Estados Unidos limita las oportunidades del país no solo para negociar directamente con esa nación, sino para obtener inversiones de otros capitales, vender y comprar en diferentes mercados, obtener créditos financieros, elevar las tasas de interés, los costos de transportación y un sinnúmero de otros efectos económicos negativos.

17. En la política social cubana funciona el principio de garantizar un empleo a cada egresado de la educación superior, a la cual se accede por el mérito académico. Esta constituye una importante garantía para el individuo y busca eficiencia económica en la formación y aprovechamiento de los egresados universitarios; pero reduce las posibilidades de matrícula y deja insatisfechas las aspiraciones en un grupo significativo de jóvenes de acceder a las universidades .

18. La apertura al capital extranjero, la creación de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC) y de otras formas de trabajo cooperativo, y el crecimiento del cuentapropismo, han diversificado considerablemente la estructura del empleo según formas de propiedad en comparación con las décadas anteriores.

© TEMAS, 1998.

Género y diversidad: desigualdad, prejuicios y orientación sexual en Cuba

Natividad Guerrero Borrego

Investigadora. Centro de Estudios sobre la Juventud.

Una rápida mirada permite visualizar lo diverso del mundo que nos rodea. Dentro de este universo se erige el ser humano íntegro, legítimo y portador de la condición de *irrepetible*, dada por su propia naturaleza humana. Su capacidad para transformar la realidad lo distingue de los demás seres vivos y le concede una posición relevante como ser racional.

Estamos ante un tema interesante: la *diversidad* que ha estado presente siempre, pero no ha sido objeto de reflexión en igual medida. De hecho, ningún ser humano es idéntico a otro, desde todas las aristas posibles de análisis.

Ya desde la primera forma de organización social en la historia humana, se apreciaban diferencias entre los miembros del grupo, de acuerdo con la ocupación, experiencia, saberes, etc. Posteriormente, con la acumulación del excedente de la producción, se generaron diferencias entre los miembros del grupo al apropiarse algunos de ese excedente. Tal situación dio lugar a la concentración de poder económico y, con ello, a la diversidad en cuanto a posición social.

Si hoy nos ocupa el análisis del tema, es porque ha pasado a ser decisivo para el desenvolvimiento de las relaciones interpersonales, tanto a nivel de la micro

como de la macroestructura social. No obstante, la existencia de un mundo unipolar y la globalización como tendencia económica cada vez más extendida, podría provocar confusión en algunos en cuanto a considerar que el mundo también se *homogeneiza*. Sin embargo, cada día se hacen extensivas las corrientes migratorias debido a la crítica situación económica mundial y se favorece que personas de todas las latitudes, de muy diversa composición étnica, cultural, genérica, racial, etc., emigren de sus países, entre otras razones en busca de mejores condiciones de vida, llevando al nuevo medio su identidad. Con ello los rasgos tópicos de una y otra región se mezclan, es decir, se extienden las diferencias.

Según expresa Magoroh Muruyama,¹ la heterogeneidad ha sido estimulada por los movimientos políticos, sociales y culturales que se desarrollan en el siglo xx, y que tratan de defender su identidad nacional, étnica o cultural. Pero resulta paradójico cómo estos movimientos, que lucharon porque se reconocieran sus diferencias, subrayaban la homogeneidad hacia el interior de su grupo, lo que no favorecía a sus integrantes.

La diversidad se hace necesaria e indispensable en los procesos biológicos, ecológicos y sociales, así como en los modos de pensar. Precisa Muruyama que

los modos de pensar varían de un individuo a otro dentro de los grupos sociales o culturales; esos modos de pensar no son propios de cada grupo: son transculturales; las diferencias culturales se deben al predominio que un modo ejerce sobre los demás por diversos medios (influencia, modificación, supresión, recuperación, explotación).²

Y concluye que en todas las culturas existe diversidad en cuanto al modo de pensar, lo que se expresa abiertamente, se oculta, disimula o reprime. Según refiere el autor, en las culturas africanas se considera que la heterogeneidad facilita la cooperación y la homogeneidad genera conflictos.

También el género como condición sociohistórica del ser humano deviene polémico en las ciencias sociales. Hace aproximadamente veinticinco años, autores de los Estados Unidos —señala la socióloga Kari Fasting³— sustituyeron el término *sexo* por el de *género* en sus consideraciones teóricas, por entender este último —y parece haber consenso en definirlo— como un constructo social que no abarca necesariamente términos como atribución de género, sistema de género y órdenes de género, como parte de este complejo proceso sociohistórico. Así, con el estudio de esta categoría, se ha tratado de enmarcar en las investigaciones su abordaje como variable, de acuerdo con las diferencias o como una perspectiva o resultado de un proceso relacional.

Para Ann Hall⁴ las relaciones de género son un conjunto de relaciones de poder en las que los hombres, como grupo social, tienen más poder sobre las mujeres que viceversa, y están construidas socialmente al estar sometidas a cambios históricos. Esta autora precisa que la feminidad y la masculinidad están influidas, en su condición histórica y social, por la raza, la etnia y las clases.

La teoría de los roles —expresa Hall— parte de un enfoque reduccionista sobre género, muy dirigido a lo funcional. También Michael Messner y Don Sabo⁵ afirman que simplifica el concepto, porque solo reconoce los roles femenino-masculino, margina otras formas dominantes y asume una falsa simetría que omite las desigualdades de poder entre uno y otro sexo; además, la consideran una teoría estática.

A lo largo de la historia, la diferencia entre los sexos se ha abordado por múltiples vías, pero el reclamo de los aspectos legales —es decir, de los derechos— parece ser una de las más empleadas.

Se calcula que mil años antes de Cristo ya se discriminaba a la mujer. Durante las épocas que se sucedieron, la dicotomía hombre-mujer en cuanto prevalencia o poder, fue caracterizando el decursar histórico. La mujer fue obteniendo paulatinamente espacios antes no reconocidos. Muestra de ello lo constituyen los movimientos feministas, surgidos con el propósito de defender sus derechos, como es el caso

de las Preciosas Francesas (1560-1660), las cuales reclamaban el derecho al saber y criticaban la estructura matrimonial.

Por su parte, alrededor de los años 20 de este siglo, los clubes femeninos demandan el derecho de aceptar el matrimonio o no, de acuerdo con los sentimientos de la mujer, tener los hijos que quisiera y a la participación social.

El feminismo universalista (Simone de Beauvoir), preconiza la mezcla entre los sexos apoyada en las semejanzas. Las nacionalistas (diferencialismo feminista) promovieron las diferencias corporales y el inconsciente de las mujeres, considerando la maternidad como la expresión máxima de lo femenino y estimulando a las mujeres a reconocer su homosexualidad latente.

Las ecofeministas afirman que la mujer encarna la naturaleza y la vida, y el hombre la cultura y la muerte. Estas apuntan que existe una diferencia natural mayor entre el hombre y la mujer que la que existe entre esta última y los animales.

El feminismo no es un concepto monolítico —precisa Fasting⁶— y se expresa con diferentes matices; tales como feminismo liberal y radical.

Describe el primero como el que resalta la igualdad y responde al paradigma positivista/idealista, significado en que la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre. Sus defensores asumen que no hay razones biológicas para los reducidos índices de participación de la mujer.⁷

El feminismo liberal no incluye en su reflexión una crítica a la sociedad, pues se trata de las dimensiones ideológicas y simbólicas de la opresión del género, en las que es necesario contemplar las posiciones de poder entre hombres y mujeres y entre grupos de uno y otro sexo. También se les critica por resaltar los derechos individuales.⁸

Las feministas radicales identifican el patriarcado como un sistema de relaciones de poder a través de las cuales los hombres oprimen a las mujeres. El sistema patriarcal distingue al hombre por su competitividad, fuerza, agresividad y asertividad; al tiempo que a las mujeres les reconoce su cooperatividad, debilidad relativa, gracia y ternura.⁹ La posición del feminismo radical es pro-mujer y anti-hombre, al señalar lo femenino como superior. Así D. Kandiyoti¹⁰ considera el patriarcado como un concepto reduccionista, transsocial y ahistórico, que no toma en cuenta las diversas formas de dominación masculina, y que establece áreas de control y de poder, así como influencias dentro de sociedades dominadas por hombres. Tampoco analiza otras condicionantes, como la raza y las clases.

En medio de este proceso surgen fuerzas masculinas como contrapartida del feminismo: los *Superman*, los *Soft Male* (hombres blandos), *Peter Pan Boys*, etc. Ya en la

En las culturas occidentales, el machismo ha dejado su huella y ha colocado a los hombres en una posición muy singular: debe ser fuerte, resistente al dolor, poder con todo. En fin, «ser hombre» es «saber, poder, tener»; y cuanto más, es más hombre.

década de los años 80 comienzan a tomar fuerza los estudios del hombre (los constructivistas) que hacen énfasis en la diversidad del modelo masculino y reconocen que este es aprendido y construido y, por tanto, dado al cambio.

Salvador Mendiola¹¹ precisa que los estudios de género en los últimos tiempos han sido promovidos por el movimiento feminista, que también hace énfasis en lo sociocultural, al definir el concepto género y marcar las desigualdades que se construyen desde lo simbólico y mental. Este autor retoma el criterio de Joan Scott, quien define el género como «el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder en la(s) socialidad(es) falogocéntrica(s)»¹² y señala tres niveles para que los estudios de género puedan realizar la desconstrucción contracultural del (des)orden simbólico falogocéntrico:

- La cuestión democrática, de manera que se reconozcan las injusticias e inequidades socioculturales con respecto a las mujeres. Se destaca la necesidad de que se distingan la heterogeneidad y las diferencias.
- La crítica de la sociocultura, para desmitificar las creencias con que se legitiman las diferencias. Se distingue la necesidad de profundizar y ampliar las aplicaciones de las teorías feministas.
- La transformación directa de la vida cotidiana, área hacia la que se enfocan la mayoría de los estudios de género. Aquí se ponen en práctica otras figuras de existencia.

Los estudios de género —reconoce este autor— llaman la atención sobre la situación del varón, al que no presentan en posición tan favorable al considerar que también padece dentro del orden patriarcal.

Un interesante análisis de Patricia Arés¹³ hace referencia a cómo la familia patriarcal se ha visto estremecida por los cambios sociales, los que han colocado a muchas mujeres en posición económicamente solvente que les concede poder, seguridad e independencia, y que a su vez ha ocasionado nuevos conflictos, limitado la estabilidad de la pareja e incrementado los divorcios, índices de madres solteras, etc.

Arés se cuestiona si el hecho de ser hombre no trae problemas, y al respecto realiza una amplia reflexión, afirmando que no hay conciencia de cómo la sociedad lo

ha ido sometiendo y limitando en su propio desarrollo sociocultural. En las culturas occidentales, el machismo ha dejado su huella y ha colocado a los hombres en una posición muy singular: debe ser fuerte, resistente al dolor, poder con todo. En fin, «ser hombre» es «saber, poder, tener»; y cuanto más, es más hombre.¹⁴

Precisa que los hombres, en asuntos de salud y bienestar, presentan una situación que debiera ser más debatida. Por lo general, estos mueren alrededor de los 65 años. Entre las causas fundamentales se encuentran los accidentes y las asociadas al estilo de vida (infartos, violencias, cáncer —esencialmente del pulmón— y cirrosis). También la drogodependencia es mayor en ellos, así como la tendencia a los abusos sexuales y los suicidios.

Esta autora habla de las «patologías de las omnipotencias», lo que se corresponde con la forma en que los hombres resuelven el malestar que les produce su vida cotidiana. A los hombres se les asigna un rol de género que lleva implícito muchas expropiaciones, «suponiendo» que por su naturaleza les son dadas determinadas capacidades, como por ejemplo el desempeño sexual: «se supone» que cuando arribe a la adolescencia sepa todo lo necesario sobre el sexo. Esto lo hace más vulnerable.

Ante las exigencias y demandas femeninas y como consecuencia de los cambios sociales, el hombre comienza a atravesar cierta crisis de identidad. Al responder a las demandas de la mujer, sobre todo las asociadas a la distribución de las tareas del hogar, aquel comienza a dar muestras de comprensión, pero desde afuera. Por lo general, los hombres llegan a sentir que «no son machistas» cuando asumen tareas como fregar, lavar, etc. Sin embargo, lo que no parece ocurrir es la interiorización de que estas tareas no son «propias» de un sexo específico y esa condición responde a una asignación cultural, que funciona como «apoyo a la mujer».

Pienso que estamos compartiendo una época donde se interrelacionan valores muy diversos en relación con el género, en el vínculo de pareja y de familia. La mujer también forma parte de la llamada crisis de identidad que menciona Patricia Arés. En esta lucha por la equidad, algunas mujeres interpretaron que se trataba de hacer lo mismo que el hombre (no preocuparse por el horario

de llegada a la casa, beber, cambiar frecuentemente de pareja, ser infiel, etc.) sin tomar en cuenta que las nuevas exigencias sociales requieren la búsqueda de nuevos referentes, no de retomar lo que «ha sido dado» al varón o a la mujer. En estos momentos de cambios, es necesario crear, desde lo cultural, nuevos patrones, según los cuales pertenecer al género masculino o femenino no produzca discriminación, y se mantengan las diferencias que la naturaleza o la cultura imponen.

En este sentido se expresan Lázaro Hernández y Jorge Luis Lee de forma atinada y clara: «El movimiento por la liberación de las mujeres, que pretende buscar el derecho, no está encontrando más que la injusticia de la aniquilación de la propia mujer y, por consiguiente, la del hombre. A nuestro juicio, la justicia hacia sí mismo se adquiere a través de lo que se otorga al otro con amor».¹⁵

Si se analiza el comportamiento de hombres y mujeres desde una perspectiva de género, se podría concluir que existe mucha más información sobre la mujer que sobre el hombre. Por largo tiempo, la mayoría de los científicos fueron hombres y, por lo tanto, los resultados de los estudios sobre mujeres llevaban el sello de la interpretación masculina. No pocas veces se hizo énfasis en lo biológico. En los últimos diez años se han incrementado los estudios sobre los hombres y algunos de ellos concluyen que los estereotipos no solo han empobrecido la percepción de lo femenino, sino también de lo masculino.

La relación género-diversidad se profundiza cuando se extingue la comunidad primitiva; se manifiestan entonces diferencias entre los sexos, creadas esencialmente por la toma de poder de uno (matriarcado) u otro (patriarcado), las cuales marcaron una diferencia genérica que ha trascendido hasta nuestros días. Resulta tradicional —y para muchos hasta natural— considerar a la mujer inferior al hombre, en lo que influye de alguna manera el hecho de que la primera forma de esclavitud fue, precisamente, la de la mujer por el hombre. Vale añadir la afirmación de Augusto Bebel,¹⁶ quien señala cómo hasta el propio esclavo llega a convencerse de que su condición es algo natural.

Visto así, puede comprenderse cómo en pleno siglo xx es arduo el debate sobre la desigualdad entre los géneros, por cuanto el condicionamiento sociohistórico y cultural así lo indica.

El debate sobre género en Cuba

En el debate de los intelectuales cubanos se emplean dos términos en forma alterna: igualdad-equidad. Se pretende hacer énfasis en el derecho a la igualdad de oportunidades, de manera que las mujeres puedan

ocupar el espacio que les corresponde en la sociedad, sin límites impuestos por la condición de género. Una reconocida periodista cubana, Mirta Rodríguez Calderón afirma: «no estoy segura de que las mujeres queramos ser iguales a los hombres: creo que queramos ser como somos: plenas y reconocidas».¹⁷ Ella defiende el aporte que junto al hombre han hecho y harán las féminas cubanas como actrices sociales en el proceso de construcción intergenérica para transformar la sociedad hacia niveles de vida superiores. Este es un punto de vista enérgico, que reconoce la acción de la mujer al mismo nivel que el hombre. Otros enfoques colocan a la mujer en posiciones desventajosas, pues —al decir de Lourdes Fernández¹⁸— a nivel societal el género favorece intrínsecamente la formación de jerarquías y por tanto le otorga mayor *status* al hombre, de acuerdo con las actividades que realiza, y devalúa a la mujer, sumiéndola en un plano secundario. Desde esa propia concepción, los futuros padres comienzan a disponer, sobre una base material y diferenciada, aquello que será propio de una niña o un niño. Así, al nacer, en el proceso de socialización y sus diversas instancias, uno u otra irá aprendiendo lo que es propio de su sexo, lo que le está reconocido o prohibido, cuáles son sus funciones y cuáles las capacidades que deberá desarrollar.

Desde la cuna, se pautan las diferencias con mayor o menor magnitud, lo que está en dependencia de las concepciones de los padres, en primer orden; más adelante, otros actores sociales hacen su contribución. Visto así, parecería «natural» la existencia de la desigualdad entre los géneros, y se justifica lo muy difícil del empeño de sensibilizar a muchos sobre la necesidad de la equidad de géneros para el bienestar y el desarrollo social, o para que la sociedad sea un espacio donde hombres y mujeres tengan la posibilidad de hacer su aporte. Asumir la sexualidad como «una expresión personalizada del ser humano, atravesada por la cultura y determinada por el momento histórico que le toca vivir, en el interjuego de la inter e intra subjetividad, que se expresan en el cuerpo, en las representaciones que el sujeto tiene de sí y de los demás»,¹⁹ nos sitúa en condiciones de considerar su diversidad sin exclusión en cuanto al sexo. Sin embargo, a lo largo de la historia, justamente esta esfera de la vida —la sexual— ha sido muy controvertida —y, a mi juicio, la menos lograda— en la sociedad cubana. Nos referimos, entre otras, a valoraciones que significan la presencia aún de:

- Desinformación y prejuicios en torno a la necesidad de la educación sexual.
- Prejuicios hacia los métodos anticonceptivos.

- Prejuicios ante el concepto de fidelidad, a favor del hombre.
- Prejuicios hacia la búsqueda de orientación sexual.

Otras culturas desarrollan otros hábitos y, por tanto, para algunos la diferencia que hoy predomina en culturas como la occidental parece no llamar la atención de las ciencias sociales.²⁰

Durante la década de los años 80, el Centro de Estudios sobre la Juventud realizó investigaciones para aproximarse al conocimiento de las actitudes de los adolescentes y jóvenes en torno a la sexualidad. En las encuestas se puso de manifiesto el criterio, paradójico, de los más jóvenes respecto a su interés por tener relaciones prematrimoniales y desear casarse con una muchacha «virgen». Señalaron, por otra parte, su acuerdo con la infidelidad masculina y su desacuerdo con la femenina, así como su reconocimiento de la responsabilidad femenina con las tareas domésticas. Resulta evidente un cierto mimetismo en la reproducción del criterio adulto al respecto.

Los jóvenes de más edad, por su parte, expresaron elementos más flexibles y reflejaron en su análisis un pensamiento dialéctico en torno al asunto. Ellos aceptan las relaciones prematrimoniales, sin tomar como condicionante la virginidad; son más dados a concebir las responsabilidades del hogar para ambos sexos y consideran que la fidelidad debe ser un principio de los dos sexos, no de uno solo (hombres); pero destacan que «siempre ha sido así», es decir, que un hombre infiel no es valorado igual que una mujer infiel. Muestran así cierta satisfacción por la coyuntura histórica que la sociedad les pone ante sí, en la que se sienten favorecidos.

Las indagaciones de esta institución en la década del 90, dan como resultado la superación de lo referido sobre la virginidad, pues es obvia la aceptación de las relaciones prematrimoniales. Los jóvenes (varones) tienden a vivir en unión consensual y a brindar más «apoyo» en cuanto a las tareas del hogar. Sin embargo, en torno a la fidelidad, estos confiesan que están «aprovechando» los prejuicios que aún se mantienen, alimentados «convenientemente» no solo por los hombres, sino por algunas mujeres que los aceptan como algo «natural».

En una investigación-acción con adolescentes, realizada por el mencionado Centro, se corroboró que tanto muchachas como muchachos están satisfechos con su género. Sin embargo, en sus argumentos siguen estando presentes prejuicios que sitúan a la mujer en una posición desventajosa respecto al hombre.

| MUCHACHAS | MUCHACHOS |
|--|---|
| <i>Estoy contenta de ser mujer porque:</i> | <i>Estoy contento de ser hombre porque:</i> |
| Podemos llegar a ser madres | No tenemos que parir |
| Somos más delicadas | Somos más fuertes |
| Podemos presumir | Podemos salir y regresar a la hora que queramos |
| Somos más cariñosas | Somos la autoridad en la familia |
| <i>Si yo fuera hombre ...</i> | <i>Si yo fuera mujer ...</i> |
| Buscaría mujeres delicadas | Tendría más quehaceres en la casa |
| Podría tener más relaciones amorosas | Sería más dulce con mi pareja |
| Tendría que enfrentar más dificultades | Respetaría más a las mujeres |

Estos resultados evidencian desigualdades en cuestiones que podrían ser resueltas si la equidad actuara como principio en la formación de valores que son universales. Estos jóvenes expresan demandas hacia el otro sexo, pero no internalizan la posibilidad de actuar en coherencia con lo que sienten. También se identifica al hombre con un desarrollo mínimo de ciertas cualidades (por ejemplo «ser delicado»), como si la delicadeza fuera privativa de la mujer.

A partir del precedente análisis empírico, se puede concluir que a pesar de los esfuerzos educativos por ofrecer información que facilite la formación de concepciones más humanas y universales en cuanto a la sexualidad —y en particular respecto a las singularidades y similitudes de uno y otro género—, todavía la fuerza de la costumbre, de la cultura y de los valores tradicionales es suficiente como para confundir y mantener criterios que desfavorecen especialmente a la mujer, y que a su vez limitan al hombre en su pleno desarrollo. La educación de la sexualidad es y será una condición necesaria de todo el sistema de influencias en el proceso de educación de la personalidad, lo cual requiere de coherencia y sistematicidad en los mensajes educativos.

Mayda Alvarez sistematiza, en apretada síntesis, algunas reflexiones que confirman este análisis. Considera que si bien el tema de la mujer todavía resulta poco investigado, ya cuenta con valiosos estudios e interesantes resultados. Refiere que la incorporación de la mujer al trabajo trajo como consecuencia no solo que elevara sus ingresos y mejorara las condiciones de vida de su familia, sino que cualitativamente se

El impacto sobre las personas y, en general, sobre Cuba, de la actual situación económica y social del mundo, ha permitido que se remuevan las ideas y se desmoronen esquemas y concepciones rígidas. La diversidad en la sexualidad es una condición natural y necesaria, que hoy parece percibirse con mayor claridad.

enriqueciera desde una perspectiva cultural y profesional y en su rol de madre, esposa, hija, etc., con una participación más activa.²¹

Sin embargo, se ha constatado también que en muchas familias aún predomina un desempeño de roles que responden a lo tradicional, en cuanto a la división del trabajo doméstico. Esto influye negativamente sobre la integridad de la mujer, sobre todo si es trabajadora, pues además de sus responsabilidades laborales, cumple con la mayoría de las tareas hogareñas. Esta sobrecarga constituye una limitante objetiva y significativa que suele estar presente al valorar a una mujer para ocupar cargos de dirección.

La fuerza de los prejuicios y los estereotipos en torno a las altas responsabilidades de dirección continúan siendo, en el orden de las subjetividades, una de las razones que obstaculizan el desempeño que pudiera llegar a alcanzar la mujer cubana en cuanto a participación social en su sentido más amplio.

Una visión alternativa

Analicemos entonces otros elementos que fundamentan, desde un enfoque de género, la dicotomía hombre-mujer en la relación de pareja. Sin dudas, las transformaciones sociales, económicas y científico-técnicas han matizado la dinámica de la relación de pareja en su vida cotidiana, en la distribución de roles, en la selección del compañero o la compañera. A pesar de la fuerza y la perseverancia de lo tradicional, ocurre cierta movilidad de las exigencias y demandas entre uno y otro sexo e incluso entre personas del mismo sexo en el interior de su relación de pareja. Así, los límites de la distribución de los roles y de las funciones entre hombres y mujeres van siendo menos firmes, sus fronteras se hacen permeables y quedan mediatizadas por la interpretación que sus actores hagan de sus vínculos en un momento dado y de acuerdo con el desarrollo de sus capacidades.

«El sujeto no es pasivo, no asume mecánicamente lo histórico-cultural en el propio decursar de su individualización que es también histórica»,²² según expresa Lourdes Fernández, quien puntualiza:

[A]unque lo cultural en este plano resulta un contenido de gran fuerza y arraigo en la subjetividad individual— pues por el eje conceptual de lo que significa ser hombre o mujer pasa la identidad personal genérica y hasta la propia autoestima—, ello no se incorpora de manera mecánica a la subjetividad, sino que en este proceso participa de modo activo el sujeto, el cual, a través de sus recursos personológicos, su madurez y otras particularidades psicológicas derivadas de su condición sexual y de la edad, asimila de modo elaborado, personalizado, la influencia cultural.²³

Las relaciones en el interior de la pareja se establecen entonces de manera que predomine la subordinación de uno por otro, desde una posición vertical; la complementación entre sí, desde una posición horizontal, o la combinación de ambos de acuerdo con el contexto; sin que necesariamente uno u otro tipo generen contradicciones internas, pues estas dependerán de la naturaleza de las propias personas que establecen el vínculo.

Se genera así una serie de interpretaciones en las que la mujer continúa siendo percibida en una posición desventajosa, en su condición de madre sacrificada, de inseguridad y dependencia, frente a un hombre seguro e independiente. Se perciben posiciones femeninas más reconocidas socialmente (área profesional), pero no escapan al cuestionamiento del tiempo que no dedican a su pareja, a su familia. Algunas mujeres no aceptan propuestas de dirección para no entrar en conflictos internos porque su desarrollo psicosocial vaya por encima de las expectativas de su pareja.

Comparto el criterio de Lourdes Fernández cuando se refiere a la movilidad en los roles de género, y precisa que alcanzan una pseudoalternancia o seudoprogreso. Considero además que este criterio no habría que evaluarlo como positivo o negativo, siempre que genere coherencia en la dinámica de la pareja, tomando en cuenta que cada persona hace su propia interpretación de la situación en que se encuentra, de acuerdo con su experiencia y formación.²⁴

La orientación sexual de un individuo responde a la atracción que siente una persona por otra. Existe consenso en clasificarla en tres comportamientos básicos: la homosexualidad, que responde a la atracción por una persona del mismo sexo; la heterosexualidad,

en cuyo caso la atracción es sentida hacia el otro sexo y la bisexualidad, que responde indistintamente a la atracción por uno u otro sexo.

La limitación que existe en relación con el concepto *diversidad* y su visión estrecha al ser interpretado, abarca también la orientación de la sexualidad. El rechazo y la discriminación a lo diferente han matizado las relaciones interpersonales, a lo que se le añade el desconocimiento que trae como consecuencia la distorsión de la verdad, lo cual deja el camino abierto a los prejuicios y estereotipos.

Homosexualismo y prejuicio

Lo que parece ser predominante entre los seres humanos son las relaciones heterosexuales. Las orientaciones bisexual y homosexual se expresan en una minoría de la población, lo que no significa que no sean tan naturales como las heterosexuales, y que no sean consideradas como auténticas. Se trata de un tema legendario, que resulta más complicado porque aun en estos tiempos no existe consenso en cuanto a las causas que originan estas diferencias en el comportamiento sexual.

En un «llamado de atención» sobre el tema del homosexualismo en Cuba, la revista *Somos Jóvenes* solicitó una entrevista al doctor Celestino Alvarez Lajonchere, una personalidad de la medicina y la educación sexual en Cuba. Alvarez Lajonchere señala, en relación con las causas de esta conducta y de acuerdo con resultados sistemáticos del Instituto de Endocrinología de la Universidad Humboldt en experimentos con animales, que estas parecen ser esencialmente biológicas. De ser así, tal vez los prejuicios al respecto serían menos difíciles de eliminar, y las personas con esta orientación no se sentirían responsables de su condición.

Autores clásicos de la sexología, como Masters y Johnson, señalan que el rechazo al homosexualismo tiene una génesis religiosa, pues la Iglesia solo acepta el coito reproductivo, así que la homofobia llegó hasta a condenar a muerte a los individuos con ese comportamiento. En el medioevo fue así; sin embargo, la historia reconoce que, antes, el homosexualismo se prohibió a los esclavos, porque se consideraba una práctica noble que reafirmaba la masculinidad.

Se dice que en Cuba, en épocas de la Inquisición, fue quemado un grupo de homosexuales en La Habana. En los tiempos actuales, la actitud homofóbica no condena a muerte, pero aún crea limitaciones a quienes se orientan hacia su mismo sexo. No todos encuentran empleo y, si son amanerados, tropiezan con mayores obstáculos.

Resultan interesantes los datos de las investigaciones desarrolladas en el Instituto Kinsey por Alan Bell y Martin Weinberg, los cuales constataron la diversidad de personas y estilos de vida en la práctica homosexual; es decir, la forma tan diversa en que se diferencian unos homosexuales de otros. Estos autores refieren que la homosexualidad puede ser vivida como la heterosexualidad; existen «heterosexualidades, así como existen homosexualidades, incluyendo en estas categorías una diversidad de dimensiones interrelacionales». Concluyen refiriendo que «se entiende mejor a los hombres y a las mujeres homosexuales, cuando se les considera como seres humanos completos y no únicamente en términos de su comportamiento sexual».²⁵

Los efectos de la homosexualidad sobre la persona así orientada son menores que los que les ocasiona el prejuicio de los demás: suele ser peyorativamente tratada, y para algunos, resulta paradójica su adecuada conducta social.

Algunas experiencias empíricas realizadas por investigadores y especialistas cubanos durante la década de los 90, revelan que aún son insuficientes los estudios que abordan este tema. La mayoría de las investigaciones exploran aspectos asociados a los prejuicios en torno a la homosexualidad, la aceptación o rechazo en cuanto a vínculos interpersonales, espacios y ocupaciones, en los que se cuestiona o no su participación, y la autopercepción en relación con su condición y la actitud de la sociedad hacia ellos. Los trabajos realizados en los últimos tiempos no se han propuesto alcanzar representatividad, sino solo una aproximación al conocimiento de dicho comportamiento y de las características de algunas áreas como la familiar, sexual, social, afectiva, etc. La mayoría de los estudios coinciden en afirmar que los homosexuales estudiados asumen su condición sin desear otra; no parecen sentir vergüenza por su orientación, aunque sí desearían la comprensión social, no sentirse marginados. Reclaman de la sociedad el derecho al respeto y a la participación social. Estas personas encuentran irrespetuosidad e incompreensión en algunos ámbitos sociales, bien porque no los conocen o porque asumen estereotipadamente a todos por igual, sin tomar en cuenta que la diversidad entre los homosexuales es tan auténtica y amplia como entre los heterosexuales.

Las familias prefieren no tener parientes cercanos de esta condición. Cuando los tienen, algunas se resignan; a veces, el rechazo se mezcla con culpa, dolor, amor e incompreensión. Otras veces se resuelven estos conflictos al acudir a un especialista y se logra la convivencia, que en algunos casos llega a ser natural y desprejuiciada. Existen homosexuales que tratan de comprender la situación y de ponerse en lugar de los

demás; pero también sufren cuando observan que los otros no siempre los asimilan; entonces viven con vergüenza y quieren huir del medio que los reprime. Muchos viven en constante ambivalencia afectiva. La adolescencia constituye la etapa en la cual se define la identidad de género; por tal razón, algunos adolescentes entran en conflicto consigo mismos al descubrir su orientación sexual. En ocasiones, buscan ayuda especializada; en otras, asumen la angustia que les provoca el rechazo social; otros ocultan, mientras pueden, su verdadera inclinación, y no ha faltado quien ha atentado contra su propia vida. Según las encuestas, los homosexuales perciben cierta disminución del rechazo, consideran que se ha avanzado hacia la tolerancia, lo que está relacionado con el medio en el cual se desenvuelven. No obstante, algunos opinan que deben tener acceso a determinadas ocupaciones o profesiones, es decir, que no se les limite en su participación social.

Una encuesta realizada por el Centro de Estudios sobre la Juventud, en 1994, con 373 jóvenes de diferentes regiones del país, reveló que los cinco puestos de trabajo donde se considera que los homosexuales podrían trabajar eran: sastre o modisto, barbero o peluquero, artista, profesor de arte y trabajador por cuenta propia. En contraste, los cinco puestos donde no deberían trabajar eran: dirigente político, director de hospital, custodio, profesor de deporte y director de círculo infantil.

Estos datos son muestra fehaciente de la presencia actual de prejuicios y de la creencia de que estas personas pudieran transmitir o propagar su condición. En este estudio se constató, además, que algo más del 50% de los encuestados consideraban la tolerancia imprescindible para las relaciones humanas; es decir, como una necesidad social que contribuiría a que muchas personas fueran emocionalmente más estables y felices.

Al parecer, las personas aceptan más a los homosexuales que les resultan más distantes; no les preocupa tenerlos de vecinos, de compañeros de trabajo, estudio o de organización social; sin embargo, les resulta más penoso que sea un familiar. Uno de los estudios referidos²⁶ evidenció que, para los encuestados, el homosexualismo es un problema social, al que le conceden importancia inferior al abandono de los hijos, la drogadicción, el suicidio y el delito; y a su vez lo jerarquizan por encima de la prostitución, la traición al compañero, el alcoholismo, la infidelidad y el divorcio. Esta aseveración confirma la presencia de información estereotipada, desinformación e ignorancia acerca del asunto.

Otra de las encuestas realizadas²⁷ puso de manifiesto que entre 85 homosexuales entrevistados

predominaban los que son conscientes de su orientación sexual y confirman su condición humana, mientras un grupo no despreciable sintió confusión y preocupación al pensar en la actitud que asumiría su familia. Los homosexuales suelen percibirse a sí mismos como más inteligentes, preocupados por su trabajo, sociales, humanos y sensibles que los heterosexuales, además de considerar que tienen una vida sexual más activa.

A pesar de que asumen su orientación, la mayoría de los homosexuales varones entrevistados ha tenido experiencias con mujeres, lo que podría estar asociado al proceso de orientación sexual. Alvarez Lajonchere apunta que hasta los mismos homosexuales masculinos —en el caso de Holanda—, llegan a discriminar a las lesbianas de su propio país. En este sentido, Olga García²⁸ constata, en un pequeño grupo de homosexuales cubanos, rechazo hacia las mujeres con la referida orientación sexual, lo que denota insensibilidad, antipatía y desinformación acerca de sus inquietudes y singularidades. La autora precisa, además, que estos varones se consideran superiores a los heterosexuales en cuanto a su erotismo.

Otro análisis coincide en la valoración que los homosexuales varones hacen de las lesbianas, a las cuales suelen referirse en forma peyorativa. Las perciben como conflictivas, groseras, vulgares, desagradables, toscas, etc. Otras encuestas constatan tal percepción también entre los heterosexuales, lo cual podría interpretarse como consecuencia de la discriminación hacia la mujer, resultado del tratamiento del género en cuanto a la homofobia, que responde a los prejuicios contruidos en el decursar del desarrollo sociocultural. Estos criterios conforman las diversas concepciones que en torno al tema están presentes en nuestro país. Su modificación dependerá de la congruencia y efectividad del proceso educativo y del propio desarrollo de las ciencias.

Todavía faltan informaciones y reflexiones que, mediante su divulgación, favorezcan la comprensión de la sexualidad en su sentido más amplio, de manera que el razonamiento facilite el proceso hacia la aceptación de las diferentes formas de vivir sexualmente activos, y la disminución de la homofobia, que tanto daño hace a no pocas personas en el mundo.

Hacia una sexualidad culturalmente diversa

Antoni Mirabet señala que

un hecho fundamental en taxonomía es que la naturaleza rara vez presenta categorías opuestas. Solo la mente humana las inventa. El mundo de los seres vivos es continuo en todos y cada uno de sus aspectos. Cuanto antes

aprendamos esto, en lo concerniente a la sexualidad humana, más pronto llegaremos a comprender las realidades.²⁹

Una reflexión retrospectiva del proceso revolucionario hasta la década del 80, destaca la evolución paulatina hacia el conocimiento y la sensibilidad hacia la eliminación de prejuicios y estereotipos. Sin embargo, se trata de algo muy complejo. De hecho, el sistema de influencia educativa se ha desarrollado con un predominio de la homogeneidad, ha obviado de alguna manera la gran diversidad de pensamiento y las experiencias de la población a la que va dirigida.

La asimilación de todos los preceptos y valores transmitidos, han sido incorporados por algunos, aceptados por otros y rechazados por los demás. La forma de sensibilizar al individuo ha venido variando hasta asimilar lo participativo. ¿Por qué educar desde la imposición, desde el punto de vista según el cual «yo tengo la verdad que tú debes aprender»?

Los años 90 se han caracterizado en las ciencias sociales por el incremento de los trabajos de intervención comunitaria, la utilización de metodologías participativas y la combinación de técnicas cuantitativas y cualitativas, y se han logrado resultados que se aproximan con más nitidez a la interpretación que las personas hacen de la realidad.

El tema de lo diferente, entendido como *diversidad*, es realmente complejo, pero su complejidad se agudiza cuando apunta hacia el género, y aún más, hacia la orientación sexual. Se trata de cuestiones altamente sometidas a la discriminación a lo largo de la historia. Es por eso que el escenario futuro no se presenta muy claro ni con mucho optimismo; se necesita tiempo y sensibilidad.

El impacto sobre las personas y, en especial, sobre Cuba, de la actual situación económica y social del mundo, ha permitido que se remuevan las ideas y se desmoronen esquemas y concepciones rígidas. La diversidad en la sexualidad es una condición natural y necesaria, que hoy parece percibirse con mayor claridad. Cada vez son más los especialistas capacitados y sensibilizados con la necesidad de estimular la educación de nuevos valores que tomen en cuenta a todos los seres humanos.

Como categoría sociocultural, el género necesita, para su análisis, del reconocimiento intrínseco de lo *diferente*, y no desde la superioridad o inferioridad. Ya existen reflexiones que enfatizan la necesidad de la búsqueda de otros referentes para identificar la diversidad desde un enfoque de género, y concebir al mismo tiempo lo femenino y masculino como *humanidad*, entendida como expresión íntegra del ser humano, con sus riquezas y valores en sí mismos, y no

minimizando las cualidades de un sexo en relación con el otro. El discurso social caracterizado por la «doble moral» atenta contra ambos sexos y pone en crisis la identidad tanto femenina como masculina, pues la sobrexigencia de esta última y la devaluación de la primera así lo indican.

En Cuba, los acelerados cambios devenidos con la Revolución favorecieron mucho a la mujer, sobre todo porque ganó espacios de participación social. Pero en cuanto al desempeño de sus roles en el interior de la pareja y la familia, estos han sido más lentos y matizados, sobre todo, por la doble moral. Este terreno ha sido más difícil de influir por su carácter íntimo y personal, por «conveniencia» y porque en definitiva nuestra sociedad sigue siendo patriarcal.

La mujer cubana continúa destacando la necesidad de que los derechos reconocidos se *internalicen*. No se trata de que el hombre «ayude», sino de que comparta, que sienta que los deberes del hogar y la pareja también son suyos. En este sentido, se observa una nueva generación más sensible y activa, a pesar de la fuerza de lo tradicional.

Hoy compartimos una sociedad en la que interactúan prejuicios y desigualdades evidentes, que deberían haber desaparecido, por su obvia existencia injusta, y las concepciones más avanzadas al respecto, que preconizan la convivencia de hombres y mujeres como partes inseparables y necesarias en el desarrollo del bienestar social, con una participación que depende de lo diverso de sus singularidades, sin que sus diferencias establezcan superioridad o lo contrario.

El mundo avanza hacia la aceptación de la diversidad, porque todas las esferas del desarrollo la van indicando como camino futuro. Para los cubanos, el camino se favorece porque cuenta con las propias transformaciones que estimuló la Revolución y porque actualmente la influencia de las fuerzas externas demanda nuevos cambios, para los que se requiere la participación de todos. A esta condición no escapa ninguna estructura social, por pequeña que sea.

Se hace imprescindible contar con todos los seres humanos, sea cual sea su sexo, y sea cual sea su orientación sexual. El mundo ofrece espacios para todos, y todos tenemos múltiples roles que desempeñar para alcanzar ese anhelado bienestar vital.

Notas

1. Magoroh Muruyama, «Dime cómo piensas», *El Correo de la UNESCO*, febrero de 1996.
2. *Ibidem*.
3. Kari Fasting, «El género como perspectiva importante en el estudio de la sociología del deporte», en *Memorias del I Encuentro UNISPORT sobre Sociología del Deporte*, Málaga, n. 256, 1992.

Natividad Guerrero Borrego

4. Ann Hall, *Sport and Gender: A Feminist Perspective on the Sociology of Sport*, Cahper Monograph Series, 1978, citado en Kari Fasting, ob. cit.

5. Michael Messner y Don Sabo, «Toward a Critical Feminist Reappraisal of Sport. Men and the Gender Order», en *Sport, Men and the Gender Order. Critical Feminist Perspectives*, Human Kinetics Books, Champaign, 1990, pp. 1-17, citado en Kari Fasting, ob. cit.

6. Kari Fasting, ob. cit.

7. Jennifer Hargreaves, «Gender on the Sport Agenda», *International Review of the Sociology of Sport*, no. 4, 1990, citado en Kari Fasting, ob. cit.

8. Kari Fasting, ob. cit.

9. A. Weir y E. Wilson, «The British Women's Movement», *New Left Review*, n. 148, 1984, citado en Jennifer Hargreave, ob. cit.

10. D. Kandiyoti, «Bargening and Patriarchy», *Gender and Society*, no. 3, 1988, pp. 247-290, citado por Michael Messner y Don Sabo, ob. cit.

11. Salvador Mendiola, «Teoría feminista de los estudios de género», ponencia presentada al VII Coloquio de Inv. del IPUEG, México, D. F., 1997.

12. *Ibidem*, p. 3.

13. Patricia Arés, «Virilidad: conocemos el costo de ser hombre» [material de estudio], Universidad de La Habana, 1997.

14. *Ibidem*.

15. Lázaro Hernández y Jorge Luis Lee, «Dos sexos, un género, un camino por recorrer» [inédito].

16. Augusto Bebel, *La mujer y el socialismo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979.

17. Mirta Rodríguez Calderón, *¡Di, mamá! ¿Tú sabes qué cosa es género?*, MAGIN, La Habana. 1996.

18. Lourdes Fernández, «¿Roles de género? Femenidad vs. masculinidad», *Temas*, n. 5, enero-marzo de 1996, pp. 18-23.

19. *Ibidem*.

20. En las sociedades occidentales, la presencia de la «doble moral» es entendida según Sigfried Schnabl (*El hombre y la mujer en la intimidad*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1989, p. 37), como:

- el establecimiento de normas morales distintas, y diferente valoración de la conducta sexual de cada sexo.
- la contradicción continua entre el reconocimiento formal de las normas morales oficiales y la ignorancia práctica de su validez para el comportamiento propio.
- la contradicción del conocimiento «teórico» de los principios de conducta necesarios y el aferramiento rígido a las exigencias morales heredadas.

Todo ello condiciona el comportamiento socialmente diferente de hombres y mujeres, a partir de lo cual se expresan múltiples divergencias, exigencias y demandas.

21. Mayda Alvarez, «Mujer cubana: problemas de estudio», *Temas*, n. 1, enero-marzo de 1995, pp. 77-84.

22. Lourdes Fernández, ob. cit.

23. Lourdes Fernández, ob. cit.

24. En torno a los prejuicios asociados a la orientación sexual, los estudios realizados en el Instituto de Investigación Sexológica Kinsey (1974) son reconocidos después de 20 años. Véase Antoni Mirabet, «SIDA y homosexualidad», conferencia en el 8º Congreso Latinoamericano de Enfermedades de Transmisión Sexual y SIDA, Centro de Orientación e Información Integral, Santo Domingo, noviembre de 1991.

25. Antoni Mirabet, ob. cit.

26. Josefina Alfonso, «La homosexualidad. Algunas consideraciones de la opinión de jóvenes cubanos en muestra de tres provincias», Fondo del Centro de Estudios sobre la Juventud, 1994.

27. Colectivo de autores, «Acercamiento al fenómeno del homosexualismo en Cuba», *Juventud Rebelde*, La Habana, 1994.

28. Olga C. García, «Factores asociados al manejo de la conducta homosexual como problemas de salud», La Habana, 1996.

29. Antoni Mirabet, ob. cit.

© TEMAS, 1998.

Oye, loca. Las identidades y la cultura masculina gay cubano-americana

Susana Peña

Socióloga. Universidad de California, Santa Bárbara.

1980: en un período de cinco meses, llegan 125 000 cubanos a los Estados Unidos. Esta oleada de inmigrantes recibe el nombre de puente del Mariel, por el puerto del mismo nombre, en Cuba, desde el cual salieron de su país de origen casi todos esos inmigrantes. La mayoría viene a vivir a Miami, la ciudad con la segunda mayor población cubana del mundo, solo después de La Habana, capital de la Isla. Se observa que una parte importante de los cubanos que llegaron era gay. Con los años surge un gran debate sobre el número exacto de homosexuales y los cálculos fluctúan entre 1 500 y 30 000. Independientemente de la cifra exacta, la población gay desempeña un papel evidente en la formación de la opinión pública en torno al Mariel y en la manera en que los medios de difusión informan sobre la situación. Desde Cuba, se utiliza su presencia entre los que deseaban salir para caracterizar negativamente como *escoria* a todos los cubanos que participaron en la migración. Los cubano-americanos

que viven en los Estados Unidos realizan comentarios abiertos sobre los «maricones»,¹ preguntándose qué va a ser de su impecable reputación en el país que los ha recibido.

Según fueron asentándose muchos de los inmigrantes del Mariel en la zona sur de Miami Beach, los medios de difusión comenzaron a informar de un rápido aumento en los delitos violentos. Hablar del South Beach a principios del decenio de los 80 era invocar el delito, las armas, los estupefacientes y los inmigrantes; muchas escenas de la serie de televisión *Miami Vice* y de la película *Scarface* tuvieron como inspiración el aura de South Beach.

1990: South Beach tiene una reputación creciente como vecindario gay. Los clubes nocturnos y los bares cobran popularidad, primero local y luego nacional e internacional. Muchos gays del país comienzan a mudarse a la cálida ciudad meridional. Tiene lugar el típico fenómeno de renovación urbana con la llegada de negocios de moda, el remozamiento de los edificios de apartamentos y los alquileres astronómicos. La cola para entrar en el *Warsaw*, el club gay con mayor tiempo de establecido en South Beach, suele ser de una cuadra.

Versión de la tesis homónima presentada por la autora para la Maestría en Sociología, Universidad de California, Santa Bárbara, 1997.

El club, que hace gala de una gran pista de baile y un increíble sistema de sonido, y de presentar como animador al cada vez más popular David Padilla, puede atraer a una amplia gama de gays de la localidad y visitantes, muchos de los cuales pasarán a ser de la localidad en los siguientes años.

Estos dos momentos históricos son ejemplos de las ocasiones en que se ha debatido en público sobre los gays en comunidades cubano-americanas, en los medios dominantes de comunicación estadounidenses, en los medios nacionales gays y en el discurso político internacional. La hipervisibilidad de los inmigrantes gays del Mariel, suele estar sobre todo acompañada por la negación, el silencio y la invisibilidad, que promueven esos mismos agentes de discusión.

Los gays cubano-americanos constituyen una población apenas estudiada.² Además de examinar tal falta de investigación, este estudio contribuirá al examen de las identidades y comunidades raciales, étnicas y sexuales. Aunque dentro de los círculos académicos existe un creciente debate sobre la intersección de la raza y la sexualidad, se pretende aquí basar esa discusión en el análisis de un grupo étnico concreto en un contexto urbano específico. Por último, espero contribuir a la complejización del conocimiento existente sobre las comunidades cubano-americanas.

La identidad gay y lesbiana y la comunidad

El desarrollo de las identidades gays se vincula intrínsecamente con el de las culturas y las comunidades gays. El mantenimiento de las identidades de grupo suele requerir interacciones con otros miembros del mismo grupo. Laud Humphreys describe la «creación y mantenimiento de una identidad válida»:

Es lo que hacemos cuando nos peinamos (o nos secamos) los cabellos por la mañana, cuando nos vestimos, compramos el automóvil con que vamos al trabajo, escogemos y decoramos nuestra residencia, interactuamos con amigos o colegas de oficina, caminamos por la calle, enamoramos a nuestra pareja y emprendemos los rituales amorios.³

Jeffrey Weeks describe posteriormente las identidades sexuales: «Es la serie completa de interacciones sociales, encuentros con semejantes, procesos educacionales, rituales de exclusión, categorización de sucesos, encuentros fortuitos, identificaciones políticas y cosas de ese estilo lo que estructura las identidades sexuales».⁴ En otras palabras, las identidades se promulgan en el nivel de la interacción diaria y se mantienen en forma rutinaria e inconsciente. Las identidades sexuales se desarrollan cuando la gente nos identifica, con las mejores o peores intenciones.

Estas manifestaciones cotidianas e institucionales de la identidad sexual se producen en espacios individuales (por ejemplo, en el hogar propio) y de grupo (por ejemplo, en un bar gay). En la investigación sobre este tema se incluyen estudios históricos y etnográficos sobre las barriadas o ghettos gays⁵ y las instituciones culturales existentes en esos barrios, como clubes, bares, casas de baños, cafés, bibliotecas y organizaciones de base.

La palabra «comunidad» se emplea para muchas cosas distintas. Puede referirse a un sentido de pertenencia o a un grupo de personas que poseen una característica en común. También a un vecindario que se identifica con un grupo de personas. Dennis Altman brinda una amplia definición de «comunidad» gay:

Una verdadera comunidad gay es más que bares, clubes, casas de baños y restaurantes, con todo lo importantes que estos sean. Tampoco es simplemente una elaborada red de amistades, aunque estas también sean importantes. Más bien es un conjunto de instituciones, incluidos los clubes políticos y sociales, las publicaciones y librerías, los grupos de iglesia, centros comunales, colectivos radiales, grupos teatrales, etc., que representan tanto un sentido de valores compartidos, como la disposición de afirmar el homosexualismo propio en tanto parte importante de la vida entera en lugar de como algo privado y oculto.⁶

Según Altman, una comunidad gay debe reflejar la primacía de esa identidad. También debe incluir instituciones variadas y reflejar un «sentido de valor compartido».

Ubicación de los cubano-americanos

Las publicaciones realizadas por gays y lesbianas no blancos y las que se han escrito sobre ellos, han demostrado lo limitado de estudiar la vida gay solamente desde la perspectiva de un sujeto blanco. Se han cuestionado seriamente los presupuestos de la identidad gay (primaria, no familiar, politizada). Grupos de personas que han sido excluidas de la participación plena en la «liberación» de comunidades gays y lesbianas han complicado el elemento fortalecedor de las identidades sexuales. Una de las lecciones que se desprenden de estas publicaciones es que las identidades que dan poder a algunas personas resultan opresivas para otras y viceversa. Añadiría también que algunas categorías de identidades son más prominentes para unos que para otros. Aunque centrarse en la relación entre identidad y política formal ha arrojado luz sobre la forma en que nombrar de manera consciente conduce a la participación política pública, todavía queda mucho por saber sobre la relación entre identidad y comportamiento.

¿Dónde se ubican exactamente los gays cubano-americanos en estos debates? Se trata de un asunto

complicado, pero algunas caracterizaciones generales sobre este punto serán de ayuda para comprender lo que tienen en común con los gays blancos y con las personas de color gays y lesbianas.

Como muchos estudios de la «raza» en los Estados Unidos se basan en la experiencia de los estadounidenses negros, y la mayoría de los supuestos relacionados con los debates sobre la «etnicidad» están tomados de las experiencias de los inmigrantes europeos, suele ser difícil situar a los cubano-americanos en los debates sobre raza y etnicidad.

En su mayoría, los cubano-americanos que viven en Miami tienen concepciones racistas y se consideran blancos. Aunque existe una cultura social, económica y política étnica altamente elaborada, esta identificación racial los diferencia de la mayoría de las «personas de color». Un aspecto conexo es que a los cubano-americanos se les considera personas que han alcanzado una buena posición económica y ellos se perciben también así. La creencia en la «historia de éxito» de los cubanos distancia a los cubano-americanos de los discursos sobre la «minoría pisoteada» que constituyen puntos de unión de otras.

Cuando comencé a realizar entrevistas, no formulé preguntas directas sobre la migración del Mariel porque supuse que surgiría en las narraciones. Como no fue así, las añadí sobre el puente de 1980: «¿Recuerda el puente del Mariel? ¿Tiene idea de qué fue Miami para los cubanos gays en aquel momento?» Aunque estas preguntas obligaron a los entrevistados a comentar sobre el Mariel y los llevó a centrarse en los emigrantes gays, muy pocos se enfrascaron realmente en el tema. Incluso Miguel, uno de mis entrevistados, hace solo referencia de pasada a las «Marielenas». Otro entrevistado dijo que no tenía mucho que hablar sobre el tema porque en aquella época no se manifestaba públicamente como gay; otro simplemente dio de lado a la segunda pregunta y comenzó a hablar sobre el aumento de la tasa delictiva. Solo dos hombres dijeron que conocían gays que habían venido en esa migración. El hecho de que evitaran hablar de ello me sorprendió desde el inicio del proceso de entrevistas. ¿Cómo podía un grupo de gays cubano-americanos parecer tan desinteresado en una migración cubana en que la sexualidad tuviera tanta fuerza? Esta es una pregunta importante que ahora solo puedo responder en parte. La migración del Mariel fue altamente estigmatizada y el elemento gay representado en ella fue de locas muy afeminadas y exuberantes. Creo que parte del silencio sobre el Mariel que se observa en estas narraciones se debe a la persistencia del estigma del Mariel y, de modo más concreto, a un distanciamiento de las imágenes gays marginales y feminizadas.

Cabría decir que la mayoría de las personas posee un conocimiento histórico limitado y que esto explica

el silencio de estos hombres en relación con temas como el Mariel, Cuba y la historia gay en los Estados Unidos. Diría, sin embargo, que sí tienen un sentido de la historia. «Sabén», por ejemplo, que sus familias perdieron privilegios, posición y dinero al pasar a los Estados Unidos; que muchos de los marielitos eran antisociales; que la vida gay en los Estados Unidos es liberada y que Cuba es un lugar homófobo. Sus historias los sitúan en un cuadro particular que se relaciona íntegramente con las asociaciones que reclaman y niegan. Por ejemplo, niegan posibles asociaciones con los gays del Mariel y reclaman asociación con el discurso de la «historia de éxito». Al presentar la historia selectiva que considero pertinente, intento destacar asociaciones distintas a las que destacaron mis entrevistados. Mi historia parcial debe comprenderse en yuxtaposición con los silencios de mis entrevistados en relación con algunos de estos temas.

Una cultura de extremo conservadurismo e intolerancia política estaba íntimamente conectada con el crecimiento de los cubano-americanos como fuerza económica. En la medida en que los cubanos ganaron un mayor control político y económico de la ciudad, la «historia de éxito» se convirtió en una poderosa fuerza. Cualquiera que amenazara la hegemonía de los valores de la «historia de éxito» (por ejemplo, alguien que pudiera ser sospechoso de simpatizar con el comunismo), podría ser condenado al silencio o a abandonar Miami. En varias ocasiones se han utilizado la violencia física y el terrorismo en pequeña escala para esos propósitos.

La imagen de la «historia de éxito» es mantenida mediante la promoción de ciertas imágenes y la supresión de otras. Por ejemplo, al tiempo que se promueve la igualdad de cubano-americanos y anglosajones, se menoscaba la ya de por sí tenue relación con los afroamericanos.

A la ideología de extrema derecha de la comunidad exiliada le fue muy difícil reconciliarse con el vocabulario en que las minorías oprimidas expresan sus quejas. Por esta razón, la perspectiva de «minoría» nunca prosperó en el Miami cubano después de los primeros años del decenio de los 80. En lugar de ello, ganó precedencia el discurso de la «historia de éxito». Esta estructura mental desplazó a los discursos asimilacionistas y de «minorías» dentro de la población latina de Miami. El viejo orden hegemónico se desgarró y se desbrozó el camino para un nuevo conjunto de definiciones sobre lo que era la ciudad y en qué debía convertirse.⁷

Los inmigrantes del puente del Mariel llegaron en el contexto de este discurso de la «historia de éxito» y representaron un verdadero reto para ella. Cuando los inmigrantes gays del Mariel se asentaron en la sociedad estadounidense, el sentimiento general del país fue

antagónico a su presencia. Como indica un comentario de Miguel, ni siquiera los cubano-americanos que, en general, trataron de defender a los marielitos, no recibieron a estos nuevos cubanos con los brazos abiertos. El clima era hostil, pero algunos inmigrantes del Mariel que no tenían familia ni patrocinadores que los reclamaran, no llegaron a experimentar directamente esta hostilidad; se les procesó y se les mantuvo en campamentos hasta que encontraron patrocinadores.

Al hablar más en general sobre el SIDA, Miguel me contó cómo ha afectado su vida esta enfermedad. Ha perdido del mal a seis compañeros de trabajo y a muchos clientes. Miguel se ve a sí mismo como parte de una generación que va desapareciendo. Dice que nunca ha sido promiscuo, de modo que el miedo al SIDA no ha afectado de ese modo sus prácticas sexuales. Sin embargo, su círculo social ha sido radicalmente alterado por el SIDA.

Entonces, mi generación, la generación en que yo crecí, el 90% de la gente se ha muerto. Tú sabes, no queda, es una generación que ha desaparecido.

El SIDA es la causa principal de muerte entre los gays cubano-americanos de 25 a 44 años.⁸ David Withum, coordinador del Programa contra el SIDA del Condado de Dade, dijo en 1990 que la repercusión del SIDA sobre los gays del Mariel era comparable, cuando no mayor, al que tuvo sobre la población gay de San Francisco.⁹ El silencio en torno a la sexualidad y las enfermedades entre los cubano-americanos ha contribuido a disfrazar el impacto del SIDA sobre los cubanos de Miami. Diez años después del episodio del Mariel, Burkett escribió un artículo muy polémico para el suplemento dominical del *Miami Herald* en que intentaba describir las vidas y las historias de la migración de los gays del Mariel y documentar la horrible influencia del SIDA sobre esta específica población. Un vocero de la Liga Hispánica contra el SIDA dijo que el 70% de los clientes de la agencia eran gays llegados por el Mariel.

[Los gays del Mariel] han llegado a comprender que existe una plaga y que ellos se encuentran en su centro.

[Uno de ellos dice]: Para el vigésimo aniversario del Mariel estaremos prácticamente extinguidos.

«Cerca en otros sentidos»: los gays y la familia

Todos mis entrevistados mantenían una relación fuerte con sus familias. En el momento de las entrevistas, cinco de los nueve vivían con sus padres o sus abuelos. Los otros cuatro mantenían contactos periódicos con sus familias y expresaban una valoración especial hacia

estas relaciones. No se trata de un resultado sorprendente. Ian Lumsden observó también una valoración especial de la familia entre los gays que vivían en Cuba: «Hay poco que tipifique a la mayoría de los homosexuales cubanos, salvo los fuertes vínculos familiares y la alienación del gobierno (que no debe equipararse con la oposición a la revolución en sí)».¹⁰ También, una reseña de escritos de gays, lesbianas y personas de color muestra que esta valoración de la familia no se limita al grupo de hombres que entrevisté.¹¹ Por ejemplo, tomando de los estudios feministas chicanos, Tomás Almaguer afirma que se da tanta importancia a la familia porque esta constituye una base para la supervivencia de los chicanos.¹²

Dada la importancia del discurso de la «historia de éxito» entre los cubano-americanos, no es probable que comprendieran la importancia de la familia en función de opresión racial y de clase. Y en mis entrevistas nadie habló de sus relaciones familiares en esos términos. Pero que los hombres no hablaran de la familia en función de la resistencia a la opresión racial y de clase, no significa que la estructura familiar cubano-americana no brinde ciertos beneficios sociales y económicos a sus miembros. La migración anterior a 1980 era un asunto predominantemente familiar. En los años 60, una abrumadora mayoría de inmigrantes cubanos en la zona del sur de la Florida tenía parientes cercanos que vivían allí.¹³ En el período de los «vuelos de la libertad» [1966-1973], los cubanos con parientes en los Estados Unidos recibieron primera prioridad para las visas.¹⁴ Y Olson y Olson observan que «la presencia de tantos parientes dio a la comunidad cubana una base singular de recursos para la supervivencia y luego para el éxito en los Estados Unidos».

Es interesante que los investigadores hayan vinculado características de la estructura familiar cubano-americana típica con el discurso de la «historia de éxito». En su análisis de los datos del Censo de 1980, Lisandro Pérez afirma que «la verdadera “historia de éxito” cubana pudiera descansar más en una ética de trabajo familiar generalizada que en los casos individuales de movilidad social meteórica que con tanta frecuencia aparecen en los medios de difusión populares».¹⁵ En forma más concreta, Pérez encontró que, en comparación con otros grupos latinos, los cubano-americanos tenían tasas de fertilidad inferiores y era más probable que vivieran en hogares de tres generaciones. Las mujeres cubano-americanas también tenían una mayor participación en la fuerza laboral que otros grupos latinos y que el total de la población femenina estadounidense. Esto significa que los hogares cubano-americanos tienen más probabilidad de tener un número menor de hijos y que es probable que sean los abuelos quienes se ocupen de ellos. Esto facilitó la participación de la mujer

cubano-americana en la fuerza laboral, lo que a su vez contribuyó a los ingresos familiares relativamente elevados de sus familias. También, los abuelos que reciben asistencia oficial contribuyen a los ingresos familiares.¹⁶ La estructura familiar no solo contribuyó al aumento del ingreso familiar, sino también incrementó la probabilidad del empleo por cuenta propia. Según los datos del Censo de 1980, «el esposo y padre de cuatro hijos cubano tiene un 20% más de probabilidades de trabajar por cuenta propia que un hombre soltero de igual educación y experiencia laboral». Según una encuesta entre los inmigrantes del Mariel, esta cifra pasa al 25%.¹⁷ De esta población de personas que trabajan por cuenta propia surgen los empresarios cubano-americanos de éxito. Lo que esto indica es que la «historia de éxito» aparece directamente vinculada a un tipo particular de familia cubano-americana (tres generaciones, ingresos dobles, pocos hijos y posible ayuda del gobierno), según demuestran los ingresos familiares elevados. También era más probable que miembros de estos tipos de familia formaran las filas de los empresarios protagonistas de la «historia de éxito».

Mientras que la estructura familiar cubano-americana pudiera muy bien servir como forma de apoyo económico, pocos hombres hablaron de sus vínculos con sus familias en estos términos. De hecho, pocos vivían en familias que se parecieran a la «ideal» o «típica» que describían los sociólogos a mediados de los años 80. Más bien, los padres de muchos de estos hombres eran divorciados, ellos habían sido criados por madres solteras y su principal relación familiar había sido con sus abuelos. Un par de ellos admitió que vivía con su familia por razones económicas. Javier, por ejemplo, ve esto como característica de su generación:

En mejores momentos económicos vivo solo. Si no me alcanza el dinero, como supongo que le ocurre a la mayoría de los miembros de la «generación X»,¹⁸ vuelvo a casa con mis padres. Eso lo hemos hecho todos desde que alcanzamos los veintipico de años.

En general, sin embargo, los entrevistados recalcaron el apoyo no económico que les brinda la familia y que es más difícil de medir que las recompensas financieras.

Los entrevistados explicaron que las familias les brindaban apoyo emocional, así como un sentido de hogar y una fuente fiable de consejo. Al contarme que su familia es «muy superprotectora», Michael, que vive con sus padres, añade:

Sabe, cuando somos jóvenes tendemos a pensar: «Coño, estos jodidos padres cubanos». Pero al tener más edad comprendí que esto era bueno, que tenía una gran familia y que en realidad no podía quejarme. Veo a muchos amigos norteamericanos, que no son de aquí. La familia está toda dispersa por ahí. Es distinto, así que en ese sentido tengo suerte.

Aunque algunos valoran la distancia física de la familia, Michael describe esta circunstancia como una pérdida. De nuevo, esta distinción en la estructura familiar se describe como una diferencia entre las familias cubanas y estadounidenses. Martín, por otra parte, considera que la distancia física y la independencia de su familia le han permitido aceptar su identidad gay. «Hacerme independiente en otras formas, hacerme independiente desde un punto de vista financiero, vivir por mi cuenta, me facilitó «sentirme cómodo» con ser gay». Sin embargo, Martín vive a solo quince minutos de sus padres y cuando le pregunto sobre su semana promedio, me dice que pasa los sábados en casa de su abuela, de su hermana o de cualquier otro pariente. Por lo tanto, incluso las migraciones para apartarse de la familia suelen ser viajes cortos que pueden salvarse con visitas y, en el caso de esta muestra, no significan cortar vínculos estrechos.

Por diversas razones, todos los entrevistados se sentían claramente comprometidos u obligados con sus familias. Esta valoración de la familia no era solo un sentimiento abstracto, sino que tenía raíces en la vida cotidiana de estos hombres. Las responsabilidades familiares se integraban a los programas regulares de muchos entrevistados: una vez a la semana ayudo a mi madre con cualquier traducción que necesite; una vez a la semana visito a mi abuela en el asilo; ceno con mis padres una vez a la semana; voy de vacaciones con mis padres.

La sexualidad complica las relaciones de estos hombres con sus familias. Ninguna de las familias de mis entrevistados aceptan abiertamente el homosexualismo. ¿Cómo, pues, lograban los hombres mantener relaciones familiares y participar al mismo tiempo en el mundo gay? Los entrevistados tenían diversas estrategias para mantener relaciones familiares.

No entrevisté hombres que ocultaran por completo su homosexualismo en todas las esferas de sus vidas. Tampoco ninguno de mis entrevistados describieron una situación en que hubiera un debate pleno de su sexualidad o una inclusión completa de los elementos gay de su vida. Todos los hombres que entrevisté y sus familias participaban en una o varias de las siguientes estrategias para mantener sus relaciones familiares:

- *Supuesto conocimiento y silencio.* Un entrevistado lo llamó la estrategia de «sí no me preguntas, no te lo digo». Todos mis entrevistados creían que su familia cercana conocía su homosexualismo, lo mencionara o no.
- *Declaración única y silencio sostenido.* Algunos de los entrevistados les habían hablado a miembros de la familia cercana sobre su sexualidad una vez o en algunas ocasiones aisladas, pero a esto había seguido un silencio sobre la sexualidad. La historia de Rubén

es un ejemplo de esta estrategia. Como en su caso, algunos entrevistados interpretaron la falta de comunicación como una «aceptación silenciosa». Otros la veían en forma más negativa, como un rechazo de los miembros de la familia cercana facilitada por el «recuerdo selectivo».

- *Inclusión de los compañeros y de la vida gay.* Esta es la menos frecuente de las tres estrategias.

Declararse homosexual constituye un proceso interactivo, influido no solo por el estado de mente de una persona, sino también por la reacción de los padres, el ambiente social general, la presencia o ausencia de una pareja y los sentimientos sobre el papel de la familia.

Los hombres que utilizan la primera estrategia (supuesto conocimiento y silencio) consideran que son capaces de mantener sus relaciones familiares porque nunca hablan explícitamente de su sexualidad. Juan explica:

Si se lo dijera todo, las cosas serían distintas, pero nunca me he decidido, porque no sé cómo saldría la cosa y no quiero correr el riesgo, y como las cosas no van tan mal, ¿para qué provocar una situación así? Siempre lo he visto de ese modo: no quería provocar una situación. No quiero que les duela o algo así. Por eso nunca se lo he dicho y no he tenido que hacerlo, pero puede que algún día se produzca la conversación.

Juan pasa a explicar que aunque nunca ha comentado su sexualidad con su madre, «ella la conoce. Puede que no quiera hacerle frente... pero la conoce... Es lo suficientemente inteligente como para no preguntarme algo cuya respuesta no desea conocer». Juan comparte su apartamento de una sola habitación con su amigo. Cenar cada cierto tiempo en casa de los padres de Juan y las Navidades pasadas se reunieron en Nochebuena con las familias de Juan y de su amigo. Dadas estas modalidades, Juan parece caer también en la tercera categoría (inclusión de los compañeros y de la vida gay). Sin embargo, Juan siente que para mantener esta cómoda situación no debe decir explícitamente que es gay y que su compañero de cuarto es en realidad su pareja.

Martín cae principalmente en la segunda categoría (declaración única y silencio sostenido). No ofreció voluntariamente información sobre su sexualidad, pero su madre leyó un diario en que describía una relación con otro muchacho. Cuando Martín llegó a la casa, su madre estaba quemando el diario. En pocas ocasiones reconoce que sabe sobre su sexualidad.

Prefiere tener un recuerdo selectivo sobre mi sexualidad. Supongo que tiene que enfrentarla a su manera. Todavía hoy cuando conversamos y se lo digo claramente, no lo reconoce. Es un bloqueo completo.

Esta estrategia es, con mucho, la más común. El silencio, la no declaración, el «recuerdo selectivo» y la

«negación» conspiran para crear una situación en que se sabe todo y no se dice nada. Para caracterizar esta estrategia, suele emplearse una expresión cubana: «se dice nada, se hace todo». Eduardo Aparicio, editor de *Perral*, una publicación gay latina de Miami, comparó hace poco esta estrategia con otras más explícitas. Según él,

en la cultura anglosajona estas cosas se dicen, se habla públicamente de la sexualidad, se exigen los derechos por ley, se ofrecen testimonios por televisión... pero en las familias latinas lo que se produce es una aceptación sin hablar del tema. Sin embargo, eso no significa que exista un rechazo. Por el contrario, hay casi un abrigo, la necesidad de proteger a los demás. Por eso, la madre le dice a uno: «Está bien, pero no se lo vayas a decir ni a tu primo ni a tu tío».¹⁹

Lo que separa a los hombres de las dos primeras categorías es que los de la segunda rompieron voluntaria o involuntariamente el silencio sobre su sexualidad. Algunos no consideran que el silencio después de su declaración constituya una aceptación, como afirma Aparicio, sino un rechazo que provoca frustración continua.

Hugo es más bien de la tercera categoría (inclusión de la pareja y la vida gay). Habló con sus padres y no considera que estos rechazaran su sexualidad. Aparte de él, en la familia hay otros tres hombres de su generación que son gays declarados. Aunque esto tal vez facilita las cosas, considera que las familias cubano-americanas en general aceptan la situación mejor de lo que la gente cree:

Pueden aceptar [un hijo gay]. En los Estados Unidos los cubanos están más cerca, creo que están más cerca porque no están en su casa... Forman familias más unidas. De modo que es probable que la cosa sea: «Es gay, pero, ¿y qué más da?».

Encontré que esta estrategia era la menos usual, dado que incluía un reconocimiento público y no silencioso del homosexualismo.

Los hombres no hablaron sobre la familia en general, sino identificaron las que consideraban modalidades específicas de la familia cubana. Distintos entrevistados identificaron características tales como la sobreprotección, la estructura familiar estrechamente entretrejida y la no aceptación enérgica del homosexualismo como típicas de las familias cubanas.

A este respecto, tengo un par de ideas. Primeramente, el discurso de las diferencias entre la declaración de que se es homosexual y la familia entre blancos y no blancos constituye un importante hecho social en sí y por sí. Si comprendemos que el discurso estructura en alguna medida la experiencia, independientemente del hecho de que la conducta observable parece similar entre blancos y no blancos,

El silencio en torno a la sexualidad y las enfermedades entre los cubano-americanos ha contribuido a disfrazar el impacto del SIDA sobre los cubanos de Miami. [...] Un vocero de la Liga Hispana contra el SIDA dijo que el 70% de los clientes de la agencia eran gays llegados por el Mariel.

estas experiencias no son las mismas. Kath Weston cita algunas de las diferencias entre las personas de color y los blancos: las personas de color describen a sus familias como más estrechamente entrelazadas, como que brindan mayores servicios de apoyo y que están más basadas en el amor incondicional. Hay algunos otros discursos sobre el acto de declararse homosexual que ella cita como comunes en la mayoría de sus entrevistados y que no coinciden con mis datos. Primeramente, «casi todos [sus entrevistados] consideraban deseable decírselo a su familia».²⁰ En el caso de mis entrevistados no fue así. Lo que la mayoría de los hombres con quienes hablé consideraba más deseable era mantener relaciones familiares aunque esto impidiera, en su opinión, revelarles su identidad gay. Un entrevistado me dijo que sus amigos gays cubano-americanos más jóvenes estaban cometiendo «el mayor error de su vida» al revelarles su condición a su familia, porque esta «nunca podría aceptarlo». En una vena similar, Juan se pregunta: «¿Por qué provocar una situación?». Kath Weston dice que la mayoría de la gente que entrevistó consideraba que «el engaño tenía un efecto negativo en las relaciones sociales y socavaba la confianza que constituía un requisito previo para un vínculo “estrecho”».²¹ Mis entrevistados, sin embargo, no consideraban que el hecho de no declarar su homosexualismo fuera un engaño. Más bien lo caracterizaban como una forma de «respeto a la familia» o de discreción. La afirmación que hace Rubén en el sentido de que él y sus padres están «cerca en otros sentidos» aunque no hablan de su sexualidad, refleja la creencia de que no declarar ni hablar y las relaciones familiares estrechas no se excluyen mutuamente. Los hombres de mi muestra narraban historias —sobre la importancia de sus familias, sobre declararse homosexual y decírselo a su familia— distintas a la mayoría de las de la muestra de Weston. Estas diferencias parecen marchar paralelas a la distinción que hace en su muestra entre no blancos, blancos con identificación étnica y personas de clase obrera, por una parte, y blancos de clase media, por la otra. A mi entender, los distintos discursos sobre la familia y la declaración de la identidad homosexual harán que difiera la experiencia en estas cosas.

¿Pero acaso son solo discursivas las diferencias existentes entre las relaciones familiares y la declaración de la identidad homosexual entre los blancos y las

personas de color? Esto me lleva a mi segundo punto: en función de mi muestra, existen datos concretos. De hecho, los gays cubano-americanos tienen distintas relaciones con sus familias. Por supuesto, esto no puede determinarse cabalmente sin datos representativos y comparativos, pero mi investigación indica varias diferencias posibles. La tendencia a mantener contacto físico periódico con la familia y la opción de vivir con ella incluso en la madurez, no es típica de los blancos. En toda mi investigación sobre la experiencia gay y lesbiana, no recuerdo haber leído nada sobre un grupo de gays (de más de 18 años) la mitad del cual viva con su familia natural. También, como observa Kath Weston, su estudio incluye a muchos inmigrantes de San Francisco²² y esto, por supuesto, destaca las experiencias de personas que han abandonado geográficamente a sus familias. Mi estudio hace lo contrario: pone en primer plano las experiencias de hombres que han escogido permanecer en una ciudad donde residen su familia y un gran número de otros cubano-americanos.

No deseo idealizar las relaciones que los gays cubano-americanos mantienen con sus familias. Comencé con el caso de Rubén precisamente para destacar las reacciones negativas que los padres pueden tener al conocer del homosexualismo de su hijo. Sin embargo, el caso de Rubén constituye también una ilustración de la forma en que la familia cambia a fin de mantenerse. La situación de Rubén podría parecer horrible a muchos de los gays y lesbianas entrevistados por Kath Weston. Lo sometieron a tratamiento psiquiátrico durante tres años, sigue viviendo bajo el control de sus padres y nunca les habla de su sexualidad ni de su compañero. Al describir su vida y su familia, sin embargo, Rubén no presenta su situación como horrible, ni siquiera como inusual. Más bien procura un equilibrio entre su realización como gay y el mantenimiento de una relación positiva con su familia.

Es evidente que las ambivalencias hacia la cultura y la política cubanas son profundas en muchos de mis entrevistados. Muchos hombres respondieron a esta ambivalencia no comprometiéndose con la cultura y la política cubano-americanas ni participando en ellas. Esta estrategia de no participación prevalece sobre todo en la esfera de la política. La familia parece prestarse a

ambivalencias similares. La mayoría de ellas no acepta el homosexualismo, y es evidente que ejerce influencia en la vida cotidiana de estos hombres. Sin embargo, en lugar de retirarse o desentenderse como hicieron en relación con la política cubano-americana, mis entrevistados parecen muy comprometidos con el mantenimiento de su relación familiar y con la participación en este aspecto de la cultura cubana.

Política, familia y etnicidad

Veo gran interrelación entre la ambivalencia de mis entrevistados hacia la política cubano-americana y hacia la política gay. Aunque es evidente que la política gay tiene mayor prominencia en la vida de estos hombres, la actividad política pública no les interesa. Estos hombres no comprenden su etnicidad ni su sexualidad a través de luchas políticas; para usar términos de Stuart Hall, la política formal no constituye una base de «identificaciones subjetivas profundas».²³ Aunque sí creo que las manifestaciones políticas, las luchas legislativas, la recaudación de fondos, los diarios y la radio, y diversos niveles de compromiso con estas cosas sí informaron, al menos, las «identificaciones subjetivas profundas» de otra generación de exiliados y gays cubanos, no es aquí donde mis entrevistados desarrollan y complejizan sus autoidentificaciones.

En muchos sentidos, la familia es el lugar en que llegan a comprender su etnicidad. Es ahí donde mantienen vínculos con las generaciones anteriores y tienen conexiones con lo que entienden como cultura cubana. Mis entrevistados realizaron esfuerzos concertados para mantener una cercanía física y emocional con la familia. Pudiera ser que la familia brindara un lugar para «ser cubano» y mantuviera vínculos con la cultura étnica que se experimentaba como menos opresiva que la esfera pública. Por supuesto, en una ciudad compuesta por tantos inmigrantes, cabe imaginar que pudieran mantener vínculos con la cultura cubana a través de gays mayores o de recién emigrados. Sin embargo, esto no parecía ser común. Cuando les pregunté si tenían amigos cubano-americanos gays de mayor edad, muy pocos mencionaron relaciones fuertes o duraderas. Los conocimientos de mis entrevistados sobre Cuba solían centrarse en la homofobia de los heterosexuales —de la generación de sus padres— y no en la resistencia de los gays cubanos. Incluso personas que desarrollaron vínculos con la cultura cubana fuera de sus familias —como Juan, quien trató de volver a aprender el español, a apreciar la música latina y a desarrollar relaciones con otros latinos—, ponía a su familia en primer lugar en sus narraciones.

Algunos podrían comprender la ambivalencia en relación con ser cubano en Miami como prueba de que son «arrepentidos» o que se avergüenzan de su origen. Este es un argumento similar al de la Revolución cubana, en las primeras décadas, en el sentido de que los homosexuales no pueden ser revolucionarios. Lo que mi investigación indica es que muchos de estos hombres están investidos firmemente con aspectos de «ser cubano», sea en relación con su familia, con los discursos del exilio o con la música cubana. Sin embargo, aunque investidos, la participación plena parece incómoda y poco invitadora, porque participar plenamente en este mundo sería también abrazar un programa político antigay y otras prácticas culturales que no les permitirían participar en el mundo gay de Miami.

La masculinidad fue central en muchas de las autoidentificaciones de estos hombres. Aunque no formulé preguntas concretas sobre identificación de género, la masculinidad y el distanciamiento de la feminidad surgieron en muchas entrevistas. La feminidad se asociaba a un tipo concreto de homosexualismo cubano, que guarda un parecido notable con los estereotipos del «pasivo» de los sistemas sexuales latinoamericanos. La feminidad se asociaba también con las clases inferiores, mientras que la situación «respetable» de mis entrevistados se mantenía en parte a través de su masculinidad. Comprender el carácter central de la masculinidad en su identidad contribuye a explicar su desinterés en comentar la presencia gay en el puente del Mariel. Los inmigrantes gays del Mariel se presentaban como transgresores del género, como travestis muy escandalosos y exuberantes, tal vez la «espantosa loca cubana» a que se refiere uno de mis entrevistados. Los encuestados no pretenden asociarse a las locas, sino, más bien, sus historias y autoidentificación sirvieron para distanciarse de los gays «femeninos».

La autoidentificación masculina también contribuyó a facilitar las relaciones con las familias y contribuyó a garantizar que estos hombres pudieran ser capaces de mantener los privilegios que se asocian a la hombría en las culturas estadounidense y cubana. La libertad de movimiento de los hombres y los servicios de cuidados hogareños que brindan madres y abuelas son ejemplos de los beneficios que reciben como hombres, y esto contribuye a explicar la vinculación de mis entrevistados con la identificación con el género masculino.

Mis entrevistados participaban activamente y criticaban la cultura de club y bar. Aunque los que se identificaban con South Beach criticaban a los de la península por carecer de «onda», se decía que South Beach era «extrema» y dada a los estupefacientes, la promiscuidad y la violencia.

¿Cómo experimentan los entrevistados la etnicidad y la sexualidad? ¿Poseen identidades contradictorias? Cuando se les preguntó si consideraban que tenían que luchar para ser a un tiempo gays y cubanos, dos respondieron afirmativamente. Rubén habló de las expectativas políticas derechistas de sus padres, que a su entender entraban en conflicto con su identidad gay. Louis habló de cómo en entornos laborales predominantemente latinos tenía que actuar como cubano, mientras que en asuntos gays tenía que recalcar su identidad gay. Louis me dice que se ha hecho un «actor bastante bueno». Con mi investigación sobre la intersección entre raza y sexualidad como base, estos eran los tipos de respuesta que esperaba escuchar. Sin embargo, los demás dijeron que no tenían que luchar para ser a un tiempo gays y cubanos. Creo que esta respuesta habla de las características concretas de Miami como contexto urbano y étnico. En otras partes de las entrevistas se hace evidente que sí les era necesario equilibrar diversas porciones de sus vidas y distintas responsabilidades. Sin embargo, esto no les producía un sentimiento de fragmentación o contradicción. Tal vez los tipos de estrategias que pudieron utilizar con sus familias, los privilegios que pudieron mantener en diversas esferas de sus vidas y su posibilidad de moverse entre diferentes mundos sociales les permitió integrar diversas identidades.

Las nuevas articulaciones gays cubano-americanas

Cuando inicié este proyecto, me interesaba examinar la identidad, la comunidad y la cultura. De inicio me atrajo la población cubano-americana gay de Miami por las manifestaciones culturales que vi de niña en Miami Beach. Los gays que vinieron en el Mariel pudieran ser la imagen más sorprendente de la vida gay cubano-americana y, sin dudas, la impresión que ejercieron sobre mí estos hombres repercutió con fuerza en mis trabajos. Por supuesto, existen manifestaciones más rutinarias: la forma de hablar de los gays cubanos que se escucha en los clubes, la referencia a las divas cubanas, el sabor latino de la *house music* más popular en los clubes. Con estas observaciones como base, fui «al terreno» con la expectativa de que los entrevistados se describieran en una forma que reflejara esta cultura. Mi investigación de las identidades gays de blancos y de personas de color indicaba, además, que las identidades de los hombres estarían de cierto modo politizadas.

Como debe ser ya evidente, lo que encontré fue bien distinto de lo que buscaba. En este epígrafe, deseo revisar los resultados presentados en los anteriores, pero también devolver este proyecto a su inspiración original:

¿Cómo dar cuenta de las pruebas de una cultura gay cubano-americana, dadas las ambivalencias claramente expresadas por mis entrevistados sobre la cultura y la política gay y cubano-americana?

He examinado las experiencias y narraciones de un grupo particular de gays cubano-americanos. A fin de comprender la importancia de estas narraciones, debe situárseles en el contexto más amplio de un mundo gay cubano-americano variado que es el hogar de jóvenes y hombres de más edad, de «americanos» de segunda generación y de «inmigrantes» recién llegados, de prósperos hombres de negocios y de desempleados, de trabajadores no calificados, de «machos» y de «locas» exuberantes. Por lo tanto, no podemos suponer que la masculinidad asumida por mis entrevistados y sus valores de clase media representen el espectro completo de la experiencia gay cubano-americana. Sospecho que los hombres que entrevisté —casi todos de menos de 35 años, nacidos en los Estados Unidos y de antecedentes «respetables»— tienen algo en común con una variedad más amplia de gays cubano-americanos. Por ejemplo, creo que el valor especial de la familia y las estrategias de declarar o no su identidad gay que describí, son similares a los de otros gays cubano-americanos. El compromiso con la masculinidad, por otra parte, es a mi entender más específico de sectores particulares de la población gay cubano-americana. Por lo tanto, pudiera haber razones específicas para estos hombres que expliquen su distanciamiento de la comunidad gay cubano-americana, que se encuentra en proceso de formación. A fin de realizar afirmaciones más definitivas sobre estos temas, es menester continuar investigando.

Aunque este estudio no puede llegar a conclusiones categóricas sobre otros grupos de gays cubano-americanos, colocar estas narraciones en el contexto de una comunidad en desarrollo arrojará luz sobre la posición de mis entrevistados en los mundos gay y cubano.

El desarrollo de la comunidad y los cambios de identidad no se producen en forma instantánea. Empleo aquí «comunidad» para referirme a un sentido de valor compartido, de pertenencia, de hogar y de cohesión de grupo. Este tipo de comunidad se vincula con fuerza, por supuesto, a otros posibles significados de comunidad tales como organizaciones, clubes políticos, publicaciones y centros comunales. ¿Pero de dónde surgen las nuevas comunidades e identidades? Creo que las coyunturas históricas concretas hacen posible el desarrollo de nuevas comunidades e identidades. En este caso, la presencia de una masa crítica de gays cubano-americanos que desarrollan las mismas prácticas sexuales viviendo en Miami, ha sido consecuencia en parte, de los constantes ciclos de migración de Cuba

a los Estados Unidos. En segundo lugar, el encuentro de las expresiones gays radicales de Cuba y la historia del movimiento político gay de los Estados Unidos brinda también una base importante para lo que hoy es posible en el contexto de Miami. Utilizo el ejemplo de la migración del Mariel para intentar capturar el encuentro de esos dos mundos, pero sin dudas este es solo el caso más fácil de muchos que pueden documentarse. Y, por último, las necesidades cambiantes del Estado cubano y de la comunidad del exilio los han obligado a ser más incluyentes respecto a las diferencias.

Sin embargo, no hay nada homogéneo en lo que aquí describo. Podría parecer que las experiencias de un hombre que se identifica como gay, que emigró de Cuba cuando tenía unos treinta años, y las de un gay de veinte años que solo ha vivido en los Estados Unidos, tienen poco en común. Las articulaciones de la comunidad y los llamados a su formación comienzan a mostrar lo que estas dos personas pudieran tener en común.

En 1995 surgieron en la escena de Miami dos revistas dirigidas a los gays latinos, ambas totalmente en español. *Nosotros*, de unas cuarenta páginas, de 8 ½ por 11, dice ser «el primer «magazine» gay, lésbico y bisexual hispano del sur de la Florida».²⁴ *Nosotros* dice tener distribución internacional.²⁵ Localmente, se puede encontrar en estancillos color rosado brillante en toda la ciudad (en South Beach y en la península).

La iconografía de los movimientos gays nacionales siempre ha sido prominente en *Nosotros*. En la parte superior de las cubiertas de 1995 aparecía una bandera en forma de arcoiris. En las ediciones de 1996 se cambió el arcoiris por triángulos rosados sobre el globo del mundo. Algunos de los objetivos de *Nosotros* están tomados del movimiento gay estadounidense: la creación de una comunidad, la representación política y los derechos civiles, el cobrar poder y el obtener visibilidad en general. En el contenido de la revista se hace énfasis en los temas de salud/VIH y entre sus contribuyentes están casi todas las principales organizaciones contra el SIDA.²⁶ También aparece siempre una columna de consejos de la travesti local *Mariloly*.

Perra! es una publicación distinta. Es de papel cromo y pequeño formato, y dice que se distribuye en los Estados Unidos y Cuba. *Perra!* abarca «la cultura gay latina de Miami», pero un examen de la cubierta y el contenido de un número reciente revela que se centra con fuerza en los cubano-americanos y no en los latinos en general. El número de octubre de 1996 estuvo dedicado a los niños gays y a su formación en tanto tales. En la cubierta aparece una imagen de un niño enfundado en todos los atributos reales: mallas, pantalones, capa y corona. Arriba tiene estampada la

palabra «mariquita». Esta palabra es una variación de una de las más populares expresiones peyorativas cubanas para los gay: «maricón». El número incluye artículos cortos sobre la niñez gay, escritos por personas de la localidad (como la travesti Julie Mastrozzimone) y escritores conocidos (Reinaldo Arenas y David Wojnarovicz, traducido al español).

Estas revistas son evidencia de la cada vez más ubicua cultura gay cubano-americana (y más generalmente, latina) en Miami. En su opción de artículos, escritores, iconografía e imágenes, intenta hablar a una comunidad nueva. El empleo que hace *Nosotros* de los iconos gay estadounidenses y la forma en que *Perra!* construye una estética «mariquita» resuenan junto a una comunidad que existe, y ayudan a saludar su surgimiento. Las siguientes declaraciones proceden de sendos editoriales de Ernesto Delgado aparecidos en los primeros números de *Nosotros* e intentan describir los objetivos de la publicación.

Recuerden hispanos, estén donde estén, *Nosotros Magazine* los va a apoyar y lo hará con respeto, pues sabremos representarlos. Ya es hora que nos enfrentemos a todo aquello que para nosotros es un tabú y que demostremos que a pesar de ser gays y además hispanos, somos una gran comunidad.

La meta de *Nosotros* es proporcionar no solo entrenamiento, sino información y educación sobre asuntos de importancia crítica e interés para nuestra comunidad. De esta manera podremos lograr un mejor entendimiento de quiénes somos como individuos y como comunidad. Este conocimiento será la semilla que nos unirá para luchar por forjarnos un mejor presente y un futuro prometedor.

Estas dos declaraciones de objetivos explican relaciones distintas entre la revista y la «comunidad». En la primera cita, Delgado afirma que demostrará que «somos» una gran comunidad. Por ende, se presupone la comunidad (de latinos gays) y es tarea de la revista representarla con respeto. La segunda comienza con el mismo supuesto de comunidad («para nuestra comunidad»). Delgado pasa a decir que es tarea de la revista brindar información, de modo que «podamos» comprendernos en tanto comunidad. Significa que *Nosotros* se ve creando una comunidad por medio de la «comprensión» común que conducirá a la unidad, posiblemente en un frente político. Por lo tanto, esta revista se ve como representante de un *nosotros* ya existente y creando al propio tiempo un *nosotros* mediante su articulación con esa comunidad.

La tensión entre hablar a una comunidad y crear una comunidad es relativamente fácil de identificar en los editoriales de una publicación, pero podemos ver indicios de esa tensión en todas las narraciones y prácticas de mis entrevistados. Participan en mundos gays predominante o fuertemente mezclados donde están surgiendo imágenes, iconos y estilos de lenguaje cubano-

americanos y latinos. Puede que no sea sorprendente que mientras un comentarista anglosajón observa de inmediato este sabor latino («El nuevo aspecto del amor era latino y exótico según normas neoyorquinas»²⁷), los cubano-americanos no suelen comentar las características étnicas y raciales de su mundo gay. O, con mayor exactitud, no se sitúan en ese mundo como personas racial y étnicamente marcadas. Tal vez esta sea una estrategia para desviar su propia exotización; este lenguaje de la diferencia no se adecua con comodidad a los discursos étnicos de Miami.

Hay causas para que este sea un momento de particular importancia para los gays cubano-americanos. La elevada visibilidad de hombres abiertamente gays como Pedro Zamora (activista del SIDA y estrella del programa *Real World*, de la cadena televisiva MTV) y de Samy (célebre estilista de peluquería que aparece con frecuencia en la televisión en lengua hispana) y su presentación bastante positiva, constituye un indicio esperanzador de las posibilidades para que los cubanos hablen sobre el homosexualismo. El éxito abrumador que alcanzó en Miami y en Cuba el filme cubano *Fresa y chocolate* desempeñó un papel en hacer pasar el debate del homosexualismo de la parodia a la presentación de un personaje serio, divertido y multifacético. La obra literaria de escritores gays y lesbianas cubano-americanos como Elías Miguel Muñoz, Achy Obejas y Rafael Campo también ha roto silencios relacionados con el homosexualismo.

La última vez que visité Miami estuve leyendo *Viernes*, la cartelera de fin de semana de *El Nuevo Herald*. El *Herald* es el diario en lengua hispana de mayor distribución en Miami. En la quinta página del diario/revista aparecían dos noticias entre otras de interés general. Una era sobre el cierre de un bar gay que tenía dos populares noches latinas. La otra era sobre Paloma, un transexual que iba a operarse por última vez y sería biológicamente femenino la semana siguiente. No había en las historias nada de ridículo ni se les consideraba algo exótico. Me pareció un índice no solo de la creciente representación del homosexualismo cubano (que se ha producido con anterioridad), sino de una forma distinta de hablar sobre él: con respeto, como parte de la cultura cubana, como parte de una publicación de carácter general. No se malinterprete mi optimismo. Soy bien consciente de que muchos cubanos todavía reaccionan con disgusto ante el afeminamiento y el homosexualismo, pero estas nuevas articulaciones y representaciones constituyen un desafío y una alternativa a este disgusto.

No todos los sectores de la población gay cubano-americana se identifican con estas nuevas articulaciones. Solo ahora comienzan a cobrar vigencia los nuevos lenguajes, las representaciones, la cultura y las identidades.

Encuentro de especial ayuda la obra de Raymond Williams²⁸ sobre culturas y estructuras de sentimiento emergentes para comprender la disparidad entre las narraciones de mis entrevistados, sus prácticas, y la cultura que los rodea y otras representaciones y articulaciones (como en las publicaciones gays latinas). Jonathan Rutherford²⁹ ha examinado la pertinencia de Williams en el estudio de las identidades.

[Raymond Williams] describe las identidades emergentes de los nuevos grupos sociales y subjetividades enfrentados a una cultura dominante cuyos discursos y lenguaje no les permiten articular plenamente su experiencia. Describe esta lucha por una voz como colocada «en el borde de la disponibilidad semántica». Estas palabras necesarias que nos representarán ante nosotros mismos y ante otros no están verdaderamente a nuestro alcance. La estructura de sentimiento queda atrapada entre la experiencia y el lenguaje.

Es en esta cúspide entre la comunidad que existe y una comunidad que solo comienza articularse que comprendo las narraciones gays cubano-americanas que me han servido de fondo. Mientras a través de la conducta que informan es evidente la existencia de una base para la identidad y la comunidad gay cubano-americanas, no necesariamente lo reconocen y, si lo hacen, no se sitúan como miembros de esa identidad y comunidad. No quiero decir que haya etiquetas concretas que trasciendan la «disponibilidad semántica». Lo que quiero decir es, más bien, que comienzan ahora a circular articulaciones poderosas, evocativas, de una «comunidad imaginada»³⁰ que llegan a la autocomprensión de los hombres y la transforman, y que el lenguaje, los significados, las etiquetas y los representantes que despliegan estas articulaciones no resultan fácilmente asequibles.

Traducción: María Teresa Ortega Sastriques

Notas

1. *Maricón* es un término peyorativo que los cubanos emplean para llamar a los homosexuales hombres. Utilizo el término aquí para dar a entender la recepción negativa que encontraron los que llegaron por el Mariel.

2. B. Ruby Rich y Lourdes Arguelles («Homosexuality, Homophobia and Revolution: Notes towards and Understanding of the Cuban Lesbian and Gay Male Experience, Part Ib», *Signs*, a. 11, n. 1, 1985, pp. 120-36) han escrito el trabajo más completo sobre los gays y las lesbianas cubano-americanos. Rafael Campo (*The Other Man Was Me: A Voyage to the New World*, Arte Público, Houston, 1994), Elías Miguel Muñoz (*The Greatest Performance*, Arte Público, Houston, 1991; *Crazy Love*, Arte Público, Houston, 1989), Obejas (*Memory Mambo*, Cleis Press, San Francisco, 1996; *We Came All the Way from Cuba So You Could Dress Like This?*, Cleigh, Pittsburgh, 1994), Marta Quintales («I Paid Very Hard for My Immigrant Ignorance», en C. Moraga y G. Anzaldúa, eds., *This Bridge Called My Back*, Kitchen Table, Nueva York, 1981, pp. 150-6) y Flavio Risech («Political

and Cultural Cross-Dressing: Negotiating a Second Generation Cuban-American Identity», en Ruth Behar, ed., *Bridges to Cuba, Puentes a Cuba*, University of Michigan Press, Ann Arbor, pp. 57-71, 1995) han escrito materiales autobiográficos y de ficción sobre la vida gay/lesbiana y cubano-americana.

3. Laud Humphreys, «Exodus and Identity: The Emerging Gay Culture», en Martin P. Levine, ed., *Gay Men: The Sociology of Male Homosexuality*, Harper, Nueva York, 1979, pp. 143.

4. Jeffrey Weeks, «Discourse, Desire and Sexual Deviance: Some Problems in a History of Homosexuality», en K. Plummer, ed., *The Making of the Modern Homosexual*, Barnes y Noble, Totowa, Nueva Jersey, 1981, pp. 110.

5. Martin P. Levine, «Gay Ghetto», en Martin P. Levine, ed., *Gay Men...*, ob. cit., pp. 182-204.

6. Dennis Altman, *The Homosexualization of America*, Beacon, Boston, 1982, p. 8.

7. Alejandro Portes y Alex Stepick, *City on the Edge: The Transformation of Miami*, University of California Press, Berkeley, 1993, p. 149.

8. Linda Roach Monroe, «AIDS death rate high for some Hispanics», *The Miami Herald*, 3 de julio de 1993, p. 2B.

9. Elinor Burkett, «The Price», *The Miami Herald, Tropic Magazine*, 1 de abril de 1990, p. 15.

10. Ian Lumsden, *Machos, Maricones and Gays: Cuba and Homosexuality*, Temple University, Filadelfia, 1996, p. 149.

11. Para una reseña de la forma en que el debate sobre la familia emerge en antologías de gays, lesbianas y gente de color, véase Peter Chua, Susana Peña y Beth Schneider, «Coloring Communities: People of Color Redefine Lesbian, Gay and Bisexual Terrains», artículo presentado en la 90 Reunión Anual de la Asociación Sociológica Americana, 1995.

12. Tomás Almaguer, «Chicano Men: A Cartography of Homosexual Identity and Behavior», en H. Abelove, M. A. Barale y D. M. Halperin, eds., *The Lesbian and Gay Studies Reader*, Routledge, Nueva York, 1993, p. 266.

13. James S. Olson y Judith E. Olson, *Cuban Americans: From Trauma to Triumph*, Twayne, Nueva York, 1995, pp. 62-3.

14. La migración del Mariel en 1980 fue distinta a las migraciones anteriores puesto que llegó a los Estados Unidos un porcentaje mucho mayor de personas solteras (Alejandro Portes, Juan M. Clark y Robert D. Manning, «After Mariel: A Survey of the Resettlement Experiences of 1980 Cuban Refugees in Miami» *Cuban Studies*, n. 15, a. 2, 1985, p. 41).

15. Lisandro Pérez, «The Cuban Population of the United States: The Results of the 1980 U.S. Census of Population», *Cuban Studies*, n. 15, a. 2, 1985, p. 16.

16. Comparación de los ingresos familiares medios y *per capita* de los grupos raciales y étnicos del condado de Dade.

| | Ingreso familiar medio | Ingreso per cápita |
|----------------------|------------------------|--------------------|
| Cubanos | 29 270 | 12 422 |
| Blancos, no hispanos | 45 766 | 21 932 |
| Puertorriqueños | 24 855 | 9 201 |
| Mexicanos | 21 613 | 7 502 |
| Otros hispanos | 23 592 | 8 476 |

(Fuente: Buró del Censo de los Estados Unidos, *Censo de población. Características sociales y económicas. Florida, 1990*, cuadros 157 y 165, Washington, D. C., 1993).

Los datos de Pérez están tomados del Censo de 1980. Brindo algunos datos pertinentes del Censo de 1990 a manera de comparación. Aunque los ingresos familiares medios y per capita de los cubanos son bien inferiores a los de los blancos no hispanos del Condado de Dade, en comparación con otros grupos hispanos, sus ingresos son elevados. También, un porcentaje importante de las familias cubanas del Condado de Dade reciben ayuda del gobierno: el 26,2% recibe Seguridad Social, el 17,1% recibe asistencia pública y el 9,5% recibe pensiones de jubilación (Buró del Censo de los Estados Unidos, *Censo de población. Características sociales y económicas. Estados Unidos, 1990*, cuadro 165, Washington, D. C., 1993, p. 639; Lisandro Pérez, «Immigrant Economic Adjustment and Family Organization: The Cuban Success Story Reexamined», *International Migration Review*, n. 20, a. 73, 1986, pp. 4-20; «The Cuban Population...», ob. cit.)

17. Alejandro Portes y Leif Jensen, «The Enclave and the Entrants: Patterns of Ethnic Enterprise in Miami Before and After Mariel», *American Sociological Review*, n. 54, 1989, pp. 929-949.

18. La generación estadounidense nacida en los años 70, los hijos de los llamados *baby boomers* que, a diferencia de sus padres —que pretendieron lograr cambios sociales—, se caracterizan por la búsqueda individual del éxito comercial desde edades muy tempranas. (N. del E.)

19. Fabiola Santiago, «The Poetry of Healing», *The Miami Herald*, 20 de febrero de 1997, p. 5F.

20. Kath Weston, *Families We Choose*, Columbia, Nueva York, 1991, p. 68.

21. *Ibidem*, p. 50.

22. *Ibidem*, p. 30.

23. Stuard Hall, «What is this «Black» in Black Popular Culture?», en G. Dent, ed., *Black Popular Culture*, Bay Press, Seattle, 1993, p. 31.

24. Resulta interesante que aunque la palabra «magazine» (revista) aparece entre comillas para indicar que es una palabra inglesa, la palabra «gay» se usa como si fuera española.

25. En ediciones anteriores, nombra Argentina, Brasil, Columbia, México, Nueva York, Puerto Rico y Miami como lugares de distribución. En ediciones más recientes solo habla de los Estados Unidos y Puerto Rico.

26. Por ejemplo, en la edición de julio de 1995, se encontraban la Health Crisis Network, la Body Positive Resource Center y la HRS.

27. Glenn Albin, «To Live and Die in South Beach», *Out*, 22 de mayo de 1995, p. 77.

28. Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Oxford University Press, Oxford, 1977.

29. Jonathan Rutherford, «A Place Called Home: Identity and the Cultural Politics of Difference», *Identity Community Culture Difference*, Lawrence y Wishart, Londres, 1990, p. 22.

30. Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Verso, Londres, [1983] 1991.

Una sociedad que envejece: retos y perspectivas

Alberta Durán Gondar
Ernesto Chávez Negrín

Investigadores. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.

En un sentido muy general, el envejecimiento es la transformación de cualquier aspecto de la realidad que tiene lugar en el proceso de su interacción con el medio.

En lo referido a la especie humana en particular, se reconocen distintos tipos de envejecimiento, entre los que sobresalen el individual y el demográfico o poblacional. Por envejecimiento individual se entiende el proceso de evolución, hasta ahora irreversible, que experimenta cada persona en el transcurso de su vida; y por envejecimiento poblacional, el incremento de la proporción de ancianos con respecto al conjunto de la población a la que ellos pertenecen.

Esta doble interpretación del término da lugar a que el análisis del envejecimiento deba hacerse en dos planos diferentes: el social y el individual. En ese mismo orden lo abordaremos, atendiendo primero a sus características y peculiaridades sociodemográficas y después a las referidas al anciano como individuo.

La sociedad que envejece

De inicio, puede afirmarse que el envejecimiento de la población cubana, tanto en un sentido como en

otro, ha sido un tema poco tratado desde el punto de vista institucional y científico hasta épocas muy recientes. Durante las etapas de dominio colonial español y de la república capitalista dependiente, apenas se le prestó atención gubernamental ni aparecieron estudios importantes sobre este particular. Aunque a partir del triunfo de la Revolución, en 1959, comenzaron a efectuarse cambios radicales en la atención médica y social de toda la población —y por lo tanto, de la tercera edad— es en 1978 cuando aparece el primer programa de atención al anciano, conocido por «Modelo de atención comunitaria».¹

En la década de los 80 se pone en vigor la ley 24 de seguridad social, se amplían los servicios de geriatría del sistema nacional de salud, tanto en hospitales como en la atención comunitaria brindada por el médico de la familia, y surgen movimientos como los círculos y las casas de abuelos, lo cual muestra la importancia creciente que el Estado le asigna a la tercera edad.

Algo más adelante, y continuando esa misma línea, se inaugura en 1992, en La Habana, el Centro Iberoamericano de la Tercera Edad (CITED), cuyos objetivos fundamentales son asistenciales, investigativos

y de formación de recursos humanos para la atención a este sector poblacional.²

Los logros sociales, aunque insuficientes aún para cubrir las necesidades de esta población en aumento, son comparativamente mayores que la investigación referida a este grupo.

A pesar de valiosos esfuerzos por conocer mejor a nuestros ancianos y al proceso de envejecimiento en Cuba,³ es obvio que aún faltan muchos aspectos por analizar con mayor profundidad, e incluso por comenzar a investigar, entre los que pueden señalarse:

- Las consecuencias que tendrá el proceso de envejecimiento a mediano y largo plazo en las condiciones concretas de nuestro país.
- Las características particulares de las personas de la tercera edad en función de variables como el género, la inserción socioclasista, el nivel educacional, el estado conyugal, el lugar de residencia, el color de la piel, etc.
- Sus potencialidades productivas.
- Las características de su convivencia familiar.
- Las condiciones de vida de los ancianos sin amparo familiar.
- Las formas de violencia hacia la tercera edad.
- La utilización del tiempo libre por los ancianos.
- Sus formas de recreación.
- La vida cotidiana de los ancianos en instituciones.

Veamos ahora, muy brevemente, cómo ha tenido lugar el proceso de envejecimiento en Cuba.

Apenas finalizada la Guerra de independencia, en 1899, solo vivían 72 000 cubanos que ya habían cumplido los 60 años, lo que representa un anciano por cada 22 personas de la población total; en 1953 había 400 000 miembros de la tercera edad —uno por cada 15 individuos—; y actualmente ya suman 1,46 millones, o sea, uno por cada 8 cubanos.⁴

El incremento sostenido y creciente de la proporción de ancianos se ha derivado de la modificación de los patrones reproductivos, conocida por «transición demográfica». Esta se inicia con elevados niveles de fecundidad y mortalidad, y finaliza con niveles similares, pero reducidos, de esas variables; luego de pasar por etapas intermedias de descenso, primero de la mortalidad y después de la fecundidad.

El sentido común se resiste, muchas veces, a aceptar que el aumento de la proporción de ancianos en una sociedad no tenga su causa fundamental en el alargamiento de la vida y en la reducción de la mortalidad en esas edades, porque el acto de morir se

asocia inconscientemente con el hecho de tener una edad avanzada. Pero, en realidad, la mayoría de las muertes, a nivel mundial, se produce en los primeros años de la vida; en consecuencia, cuando desciende la mortalidad se benefician sobre todo los niños y no los ancianos, por lo que en tales casos la población, lejos de envejecer, se rejuvenece.

Puede afirmarse entonces que, un tanto paradójicamente, el factor clave del envejecimiento demográfico es la reducción de la fecundidad. Por ende, el estudio de aquel puede llevarnos a reflexionar sobre temas aparentemente tan distantes como las actitudes de los jóvenes con respecto al matrimonio; el nivel de conocimiento, acceso y utilización de los métodos anticonceptivos por parte de las parejas; los motivos que guían a las familias para tener pocos hijos y, en un sentido más general, la forma que adopta cada población para darse continuidad a sí misma. El envejecimiento demográfico, más que un tema vinculado con el pasado, resulta más bien una manera peculiar —e históricamente novedosa— de proyectarse hacia el futuro.

En la presente década, como consecuencia sobre todo del abrupto descenso de la fecundidad —ya baja desde fines de los años 70— se ha intensificado el proceso de envejecimiento en nuestro país; su nivel actual puede clasificarse como intermedio a escala internacional: 13,1% de su población total son personas de 60 años o más. Entre sus características y consecuencias principales se encuentran:

- Es un hecho predominantemente femenino y urbano.
- Alcanza sus valores máximos en la capital y en las provincias centrales del país, y los mínimos en las provincias orientales y en el municipio especial Isla de la Juventud.
- Da lugar a un rápido incremento de los gastos de seguridad social, que se han elevado de 300 millones de pesos en 1971 a 1 582 millones en 1997.
- Aumenta la demanda de bienes y servicios relacionados con la tercera edad, en especial los referidos a la atención médica.
- Incrementa la significación estadística de las causas de muerte asociadas con el deterioro natural del organismo humano en las edades avanzadas, tales como las enfermedades cardiovasculares, los tumores malignos y las afecciones cerebrovasculares.

Por otra parte, los ancianos cubanos se caracterizan en la actualidad por:

- Mostrar una elevada esperanza de vida (algo más de 20 años para ambos sexos, como promedio, al

cumplir los 60 años) comparable a la de los países económicamente desarrollados.

- Poseer un nivel de instrucción relativamente bajo: alrededor del 85% de ellos no rebasan el nivel de los estudios primarios. Este índice irá mejorando en el futuro, en la medida en que arriben a la tercera edad las generaciones más beneficiadas por las oportunidades de realizar estudios medios y superiores que trajo consigo la Revolución.
- Convivir fundamentalmente en el seno de sus respectivas familias y, en muchos casos, actuar como jefes de esos núcleos; si bien quizás no siempre de forma efectiva, al menos según el reconocimiento de los demás integrantes de estos.

De especial significación resulta identificar las particularidades del proceso de envejecimiento poblacional en nuestro país con respecto al que tiene lugar en otras naciones. Tal proceso tiene en Cuba similitudes con el ocurrido en otros países. Entre sus rasgos comunes están el constituir el resultado de una transición demográfica completa; afectar en mayor medida a las mujeres y a los territorios más urbanizados; influir en la reducción del tamaño de la familia, así como en el desempeño de sus funciones, etc. Sin embargo, también tiene diferencias o particularidades importantes que deben ser reconocidas. Entre ellas, las principales son las siguientes:

- La transición demográfica y el consecuente proceso de envejecimiento han tenido lugar preferentemente en países con un alto nivel de desarrollo socioeconómico —la mayoría europeos—, de manera que ambos procesos se han considerado como resultados de ese mismo desarrollo. En Cuba, la evolución del comportamiento demográfico después del triunfo de la Revolución se ha derivado más del progreso social que del económico. En particular en la presente década, durante el Período especial, la reducción de la fecundidad que ha tenido lugar es atribuible al empeoramiento de las condiciones económicas, así como a la permanencia de los avances sociales.
- Las transiciones demográficas ocurridas en otros países, especialmente en lo tocante a la reducción de las tasas de fecundidad, han sido procesos paulatinos que han demorado varias decenas de años o hasta más de un siglo. Alemania, por ejemplo, tardó unos setenta años para bajar su tasa de natalidad de 34 a 15 por mil,⁵ mientras que en Cuba esa tasa cayó abruptamente de 35,1 en 1963 a 14,0 por mil en 1981, es decir, en menos de veinte años.⁶

- El proceso de envejecimiento en Cuba, a diferencia de lo que ocurre en otros países, se ve en cierta forma «enmascarado» en el presente, debido a la gran masa de población adulta joven —entre 24 y 38 años principalmente— con que ahora contamos. Esta fue el resultado del aumento de la fecundidad que tuvo lugar entre 1960 y 1974, cuando nacieron en conjunto más de 3,6 millones de niños, y que precedió a una abrupta caída. Ese comportamiento singular hará que el proceso de envejecimiento en Cuba se agudice extraordinariamente a partir del año 2020 hasta el 2035, cuando solo en 15 años arriben a la edad de retiro los sobrevivientes de aquel *boom* de natalidad. Una eventual postergación por cinco años de esa edad de retiro solo retardaría un quinquenio el enfrentamiento al problema desde el punto de vista laboral, pero no significaría una solución.
- Los restantes países con alto nivel de envejecimiento actual o prospectivo, debido a su nivel de desarrollo económico, por lo general atraen a inmigrantes de otros países, y en caso de necesitar fuerza de trabajo joven, con fortaleza física para desarrollar ciertas tareas en un determinado momento, pueden apelar a la inmigración. Sin embargo, Cuba no solo carece de recursos en ese sentido, sino que sistemáticamente ha presentado, desde 1960, un saldo migratorio externo negativo, en el cual, si bien en las décadas de los años 60 y 70 tuvieron un gran peso las mujeres de edad avanzada y los niños, a partir de los 80 se hacen preponderantes los hombres adultos jóvenes. Entre 1994 y 1997, el saldo migratorio externo negativo del país fue de 123 044 personas.⁷ Además, el acuerdo migratorio con los Estados Unidos, por el cual se posibilita la salida de 20 000 personas cada año, se mantiene vigente.
- El envejecimiento más agudo se está produciendo ahora en la casi totalidad de los países europeos, de modo que la desaceleración del crecimiento poblacional que este significa no traerá aparejados cambios muy importantes en el ordenamiento según magnitudes de sus montos demográficos respectivos. En el caso de Cuba, sin embargo, como su proceso de envejecimiento es mucho más intenso y acelerado que el de los restantes países de América Latina y el Caribe, se ha venido dando (y se espera que se intensifique en los próximos años) una notable disminución de su peso demográfico dentro de la subregión. Si en 1950 ocupaba el séptimo lugar entre los países más poblados de América Latina y el Caribe y representaba el 3,5% de su población, en 1995 ocupó el lugar número 9, con el 2,3% de la población continental, y se prevé que en el año 2025 baje al lugar número 12 y agrupe al 1,7% de los

latinoamericanos y caribeños. Hacia el año 2050, de no producirse cambios dramáticos en las tendencias previstas, es muy probable que Cuba ocupe el puesto décimosexto entre los países latinoamericanos, de acuerdo con el número de sus habitantes, con lo cual habría descendido nueve lugares en un siglo.⁸

- En muchos países del Tercer mundo y en otros económicamente desarrollados, se está produciendo un proceso de envejecimiento sin que represente un peligro futuro de despoblación, ya que la fecundidad en ellos está bajando —o ya es baja— sin dejar de garantizar el reemplazo generacional. En Cuba, desde 1978, la tasa bruta de reproducción⁹ se halla por debajo de 1; desde 1992, apenas alcanza el valor de 0,7;¹⁰ y según lo previsto por los especialistas de la Oficina Nacional de Estadísticas, se espera que continúe por debajo de 1 al menos hasta el quinquenio 2010-15, cuando se considera que puede llegar a 0,85.¹¹ De cumplirse ese supuesto, que en las condiciones actuales parece incluso «demasiado optimista», el país mostraría, durante 38 años en forma consecutiva, una fecundidad que no garantiza el reemplazo poblacional, lo que, unido a la probable continuación de un saldo migratorio externo negativo, daría lugar a que nuestra población posiblemente comenzara a decrecer en cifras absolutas de manera sistemática entre los años 2015 y 2025. De no modificarse las tendencias demográficas actuales —fundamentalmente la fecundidad y las migraciones externas—, el envejecimiento agudo constituiría una etapa inicial en el camino hacia la despoblación.
- El proceso de envejecimiento en Cuba tiene lugar en condiciones de enfrentamiento político agudo y prolongado con un país poderoso y cercano —los Estados Unidos—, en donde reside además una población de cubanos integrada por más de un millón de personas. De cumplirse, en la práctica, las previsiones demográficas ya conocidas, e irse incrementando sostenida y rápidamente, en el futuro próximo, la proporción de ancianos en nuestro país, mientras se reduce la de jóvenes —y si no tiene lugar al mismo tiempo un desarrollo socioeconómico y tecnológico importante—, se produciría un descenso de nuestras potencialidades productivas y defensivas, que pudieran eventualmente alentar los intentos norteamericanos de ejercer una mayor influencia sobre Cuba mediante la utilización de procedimientos tanto civiles como militares.

Como se puede entrever de lo antes expresado, la significación de los ancianos y del proceso de envejecimiento en nuestra sociedad alcanzará su mayor relevancia en los próximos años. Si ahora hay una persona de la tercera edad por cada ocho cubanos, se

espera que haya una por cada cinco en el 2015; una por cada cuatro en el 2025; y una por cada tres en el 2035, proporción que se mantendría estacionaria por lo menos hasta el año 2050.¹²

De verificarse estos pronósticos en la práctica, ya desde el año 2025 nos convertiríamos en el país más envejecido entre todos los latinoamericanos y caribeños, entre todos los de importante proporción de población negra y mestiza en su composición étnica, entre todos los situados en climas cálidos, y entre todos los del Tercer mundo.

Al mismo tiempo, estaríamos sin duda en un nivel muy próximo al de los países europeos más envejecidos.

Adicionalmente, se prevé que el número de personas mayores de 75 años experimentará un crecimiento particularmente notable, de modo que ellas llegarían a representar uno de cada trece cubanos en el 2025, y uno de cada seis en el 2050.¹³

Cabe preguntarse qué representan todas esas cifras y pronósticos. ¿Tienen solo un significado estadístico o denotan otras implicaciones? A nuestro modo de ver, ese intenso proceso de envejecimiento que se nos viene encima tendrá un efecto inmenso sobre toda la vida económica, social y política del país; sobre las costumbres, tradiciones y forma de ser del cubano; sobre la psicología social, los temas de conversación y la vida cotidiana en general; en síntesis, constituirá uno de los fenómenos sociales de mayor impacto en nuestra historia como nación, con repercusiones muy profundas para la sociedad en su conjunto y para cada uno de sus miembros.

Por otra parte, resulta evidente que las tendencias demográficas actuales relativas a la fecundidad y a las migraciones externas deberán modificarse en el futuro; pero teniendo como premisa fundamental el respeto al derecho de las familias y de los individuos a determinar sus propios destinos. O sea, que no se trata de instrumentar medidas de carácter meramente administrativo, tales como prohibir las interrupciones de embarazos, restringir el suministro de medios anticonceptivos a la población o desautorizar la emigración legal del país.

Los retos asociados al envejecimiento poblacional que plantea el futuro son numerosos y diversos. Ante todos ellos, la única respuesta viable es el desarrollo económico y tecnológico sostenido y sostenible del país, que fundamentaría la obtención, entre otros, de los siguientes objetivos:

- Garantizar la continuidad de los avances sociales en materia de educación, salud pública, seguridad social, etc. alcanzados después del triunfo de la Revolución.
- Contrarrestar el previsible déficit prospectivo de fuerza de trabajo en sectores fundamentales, en los que se

De no modificarse las tendencias demográficas actuales —fundamentalmente la fecundidad y las migraciones externas—, el envejecimiento agudo constituiría una etapa inicial en el camino hacia la despoblación.

requiere más esfuerzo físico, como la agricultura, la construcción y la industria, entre otros.

- Impedir el descenso del nivel de vida como consecuencia del incremento de personas ancianas económicamente dependientes.
- Compensar el efecto del descenso de la significación demográfica de Cuba en el contexto latinoamericano.
- Mantener a un nivel adecuado las potencialidades productivas y defensivas del país.

Debido a múltiples motivos —económicos, geográficos, históricos, demográficos, políticos— Cuba está prácticamente obligada a desarrollarse económica y tecnológicamente en el primer cuarto del siglo XXI.

Si las consecuencias, a más largo plazo, del envejecimiento poblacional todavía no se han establecido en toda su magnitud —ni siquiera en las naciones del occidente y norte europeo, donde dicho proceso es más antiguo—, resulta evidente que, en la Isla, el hecho de enfrentar con éxito el brusco cambio estructural que se aproxima, es un desafío aún mucho mayor. Este reto pondrá a prueba la inteligencia y creatividad de los cubanos; su espíritu de laboriosidad y de solidaridad intergeneracional; sus valores espirituales y su madurez como nación.

El envejecimiento individual

El envejecimiento individual ha sido, a diferencia del poblacional, un aspecto sumamente «estudiado» en la historia de la humanidad. Desde las búsquedas de fuentes de la eterna juventud hasta las investigaciones médicas más recientes, algo se ha logrado avanzar en la precisión de causas y consecuencias del envejecimiento biológico del organismo.

No se ha adelantado tanto en el análisis desde lo psicológico y lo social: poco se conoce de las características de personalidad de esta etapa del desarrollo psíquico y de los adultos mayores como grupo social. Así, los ancianos, senescentes, abuelos, personas mayores o de la tercera edad —como se les llama a las que están o que han sobrepasado la séptima década de vida— muestran, desde sus múltiples

denominaciones como grupo social, la variedad de criterios que de una u otra forma permean su definición en lo cotidiano y en la labor científica.

Sinónimos de anciano, en nuestra lengua, según el diccionario de Sainz de Robles, editado en 1978, son las palabras acartonado, avejentado, acabado, viejo, vetusto, vejete y vejestorio; también chocho, carcamal, decrepito, cotorrón, caduco, senil y otros, hasta 33 términos que, en su casi totalidad, reflejan la desvalorización, el rechazo y los prejuicios hacia esta etapa de la vida, en una clara muestra de cómo se han percibido históricamente, desde lo social, sus características sociopsicológicas.

El proceso de envejecimiento individual que alcanza la tercera edad, hace que la persona se enfrente, en general, a una serie de «pérdidas». Los que trabajan se acogen a la jubilación; para unos, ese momento representa el descanso de una actividad laboral que agota, pero para muchos significa una ruptura con su historia personal. Para la mayoría de los ancianos se produce una reducción del contacto social, pérdidas de familiares y amigos, económicas, de *status* social y del nivel de autoestima, que generan estrés y exigen recursos para la adaptación a los nuevos cambios.

La reducción de las capacidades físicas, que pueden estar unidas a problemas de salud, constituyen pérdidas inevitables en todo proceso de envejecimiento. Para las personas mayores, estas se expresan, al menos, en la mayor fatigabilidad del sujeto en la ejecución de tareas, en la reducción de capacidades sensoriales —deficiencias visuales y auditivas— y motoras. Estas peculiaridades fisiológicas tienen repercusiones en el plano psicológico del anciano e influyen en su sentimiento de bienestar. Un poeta argentino, Baldomero Fernández Moreno, dijo que «la vejez es un cansancio que no se nos quita al otro día, como creíamos ingenuamente al acostarnos».

Cada sujeto, como individualidad, enfrenta las «pérdidas» de diferente naturaleza, en función de su personalidad. Unos aceptan las nuevas realidades, simplemente, de forma pasivo-dependiente; otros buscan reemplazar los roles perdidos con nuevos roles (de abuelo, vecino, miembro de organizaciones, etc.), y se incorporan a nuevas actividades sociales que les resulten de interés y les permitan disfrutar del tiempo

libre. Varios especialistas destacan la importancia de la actividad, no vista solamente como ejercitación física —que algunos han absolutizado como vía para la «eterna juventud»— sino como actividad social, de incorporación efectiva a la vida familiar y comunitaria, que permita mantener un sentido personal y crear nuevas expectativas en los últimos años de la vida.

Esa posición social activa se alcanza en la vejez siempre que se haya aprendido a envejecer desde la madurez; pero además, siempre que el medio social propicie esta forma de vida, no aisle al anciano o lo relegue a un segundo plano; y que tampoco le exija lo que ya es incapaz de hacer o le imponga vías preestablecidas, al margen de necesidades e intereses individuales o etáreos.

La incorporación social solo es posible mediante las múltiples redes de apoyo en las que se inserte el anciano —en nuestro país: la familia, el barrio, el Círculo de abuelos. Ellas pueden brindar apoyo emocional con el intercambio permanente de sentimientos y expresiones afectivas. Aportan también lo que se ha denominado apoyo estratégico o de información; o sea, ayuda para la solución de problemas concretos y para enfrentar situaciones difíciles o nuevas. Por último, las redes sociales proporcionan ayuda material o instrumental cuando el sujeto no puede resolver la tarea o enfrentarla por sí solo: cuidado personal, tareas domésticas, etc. Sin embargo, las interacciones que se establecen en estas redes sociales no solo están caracterizadas por propósitos altruistas; en ellas pueden expresarse conflictos entre los sujetos y motivaciones de otra naturaleza.

En la vinculación o la desvinculación social del anciano intervienen diversas «presiones» que se producen en la interacción sujeto-medio social: cambios en los roles sociales desempeñados —familiares, de trabajo, de recursos, de poder, etc.—; los síntomas de deterioro —dolores, reducción de energía, falta de memoria, etc.— y «la conciencia [...] de que el futuro es limitado y que la muerte no es solo inevitable, sino que no está muy lejana».¹⁴

Tomando en cuenta estos y otros criterios, es necesario realizar un análisis dialéctico que considere la estructura y el funcionamiento personalógico en cada caso, para cada individualidad, sin prefijar vías únicas de satisfacción en y para la tercera edad. Dentro de la socialización adulta,¹⁵ las expresiones de los roles que se asumen individualmente están determinadas, en gran medida, por las expectativas sociales de desempeño hacia esta edad, las oportunidades reales brindadas por el medio social, y por las propias reflexiones que realiza el sujeto.

Todos los investigadores y teóricos consultados coinciden en destacar a la familia como el grupo social

fundamental para ayudar al anciano a desarrollar múltiples roles. En ella pueden darse todas las formas posibles de interacción con el anciano. La red social que es la familia puede constituir el primer paso en la integración y participación de la persona mayor; puede ser el «primer recurso y el último refugio», pero también generar conflictos o provocar relaciones amenazantes para el individuo. Investigaciones de varios países —España, Puerto Rico, Japón, entre otros— precisan, además, que esta afirmación no es abstracta, conceptual; los ancianos así lo reconocen y vivencian.

En cada país, las tradiciones culturales y el nivel de desarrollo socioeconómico y político, señalan diferencias en las responsabilidades asignadas a la familia y al Estado en la atención de sus mayores. En países altamente desarrollados tienden a aumentar los servicios especializados, y la familia se siente a veces liberada o desplazada de esa responsabilidad. En Japón, sin embargo, se aprecia un incremento relativo de las familias extendidas y de los ancianos que viven con sus hijos. Aunque la cultura de ese país —y la oriental en general— asigna un lugar importante al anciano, y específicamente al cabeza de familia, en la continuación del linaje familiar, estas tradiciones se ven afectadas hoy por factores sociales como las migraciones, la industrialización urbana y la incorporación de la mujer al trabajo asalariado.

En España, aunque la mayoría de los ancianos vive independientemente, se señala que la familia actual se ha transformado en una «familia extensa modificada», formada por distintas familias nucleares que viven en hogares separados, pero unidas por lazos afectivos y frecuentes relaciones sociales, en lo que se ha denominado «intimidad a distancia».¹⁶

En América Latina «el patrón cultural [...] consiste en que la familia atiende a las personas de mayor edad cuando estas lo necesitan y solo deja de hacerlo en circunstancias especiales».¹⁷ En Cuba, los diversos programas estatales desarrollados para la atención social al anciano incluyen medidas para la promoción y prevención de la salud, la nutrición; y además la información, capacitación y educación de los especialistas que trabajan con personas de esta edad, y también de las propias personas mayores. La atención al anciano incluye también formas de ayuda diversa de organismos e instituciones sociales que se han mantenido a pesar de las limitaciones de esta última década.

Las condiciones sociales en las que se insertan los ancianos en Cuba se caracterizan por:

- Seguridad de apoyo económico a través del régimen de pensiones que establece el Estado y de prestaciones de la asistencia social. Estas garantizan cierto nivel de

independencia personal y la satisfacción de necesidades cotidianas básicas.

- Acceso gratuito a la atención primaria, secundaria y terciaria de salud, que brindan asistencia médica general, especializada y en cierta medida geriátrica a todos los ancianos.
- Concientización de la sociedad acerca de los problemas del envejecimiento y de la necesidad de atención particular a las personas mayores. Elaboración de planes y proyectos que conciben, en el nivel comunitario, la necesidad de alcanzar y disfrutar una vejez satisfactoria.
- Incorporación a un grupo familiar o a una institución donde se producen interacciones personales de determinada naturaleza, se generan metas y se asumen roles que pueden o no incorporar a la persona mayor a la dinámica grupal y a los proyectos familiares de vida.
- Inserción en una comunidad que brinda opciones de ayuda espontánea al anciano y que podría desarrollar variadas formas de apoyo institucional para lograr mantener los espacios sociales que requieren los mayores como ciudadanos.

Estas condiciones sociales se expresan y concretan de forma diferente en cada lugar, y brindan contextos distintivos a cada sujeto. Además, son vivenciadas de manera diferente por cada personalidad en función de su historia personal, su concepción del mundo y los proyectos de vida formados en su desarrollo individual. La mayoría de los ancianos entrevistados por los autores considera que las condiciones sociales a las que se enfrentan en esta etapa de la vida se caracterizan por:

- Atención operativa a sus necesidades de salud por el personal médico y asistencial cuando lo requieren y cierto papel protagónico del médico de la familia en la atención sistemática a sus dolencias.
- Dificultades para la obtención de los medicamentos necesarios para sus problemas de salud, de espejuelos para mejorar sus insuficiencias visuales, y de recursos para la alimentación adecuada en esta edad.
- Pensiones que, para una parte de los ancianos, no alcanzan para cubrir las necesidades cotidianas mínimas. Para otros solo permiten su satisfacción y no el acceso a actividades de esparcimiento, el traslado hacia lugares lejanos y la cobertura de otros intereses menos perentorios, debido al encarecimiento de la vida en el país.
- Limitado acceso a las posibilidades de ayuda que brinda la asistencia social, por falta de conocimiento

de las exigencias y vías para alcanzar esta forma de ayuda, así como por las restricciones que impone.

- Pocas opciones de recreación (en su comunidad y en la sociedad en general) que contemplen las necesidades y posibilidades de la tercera edad.
- No orientación ni estímulo para la inserción del anciano en nuevos contextos sociales que aprovechen sus experiencias, capacidades e intereses.
- Inserción en un grupo familiar con su historia de encuentros y desencuentros, no preparado para formas complejas de interacción entre sus miembros —que se adecuen a la evolución individual y del grupo como un todo— en las difíciles condiciones socioeconómicas del país, y donde se generan relaciones de colaboración y ayuda, pero también de poder, conflictivas o amenazantes.
- Concepciones sociales que reflejan prejuicios hacia la vejez y le asignan un papel mayoritariamente pasivo-dependiente como objeto de atención y no como *sujeto* activo de su propio desarrollo.
- Escasas imágenes de la tercera edad como grupo aportador y como individualidad plena y realizada en los medios de difusión y en la cotidianidad, que permitan modificar las concepciones sociales negativas y brindar modelos positivos a los propios ancianos.
- Falta de conocimientos científicos sobre la tercera edad —vista como grupo social y como etapa del desarrollo psíquico— lo que, unido a la carencia de experiencias de las organizaciones e instituciones sociales, y sobre todo de la familia, para enfrentar los problemas del envejecimiento individual y sus consecuencias, impide establecer estrategias que jerarquicen la atención a necesidades psicosociales de estos sujetos e involucren a diversos actores sociales —inclusive a los propios ancianos— sin hiperbolizar el aspecto médico asistencial.
- Cierta protagonismo de la Iglesia como institución en la ayuda comunitaria a los ancianos, mediante la atención a necesidades fundamentales de esta edad: medicamentos y apoyo espiritual a través de sus feligreses o de las propias creencias religiosas.
- Carencia de representatividad del anciano como figura social en organizaciones e instituciones sociales comunitarias y ausencia de agrupaciones formales que centren sus intereses y canalicen sus potencialidades.

Hasta donde hemos podido llegar en nuestras investigaciones,¹⁸ nos parecen caracterizadoras de las personas mayores cubanas las peculiaridades siguientes:

- La casi totalidad tiene algún padecimiento físico, pero solo algo más de la mitad cree que su salud es regular o mala. Las enfermedades más frecuentes son la hipertensión arterial esencial, osteoartritis, diabetes mellitus, insuficiencia cardíaca y cataratas; también se encontraron varios casos de enfermedad de Parkinson y de neoplasias de distinto tipo, pero en muy pocas ocasiones los padecimientos de salud constituyen invalidantes severas para los sujetos. En cuanto a las pérdidas sensoriales propias del envejecimiento, de cada diez ancianos solo tres dicen no oír bien, pero seis tienen problemas de visión, en muchos casos solucionables por la cirugía o por el uso de espejuelos adecuados.
- A pesar de sus padecimientos, la mayoría de los ancianos puede valerse, en el hogar, para atender sus necesidades higiénicas y domésticas, e incluso ocuparse y hasta centrar las tareas cotidianas de la familia conviviente. Dentro de esas tareas, uno de cada seis cuida, además, a sus nietos, y una cifra similar a hijos o a otros ancianos minusválidos; uno de cada diez atiende también a animales domésticos. A medida que pasan los años, disminuyen las capacidades para limpiar la casa, tomar sus medicamentos, lavar y planchar la ropa, y también para elaborar la comida, en lo que parece influir, en muchos casos, la dependencia de una cocina de keroseno.
- Para las tareas fuera del hogar, disminuye el validismo de los ancianos en general, pero las dificultades son mayores con el aumento de la edad. La pérdida de capacidad en este tipo de tareas parece afectar a todos en cuanto a las posibilidades de caminar y de subir y bajar escaleras sin dificultades o sin necesidad de ayuda; pero otras acciones como ir al médico, hacer mandados o gestiones, y utilizar el transporte público decrecen significativamente con la edad.
- Muy pocos ancianos se incorporan a la actividad laboral retribuida después del retiro o como primera experiencia de trabajo asalariado, pero algunos más aspiran a hacerlo, fundamentalmente por la compensación económica que esperan encontrar por esta vía.
- Ningún anciano entrevistado estudia algo nuevo, aunque un grupo de los creyentes repasa la Biblia con cierta sistematicidad en busca de concepciones que los ayuden a comprender y a sobrellevar la realidad. Casi cuatro de cada diez mayores nunca lee, ni siquiera periódicos o revistas, que es a lo que más acude una cifra similar que lo hace frecuentemente.
- Las únicas actividades recreativas que parecen comunes a todos los ancianos son ver televisión, el descanso pasivo sin hacer nada y, en menor medida, oír radio.

Resulta general no ir nunca al cine ni practicar deportes o simples juegos de mesa. Ocho de cada diez nunca van a excursiones, restaurantes ni a espectáculos, y seis de cada diez no hacen ejercicios físicos en ninguna oportunidad.

- Solo uno de cada doce ancianos asiste sistemáticamente a las actividades del Círculo de abuelos, y otra cifra similar lo hace ocasionalmente. Para la mayoría de los sujetos estas no constituyen opciones interesantes para el empleo del tiempo libre.
- Las actividades de relación —fiestas, paseos, visitas— son muy restringidas para la mayoría de los ancianos. Solo algunos poseen el hábito de visitar parientes o amigos y se esfuerzan por mantener esta costumbre a pesar de las dificultades personales o de transporte. Las fiestas familiares parecen muy reducidas, y la mayoría de los ancianos que están dispuestos a participar, solo pueden disfrutar de las realizadas por las organizaciones del barrio.
- La participación en actividades religiosas se lleva a cabo, en alguna medida, por la mitad de los ancianos. En las iglesias encuentran cierta ayuda material, y la fe religiosa parece brindar un asidero afectivo y conceptual muy fuerte a las personas mayores que poseen estas creencias, para enfrentar las realidades cotidianas y su futuro.
- La actividad del anciano transcurre mayormente en soledad y limitada a las fronteras del hogar o del barrio; persigue además, sobre todo, la satisfacción de necesidades primarias y solo en pocos casos trasciende hacia objetivos más elevados. La comunicación interpersonal que se logra en estas formas de actividad resulta muy centrada —aunque no exclusivamente— en los problemas cotidianos más urgentes —abastecimientos, problemas familiares o del barrio— con vecinos, amigos y hasta con los familiares convivientes.
- Las interrelaciones familiares resultan prioritarias para las personas mayores, tanto por la frecuencia de los encuentros como por la significación positiva de los intercambios, fundamentalmente con hijos, nietos y hermanos. En estas interrelaciones también se observan, sin embargo, conflictos entre los ancianos y los familiares convivientes —que pueden enfocarse en ocasiones como generacionales—; posibles e importantes interlocutores ausentes en la comunicación de la persona mayor, y cierta tendencia de los ancianos a idealizar las interrelaciones con los familiares no convivientes.
- La figura del cónyuge es resaltada muy poco por los que lo poseen. Aunque ninguno le asigna un papel

negativo como fuente de conflictos, apenas se le valora como sujeto que brinda satisfacción o apoyo.

- Solo la tercera parte de los ancianos mantiene relaciones con viejos amigos, generalmente coetáneos, pero otra tercera parte carece de ellos. La mayoría establece relaciones con sus vecinos, que constituyen fundamentalmente una fuente de ayuda, pero también de conflictos para los ancianos.
- Las personas mayores parecen tener más contactos y encontrar mayor satisfacción en el intercambio con otros mayores, por la similitud de experiencias y las opiniones compartidas, pero también tienen un nivel de relación con la generación de los hijos e incluso con la de los nietos, aunque estas formas son menos abundantes y al parecer se generan algunas barreras en la comunicación interpersonal.
- La convivencia familiar de diferentes generaciones no parece favorecer la comunicación interpersonal del anciano con sus hijos o con sus nietos convivientes; tampoco parece propiciar la incorporación de los abuelos a los proyectos recreativos de la familia.
- La mayoría de los ancianos no aprovecha canales para la comunicación verbal como el teléfono o la correspondencia; solo la tercera parte se vale de estos medios para lograr el intercambio con hijos, familiares o amigos distantes.

Las oportunidades limitadas que brinda el medio social —incluyendo a la familia— para la inserción de los ancianos en formas de actividad «productivas» para su socialización, y las relaciones que estos, mayoritariamente, establecen con su medio social, deben determinar, en buena medida, las características de la subjetividad individual encontradas en nuestro estudio. Las peculiaridades psicológicas expresadas en sus representaciones de esa realidad, en sus estados de ánimo, en las imágenes que lo caracterizan como individualidad y en sus expectativas hacia el futuro, unidas a sus capacidades reales, deben regular a su vez las relaciones de esa personalidad con su medio. En el plano subjetivo los ancianos en general:

- No se sienten inútiles, ni con peor suerte, ni con miedo hacia la realidad; pero sí aburridos, preocupados y con frecuentes ganas de llorar. La mitad considera que su vida está vacía y más de la tercera parte manifiesta estados de ánimo típicos de los sujetos deprimidos.
- Solo una cuarta parte posee imágenes positivas de sí mismos; priman una pobre autoestima y el sentimiento de desvalorización por las pérdidas actuales de capacidades, salud, alegría, belleza, actividad y poder.

- En las expectativas hacia el futuro, solo dos de cada doce ancianos refleja verdaderas aspiraciones, o sea, motivos movilizados de la conducta; la mayoría manifiesta deseos que concretan sus necesidades prioritarias de salud y bienestar, y en menor medida, de relaciones materiales o de nuevas oportunidades. Estos deseos, al carecer de objetivación, de contenido propio, no se convierten en motivos orientadores de la actividad del sujeto.
- Seis de cada diez ancianos reiteran deseos de similar naturaleza, lo que parece indicar cierta estabilidad de las necesidades individuales reflejadas en ellos. Por otra parte, siete de cada diez sujetos que poseen expectativas de tipo material o de relaciones, priorizan estos deseos, lo cual indica una mayor urgencia en la satisfacción de estas necesidades.
- Solo uno de cada diez ancianos refleja necesidades o motivos hacia la actividad social y estos se concretan en el acceso al trabajo o a la actividad recreativa.
- Existe consenso al valorar a las personas mayores como sujetos útiles que pueden desempeñar diversas actividades, que funcionan bien como árbitros entre hijos y nietos, y que disfrutan hablando con los niños.
- Solo la mitad de los entrevistados acepta como cierta la rigidez y el aislamiento de los ancianos, pero en sus comentarios ninguno se reconoce como inflexible o solitario explícitamente; se les asigna a los demás esas peculiaridades en lo que podría interpretarse como un mecanismo de defensa.
- Prima una opinión negativa sobre los jóvenes: casi ocho de cada diez ancianos consideran que estos no respetan a las personas mayores e ignoran sus deseos; seis de cada diez afirman además que no los ayudan.
- La concepción de la familia está determinada por los lazos de consanguinidad en la casi totalidad de los sujetos. Una cuarta parte prioriza a su familia de origen y la mayoría excluye a nueras y yernos cuando conviven con ellos.
- Las imágenes que se evocan al valorar a la familia, tanto en lo positivo como en lo negativo, se concentran en aspectos del clima de relaciones presente en el grupo y fundamentalmente en los intercambios afectivos. Los ancianos consideran importante ser depositarios de afecto en sus representaciones de lo que les gusta de sus familias.
- Las personas mayores consideran a los familiares como la principal fuente de ayuda y satisfacción; pero también ellos generan conflictos y desacuerdos que afectan al anciano. Se observa una gran resistencia a revelar estos aspectos negativos y a reconocer descontento con la familia o con otras personas.

Hacer de los adultos mayores elementos activos y transformadores en la comunidad requiere brindarles —incluyendo a los que se acercan a la edad de retiro— opciones de aprendizaje de nuevos contenidos y habilidades que les permitan lograr formas de incorporación diferentes a las actividades sociales.

- Los amigos y vecinos se valoran como fuente fundamental de ayuda y satisfacción por aproximadamente la tercera parte de los entrevistados, pero para algunos los vecinos son además los que producen desasosiego y malestar en la vida cotidiana.

De todas estas características podemos concluir una reducción de espacios sociales que implica cierto aislamiento social del anciano y que genera, en alguna medida, sentimientos de soledad y abandono en los mayores.

Parece existir más una aceptación pasivo-dependiente de las pérdidas de toda naturaleza. Algunos logran reemplazar los roles perdidos con otros nuevos, pero muy pocos se incorporan a nuevas actividades sociales de interés o que les permitan disfrutar el tiempo libre.

Sin tratar de imponer, desde nuestra óptica, «patrones de vejez satisfactoria», es indudable que si se observa, mayoritariamente, un pobre concepto de sí, baja autoestima, falta de aspiraciones y numerosos rasgos depresivos en los ancianos, estos deben carecer de bienestar personal en gran medida. El pensador francés Blas Pascal parecía tener razón cuando afirmaba hace ya tres siglos: «no hay nada tan insoportable para el hombre como el reposo completo, sin pasión, ocupación, distracción ni cuidado. Entonces es cuando percibe su insignificancia, su aislamiento, su insuficiencia, su vacuidad».

Aunque estas características son generales a todos los adultos mayores estudiados, encontramos también matices diferenciadores por género que parecen distinguir a los hombres y a las mujeres de estas edades. Sin pretender versiones arquetípicas, consideramos que los hombres se sienten inútiles en mayor medida que las mujeres, prefieren más la compañía de los jóvenes que las de sus coetáneos y están más satisfechos con la ayuda familiar; se incorporan más a la vida social —incluso a la Iglesia—, disfrutan más de la radio y la televisión, y le dedican a ello más tiempo. Reconocen menos sufrir estados de ánimos depresivos, y parecen más dispuestos a establecer nuevas amistades.

Las mujeres poseen un mayor validismo —muy determinado por la seguridad de habilidades para el

trabajo doméstico— y se incorporan menos a las actividades sociales. Descansan pasivamente más que los hombres y una de cada tres ancianas no encuentra satisfacción en la vida familiar. Resulta frecuente que se sientan aburridas, preocupadas, cansadas, con ganas de llorar, o perciban vacuidad en su vida; tienen más estados de ánimo depresivos y se reconocen más como sujetos con estas características.

Estas diferencias de género reflejan en alguna medida la educación sexista que recibiera esta generación de actuales ancianos; al menos, parecen responder a los criterios que asignan al hombre un lugar en la calle y a la mujer solo espacios hogareños; también evidencian los patrones sexistas que impiden a los hombres reconocer sus sentimientos, mientras refuerzan su expresión desinhibida en las mujeres.

Los retos

Aunque no analicemos los orígenes de las peculiaridades encontradas en este estudio, es necesario reflexionar sobre los retos a la sociedad que provoca el envejecimiento, tanto poblacional como en el plano individual.

En el contexto de una estrategia de desarrollo integral, sostenido y sostenible, resulta imprescindible promover el establecimiento de una política demográfica que tienda al equilibrio de la fecundidad y de las migraciones externas en el más breve plazo posible, ya que con el transcurso del tiempo se irá haciendo más difícil modificar los patrones de conducta actuales, y su mantenimiento sin cambios comprometería muy seriamente nuestro futuro a mediano y a largo plazo.

Esa política demográfica debe tener como premisa fundamental el respeto más irrestricto a los derechos básicos de las familias y de los individuos para determinar sus propios destinos. También debe considerar la necesidad de mantener una constante vigilancia sobre el desarrollo del proceso de envejecimiento en nuestro país, tanto en el plano individual como poblacional, mediante investigaciones multidisciplinarias que profundicen en el conocimiento de esta temática y ayuden a prever y precisar sus probables efectos.

Atender a los mayores como grupo social importante cuantitativamente —hoy y aún más en los próximos años— y cualitativamente distintivo, requiere en la sociedad cubana de una instancia nacional con valores jerárquicos y legislativos que centre la organización, la ejecución y el control de las instituciones y entidades con el encargo social de trabajar en favor de los sujetos de la tercera edad. Ello debe ir unido a la creación de un mecanismo institucional que posibilite a estas personas exponer sus criterios y defender sus intereses como grupo poblacional con necesidades y características propias.

Considerando que muchos mayores carecen de los recursos económicos suficientes para enfrentar los requerimientos actuales, y la necesidad de hacer más aportadora su labor —tanto para la sociedad como para incrementar la autoestima disminuida que muchos manifiestan—, se requiere analizar la conveniencia de establecer sistemas laborales más flexibles para las personas jubiladas y los trabajadores en edad de retiro: trabajo a media jornada o solo algunos días de la semana, horario abierto, trabajo a domicilio o por cuenta propia, u otras variantes que les permitan dar un mayor aporte social y contribuyan, a la vez, a su realización personal.

Para mejorar el llamado «apoyo formal» a la tercera edad se requiere incrementar el número de especialistas en geriatría y en gerontología, así como fortalecer el trabajo del médico de la familia, que garantiza la atención médica preventiva, individualizada y sistemática. También es necesario revitalizar los Círculos de abuelos a través de mayores y mejores opciones de actividad para los ancianos.

Dentro del apoyo formal que se puede brindar en las comunidades, es necesario incrementar y perfeccionar la participación de los Comités de Defensa de la Revolución y la Federación de Mujeres Cubanas en las tareas de atención a la tercera edad. Estas organizaciones pueden constituir una vía de satisfacción directa de las necesidades de los ancianos y de su incorporación a las tareas sociales. Por otra parte, se requiere el apoyo de los Consejos Populares a las iniciativas que se pongan en práctica para mejorar la calidad de vida de las personas mayores, y la coordinación de los esfuerzos institucionales y de las organizaciones de masas para estos fines.

Un aspecto de suma importancia en el trabajo que se puede hacer en las comunidades, es el desarrollo de programas educativos, recreativos, deportivos y culturales, en los que se podría aprovechar la experiencia profesional y humana de los propios ancianos en tareas de apoyo a la producción y a los servicios de la comunidad, en la educación de las nuevas generaciones y en la solución de sus propios problemas materiales o de relación.

Hacer de los adultos mayores elementos activos y transformadores en la comunidad requiere brindarles

—incluyendo a los que se acercan a la edad de retiro— opciones de aprendizaje de nuevos contenidos y habilidades que les permitan lograr formas de incorporación diferentes a las actividades sociales, si ello fuese necesario, y el redescubrimiento de potencialidades en sí mismos. Permitir a la persona ser *sujeto* —y no objeto— de su propia socialización constituye uno de los mayores retos que enfrenta la sociedad.

Por último, nos parece necesario enfrentar la educación de las familias donde conviven personas de la tercera edad y representantes de otras generaciones, con la incorporación del anciano a los planes de vida y familiares, la búsqueda de recursos para la mejor convivencia intergeneracional y el desarrollo de habilidades comunicativas entre sus miembros.

Considerar a la familia, en las políticas sociales, como punto de partida de la atención informal al anciano y como protagonista fundamental de la socialización en esta etapa del desarrollo psíquico, trasciende la visión de «cuidadora» de ancianos. La convivencia familiar puede resultar más o menos aportadora al desarrollo individual de la persona mayor, pero la reducción de su papel a mera asistencia de los ancianos generaliza una representación de incapacidad que la mayoría de los senescentes ni quieren ni merecen. Si llegar a viejos es hoy un privilegio que la sociedad propicia a la mayoría de los jóvenes actuales, y si los mayores se merecen continuar disfrutando creadoramente de la vida construida por varias generaciones de cubanos, son imprescindibles recursos científicos y sociales para comprender, aceptar y transformar la tercera edad como etapa de aporte social, en correspondencia con los ideales humanistas que prevalecen en el país.

Notas

1. El «Plan Nacional de Atención al Anciano» es enriquecido en 1982 con los resultados de la Asamblea Mundial de la ONU sobre Envejecimiento —donde se aprobó un Plan de Acción Internacional al respecto— y de la Reunión Regional de la CEPAL sobre ese mismo tema.

2. Véase CITED, *Atención al anciano en Cuba. Desarrollo y perspectiva*, Editorial Palacio de las Convenciones, La Habana, 1996.

3. Entre los primeros trabajos de carácter sociodemográfico sobre el tema se encuentran los de Raúl Hernández y María Elena Benítez, del Centro de Estudios Demográficos (CEDEM) de la Universidad de La Habana, aparecidos en la pasada década. Véase Raúl Hernández y María Elena Benítez, *Algunos aspectos demográficos y socio-económicos de los senescentes en Cuba*, CEDEM, La Habana, 1989. En los últimos años se han publicado varios estudios sobre la tercera edad realizados por especialistas de la Oficina Nacional de Estadísticas, entre los que se destacan los trabajos de Juan Carlos Alfonso, Clara Marín y Maira Mena. Véase Oficina Nacional de Estadísticas, Centro de Estudios de Población y Desarrollo, *El envejecimiento poblacional en*

Alberta Durán Gondar y Ernesto Chávez Negrín

Cuba: apuntes para su estudio, ONE, La Habana, 1997. Asimismo, en el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social se han preparado informes sobre el impacto del envejecimiento desde la óptica de esa institución. Véase Orlando Peñate e Ismael Lugo, *La seguridad social en Cuba. Retos y perspectivas*, (folleto), Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, La Habana, 1997. Recientemente también los autores de estas líneas han presentado el informe de investigación *La tercera edad en Cuba. Un acercamiento sociodemográfico y sociopsicológico*, CIPS, La Habana, 1997.

4. Véase *La tercera edad en Cuba...*, ob. cit.

5. Véase Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, *Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas*. Nueva York, 1978.

6. Véase Oficina Nacional de Estadísticas, Centro de Estudios de Población y Desarrollo, *Anuario Demográfico de Cuba 1997*, La Habana, julio de 1998.

7. *Ibidem*.

8. Véase Centro Latinoamericano de Demografía, *Boletín Demográfico*, a. XXX, n. 59, Santiago de Chile, enero de 1997.

9. Por tasa bruta de reproducción se entiende el número medio de hijas que tendría cada miembro de un número hipotético de mujeres al final de su etapa reproductiva, si a lo largo de esta última estuviesen sujetas a las tasas de fecundidad por edad de la población en estudio y no estuvieran expuestas al riesgo de la mortalidad. Una tasa bruta de reproducción inferior a 1 significa que cada mujer actual en edad fértil no garantiza su reemplazo prospectivo.

10. Véase Oficina Nacional de Estadísticas, Centro de Estudios de Población y Desarrollo, *Anuario Demográfico de Cuba 1996*, La Habana, julio de 1997.

11. Véase Oficina Nacional de Estadísticas, Centro de Estudios de Población y Desarrollo, *Proyección de población. Nivel nacional y provincial. Período 1995-2015*, La Habana, marzo de 1996.

12. La información básica para calcular estas proporciones aparece en la publicación del Centro Latinoamericano de Demografía: *Boletín Demográfico*, a. XXX, n. 59, Santiago de Chile, enero de 1997.

13. *Ibidem*.

14. El psicólogo estadounidense Richard A. Kalish, en su libro *La vejez. Perspectivas sobre el desarrollo humano* (Editora Pirámide, Madrid, 1996), hace interesantes reflexiones sobre la vinculación del anciano y concluye en su análisis que la desvinculación es una respuesta inadecuada para algunos; para otros es adaptativa y, para algún otro, es la nueva continuación de los patrones de conducta previamente establecidos.

15. Tomando en cuenta las concepciones del Dr. Fernando González Rey, consideramos la socialización adulta como establecimiento de relaciones de comunicación que permitan la interiorización de nuevos valores y formas de conducta consistentes con los cambios en las posiciones y roles de los años adultos.

16. María Teresa Bazo, socióloga española, destaca entre los estudiosos de ese país por su seriedad y creatividad al abordar las peculiaridades de la sociedad de la tercera edad. Pueden consultarse sus trabajos en la revista *REIS* (n. 47, 60 y 73) y su interesante monografía *La sociedad anciana*, editada por el CIS y Siglo XXI de España en 1990.

17. Hemos podido consultar varios materiales de Carmen Delia Sánchez, investigadora puertorriqueña que analiza críticamente la situación de los ancianos en su país y en América Latina.

18. Otro plano de análisis, el que emana de la pertenencia a diferentes grupos socioclasistas, de género, familiares o étnicos, y las condiciones que se derivan de las capacidades físicas y de la personalidad del sujeto senescente, comenzamos a abordarlos ahora en nuestras investigaciones.

© TEMAS, 1998.

Problemática, diversidad y espacio de debate en el teatro cubano

Vivian Martínez Tabares

Teatróloga. Casa de las Américas.

Si el teatro se afirma por excelencia en la contradicción y la diferencia, ¿cuál no será su condición y su desenvolvimiento en medio de una sociedad que impulsa (y participa de) constantes transformaciones y vive una existencia convulsa? La escena cubana refracta los avatares esenciales de la vida de la nación y es eco de las más significativas ideas, en activo y polémico debate con su tiempo.

En pleno proceso de gestación de la conciencia nacional, el drama que iniciara la línea romántica, *Pedro de Castilla*, de Francisco Javier Foxá, provocó el primer choque frontal entre teatro y gobierno colonial en 1838, con violentos incidentes durante su representación, prohibida por las autoridades, y se llegó a afirmar que «el objeto de la comedia [...] era inducir al odio y al menosprecio del Rey y de la grandeza de España».¹

Años más tarde, el 21 de enero de 1869, poco después de iniciada la guerra de independencia en La Demajagua y durante la primera temporada de los bufos, una función del Teatro Villanueva fue el marco para que el guarachero Jacinto Valdés diera vivas a la independencia y a Céspedes, para

«radicalizar al pueblo y demostrar que no existía otro camino que la insurrección»;² al día siguiente, durante la representación de la pieza *Perro huevero, aunque le quemem el hocico*, de Francisco Valerio, tuvo lugar una manifestación popular en la que se dieron vivas a Cuba y «muera España», y se enarbolaron pañuelos de colores patrios, a lo que respondió el ejército de voluntarios con la matanza conocida como «los sucesos de Villanueva».

Si acudo a estos ejemplos distantes en el tiempo del objeto de este estudio, es para apuntar que no solo no fueron hechos excepcionales, sino que marcan el inicio de un vínculo entre la escena y el destino de la nación, que se ha mantenido con altibajos y variantes de carácter dialéctico y/o coyuntural a lo largo de la historia cubana y que alcanza su clímax con la culminación del largo proceso de luchas que tiene lugar con el triunfo revolucionario; un momento en el que también una «cultura de resistencia» —empecinada en la búsqueda del sentido de cubanía dentro de lo universal y en la negación del mercantilismo y la indiferencia oficial—, una tradición escénica fundada en circunstancias

heroicas, encuentra las condiciones para su cristalización.

Eclosión y forcejeo temático y formal

El triunfo de la Revolución coloca al teatro por primera vez en su sitio y dignifica la profesión del artista, al propiciar la creación de grupos profesionales —y reconocer la esclarecida trayectoria de uno existente desde 1958: Teatro Estudio—; se fundan revistas culturales y editoriales, un sistema de escuelas de arte a partir de un amplio movimiento de instructores que propaga la cultura y su disfrute a lo largo de la isla; y el Seminario de Dramaturgia del Teatro Nacional. La campaña de alfabetización, en 1961, favorece las condiciones para el nacimiento de un público, razón de ser y contraparte vital para el arte de la escena y entidad impensable en la actividad asistemática de la seudorrepública, a pesar de la ardua batalla por un teatro de arte iniciada en 1936, y del «resurgimiento» —paradójico en términos culturales— del teatro de las «salitas».³

La decisiva influencia de la realidad revolucionaria en el desarrollo del teatro nacional, así como los presupuestos y el ejercicio de la política teatral de la Revolución —y sus errores—, traducidos en las tendencias que asumen la dramaturgia y la puesta en escena, están ampliamente documentados por la teatrología cubana.⁴ La gestación de nuevas problemáticas, nacidas del proceso de radicales transformaciones socioeconómicas, políticas y culturales pasan a nutrir un muestrario de temas, como la aguda lucha de clases, y la que enfrenta los nuevos valores y la supervivencia de prejuicios y valores del pasado; la crisis de la familia como núcleo cerrado, ante el advenimiento de una socialización intensa de la vida del país y la implicación directa del individuo en proyectos esencialmente colectivos; la relectura de la historia, como espacio indispensable de gestación y comprensión del presente, instancia obligada de búsqueda de la expresión de identidad, entendida como un concepto móvil y dialéctico; la gesta libertadora y las luchas armadas del presente, así como el surgimiento gradual de nuevos conflictos y contradicciones (hasta entonces inéditos) derivados del arduo bregar en la construcción de una sociedad diferente, inspirada en la gesta libertaria de casi cien años y en el pensamiento independentista y antimperialista martiano, y de otro lado signada por el modelo de construcción del socialismo europeo que enarbolaba la URSS y el resto del bloque socialista, en circunstancias geopolíticas singulares, a partir de la expulsión de Cuba de la OEA en 1963 y del establecimiento del bloqueo —económico y comercial

y, en un momento, militar— por el gobierno de los Estados Unidos, medidas que intentan aislar la isla del resto del continente latinoamericano.

A la crisis teatral —y sociopolítica de los 50—, y a la dificultad de los autores del período «—en muchos casos con una profunda vocación por lo cubano— para definir una perspectiva lúcida, desentrañar y reflejar los problemas esenciales de la realidad nacional»,⁵ sucede en los 60 la «eclosión dramática»,⁶ que incluye la continuidad de dramaturgos iniciados en la etapa anterior (Virgilio Piñera, Carlos Felipe, Rolando Ferrer, Raúl de Cárdenas, Matías Montes Huidobro, José A. Montoro Agüero, entre otros); la irrupción de algunos que, con cierta obra escrita, solo logran estrenar ahora (Abelardo Estorino, Manuel Reguera Saumell, Ignacio Gutiérrez, José Triana o Antón Arrufat, que antes había estrenado una pieza), y la revelación de otros nuevos (José Ramón Brene, Nicolás Dorr, Héctor Quintero, Eugenio Hernández Espinosa, José Milián); el surgimiento de una nueva perspectiva estética y la apertura hacia una posible evolución en los sistemas expresivos, primero, y una respuesta consciente a las limitaciones de la producción prerrevolucionaria, después; la ampliación del concepto de dramaturgia, a partir del vínculo del autor con la escena; la intensificación de la visión crítica de la realidad; la coexistencia de tradición y ruptura, negación y superación de los valores precedentes.

Sin embargo, desde el exilio político, un crítico como Matías Montes Huidobro ofrece una mirada preceptiva en lo técnico y discrepante en lo ideológico, para descalificar a los autores de la dramaturgia posterior al 59, por su «endeble construcción dramática y las arbitrariedades»; responsabilizar a la Revolución como causa de un estado esquizoide; definir a los revolucionarios marxistas como seres «sin ataduras espirituales de ninguna índole» y a la historia del pueblo cubano como «cosa del azar y adivinación»;⁷ animosidad que condiciona sus análisis puntuales.

Los años 60 son también el impacto de la fuerza progresiva de *El robo del cochino*, de Estorino; el éxito arrollador de *Santa Camila de la Habana Vieja*, de Brene —primera obra que aborda la problemática revolucionaria—, vista por más de veinticinco mil espectadores; el esbozo de dos líneas formales que interactúan entre sí: una realista o neorrealista (Estorino, Brene, Reguera Saumell, Quintero, Hernández Espinosa, Gutiérrez), y una «experimental», continuadora de la vanguardia explorada por Piñera, Ferrer y Felipe (Arrufat, Triana, Gloria Parrado, Ezequiel Vieta, Milián, Dorr); los premios internacionales de *El premio flaco*, de Héctor Quintero; la agudeza en la crítica a la doble moral y el doloroso proceso de asumir consecuentemente las nuevas actitudes, en *La casa vieja*,

de Estorino; la estilización de una compleja línea de la tradición popular en *María Antonia*, de Eugenio Hernández Espinosa; la llegada de Brecht y la saga de copias al libro modelo; la divulgación de la dramaturgia latinoamericana por los festivales de la Casa de las Américas y su revista *Conjunto*; el Premio Casa ganado por *La noche de los asesinos*, de Triana, en 1965; el Premio Gallo de La Habana para su puesta en escena a cargo de Vicente Revuelta, al año siguiente, y la presentación en el Teatro de las Naciones dentro de una exitosa gira europea.

Junto a la dramaturgia nacional avanza el lenguaje de la escena, también a través de puestas de Sartre, Williams, Lorca, Albee, Shakespeare, Brecht, Ghelderode, Chejov, Ibsen, O'Neill y Lope de Vega, por solo citar los más frecuentes. Los clásicos son una vía fundamental de aprendizaje para los artistas y para la culturización del público, y referencia de valor inestimable para confrontar la producción nacional.

Creatividad revolucionaria vs. dogmatismo

Pero en medio de la década afloran también los síntomas de un agotamiento formal y de los sistemas expresivos junto con la conclusión del análisis de la familia pequeñoburguesa. Precisamente *Dos viejos pánicos*, de Piñera —Premio Casa 1968— y *La noche...* llevan a sus últimas consecuencias los recursos dominantes del período.

De modo paralelo, la radicalización política de la sociedad —en 1961, como respuesta a la invasión mercenaria a Playa Girón organizada por la CIA, se proclama el carácter socialista de la Revolución— conduce a replanteos y escisiones. Al recrudecimiento de las hostilidades estadounidenses contra Cuba, el país responde con la ofensiva revolucionaria. Tensiones de la lucha ideológica, unidas a errores por el tratamiento administrativo y dogmático de aspectos inherentes a la creación artística, y por la intromisión en comportamientos de la vida privada, lesionan el devenir del teatro y separan del sector a un grupo de creadores. *Los siete contra Tebas*, de Arrufat, gana el Premio José Antonio Ramos de la UNEAC en 1968; el libro se publica y es centro de una fuerte polémica ideológica por entenderse la obra defensora de posiciones ambiguas frente a problemas fundamentales que atañen a la Revolución;⁸ después del Premio Casa obtenido por *Dos viejos pánicos* en 1968, Piñera se convierte en un autor problemático para la mirada oficial y su obra no se difunde. Rine Leal se ha referido así a esos años:

Después de 1966 aparecen síntomas evidentes de una fatiga formal, de una extenuante reiteración, de una similitud de recursos, de una repetición modélica que al mismo tiempo revelan una insuficiencia para expresar plenamente la

Problemática, diversidad y espacio de debate en el teatro cubano cambiante realidad cubana [...] En pocas palabras, se precisaba una apertura.

A la distancia de más de veinte años, se comprende que esa es una de las críticas subyacentes que se hacía a esta creación y que afloró —aunque lamentablemente en términos nada científicos— en el Seminario de Teatro y Danza celebrado en diciembre de 1967. La insatisfacción que el movimiento teatral mostró consigo mismo, y que desde luego era en gran medida compartida y hasta magnificada por funcionarios y burócratas culturales, culminó en nuevas opciones, de las cuales solo el Teatro Escambray ofreció una respuesta coherente. El período entre 1967 y 1971 significa un punto de giro en el que a través de torpezas y tanteos, de fórmulas administrativas y errores culturales, se va forjando una nueva imagen dramática.⁹

El Seminario Nacional de Teatro reclamaba de los artistas un protagonismo social al declarar: «El teatro es hoy parte de la realidad misma, es centro de gravedad, está dentro de la sociedad. El teatro es una forma dialéctica y viva de comunicación». ¹⁰ Así, como respuesta al reclamo, y sobre todo ante la propia insatisfacción con un quehacer artístico insuficientemente comprometido con los cambios que tenían lugar a escala de la sociedad, surge el Teatro Escambray, proyecto de ruptura singularmente revolucionario en su proyección estética. El Grupo caracteriza del modo siguiente el panorama que se proponían superar:

El empleo de fórmulas artísticas caóticas, gratuitas, a veces netamente importadas: un repertorio que raras veces tenía relación con las instancias esenciales de la transformación del país, que no aportaba, ni arriesgaba, ni esclarecía, enmarcado en temáticas ajenas, afines quizás a un público reducido y casi siempre el mismo, sobre el que tampoco se elaboraba ningún tipo de conocimiento sistemático que regulara una comunicación.¹¹

Los presupuestos artísticos principales, de fuerte raíz brechtiana, en su vocación de participar en la transformación de la sociedad, eran el abordaje crítico de la realidad, conquistar un público virgen y establecer con él una nueva comunicación, la propuesta de la obra abierta y el «paréntesis estructural», como una continuidad enriquecida a la tradición del teatro de arte y a búsquedas de formas de llegar a un público amplio, como las del Teatro Popular de Paco Alfonso, desde los 40, y las Brigadas de Teatro Francisco Covarrubias a inicios de los 60.

Otros dos grupos surgidos después del Seminario alcanzan corta vida, pero sus posturas polares ejercerán una influencia decisiva en el desarrollo del teatro cubano: el Teatro del Tercer Mundo, dirigido por René de la Cruz, con un repertorio de evidente combatividad política y presupuestos estéticos simples, que permitieran movilidad y contingencia, estrena siete espectáculos, pero no alcanza resultados artísticos

notables, aunque sienta las bases para la gestación del Teatro Político Bertolt Brecht, un grupo «modelo» creado por decreto.

El otro colectivo, Los Doce, bajo la dirección de Vicente Revuelta —maestro y experimentador constante, notable actor stanislavskiano, fundador de Teatro Estudio e introductor de Brecht en Cuba, director del paradigmático montaje de *La noche de los asesinos*— propone una exploración sobre las técnicas del actor y los fundamentos de un teatro pobre basada en las teorías de Grotowski y Artaud, busca «rescatar una imagen integral del hombre que no se agote en el plano de lo psicológico o lo intelectual, sino que incorpore esferas tales como los mitos, el instinto y el inconsciente». ¹² Montan *Peer Gynt*, de Ibsen, y muestran al público sesiones de ensayos y el entrenamiento psicofísico previo a la representación, pero el proyecto no satisface a sus hacedores y se disuelve antes de concluir un año de trabajo.

Los 70 son el auge del Teatro Nuevo. *La vitrina*, de Albio Paz —crítica al egoísmo de los pequeños agricultores negados a ceder la tierra para integrarse a los planes estatales colectivos—, con su incorporación del absurdo, personajes que mueren y vuelven a la vida, lenguaje farsesco y el «paréntesis estructural» (debate en el que el público puede rectificar el curso de la acción), marca un paradigma al desmentir que el teatro popular deba ser únicamente realista, lineal o directo. ¹³

Paulatinamente comienzan a surgir colectivos de corte similar en el resto del país —La Yaya, en el pueblito del mismo nombre, bajo la dirección de Flora Lauten, actriz del Teatro Escambray; en el puerto de La Habana, el Teatro de Participación Popular, dirigido por Herminia Sánchez y Manolo Terrazas; la Teatrova (peculiar mezcla de música y teatro) en Santiago de Cuba; el Colectivo Teatral Granma, en Bayamo; Pinos Nuevos en la Isla de la Juventud, y Cubana de Acero en la siderúrgica del mismo nombre. Cada uno comienza a generar su propia dramaturgia, vinculada a la problemática del público al que se dirige primordialmente. El Conjunto Dramático de Oriente se transforma en Cabildo Teatral Santiago, orienta su quehacer al rescate de una manifestación vinculada a la fiesta del carnaval en la colonia: el Teatro de Relaciones, y se adscribe a lo que se conoce como movimiento de Teatro Nuevo, que ya integran muchos de los mencionados antes y que coincide con la corriente de signo semejante que toma auge en otros países de América Latina. ¹⁴

La denominación Teatro Nuevo y el empleo del método de creación colectiva —que en la experiencia cubana no desplaza la individualidad del dramaturgo como creador—, originan tensiones con el «otro»

teatro, al sentirse de algún modo relegado. Aunque críticos como Rine Leal achacan la culpa de la polaridad a la manipulación interesada por parte de la burocracia cultural, creo que se trata más bien de la lógica reacción negadora de y hacia toda ruptura —aunque en el fondo no lo es. Quizás su crítica pueda aplicarse, en parte, a la etapa de proliferación —por el explicable apoyo a una expresión que desde la ideología revolucionaria renovaba la tradición—, en la que tienen buena parte de responsabilidad los propios artistas al elegir una u otra forma, ¹⁵ porque lo cierto es que el comienzo del Escambray es una acción a contrapelo de la mentalidad de la dirección cultural, reacia a entender una propuesta socioartística que no tiene nada de ortodoxa.

El vínculo entre investigación y creación teatral, base de *La Vitrina* o *El juicio*, procesado *artísticamente* por Albio Paz y Gilda Hernández, es entendido por algunos como una receta mágica para aplicarse mecánicamente. El intercambio y la confrontación entre sí y con experiencias internacionales en los talleres celebrados ya en los 80, esclarece posibilidades y se entiende que, del mismo modo que el Teatro Nuevo incorpora rasgos de una tradición precedente, lega al «otro» teatro recursos para satisfacer la necesidad —común a todos— de apropiarse de la realidad.

Desde las salas, José Milián (*La toma de La Habana por los ingleses*) y Pepe Santos (*Los juegos santos*) ensayan otras vías experimentales. Armando Suárez del Villar inicia el rescate de textos del siglo XIX en renovados montajes. El repertorio del Teatro Político Bertolt Brecht, creado a principios de 1973, abre un amplio ciclo de dramaturgia socialista (B. Vasiliev, Vishnievski, Pogodin, Radoev y Guelman) y de coproducciones con directores europeos, y alcanza notables montajes como *La panadería*, de Brecht, bajo la dirección de Mario Balmaseda, y *El carillón del Kremlin*, conducido por el soviético Evgueni Radomislenski.

Consolidar el debate

La década siguiente se anticipa desde 1976 con la creación del Ministerio de Cultura, que enmienda errores y se replantea los presupuestos conceptuales en el ejercicio de la política cultural. En 1980, el Festival de Teatro de La Habana pretende restaurar el equilibrio y restañar heridas, y consolida la conquista de un público. Los premios de esa primera edición, resumen y balance de un largo período de trabajo, son una muestra fehaciente de la diversidad: *Andoba*, de Abraham Rodríguez, puesta de Mario Balmaseda con el Teatro Político Bertolt Brecht, renueva la línea abierta por *Santa Camila... y María Antonia* con un complejo acercamiento

El teatro cubano más reciente, salvo excepciones abocado a un confuso marasmo, no ha sabido responder a la discusión con propuestas de madurez.

a las tensiones entre un ambiente marginal y los conflictos de un antisocial por escapar de su medio; *Bodas de sangre*, bajo la dirección de Berta Martínez con Teatro Estudio, propone una lectura brechtiana y esencial del texto de Lorca con imágenes que impactan en el recuerdo; *La Vitrina*, de Albio Paz, nueve años después de su estreno, en una tercera versión del Escambray, esta vez a cargo de Elio Martín, sigue siendo una farsa vital y una crítica eficaz de los valores enquistados; *Cecilia Valdés*, versión para teatro lírico de la novela homónima de Cirilo Villaverde y dirigida por Roberto Blanco, rescata el género de convencionalismos reductores, rompe cánones y logra una depurada espectacularidad; *Yerma*, también bajo la dirección de Blanco, con Danza Nacional de Cuba y actores invitados, resalta por la lograda integración multidisciplinaria y la exploración de sublime belleza en las raíces de la cubanía.

Calixta Comité, de Eugenio Hernández, genera un estreno polémico al articular la exploración en el lenguaje popular con refranes y giros vernáculos, y la conducta dual de un personaje que representa a los Comités de Defensa de la Revolución, la más masiva organización social cubana. Calificado por la crítica como «un caso infortunado sobre todo en lo que a dramaturgia se refiere», y de enfoque «desacertado», con «un uso indiscriminado del lenguaje»,¹⁶ más adelante la estudiosa Inés María Martiatu enjuicia el hecho desde un ángulo diferente:

... esta obra en que lo popular alcanza su expresión más plena, asombró hasta el insulto a quienes no estaban acostumbrados a ver en escena tales personajes. El estreno de esta pieza sacó a flote muchos prejuicios hoy afortunadamente superados, y a pesar de haber sido aprobada la obra, la confrontación a que dio lugar puso en evidencia que existían concepciones del arte puramente burguesas.¹⁷

Rine Leal califica los 80 como «la década de la recuperación moral, o de la insatisfacción, o amorfa, o simplemente de transición»;¹⁸ Graziella Pogolotti la asume «matizada por una tendencia reflexiva» que se alimenta de la experiencia vivida por las artes plásticas,¹⁹ Carlos Espinosa se refiere a «convivencia plural», «rectificación» y «apertura».²⁰

Proliferan temas de actualidad que la crítica clasifica con cierto esquematismo contenidista: el amor —*Ni un sí ni un no*, de Estorino; *Los novios*, de Roberto Orihuela; *Proyecto de amor*, de José González; más tarde, la ópera

trova *Donde crezca el amor*, de Angel Quintero—; la formación de las nuevas generaciones, el mundo del adolescente y su correcta orientación —*El compás de madera*, de Francisco Fonseca; *Tema para Verónica*, de Alberto Pedro; *Rampa arriba, Rampa abajo*, de Yulky Cary; *Aquí en el barrio*, de Carlos Torrens—; la igualdad de la mujer —*Presencia*, de Elías Armando; *Aprendiendo a mirar las grietas*, de Mauricio Coll—; la lucha de clases, el desenmascaramiento del enemigo y su ideología —*El escache*, de Abraham Rodríguez—; la producción —*Aprendiendo...*, *El acotejo*, de Sirio Soto; *Nosotros los campesinos*, de Orihuela; *El que sube*, de Pedro—; el sentido pequeñoburgués de la vida —*La permuta*, de Juan Carlos Tabío y Tomás Gutiérrez Alea—; la nueva ética —*Una casa colonial*, de Dorr—; el marginalismo —que venía de los 70 y genera un despliegue a partir del éxito de *Andoba* en variantes simplificadas, como *Rampa...* y *Aquí en el barrio*—; o el papel del dirigente en la educación de los hijos —*La familia de Benjamín García*, de Gerardo Fernández—, son algunos de los rubros que utilizamos para abordar el estudio de una avalancha de obras, menores en su mayoría —tal como las vemos hoy—, que tienen el mérito de enfrentar contradicciones inmediatas, con mayor o menor fortuna, de acuerdo con el grado de profundidad, más allá de lo fenoménico, que logra el equipo creador.

Una parte de esa producción es lo que se diagnostica como «banalización del conflicto»,²¹ y es una escala necesaria, imprescindible para llegar a la madurez posterior, el punto de giro de la conflictividad para superar la dicotomía entre lo viejo y lo nuevo y proponer una reflexión de carácter ético mucho más abarcadora y esencial.

Pero en los 80 también se consuma la superación de falsas polaridades entre nuevo y viejo teatro y comienzan a articularse orgánicamente —con los desfases que impone la movilidad del desarrollo— teoría y práctica, investigación y creación, palabra e imagen, sociología y antropología.

Estorino escribe un texto de maestría: su «novela para representar» *Morir del cuento*, en la cual «se supera a sí mismo con profunda vocación experimental»,²² superpone planos espacio-temporales y revela la naturaleza del teatro por dentro, como continuidad fecunda a un texto de 1974 solo estrenado y publicado más tarde: *La dolorosa historia del amor secreto de don José Jacinto Milanés*, sintetizado luego en *Vagos rumores* (1992),

que diera pie a una línea dramaturgica²³ que utiliza a figuras literarias del siglo XIX para reflexionar sobre contradicciones éticas del presente.

En el Teatro Escambray, Rafael González, autor, y Elio Martín, director, denuncian desde el fraude académico —un problema que aún las autoridades educacionales no habían aceptado oficialmente— deficiencias del sistema escolar que se extienden a otras esferas de la sociedad cubana. Con este montaje, que suscita una amplia polémica a nivel estatal y popular, el teatro se anticipa al proceso de rectificación de errores y tendencias negativas a que convocaría el Partido Comunista de Cuba y a las críticas que lanzaría su Tercer Congreso contra deficiencias en la planificación económica y signos de corrupción.

La puesta suscita una polémica de orden artístico, que saca a la luz veladas reticencias ideológicas sobre la función del arte, cuando el columnista del periódico *Granma* no comprende la conjugación de estilos diversos con intención crítica —personajes realistas y el director de escuela farsesco y robotizado— y señala que la puesta «no tiene un equilibrio ostensible» y «sugiere —y esto no es bueno— mucho de improvisación» porque «Pérez Peña [en el rol del director] no aquilata lo trascendente que resulta para muchos la participación de un dirigente de esa categoría y, por ello, resbala por la epidermis de su papel».²⁴ Sergio Corrieri, director del colectivo, se dirige a los lectores del principal periódico cubano para defender la capacidad analítica del público, subestimada por el crítico, y le aclara el porqué se actúa el personaje de modo deshumanizado:

... sería imposible que en una sola persona se reunieran tan obvios defectos y que nuestro sistema lo permitiera. Nosotros hemos tomado una licencia teatral, artística, para hacer [...] un símbolo negativo que es destruido [...] por los personajes que sustentan posiciones revolucionarias y consecuentes.²⁵

Los 80 están marcados por la entrada a la vida profesional de una generación de jóvenes egresados del Instituto Superior de Arte. Su presencia complementa, desde dentro, el acento teatral en las problemáticas de ese sector poblacional, a que había inducido su presencia pujante en la sociedad y como público mayoritario, al tiempo que comporta una actitud de cuestionamiento y un afán de conquistar espacios, como resultado de una formación teórica y sistemática.

A mitad de la década dos hechos escénicos singulares producen una ruptura de largo alcance: Vicente Revuelta vuelve a *Galileo Galilei*, un memorable montaje suyo de los 70, ahora con un grupo de estudiantes y actores profesionales, para dinamitar el lenguaje de la representación, desde las demandas de los más jóvenes, e introduciendo en la práctica de la escena las tensiones

del contrapunto de la relación Andrea-Galileo, con las de alumno-maestro, estudiante-profesional, joven-viejo, a nivel de la vida fuera del teatro. El espacio ficcional se somete a un doble riesgo cada noche y la meta es salvar la función a toda costa.

La graduación de un grupo de estudiantes del ISA es la génesis del Teatro Buendía bajo la dirección de Flora Lauten:²⁶ *Lila, la mariposa*, de Rolando Ferrer, lanza a los espectadores el cuestionamiento de los jóvenes actores cuando repiten de frente al público: «¿qué es un hombre?» y «estamos solos», a la vez que subvierte el texto e historiza la trama con una versión final del velorio en tono de *show* de cabaret, audacias formales duramente criticadas por quienes exigían más respeto a los clásicos. Eran los reclamos de una generación que necesitaba romper amarras y asumir el riesgo de la independencia personal y la responsabilidad plena.

Ese mismo año, aún sin total conciencia del alcance del tema y la situación elegidos, con *Weekend en Bahía* Alberto Pedro enfrenta el conflicto de una problemática hasta entonces inédita en el teatro cubano: entre la utopía de alcanzar un diálogo con el exilio —que luego de tentativas anteriores, abortadas por nuevas medidas del gobierno de los Estados Unidos contra Cuba, se convertiría en un objetivo de mayor alcance a nivel de la sociedad—, y el encontronazo de «dos mundos incompatibles»,²⁷ ambas posturas en franca tensión.

En 1988, otro joven, el director y dramaturgo Víctor Varela, con *La cuarta pared*, además de provocar el clímax de la crisis de obsolescencia de las estructuras organizativas del teatro, se revela contra determinados excesos de seguridad,²⁸ en una puesta desgarrada que revaloriza el lenguaje gestual y experimentos emprendidos y no culminados veinte años atrás. Su desafío a la estructura teatral vigente —el montaje se desarrolla en una casa, sin apoyo de ningún tipo—, la precariedad marginal de su factura y la opresividad como alternativa a la afirmación optimista, unidos a un cierre de desnudo colectivo, provocan el desconcierto de una parte de la crítica y cierta atmósfera adversa a nivel de la sociedad, resuelta con el propio desarrollo del espectáculo y su inserción en circuitos de mayor alcance.

Desde ángulos y formas diversas se completa un espacio plural de debate ético que cuestiona máscaras sociales, discursos agotados por la retórica y reductoras unanimidades. La investigadora argentina Marina Pianca lo percibe así:

Si en décadas anteriores se prefería reconocer los logros en el desarrollo de un teatro de la revolución, hoy (1988) las críticas y la valoración múltiple respecto a la realidad del teatro cubano y sus deficiencias provienen de Cuba. Y si en 1961 Fidel Castro, en sus «Palabras a los intelectuales» delimitaba los parámetros de la actividad cultural («Dentro de la Revolución todo, [contra] la Revolución nada»), hoy,

incluidas en el interior de la Revolución, aparecen —y se legitimizan— experiencias inéditas en La Habana de hace algunos años, en un período de pluralismo que ya se está concretizando en búsquedas teatrales de osadía artística y política.²⁹

La problemática problematización de la precariedad

Los años 90 acentúan la perspectiva de discusión de la escena desde la circunstancia de crisis, replanteo de la economía, inevitables concesiones y reaparición de ciertas desigualdades sociales que se imponen como consecuencia de la caída del socialismo «real» en Europa del Este y de la agudización del bloqueo estadounidense en el momento de su máxima prepotencia hegemónica, con las leyes Torricelli y Helms-Burton. A pesar de las agudas limitaciones, la política de la Revolución defiende salvar a toda costa la cultura y, paradójicamente, como consecuencia de la explosión de grupos —un tanto irracional y desmedida— que genera la nueva estructura organizativa, hay más espacios potenciales para el teatro, aunque no físicos.

La escena del Período especial³⁰ —abierta paradójicamente con una trilogía de teatro norteamericano, dirigida por Carlos Díaz, deslumbrante con su despliegue de recursos y sorpresiva en la desacralización del tema tabú del homosexualismo—, «mantiene un inusual poder de convocatoria»,³¹ es portadora de un discurso profundamente crítico que desde la Revolución fustiga sus limitaciones, explora en las causas, reflexiona sobre el poder, debate actitudes y valores trastrocados y pone a prueba sus propios límites, a través de espectáculos como *Las ruinas circulares* (Raquel Carrió-Nelda Castillo), *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y su abuela desalmada* (Carlos Celdrán-Flora Lauten), *La paloma negra* (Rafael González-Carlos Pérez Peña), *Desamparado*, *Manteca y Delirio habanero* (Alberto Pedro-Miriam Lezcano), *Santa Cecilia* (Abilio Estévez-José González), *Vagos rumores y Parece blanca* (Estorino), *Los equívocos morales* (Reinaldo Montero-Javier Fernández), *Opera ciega* y *El arca* (Víctor Varela), *La niña querida* (Piñera-Carlos Díaz) *Calígula* (Camus-Carlos Díaz), y *Medea* (Montero-Estorino).

Estorino busca la verdad última del papel del intelectual en *Vagos rumores*, y cuestiona —por medio de la relativización del relato mayor de la novela-historia— el destino prescrito de los personajes de *Cecilia Valdés* en *Parece blanca*, el discurso escénico tematiza su carácter de versión y vehicula, en un diálogo intertextual, su mirada renovadora.

La niña querida sondea estratos de auténtica cubanía a través de referentes impostados, y traslada a la platea

Problemática, diversidad y espacio de debate en el teatro cubano

el jolgorio, para una participación colectiva plena, en el despiece de modelos viciados por la retórica.

Delirio habanero se vale de una trama insólita para construir un ritual de identidad que apela a la cultura cubana toda, defensora de un clima de comprensión y tolerancia, evoca a los que no están, metafórica además otras ansias y aspiraciones del hombre común, desde las necesidades más acuciantes en lo material hasta un amplísimo espectro de sueños truncos.

Como *Delirio...*, *El arca* alude —por medio de la parábola— al actualísimo problema de los artistas que, en busca de mejores condiciones de vida, optan por otro espacio geográfico, un fenómeno que en la práctica teatral, esencialmente colectiva, lacera la creación y la continuidad del desarrollo.³²

Las búsquedas en torno a la identidad —noción que se constituye en eje de un conflicto histórico entre las fuerzas destructoras de la vida y la cultura y las que rescatan sus más preciados valores—, son uno de los cauces que asume esa vocación autorreflexiva, para desde múltiples facetas afirmar la cubanía, manifestar la voluntad política consciente, indagar en la memoria, explorar la condición insular, acentuar la recurrencia a la comida y a lo material por defecto, reanalizar el papel de la familia, encontrar nuevas vías para el humor —edificante o subversivo— y defender las utopías irrenunciables.³³

La diversidad temática está articulada con una amplia exploración cultural en formas simbólicas, ritualísticas, parabólicas o fragmentarias que operan con entera libertad estilística y de hibridación.

La audacia conceptual de estas obras —variables en niveles de calidad y, en consecuencia, en su efectividad ideoartística—, así como su carácter problematizador, en tiempos en que la lucha ideológica vuelve a intensificarse, no se asimilan de modo homogéneo por el público, como respuesta lógica a una propiedad esencial de la obra de arte, ni por esferas de la sociedad que al parecer no comprenden que el teatro no se asienta en la afirmación sino en la conflictividad, y algunos se cuestionan su validez como una acción en consonancia con los principios de la Revolución. La complicidad natural del auditorio que supone cualquier postura crítica, a veces se sustituye por reacciones superficiales que banalizan el intercambio, por razones en las que el teatro no es siempre, o en última instancia, responsable. La insuficiencia de efectivos espacios sociales de debate, las limitaciones materiales y de índole conceptual —restrictivas— de los medios de difusión, inducen a la escena a suplir esos vacíos que, llevado a extremos, puede llegar a distorsionar su propia naturaleza.

Absurdas reticencias contra *Manteca*, de Alberto Pedro, con suspicaces y cautelosos silencios de una parte de la crítica, y por mucho tiempo título innombrable

en la televisión, manifiestan miopía política frente al angustioso contrapunto entre los tres hermanos, quienes, desde la absoluta precariedad, defienden un espacio para la utopía en que el hombre pueda realizarse a plenitud.³⁴ Curiosamente, cuando la obra participó en el Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz, una parte de la «vieja izquierda» latinoamericana le reprochó su postura crítica.

Enfoques prejuiciados e «imágenes incompletas y rígidas del arte, de los artistas y de su papel» provocan «el sorprendente *remake*» de la fábula de «La cigarra y la hormiga», como califica Abel Prieto —entonces presidente de la UNEAC— en un excelente ensayo,³⁵ la estéril controversia desatada por periodistas poco y mal documentados acerca de la reflexión social que proponen algunos montajes. Desde la cultura, Abel reafirma que en la «política abierta, plural, antidogmática, enemiga de todos los sectarismos, están las bases conceptuales y prácticas de la unidad del movimiento intelectual cubano».

Sin embargo, el teatro cubano más reciente, salvo excepciones, abocado a un confuso marasmo, no ha sabido responder a la discusión con propuestas de madurez.

Salvar el espacio crítico del teatro

En un sugerente artículo sobre cómo el teatro opta entre hacer del mundo o del teatro mismo su objeto, Georges Banu apunta que desde «hace algunos años, se observa que los cambios acaecidos en los planos filosófico o político vuelven cada vez menos pertinente el teatro-mundo», porque mientras en Occidente ya no hay alternativa —en el sentido marxista del término— como impulso al discurso crítico, en los países de Europa del Este la crítica, antes ejercida por la escena, es asumida por la prensa y los medios de comunicación. El crítico concluye que la «liberación» de las sociedades del Este ha dejado en un estado de perplejidad a los artistas, en un *impasse* que debilita el poder crítico de la escena, y el teatro se vuelve hacia sus propias posibilidades expresivas, con peligro de sofocarse en un formalismo academicista. El riesgo es, pues, la sustitución de «un teatro abierto que se oponía a una sociedad cerrada por un teatro cerrado en una sociedad abierta».³⁶

Si a la luz de esas reflexiones se trata de caracterizar la práctica de la escena cubana de hoy —en un contexto diferente a los dos que analiza el crítico—, desde el punto de vista de su relación con el mundo y con el teatro mismo, llama la atención la coexistencia de dos tendencias *cuasi* polares.³⁷ De un lado, un teatro que sin ambages trata de reflejar la problemática en

que está inmerso el ser cubano en las circunstancias de la realidad actual y que cada vez se refiere de modo más directo a esas propias circunstancias, principalmente por la vía realista y a veces desde el más chato naturalismo. Es lógico que en la imprescindible necesidad mutua que debe existir entre los diversos componentes de un sistema, el público, condicionado a entender en el intercambio teatral, se convierta en un coadyuvante que, si se motiva a respuestas elementales, puede asimilar y procesar el discurso, como receptor, solo a ese nivel, sin mayor elaboración estética ni estimulación imaginal.

Del otro lado, un teatro que se vuelve sobre todo hacia su naturaleza misma, para proponer una investigación antropológica que indaga en el cuerpo del actor y su expresividad extracotidiana, en la no literalidad del discurso, en rehuir las convenciones de la escena naturalista, entre otros aspectos; pero que aun sin lograr una identidad, se revela fuertemente marcado por las fuentes teatrales transculturales que le sirven de referencia inspiradora. Este teatro, que generalmente asume mitos o textos clásicos, en su imperfección produce la sensación aparente de que su objeto se aparta del mundo para refugiarse de lleno en los valores de la escena.

Los dos ejemplos anteriores se sitúan en los extremos de un muestrario diverso, y son la deformación de dos tendencias que corren el riesgo de separarse cada vez más, hasta el extravío —en el caso del primero— de los valores artísticos específicos del teatro, en aras de una copia instantánea y epidérmica de la realidad y de la respuesta inmediata del público. Un camino que arriesga el verdadero espacio de debate social ganado en estos años. Y del segundo, de alejarse de la posibilidad de una auténtica comunicación con el espectador.

De existir un intercambio real en términos de diálogo artístico, malogrado en las etapas más recientes por una política demasiado masiva y falta de jerarquización por parte de la dirección estatal de las artes escénicas, ambas tendencias quizás no hubieran llegado a la polarización, que es consecuencia de la crisis del movimiento teatral cubano como entidad colectiva viva, condición garante de un desarrollo artístico sostenido desde el diálogo sistemático.

Otro riesgo del presente es el coqueteo con un teatro comercial, desde la precaria estabilidad de algunos grupos —que ya no lo son, si se entiende como tales el compromiso ético y profesional con una línea artística y sus presupuestos conceptuales—, la aparición de *remakes* de títulos popularizados por Broadway —¿vuelta a los 50!—, y la creencia, infundada, de algunos teatristas —a partir de los nuevos «aires gerenciales» a que se ha visto obligada la economía

cubana en otros terrenos— de que el teatro puede autosubvencionarse sin perder su condición,³⁸ lo que de llevarse a efecto los conduciría inevitablemente a concesiones artísticas para la sobrevivencia. Motivaciones semejantes se vislumbran tras el asomo de una mirada neocolonial en recientes montajes, realizados por directores europeos que descubren, trasnochados, los encantos del trópico y prometen a cambio atractivas giras.³⁹

En medio de un contexto de realidades dispersas y coexistentes, los 90 son a la vez conquista e incertidumbre, prueba de fuego para salvar la escena como instancia crítica.

Pero la crisis es una condición natural del teatro y una escala del crecimiento. También en la escena de ahora mismo, tres actores en medio de una casa vieja creen en «lo que está vivo y cambia» mientras luchan por destruir sus prejuicios. Piñera juega divertido con unos cuerpos danzantes que hurgan en su poesía y nos la devuelven más cercana. Brecht cumple cien años y una joven actriz tira de su endeble carreta a lo largo de un camino de cenizas, habla de guerras, de coraje, y se niega a ceder su espacio de debate.

Notas

1. Trelles, *Bibliografía cubana del siglo XIX*, t. III, p. 171. Citado por Rine Leal, *La selva oscura*, Arte y Literatura, La Habana, 1975, p. 261.
2. Rine Leal, *La selva oscura. De los bufos a la neocolonia*, t. II, Arte y Literatura, La Habana, 1982, p. 55.
3. Véase Magaly Muguercía, *El teatro cubano en vísperas de la Revolución*, Letras Cubanas, La Habana, 1988.
4. Véase, entre otros, Virgilio Piñera, «Piñera teatral», prólogo a *Teatro completo*, Ediciones R, La Habana, 1960, pp. 7-30; «El nuevo teatro cubano» (encuesta a los dramaturgos Antón Arrufat, José R. Brene, Abelardo Estorino, Manuel Reguera Saumell y José Triana), *La Gaceta de Cuba*, a. 2, n. 19, 3 de junio de 1963, pp. 2-9; «El teatro actual» (mesa redonda de autores teatrales cubanos), *Casa de las Américas*, n. 22-23, enero-abril de 1964, pp. 95-107; Rine Leal, «El nuevo rostro del teatro cubano», *La Gaceta de Cuba*, a. 2, n. 19, 3 de junio de 1963, pp. 10-16; «¿A dónde va nuestro teatro?», *En primera persona*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967, pp. 101-110; *Breve historia del teatro cubano*, Letras Cubanas, La Habana, 1980; «Cuatro siglos de teatro en busca de su expresión», *Festival de Teatro de La Habana / 1980*, Orbe, La Habana, 1982, pp. 7-54; Graziella Pogolotti, Prólogo a *Teatro y Revolución*, Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1980, pp. 7-30, y «La política teatral: configurar un nuevo rostro», *Escenario de dos mundos. Inventario Teatral de Iberoamérica*, t. 2, Centro de Documentación INAEM, Madrid, 1992, pp. 58-60; Rosa Ileana Boudet, «El teatro en la Revolución», *Escenario de dos mundos. Inventario teatral de Iberoamérica*, t. 2, Centro de Documentación INAEM, Madrid, 1992, pp. 27-40; Rosa I. Boudet y Vivian Martínez Tabares, «Cuba: sistema textual del período», *Historia del teatro latinoamericano (1950-1990)*, (Fernando de Toro, ed., Carleton University, Ottawa, en proceso de edición); Raquel

Problemática, diversidad y espacio de debate en el teatro cubano

Carrió, «La dramaturgia de la Revolución en los primeros años (1959-1968)», *Dramaturgia cubana contemporánea*, Estudios Críticos, Pueblo y Educación, La Habana, 1988, pp. 17-47.

5. Raquel Carrió, ob. cit., p. 32.

6. Rine Leal, *Breve historia del teatro cubano*, ob. cit., p. 142.

7. Matías Montes Huidobro, *Persona, vida y máscara en el teatro cubano*, Ediciones Universal, Miami, 1973.

8. Véase Leopoldo Avila, «Antón se va a la guerra», *Verde Olivo*, 17 de noviembre de 1968, pp. 16-18. Mucho más acá, *Los siete contra Tebas* se ha leído de modo diferente. Rosa Ileana Boudet afirma que «su brillante opacidad posibilita interpretarla no como la obra del odio y la rendición, sino también de la piedad y la reconciliación...» Véase Rosa Ileana Boudet, «Historia y metáfora», ponencia presentada en el Coloquio «La escena cubana en la dramaturgia de los 90», Centro Cubano de la AICT, septiembre 1995 (inédita); Raquel Carrió, «Una pelea por la modernidad», *Primer acto*, n. 225, septiembre-octubre de 1988, pp. 60-73, y Abilio Estévez, «El golpe de dados a Arrufat», *Teatro cubano contemporáneo*, Centro de Documentación Teatral INAEM-Sociedad Estatal Quinto Centenario-Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1992, pp. 861-867.

9. Rine Leal, «Piñera inconcluso», prólogo al *Teatro inconcluso* de Virgilio Piñera, Ediciones UNION, La Habana, 1990, pp. 18-19. Al respecto, puede consultarse también Wilfredo Cancio Isla, «Privilegios de la memoria» (entrevista a Rine Leal), *Revolución y Cultura* n. 7, julio de 1989, p. 7; Rine Leal, «Después de la caída (1963-1966)», *En primera persona*, ob. cit., p. 335; una visión radicalmente diferente puede encontrarse en Magaly Muguercía, «Algo sobre el teatro cubano y su expresión socialista», *Teatro: en busca de una expresión socialista*, Letras Cubanas, La Habana, 1981, pp. 7-15 y ss.

10. «Declaración de principios del Seminario Nacional de Teatro», *Conjunto*, n. 6, enero-marzo de 1968, p. 6.

11. «El teatro, un arma eficaz al servicio de la Revolución», *Revolución y Cultura*, n. 24, agosto de 1974, p. 11.

12. Citado por Rosa Ileana Boudet, «Notas sobre Los Doce y un Teatro del Tercer Mundo», *Teatro Nuevo: una respuesta*, Letras Cubanas, La Habana, 1983, p. 277.

13. Sobre la labor del Escambray pueden consultarse, entre otros Laurette Sejourne, *Teatro Escambray: una experiencia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977; Albio Paz, *Teatro*, Letras Cubanas, La Habana, 1982; Rine Leal, *La dramaturgia del Escambray*, Letras Cubanas, La Habana, 1984; y Omar Valiño Cedré, *La aventura del Escambray*, Colección Pinos Nuevos, Editorial José Martí, La Habana, 1994.

14. Sobre el Teatro Nuevo en Cuba, véase Francisco Garzón Céspedes, *Un teatro de sus protagonistas*, UNEAC, La Habana, 1977; *Recopilación de textos sobre El Teatro Latinoamericano de Creación Colectiva*, Serie Valoración Múltiple, Casa de las Américas, Ciudad de la Habana, 1978; Flora Lauten, *Teatro La Yaya*, Letras Cubanas, La Habana, 1981; *Teatrova*, Letras Cubanas, La Habana, 1981; Herminia Sánchez, *Teatro*, Letras Cubanas, La Habana, 1982; *Teatro de relaciones*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983; Rosa Ileana Boudet, *Teatro nuevo: una respuesta*, ob. cit.; y de la misma autora, «Un teatro del presente», *Universidad de La Habana*, n. 227, pp. 327-339.

15. En ese sentido es curiosa la reacción negadora de su práctica viva de entonces, que ha seguido el quehacer de algunos teatristas otrora adheridos al movimiento, quizás una localizada manifestación

temprana de la crisis de valores que atraviesa hoy la escena, reflejo de la sociedad.

16. Véase Eliseo, Morejón, Elder y Cid, «Respondió el público», *Verde Olivo*, n. 5/80, 3 de febrero de 1980, pp. 56-59.

17. Inés María Martiatu, «Prólogo» a *Teatro* de Eugenio Hernández, Letras Cubanas, La Habana, 1989, p.15.

18. Véase Wilfredo Cancio Isla, ob. cit., p. 8.

19. Véase Graziella Pogolotti, «El teatro cubano en vísperas de una nueva década», *Revolución y Cultura*, n. 2, marzo-abril de 1991, pp. 22-26.

20. Carlos Espinosa Domínguez, «Una dramaturgia escindida», prólogo a *Teatro cubano contemporáneo. Antología*, Centro de Documentación Teatral / Sociedad Estatal Quinto Centenario / Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1992, pp. 12-77.

21. Rosa Ileana Boudet, «Tradición, innovación, banalización», *Tablas*, n. 4/84, octubre-diciembre de 1984, pp.16-25.

22. Véase Vivian Martínez Tabares, «¿Hacia dónde vamos? Memorias para una valoración de la escena cubana de los ochenta», *Didascalías urgentes de una espectadora interesada*, Colección Pinos Nuevos, Letras Cubanas, La Habana, 1996, pp. 9-20.

23. Entre otros, los textos, *Plácido*, de Gerardo Fullea León; *Delirios y visiones de José Jacinto Milanés*, de Tomás González; *La verdadera culpa de Juan Clemente Zenea*, de Abilio Estévez; *Mascarada Casal*, de Salvador Lemis, y *Catálogo de señales*, de Carlos Celdrán.

24. José Manuel Otero, «Molinos de viento del Grupo Escambray», *Granma*, 16 de marzo de 1985.

25. Sergio Corrieri, «Molinos de viento», *Granma*, 19 de marzo de 1985.

26. En 1981, con la primera graduación de actores del ISA, Flora Lauten había montado una versión de *La emboscada*, de Roberto Orihuela, un texto «clásico» del Escambray sobre el enfrentamiento de dos miembros de una familia en dos bandos opuestos durante la lucha contra bandidos. En 1984 monta *Electra Garrigó* y desacraliza con audacia la educación sentimental de la familia cubana. Véase Raquel Carrió, «De *La emboscada* a *Electra*. una clave metafórica», *Tablas*, n. 2, abril-junio de 1985, pp. 2-8.

27. La expresión sale del título de la excelente introducción a la publicación del texto realizada por Abelardo Estorino, ambos pueden consultarse en *Tablas*, n. 2, abril-junio de 1987, pp. 33-39.

28. Véase el valioso análisis en Randy Martin, «Cuban Theatre under Rectification», *The Drama Review*, T 125, MIT Press, Massachusetts, 1990, o en *Socialist Ensembles. Theater and State in Cuba and Nicaragua*, University of Minnesota Press, London, 1994, pp. 158-189; en español en *Conjunto*, n. 85-86, octubre de 1990-marzo de 1991, pp. 43-55.

29. Marina Pianca, «El teatro cubano en la década de los ochenta: nuevas propuestas, nuevas promociones», *Latin American Theatre Review*, n. 24/1, Universidad de Kansas, otoño de 1990, pp.121-133. Aparece también en *Conjunto*, n. 85-86, octubre de 1990-marzo de 1991, pp. 34-43.

30. Estos años, los de mayor confrontación internacional del teatro cubano, son también los de más amplia cobertura por publicaciones especializadas extranjeras, motivadas precisamente por el espacio de debate que la escena propone. Además de artículos, reseñas y textos teatrales que pueden encontrarse con relativa sistematicidad en diversas revistas, amplios *dossiers* aparecen en *Primer acto*, n. 228, Madrid, febrero de 1989; *La escena latinoamericana*, n. 1, México, D.F., febrero de 1993; *ADE Teatro*, n. 45-46, Madrid, julio de 1995; *Les Cahiers*, n. 1, Maison Antoine Vitez, Montpellier, 1995; *The Drama Review*, T145, MIT Press, Massachusetts, verano de 1996. Una edición especial de *South Atlantic Quarterly*, titulada «Bridging Enigma: Cubans on Cuba», a cargo de Ambrosio Fornet, incluye materiales sobre la escena, v. 96, n.1, Duke University Press, Carolina del Norte, invierno de 1997.

31. Liliana Cherén, «El teatro en Cuba», *La Maga*, Buenos Aires, miércoles 3 de julio de 1996, pp. 10-11.

32. En una antología de obras de autores nacidos después de los 50, preparada por Rosa Ileana Boudet en 1993, tres de los once autores no viven ni trabajan en Cuba. Véase *Morir del texto*, Ediciones UNION, La Habana, 1995. De emprenderse ahora el proyecto, quizás a excepción de Raúl Alfonso, no habría nuevos autores que incluir, lo que revela una interrupción en el relevo dramaturgico.

33. Véase Vivian Martínez Tabares, «Para una aproximación a lo cubano en la dramaturgia de los 90», inédito.

34. Véase Vivian Martínez Tabares «*Manteca*: catarsis y absurdo», *Didascalías urgentes...*, ob. cit., pp. 61-70; «Delirios habaneros para reinventar la utopía», inédito, y Magaly Muguercia, «El don de la precariedad», *Teatro y utopía*, Ediciones UNION, La Habana, 1997, pp. 9-36.

35. Abel Prieto, «“La cigarra y la hormiga”: un remake al final del milenio», *La Gaceta de Cuba*, n. 1, enero-febrero de 1997, pp. 52-58. Véase en el mismo número Graziella Pogolotti. «Bajo el signo de Prometeo», pp. 50-51, y los antecedentes en el *dossier* titulado «Teatro y espacio social. Una polémica necesaria».

36. Georges Banu, «Derrota y victoria», *Primer acto*, n. 248, marzo-abril de 1993, pp. 6-8.

37. Intento no reiterar lo ya expuesto en mi artículo «¿Máscaras o rostros? Teatro cubano de hoy», que puede consultarse en *El Caimán Barbudo*, a. 30, n. 283, 1997, pp. 4-6.

38. Esta falacia fue expresada en la Conferencia Nacional de las Artes Escénicas, celebrada en abril de 1997. Felizmente, el narrador y ensayista Abel Prieto, ministro de Cultura, conminó a los artistas a exigir del Estado mantener el apoyo necesario para la acción cultural.

39. *Macbeth*, un acercamiento pintoresquista a la raíz africana, a cargo de una desconocida directora francesa, y *El burgués gentilbombre*, bajo la dirección de Jerome Savary, festiva pero triste parodia cabaretera y populista.

© TEMAS, 1998.

Controversia

El teatro cubano actual: intertextualidad, posmodernidad y creación

Patricia Ramos
Daylet Domínguez
Antón Arrufat
Rosa Ileana Boudet
Raquel Carrió
Carlos Díaz
Abelardo Estorino

Patricia Ramos (moderadora): En las últimas tres décadas de nuestro siglo, el mundo ha vivido momentos de profundos cambios en casi todas las esferas de la creación humana. Han cambiado las formas de hacer política, los modos de concebir el intercambio económico, los rumbos ecológicos de la sociedad y, por supuesto, también se han renovado los modos de hacer literatura. El teatro no ha permanecido ajeno a estas transformaciones globales; también participa y se contagia con estos tiempos que corren. Los dramaturgos, los teatristas tientan nuevos métodos y estilos de hacer teatro. Algunos emergen o se hacen reiterados a tal punto que provocan, finalmente, que muchos los vean como símbolos de una nueva época. Entre estos nuevos estilos representativos se encuentra la intertextualidad.

La *intertextualité*, ese concepto acuñado por Julia Kristeva, en 1967, ha sido desde entonces empleado una y otra vez por los críticos y por los propios autores en el momento de concebir sus obras. El uso continuado de este recurso nos ha llevado a plantearnos una serie de interrogantes: ¿Cuál es su verdadero alcance dentro de nuestra creación teatral? ¿Quiénes, entre nuestros autores, han representado este recurso con mayor éxito u originalidad? ¿Ha significado para nosotros aquella «literatura del agotamiento» que anunciara John Barth? ¿Significa esta actitud la disolución, la pérdida definitiva de la autoría? ¿Podemos considerar la puesta en escena como activa y necesaria receptora de esta práctica? ¿Podemos basarnos solo en la intertextualidad para definir la posmodernidad? ¿Cuáles han sido las experiencias de nuestros dramaturgos, directores y críticos a la hora de asumir tal fenómeno?

Les proponemos una reflexión sobre estos temas; abordar estas complejas realidades de la creación en nuestros predios teatrales.

Daylet Domínguez (moderadora): Algunos críticos han sostenido que con *Electra Garrigó* de Virgilio Piñera el teatro cubano hace su entrada en la modernidad. Recientemente en la revista *Tablas* salió publicado un artículo de Waldo González donde afirma que con la *Electra* se inicia la posmodernidad en nuestro teatro, fundamentando su tesis en la apropiación del clásico griego para su posterior reelaboración. Nuestra pregunta es: ¿qué opinión les merece esta última afirmación? ¿Creen que sea válido sustentar la posmodernidad en la práctica de la intertextualidad?

Raquel Carrió: Yo respeto ese criterio, pero no es el mío. La razón es la siguiente: en primer lugar, pienso que no vale la pena apegarse demasiado a los términos de modernidad y posmodernidad, porque la posmodernidad, como su nombre indica, es algo estrechamente relacionado con la modernidad. Yo creo que no hay manera de definir lo que es la posmodernidad sin tener en cuenta cuáles serían los rasgos más acusados de la modernidad en la cultura y el teatro cubanos. En el caso de Virgilio yo he dicho muchas veces que, en mi opinión, *Electra Garrigó* es el primer texto del teatro moderno en Cuba; pero eso no quiere decir que el espíritu de la modernidad empiece con *Electra Garrigó*. Pienso que se puede hablar de modernidad en la cultura cubana desde mucho antes. Uno tiene que ver la búsqueda de la modernidad en la cultura cubana como un proceso. Yo escribí hace tiempo un trabajo que se llamó «Una pelea cubana por la modernidad», donde empiezo hablando de *El Conde Alarcos*, de Milanés, de 1838. A mí me parece que ya ahí está planteado, en principio, el conflicto esencial de la cultura cubana en la búsqueda entre la tradición y la modernidad.

Pero también podríamos decir que la pelea por la modernidad empieza a finales del siglo XIX con todo el movimiento modernista cubano. Creo que Antón y Estorino pudieran dar su opinión sobre eso. Pienso en Martí, por supuesto, y en general en todo el círculo modernista, que, como sabemos, fue un intento bastante frustrado, por la muerte de Martí, de Casal; después, la de Manuel de la Cruz, la de Juana y Esteban Borrero; allí ya hay una proposición de modernidad. Si uno quiere, del mismo modo, puede tomar los años 20 —y muy especialmente el Manifiesto Minorista, por ejemplo. Cuando uno revisa el Manifiesto Minorista se da cuenta de que allí está todo lo que va a caracterizar las búsquedas artísticas del siglo XX cubano. Entonces, podríamos decir que la pelea por la modernidad empieza más definitivamente con la vanguardia artística cubana.

Creo, además, que tendríamos que tomar como referencia los años 30, momento en que se propicia el surgimiento de un movimiento propiamente teatral; se constituye el teatro La Cueva, que está tratando de hacer un teatro cubano y moderno, entendiéndolo por esto último uno que acoja las técnicas internacionales, de lo más avanzado de la época; pero al mismo tiempo lo que le otorga un rasgo característico a nuestra *vanguardia* es su empeño por realizar un teatro profundamente cubano.

Ahora bien, hay un momento en el cual eso que hace mucho tiempo viene andando como esfuerzo, como interés, como proyecto, alcanza una plenitud y reaparece, esta vez refundido en una nueva cualidad. Yo creo que ese momento se produce en la dramaturgia cubana cuando Virgilio escribe *Electra Garrigó*. *Electra*, además, es un texto que se escribe en 1941 y no se estrena hasta 1948. ¿Por qué? Porque el teatro tiene esta doble condición de texto y de representación. Pero cuando Virgilio escribe *Electra Garrigó*, ya ahí está presentado el teatro moderno en Cuba en sus caracteres básicos.

En el teatro cubano hay dos líneas de la tradición, estudiadas muy bien por Rine Leal. De un lado, una llamada cultista, que tiene que ver más con el texto, con la

literatura dramática, con la llamada influencia de los modelos; y de otro, una más popular, vernacular. El primer texto que se propone vincular estas dos vertientes de nuestra tradición, con una voluntad de estilo y con una conciencia cultural, sería a mi juicio *Electra Garrigó*. Esto no quiere decir que no pueda haber elementos de modernidad en José Antonio Ramos, por ejemplo. Yo creo que existen estos elementos en algunas de sus obras, como en *La recurva*. Pero, sin duda alguna, Ramos es un autor marcado por una tradición anterior, de corte realista. Sin embargo, donde se siente un intento de vanguardia y un intento de modernidad más fuerte, que se traduce en una conciencia, en una vocación, en una voluntad de estilo, en mi opinión, es en *Electra*.

Antón Arrufat: Creo que debemos aclarar ciertas cosas. En primer lugar, el término de modernidad tiene una relación con la vanguardia, pero la vanguardia no es una forma exclusiva de la modernidad. La modernidad empieza después de la Ilustración, en el siglo XVIII. Y en la literatura cubana, en el teatro cubano yo la situaría en el *Aristodemo* de Luaces, porque es la primera obra de la Ilustración que se escribe en el teatro cubano. Es la primera obra racionalista y lógica que se escribe en el teatro cubano. Es la primera vez que un dramaturgo se propone luchar y expresar su lucha con los principios religiosos, con la metafísica y con el poder eclesiástico organizado. Esto es un principio de la modernidad y yo creo que esa obra lo expresa casi perfectamente, dentro de las posibilidades de un dramaturgo menor como Luaces. Ahí vemos que la lógica, el racionalismo, son aplicados a los principios en los cuales se basa la institución eclesiástica y por tanto me parece que es dentro del teatro un ejemplo exacto, preciso, de la modernidad. Decir que Virgilio Piñera con *Electra Garrigó* funda la modernidad, es basarnos exclusivamente en el aspecto vanguardista de la modernidad. La modernidad es algo mucho más complejo que su aspecto, digamos, vanguardista. Es un principio ideológico, una expresión formal de esa ideología y una serie de conceptos en los que se basa y con los cuales Virgilio Piñera convierte a *Electra Garrigó* en uno de los mayores ejemplos artísticos del teatro cubano. Es un momento en el cual irrumpe en la escena cubana y en el texto dramático cubano, una serie de tendencias artísticas actuales, entre las cuales está indudablemente la intertextualidad porque, por ejemplo, habrá una relación muy clara entre la *Electra Garrigó* de Virgilio y la de Jean Giraudoux. O sea, hay que situar la modernidad un poco más lejos aún de lo que ha propuesto Raquel Carrió.

Patricia Ramos: ¿Y en cuanto a la posmodernidad?

Raquel Carrió: Yo creo que existe un espíritu de época, que existe la era posmoderna. Hay dos posiciones muy polares: desde la gente que piensa que todo es posmoderno y que la intertextualidad, la cita, etc. fueron inventadas por la posmodernidad —cosa que uno sabe que no es verdad, *La Ilíada* es el texto más curiosamente intertextual posible; intercultural, porque es una sedimentación de referentes muy diversos, e incluso de culturas diversas—, y los que tienen una visión más compleja del fenómeno conocido como posmodernidad. No se trata de decir que la posmodernidad es absolutamente esto y que todo es posmoderno; tampoco se trata de negar la posmodernidad. Existen caracteres, existen rasgos, pero uno no debe ser esquemático. Esta estrechez de conceptos no se manifiesta únicamente a la hora de definir el fenómeno contemporáneo de la posmodernidad, cuya misma contemporaneidad e inmediatez nos dificulta en extremo su definición. A veces nos tropezamos con ciertos conceptos que se enseñan en el Preuniversitario, por ejemplo del romanticismo, según los cuales el romanticismo es el momento en el cual el hombre empieza a contemplar la naturaleza. Eso es una burrada, porque el hombre contempló la naturaleza toda la vida. Hay algo ahí que es diferente pero hay que buscarlo con profundidad.

Estamos muy cerca todavía del fenómeno de la posmodernidad, pero no creo que sus rasgos se puedan sacar solamente a partir de la cita, la subversión del clásico... porque eso se ha hecho en la cultura toda la vida, de una forma o de otra. Entonces, habría que abrir una línea sobre la posmodernidad mucho más seria, mucho más rigurosa para ver cuáles son sus caracteres reales de profundidad. No creo que el caso sea ahora empezar a decir que todo es posmoderno, no creo que sea necesario, además. Para hablar de la contemporaneidad de Virgilio no hay que decir que Virgilio era posmoderno. Lo que yo sí creo que hay que decir es que la posmodernidad asume, de una manera particular, los rasgos que la cultura ha desarrollado desde la Antigüedad.

Carlos Díaz: Yo no soy muy teórico en materia de posmodernidad; pero he sido una víctima que ha caído en todas sus trampas. Yo me voy apropiando de todo. Un día, Juan Piñera, que ha trabajado mucho conmigo, me dice: «Hay una obra de mi tío que se llama *La niñita querida*, que la familia no quiere...» Juanito sacó la obra de la casa, la leímos en otra casa y yo dije: «Esta obra se puede montar». Y pensé que lo mejor era hacerla con toda la gente que estuvo alrededor de Virgilio. Y si uno va a ver *La niñita querida*, ve un poco todo ese juego, o sea, la fiesta de la niñita querida, que no es otra cosa que la fiesta de los teatristas, de los dramaturgos cubanos.

Pero yo fui niño «soviético», con aspiraciones de ir a estudiar a la URSS. Esa nostalgia por la URSS está presente en todo lo que hago. Yo no pude ir allá en un primer momento; pero luego tuve la suerte de visitarla en un viaje de estímulo, otorgado por la Brigada Hermanos Saíz. Hay momentos de esa experiencia —ver San Petersburgo, el Kremlin— que no los puedo quitar de mis obras. Eso para mí es muy fuerte: la nieve de poliespuma. Todo este mundo de la URSS siempre lo llevo a las obras que hago, o sea, es lo que de pronto se perdió de mí.

Creo que en *La niñita querida* está eso. Cuando Virgilio me pone en un parque una persona que espera por un perro, yo digo que él me está dando todas las claves: este es uno de nuestros primeros asesores soviéticos, la dama del perrito ha venido con él. Hay un mexicano que se encuentra con la madre de Flor de Té; y por qué Flor de Té no pudiera ser la hija de uno de los primeros especialistas soviéticos. Esa fue la historia que se le creó, que fue saliendo en el momento en que se estaba trabajando. A la obra se le fue armando toda una historia, y no creo que en eso haya habido falta de respeto a Virgilio. La hermana de Virgilio cuando vio el estreno me dijo: «Esto a mi hermano le hubiera encantado, porque esto es una fiesta».

¡Una niña que se decide, por su nombre, a matar a toda la familia! Pensé que había que edulcorar aquello. Y la hice llegar entre miriñaques y *frufrus* de encajes. Pienso que es de los trabajos que más me han dejado; aunque desató una ola de veinte puntos de debate. Puntos tan sencillos como que no había un sombrero y al padre se le puso uno de guano pintado con esmalte blanco y alguien sugirió que había que quitarlo porque era el sombrero de Elpidio Valdés. Más diecinueve puntos que sería muy gracioso analizar, pero no es el caso.

Patricia Ramos: Partiendo de la idea de que la intertextualidad es un fenómeno inherente a la literatura, de que esta siempre se ha servido de ella, ¿se perciben en la escena cubana nuevas maneras de asumir la práctica intertextual que marcaría rumbos diferentes en su uso?

Rosa Ileana Boudet: Como dijo Raquel, siempre ha existido ese carácter de apropiación que tiene esta Isla, esa facilidad para apropiarse de corrientes y de tendencias. Por supuesto, siempre ha existido el trabajo sobre las fuentes, la interdependencia literaria de los autores con los textos, con la cultura, con todo aquello que lo ha precedido. A mi juicio, lo que la intertextualidad marca de alguna manera es lo que sucede siempre con todos los términos afortunados en la crítica literaria. De

alguna manera, este término de la Kristeva ilumina una parte del pensamiento. Y me da la impresión de que no es que nadie se proponga: voy a dialogar con... o voy a incluir un intertexto..., porque eso no puede ser posible. Pero sí existe una voluntad mucho más consciente. Se intenta resaltar ese vínculo que tiene con la tradición precedente de una manera explícita, directa, que llega entonces a formar parte de la estructura de la obra. Quizás uno de los autores que trabaja más conscientemente este fenómeno en el teatro cubano contemporáneo es Abilio Estévez. Antón Arrufat ha dialogado con las obras de Esquilo, del mismo modo que Estorino lo ha hecho con Cirilo Villaverde en *Parece blanca*. Y revisando a Abilio, me preguntaba cómo lograba ese manejo de la intertextualidad que tal parece un orfebre (confieso que no he hecho un estudio riguroso de cómo ese fenómeno se manifiesta). Entonces ayer tomé dos de sus obras que me parecen ilustrativas de esta esfera de la intertextualidad, en las que las citas y las alusiones forman parte del texto. En el caso de Abilio Estévez, muchas veces utiliza citas directas, de las cuales apunta todas las referencias bibliográficas, y otras veces usa citas indirectas. No sé si ustedes recuerdan *Santa Cecilia*, el monólogo que escribió para Vivian Acosta. Uno se encuentra que la actriz, como la madre, dice «debajo de un naranjo verde y coposo cuyas ramas temblaban sobre mi rostro, siendo muy niña en mi cuna de paja yo me dormía...» y más tarde, sorpresivamente aparece una cita directa, o un intertexto, y dice la actriz: «Yo era una muchacha seria, bien educada, mi profesor fue amigo de mi padre, un hombre cultísimo llamado Don Ramón, al que le decían, no sé por qué, mi tío el empleado». Y así, continuamente, el texto está lleno de alusiones, que son también partes de un intertexto que llena completamente esta obra.

Creo que una vez Vivian Martínez Tabares se tomó el trabajo de anotar la cantidad de alusiones que había dentro de la obra. Por ejemplo: «vamos de excursión a casa de la tía Teresa Trebijo». Creo que es interesante recorrer la obra de Abilio, porque ahí están las fuentes: Luisa Pérez de Zambrana y el «Canto a mi madre», Agustín Acosta, Dulce María Loynaz, Vicente Huidobro, los cuales están localizados como citas, como intertexto. También está presente y absolutamente visible el diálogo con la canción popular, con el refrán, con la cultura cubana, como para que el lector tenga la evidencia de ese propósito dialogante, que ese propósito de utilizar citas de pronto forma parte de un tejido que ya no es el anterior, porque ahora le pertenece por entero al discurso y a los códigos de Abilio Estévez. En *Perla marina* sucede lo mismo, aunque creo que está mucho más logrado en *Santa Cecilia*, por la densidad que posee esa obra. Aunque *Perla...* está llena también de muchas referencias donde ya no se trata del trabajo con las fuentes. Las fuentes o las influencias son esas interdependencias que los autores tienen, pero se manifiesta la voluntad explícita; como mismo sucede en el fenómeno de la puesta en escena. Esto es lo único que quería acotar. En la puesta pasa lo mismo. Pavis en su diccionario habla mucho de cuando Antoine Vitez usa textos ajenos en las puestas en escena, por ejemplo la *Andrómaca*, que está llena de intertextos de Luis Aragón. Del mismo modo, en el espectáculo de Lorca montado por Carlos Díaz, no está solo *El público*, hay otras de sus piezas que actúan como intertextos; y así se convierte en un fenómeno mucho más difícil de ubicar en la puesta en escena, y su estudio se complica por la carencia de recursos. Muchas veces los actores citan gestos que tienen su historia. Cuando Mérida Urquía en un espectáculo como *Madre Coraje* —que se puso en la Casa de las Américas—, cita el gesto o el grito mudo de Madre Coraje; lo está citando porque ha conocido la fotografía, porque a lo mejor ha visto el filme. Así está llena la puesta en escena contemporánea de textos o intertextos que también son citas de otras puestas que pertenecen a una memoria de donde el actor o el director se nutren, lo traen al presente y lo reutilizan.

Raquel Carrió: A mí me parece que Rosa Ileana apunta algo esencial para que la conversación pueda fluir, y es que quizás el teatro es, de todas las manifestaciones, la que tiene un carácter necesariamente más intertextual, porque la puesta en escena supone la confluencia de un conjunto de lenguajes. Cuando se habla del teatro, partimos del texto escrito con todos los intertextos que pueda tener; pero además tomamos en cuenta el texto sonoro, la música; y se habla también de la textualidad visual, de los tejidos visuales. Incluso en los estudios más recientes se habla de la puesta en escena en términos de texto espectacular que implica una serie de códigos o de lenguajes. Se les llama de una u otra manera, pero realmente son textualidades diversas que interactúan en la representación. Es decir, la gestualidad es un texto. La dimensión visual y sonora de la escena ha condicionado que a lo largo de los siglos el teatro haya tenido esa fuerte condición intertextual. Pero además Rosa Ileana decía algo que me recuerda una acertada frase de la Dra. Graziella Pogolotti, a propósito de *La noche de los asesinos*. Ella decía que lo que progresa es la evidencia de su condición. Y yo creo que con la intertextualidad e incluso con la posmodernidad sucede. Rasgos que han estado en la historia de la cultura y en la historia del teatro, se acumulan, se reiteran a lo largo de los siglos. Y entonces, a partir de esta cantidad de rasgos registrados, se conforma una cualidad. O sea, aparece una condición de entendimiento cuando de alguna manera se reflexiona, ya teóricamente. De ahí que en otro momento podríamos hablar también de todo el impulso que han tenido los estudios críticos sobre el teatro en los finales de este siglo a partir de mucha información acumulada.

Antón Arrufat: Hay una cosa muy curiosa que suele suceder cuando se reúnen uno o dos dramaturgos con un director. Inmediatamente empiezan las contradicciones. Y uno siente unas ganas desesperadas de protestar por todo lo que está oyendo. Carlos ha divulgado un caso realmente extraordinario de aquello a lo que Rosa Ileana hizo referencia al hablar de la intertextualidad. Realmente, lo que Carlos hace es una especie de intertextualidad muy curiosa, y creo que siempre la debe hacer con los muertos, porque los dramaturgos vivos nos vamos a inquietar mucho con ese trabajo. Indudablemente, todo esto plantea un asunto que quizás no hay que discutir aquí, porque este no es el momento. ¿Hasta dónde llega la libertad de un director para interpretar un texto y hasta dónde llega la autoría de un autor sobre su texto? Esa es una discusión infinita a la cual el cine ha propiciado todas las armas posibles, porque todos saben lo que hace el cine con las grandes novelas, con las pequeñas novelas y con los desastres de novelas. Sabemos hasta dónde el cine ha llegado en ese aspecto. Yo creo que el teatro también, impulsado un poco por el cine, ha ido a esa especie de —lo voy a decir con una palabra que no quiere ser peyorativa— tergiversación de un texto. Viven los textos de ser tergiversados, porque creo que el lector también tergiversa el texto, ya sabemos la teoría de Harold Bloom sobre la mala lectura. O sea, todos realizamos malas lecturas de textos; pero creo que existen directores —en este caso Carlos Díaz— que realizan verdaderas malas lecturas de los textos.

Carlos Díaz: Digo que trabajo con dramaturgos muertos porque me da más tranquilidad. A mí me gusta jugar con el dramaturgo, entrar en la vida de este hombre que ha escrito esta obra. Yo tuve una amarga experiencia en una rueda como esta, en Río de Janeiro, porque dije que me gustaba trabajar con dramaturgos muertos. Estaba José Sanchis Sinisterra y se levantó de la mesa. Entonces, yo no quiero que nadie se levante ahora, ni que vayan a pensar que yo quiero matar a nadie.

Mi método de trabajo es semejante al de un artista que comienza a dibujar en la escena. Me sitúo ante el escenario como un pintor. Cojo el texto, la obra. Pero casi siempre la versión final la hago a partir de lo que va sucediendo en el escenario. No me dedico a limpiar esas cosas, sino que ellas se van limpiando en la medida en que el

espectáculo va madurando. Creo que hasta ahora cuento con un equipo de gente, de actores y técnicos que están en esa frecuencia.

La relación de los textos que se usan en nuestras puestas en escena es casi imperceptible. Por ejemplo, se va a ver *El público* y está hablando Abilio Estévez y uno no se da cuenta. Lorca pone, en el boceto de *El público*, una madre que al final se da cuenta de que su hijo ha tenido una relación homosexual con el director de la compañía y dice entonces que su hijo se le ha convertido en pez-luna. Pero a mí me faltaba el inicio de la historia de esa madre. Y Abilio tiene una obra que se llama *La noche* y entonces la historia que empieza es la de Abilio, por el centro está la de la madre de *Bodas de sangre*. Y termino con la que Lorca me da. Y es la misma actriz y el mismo diseño. Claro que ahí puedo aprovechar, porque Lorca no terminó de escribir *El público*. Hay un cuadro perdido y con eso uno puede jugar.

Ahora se acerca un momento importante para nuestro teatro: se presentarán tres puestas de *Réquiem por Yarini*, de Carlos Felipe, y una cuarta, que viene de Miami. Va a ser muy interesante ver una obra como *Yarini* con cuatro puntos de vista. El mío se va a demorar un poco. Tengo que hacer una regresión. Y he estado pensando que en el burdel donde vive Yarini, su Dama del Velo que entra no es otra que Blanche Dubois, que ha dado la vuelta por el mundo y ha regresado al lugar de Yarini.

Antón Arrufat: Quiero hablarles un poquito de mi experiencia en *Los siete contra Tebas* a que aludió Rosa Ileana. No creo que la intertextualidad sea exclusivamente la cita y la referencia, que es lo que ella ha analizado en el caso de Abilio Estévez. Cuando decía que Abilio ha llevado la intertextualidad en el teatro cubano más lejos que nadie, yo sentí un deseo desesperado de rebatir esa opinión, y de poner a otro en su lugar. Porque la cuestión es establecer un afán de discusión que está en la mente humana. Es maravilloso cómo uno elogia siempre a un autor para deprimir a otro, en los dos sentidos de la palabra depresión: no solo para reducirlo, sino también para enfermarlo de los nervios. Pero de todos modos no era eso lo que quería decir, aunque ya lo dije.

Primero, yo dije antes que la puesta en escena es también un texto. Indudablemente el texto no es solo la escritura, sino también un conjunto de representaciones, una partitura musical y toda una serie de cuestiones que son también, en un sentido amplio, un texto. Hay, sin lugar a dudas, partituras de textos de puestas en escena, como hay textos de puestas de ballet. Este es uno de los casos más evidentes de que existe un texto en su puesta en escena. Ese texto es el que tratan algunos directores de imitar, de rectificar. Existe esa tradición en la puesta del ballet, como sucede también con el teatro. Cuando se va a poner un clásico como Calderón de la Barca, hay una tradición en ponerlo y un director puede continuar esa tradición, o sea, leer ese texto que implica la puesta en escena, releer ese texto o reescribirlo. Pero toda puesta en escena de un texto conocido tiene un texto previo, un pre-texto al cual el director —inconscientemente o no— hace referencia. Y se basa en él o lo ignora, que es otro modo de basarse en él. En el caso de la intertextualidad, cuando yo escribí *Los siete...* no se usaba el término; no se había encontrado una palabra que la definiera perfectamente como el término intertextualidad, que siempre provoca cierta dificultad al pronunciarse, pero que de todas maneras es uno de los términos más efectivos que ha encontrado la crítica literaria para analizar un fenómeno tradicional de la creación artística, no solo literaria. No creo que la relación sea solo el intertexto, la referencia, sino que habría una relación con el hipotexto, que es el texto preciso y con el hipertexto, que es en este caso lo que yo hice con la obra de Esquilo en *Los siete contra Tebas*. En esa época me preguntaban qué estaba haciendo y yo decía: estoy haciendo un *collage* de Esquilo. Armando Suárez del Villar, el director, me pidió una versión de *Los siete contra Tebas*, de Esquilo, porque él la quería poner. Entonces leí la

obra, y empecé a hacer esa versión usando varias traducciones. Fui analizando el texto y lentamente lo reescribí. Primero pensé hacer una versión literal, hasta cierto punto, para que la pudieran decir los actores; porque los actores cubanos tienen muchas dificultades para decir un texto de cierta complejidad —eso lo sabemos todos—; algunos no saben decir versos y los dicen declamando; hay otros que cuando el texto es muy complicado gramaticalmente, literariamente, hay que arreglárselo para que lo puedan decir.

Sin embargo, lentamente me di cuenta de que yo estaba reescribiendo la obra y a medida que fue progresando me fui liberando y encerrándome en ella. Es una actitud contradictoria y paradójica que siempre se mantiene en la relación de un autor con un hipotexto, o sea, de un autor con un texto o con un pre-texto. Es una relación de encadenamiento y de libertad. Uno siente que mete la mano y que mueve escenas, cambia personajes y, al mismo tiempo, es esclavo de una estructura. Y esa estructura es lo que realmente yo plantearía como la más profunda de las intertextualidades. Es decir, el momento en que uno está encadenado por algo que es invisible, que no puede ser definido, que yo llamaría estructura. En este caso, es una palabra de fácil captación. Es como si pensaras en la estructura de un edificio al cual se le quitan las paredes, pero queda algo de todos modos. Y eso que queda —misterioso y, sin embargo, encadenante para el autor— es lo que realmente yo llamaría la verdadera intertextualidad, que no consiste en citar o en poner listas detrás del libro, cosa que todos hemos hecho, o en hacer referencias, sino en provocar realmente la introducción de un espíritu y de una estructura distinta que pasa a ser de uno. Es como un caso de mediumnidad, de espiritismo, de trasiego con un muerto. Es lo que siempre se hace en el caso de la intertextualidad: nos ponemos en contacto con los muertos. Entonces, esa relación que uno establece con el autor es realmente la misteriosa intertextualidad. O sea, algo que uno va a cambiar, que siente que no va a cambiar del todo y que sin embargo también cambia del todo. Ese fue mi trabajo con *Los siete...* de Esquilo. Hay indudablemente —y en esto falseo un poco mi opinión— algunos remiendos y *collage*, algunas citas desde diferentes traducciones, traducidas a veces por mí, o por el traductor español, colocadas dentro del texto. O sea, que ni siquiera la teoría anterior es pura, también hay citas y referencias en el aspecto menos profundo de la intertextualidad. Hay una intertextualidad mayor que es la de la *estructura* y un aparte donde se usan citas y referencias en algunos momentos, que sería el aspecto menor de intertextualidad. Por lo tanto, cuando se trata de la intertextualidad la pureza casi es inexistente e imposible.

En esa obra tan polémica y que tantos problemas me trajo, yo me propuse intervenir en el pensamiento de Esquilo. En él hay una concepción religiosa del destino. Mi obra se coloca más bien dentro del melodrama, o sea, no es una tragedia. Lo mismo que hizo Luaces con el *Aristodemo*, que convirtió una tragedia en un melodrama, porque la hizo lógica. Es decir, lo que es una fuerza oscura en Esquilo, mucho más grande de lo que yo hice, una fuerza oscura e irracional que va llevando a los seres humanos a un cumplimiento que no se sabe cuál es hasta el final, donde se sabe que se ha tenido que cumplir con un destino.

Esa fuerza oscura logra convertir a esa obra en una especie de soplo trágico que pasa por el escenario. Después de la modernidad, casi no podemos ponerlo en práctica. Estamos encadenados a nuestra lógica, a nuestro racionalismo, a nuestra manera naturalista, realista y abominable de interpretar realmente una tragedia, que es ese cumplimiento oscuro de un trazado que el personaje ignora y que solamente le será revelado al final. Mi obra está situada en el plano del melodrama. En el plano del cual un hombre puede intervenir en su destino, puede cambiarlo, puede introducir transformaciones... Por eso es un melodrama. Es algo triste, pero al mismo tiempo gobernable. Y he ahí una limitante para las obras que nosotros podemos escribir.

Hay toda una teoría al respecto que afirma que después del cristianismo no se pueden hacer tragedias porque se sabe que Dios vendrá a salvarnos. Pero a pesar de todas esas explicaciones, mi obra es y será siempre inferior al gran texto que la ha precedido.

Daylet Domínguez: Permítanme hacerle una pregunta a Estorino. Me parece que el recurso de la intertextualidad en sus obras es un esfuerzo que se nos muestra, a menudo, como algo consciente. Basándose en su experiencia personal, ¿nos podría dar su opinión?

Abelardo Estorino: Yo creo que la intertextualidad en mí no ha sido una voluntad exactamente así. Parte de la decepción conmigo mismo, con las obras terminadas. En el año 61 escribí una obra que se llamó *El robo del cochino* y aparece en todas las antologías de literatura hispanoamericana como si yo no hubiera escrito nada más. Y parece que fue una obra perfecta, perfecta como la «pieza bien hecha». Eso me creó un desencanto total y más tarde escribí otra igual: *La casa vieja*. No hay cosa peor que terminar una obra; por lo menos para mí, que quiero ser genial y nunca llego; y entonces quiero probar con la siguiente. Después que terminé *La casa vieja*, se me ocurrió que una historia en que dos hermanos se enfrentaban estaba dentro de los mitos y estaba en la Biblia (como los dos primeros hermanos que se enfrentaron el uno al otro) y escribí *Los mangos de Caín*, que está lleno de textos bíblicos, porque yo de niño era presbiteriano. Y aunque la escribí en el 64, y en ese momento ni se sospechaba que el Papa nos visitaría alguna vez, ese tema resultaba interesante para mí. Escribí esa obra llena de textos bíblicos y además cumple con el cometido, tiene la anécdota —pero la veo de otra manera. Después, bueno, la época influye en uno, los amigos influyen en uno, lo que uno lee influye en uno. Virgilio había escrito *Electra...*; Triana, *Medea*; Antón, *Los siete contra Tebas*, y yo no había escrito nada basándome en los griegos; pero *Edipo Rey* siempre me había interesado y escribí una obra en el año 68 titulada *El tiempo de la plaga*, que ha venido a publicarse ahora en el 97. Después, es Milanés lo que me lleva a usar otros textos. Es nuevamente la necesidad de algo que decir. Milanés me interesa cuando leo el libro de Lola María, sus Memorias. Allí aparece la descripción del entierro del poeta. Y alguien que dirigía un programa para radio sobre teatro me pide que escriba sobre un autor. Yo leo eso y busco más datos sobre Milanés. Descubro algo que necesito decir y tiene que ver con el momento que estoy viviendo: la relación entre el intelectual y la política. Ese deseo me lleva a Milanés y a usar sus textos y los de Domingo del Monte y los de Villaverde y Ramón de Palma para crear la atmósfera del siglo XIX, que es también la atmósfera de Triana, Virgilio y yo, en una tertulia. Entonces no es buscar la intertextualidad por la intertextualidad, sino porque eso tiene un sentido para lo que estoy escribiendo.

En el año 62 había escrito una versión de *Las impuras*, de Carrión, y con una ingenuidad increíble traté de ser lo más fiel a Carrión, utilicé sus textos e hice una versión que debe ser terrible. No la tengo; se perdió. Espero que alguna vez aparezca para poder comprobar lo que pasó. Cuando quise traspasar de nuevo descubrí que no sabía sobre qué escribir. Estaba buscando un mito cubano y pensé que el gran mito del momento era la jinetera; pero podría ser también una mulata del siglo XIX. Y encontré a Cecilia Valdés. Entonces no cometí el error del 62. Utilicé la novela de Villaverde como Esquilo y Sófocles usaban los mitos griegos. Y me tomé todas las libertades posibles, dejé que fueran personajes de novela, dentro de una novela y no otra cosa. Porque también me había dado cuenta que lo que yo había considerado realismo, no tenía nada que ver con el realismo; que eso nunca se podría alcanzar, aunque las paredes fueran duras como las que tenemos y los personajes se vistieran exactamente de una manera y tuvieran todos los matices psicológicos deseados. Había que inventar, eso tenía que crearlo yo y no era un espejo como quería Tolstoi; sino un espejo distorsionado, un espejo que existía dentro de mi cabeza. Es decir, yo

podía hacer lo que quisiera con los personajes; y por eso la última obra que he escrito está llena de intertextualidad, aun en las acotaciones. De una manera espontánea exijo de mí la búsqueda constante por transformarme, por ver si alcanzo esa obra perfecta que me deje satisfecho.

Raquel Carrió: A mí me parece que la conversación ha ido hacia un punto bien interesante, por aquello que se ha hablado del texto, de la puesta en escena y las versiones. Y quiero hacer una anécdota breve y muy personal. Aunque lleve años dedicándome al teatro, cuando empecé a involucrarme en este mundo, yo realmente era graduada de Letras. Mi formación era absolutamente literaria. Y cuando fui a trabajar a una Facultad de teatro mi primera reacción fue de rechazo. Iba al teatro y no me gustaba el teatro que veía. Yo creo que en esos años existía un momento complejo en la escena cubana. Tuve la suerte de tener cerca al maestro Rine Leal y empecé a asistir a sus cursos al mismo tiempo que Carlos asistía a los míos. Fue entonces que verdaderamente comencé a enamorarme de aquello. Y a raíz de mi gran conflicto entre el texto y la puesta en escena, pensaba que no me gustaba el teatro. Hasta que empezaron a aparecer cosas que realmente me interesaron y empecé a conciliarme. Desde entonces, la relación entre el texto escrito y el espectáculo me atormentó y decidí trabajar más sobre la necesidad que tenía de relacionarme en vivo con el mundo del teatro.

El grupo de Flora Lauten, con el cual trabajo todavía, se formó en las aulas, y se caracterizó desde el principio por las versiones de los textos clásicos, cubanos y no cubanos. Yo recuerdo que en esos años existía una polémica muy fuerte acerca de estas versiones. *La emboscada* fue la primera obra; luego se hicieron versiones sobre *El Lazarillo*, *El pequeño príncipe*, *Electra Garrigó* y *Lila la mariposa*. Y ya ahí empezó la pelea, muy fuerte, porque era un escándalo esto de retomar un texto como *Electra* y partir de una idea inusual.

Recuerdo que fui a Moscú en el momento en que estábamos trabajando en *Electra* y tuve la suerte de poder ver el teatro Taganka de Moscú. Allí vi una puesta preciosa de *Las tres hermanas*, con un nivel de codificación increíble, no porque alteraran el texto, sino porque alteraban todo el sentido. Los espectadores estaban sentados en tarimas. La sala tenía una espejería enorme y era inevitable que cuando uno llegara se mirara en el espejo. Era un propósito intencional de la puesta. Y de pronto todos aquellos espejos se abrían y salía una banda de militares tocando una música de circo; inundaban todo aquel escenario y empezaban obsesivamente a dar vueltas tocando música de circo. Son cosas muy fuertes en la cultura rusa: el circo, lo militar, el espejo. Era una utilización bien inteligente de aquellos símbolos para un público como el ruso, que tiene una relación de alma impresionante con el teatro. Y, bueno, de pronto los militares se iban y se paraban unas mujeres preciosas, peinadas de una manera muy contemporánea, en sus tarimas y ahí empezaba aquella obra. Yo había venido muy impresionada con aquello del circo y por aquella obra tan desacralizadora. Estábamos empezando la investigación para la versión de *Electra...*, y entonces se nos ocurrió que lo interesante de la familia Garrigó era su relación con el circo; se creó una analogía y aquello era una representación circense, buscando equivalentes a través de vínculos e imágenes posibles.

Después vino el texto de Rolando Ferrer, *Lila la mariposa*. Un texto precioso, bien escrito, con el juego del melodrama, con la falsa conciencia. Y nos preguntamos cuál podía ser la analogía de este texto, y de una improvisación con los actores salió que podía ser un cabaret. Empezamos a indagar cómo podía trabajarse este equivalente, esta analogía del cabaret. Luego tropezamos con otras experiencias semejantes.

Lo que quiero decir es que, en aquel momento, tuvimos un gran conflicto: el problema del respeto al texto. El problema del clásico y la contemporaneidad del

clásico. A mí me complace mucho todo lo que está diciendo Arrufat hoy, porque yo recuerdo que en aquella época, a través de mis estudios de la dramaturgia cubana me percaté de que lo que habían hecho Estorino y Triana en sus obras era, de alguna manera, trabajar en la actualización de los clásicos, de los referentes y de los mitos a nivel del texto. No era un movimiento escénico fuerte, en aquel momento, pero sí era ya un movimiento —nuestro— de vanguardia, o como le podamos llamar. Porque ahí está *Medea en el espejo* y *Los siete contra Tebas*. Y realmente, desde *Electra...* hasta *La noche de los asesinos* y *Los siete...* nuestra vanguardia estuvo retomando los mitos, los referentes de una cultura clásica y los estuvo, como decía Virgilio, cubanizando; o como podríamos decir nosotros, actualizando. De manera que ese trabajo se estaba haciendo ya con una fuerza tremenda. Entonces yo me preguntaba por qué había tanta protesta con el problema del texto y la puesta en escena y la libertad del director o la irreverencia o la herejía del director si de alguna manera eran cosas que ellos estaban haciendo.

Pero además, yo impartía entonces un seminario de investigación centrado —a solicitud de Mario Rodríguez Alemán primero y de Rine Leal después— en el análisis de Shakespeare. Lógicamente porque era *el autor*, y so pretexto de su estudio yo descubrí que mi visión literaria, shakespeareana, era muy falsa y muy extraña, porque realmente el mundo shakespeareano había sido bien diferente. Shakespeare era un hombre que escribía para el teatro y todo el mundo sabe que empezó sin tener nada en la mano, que trabajó en las caballerizas... El realmente escribía libretos escénicos. Las divisiones con que a nosotros nos han llegado las obras shakespeareanas son divisiones posteriores hechas por los editores. La mayoría de sus obras no se editaron en vida de él, sino después, y los editores trataron de encontrarle una estructura, pero esa no era la estructura de los textos que circulaban, como libretos, entre los actores. El hacía partituras escénicas; y lo que se conservaba en esos libretos eran las entradas y salidas de personajes que iban a determinar el cambio de escena. Eso era una cuestión práctica del teatro, y noten que esto es abrumador en el teatro shakespeareano.

Pero andando los años me enteré de algo más. Los famosos textos shakespeareanos que nosotros estudiamos están absoluta e increíblemente contaminados con lo que en el argot teatral se conoce como las *morcillas* de los actores. Esto lo vine a descubrir en Inglaterra en diálogo con Clive Barker, un especialista shakespeareano que vino después a Cuba. El me comentaba lo tremendamente difícil que resultaba para los traductores, los filólogos, etc., descifrar una serie de textos shakespeareanos.

El problema era el siguiente: como él escribía para la escena y para los actores, que eran en aquella época como los de ahora, gente con su mundo de referentes y de asociaciones; y como además en ese teatro se discutían problemas políticos y sociales muy complejos, porque las funciones que hoy en día cumplen en cierta forma el periódico, la televisión o el noticiero eran funciones que le tocaban al teatro, los actores le agregaban montones de ocurrencias, frases populares, ideas del momento que iban a enriquecer a las obras. Por otra parte, el teatro era en cierta forma un lugar muy popular. Entonces, él era el perfecto saqueador de mitos, porque todas sus obras, absolutamente todas, las sacó de las crónicas de Holinshed o de las historias trágicas de Belleforest o de las sagas escandinavas o de las *Vidas paralelas* o de los chismes de la época o del teatro que estaba haciendo el que estaba al lado, porque en la época había absoluta libertad de tendencias. Así, hay una serie de intertextos que realmente eran de todo: saqueos de fuentes, morcillas de los actores, imposiciones de los editores, por no hablar de las posteriores traducciones al castellano, donde todo lo shakespeareano —hay que decirlo con franqueza— muere muchas veces.

Digo esto porque yo trabajo en un grupo donde se toman estas libertades. Por ejemplo, desde hace años yo pensaba que era un lindo proyecto hacer una versión de *La tempestad* de Shakespeare cruzada con narraciones y mitos de la cultura yoruba y

arara. Estuve años investigando a Shakespeare, y tuve que fajarme para analizar esos textos y hacer una shakespeareada, como diría Rosa Ileana, una gran mascarada donde se cruzan textos shakespearianos con mitos, danzas, canciones, leyendas y patakines de la cultura yoruba. Pasé un trabajo tremendo porque tenía que reconstruir y arreglar todo ese lenguaje para hacerlo posible para un espectador contemporáneo. Y entre la directora y yo hicimos un trabajo muy fuerte con el texto clásico y cada vez me di más cuenta de que el teatro, para estar vivo, tiene que manifestar, por una parte, un respeto a la esencia del autor o a la esencia del mito, y por otra tiene que estar renovando su lenguaje todo el tiempo.

Yo pienso, por ejemplo, y esto no es una mentira ni es porque Arrufat esté presente, que una versión, y de verdad quisiera verla, de *Los siete...* de hoy, sería muy diferente al propio texto, y creo que, sin embargo, ese texto daría una puesta en escena preciosa. Estoy convencida de que las adulteraciones, las adecuaciones, las transgresiones y las subversiones serían enormes. Estorino lo ha hecho con su propia obra. El ha experimentado a partir de su obra y partiendo del estudio que hace de Milanés con *La dolorosa historia...*, que es un texto escrito de una manera; después escribe *Vagos rumores*, que es otra obra suya y experimenta, recrea sus propios escritos. Uno se da cuenta de que es un autor que, basándose en sí mismo, cuando llega a la puesta en escena introduce otros elementos que son diferentes.

Es un tema inagotable. Pero yo creo que, de alguna manera, la herencia de Estorino, de Arrufat, de Triana y de Virgilio es una gran libertad para trabajar con las fuentes y los referentes. Pienso que eso es una característica propia de nuestra cultura. El sentido del juego, de la parodia, de la ironía, o el sentido de la irreverencia; lo que Virgilio llamaba la sistemática ruptura de lo trágico por lo cómico, cuando decía que el cubano no admite las imposiciones de la solemnidad, que el cubano con todo juega. Estos son elementos que incluso hoy en día se dan como rasgos de la posmodernidad. Y sin embargo, son valores que están a lo largo del desarrollo de nuestra cultura.

De alguna manera las más jóvenes promociones de autores dramáticos; o de directores llevan a cabo la íntima cercanía entre el texto y la escena. Es un fenómeno muy interesante, propio de las dos últimas décadas, porque la escena se ha enriquecido mucho desde el punto de vista textual y la escritura ha recibido importantes aportaciones desde la escena. Lo que yo siento es que en estas últimas décadas se está dando una gran libertad para trabajar con los referentes, con lo que podríamos llamar el uso y extensión y subversión de los referentes.

Para mí lo más interesante en términos de investigación del teatro cubano es que, incluso cuando yo trabajo la dramaturgia de los espectáculos de mi grupo, ese acto establece una línea de continuidad que viene desde *El Conde Alarcos* y que encontró el momento de una herencia definitiva en las obras de nuestra vanguardia en los años 60, en las obras justamente de Estorino, Antón, Virgilio, Triana. Ellos fueron los que crearon, yo diría, una licencia poética, una legalidad poética para este juego, para esta subversión.

Patricia Ramos: La intertextualidad ha desestabilizado verdades instauradas en los estudios literarios, tales como el *status* tradicional del texto, el referente de que se sirve la literatura para su elaboración, se circunscribe la fuente creativa a la tradición literaria anterior. Es decir, con la intertextualidad, según algunos teóricos, el autor se disuelve en una especie de indeterminación, una suerte de anonimato, donde la voz individual se pierde. Estamos hablando de la tan tarareada muerte del autor. ¿Qué creen de esa muerte?

Abelardo Estorino: No. A mí me parece imposible. Es como decir que un *collage* de Picasso hace desaparecer a Picasso como artista, porque él está usando imágenes o pegando papeles. Eso no importa, él pega los papeles de una manera en que nadie

antes los había pegado. Y creo que usar otros textos, usar poemas en las canciones, lo que estoy haciendo, uno lo hace con la idea que tiene de ese mundo que quiere descubrir. Es descubrir dentro de uno, que es descubrir a los demás. Pues creo que el autor no desaparece. Claro, Carlos hace todo lo posible porque desaparezca, según él cuenta. Porque él no va mezclando solo, sino que los actores también van mezclando sus vidas. Pero al final le tiene que seguir llamando *Calígula*, y tiene que titularlo Calígula.

Daylet Domínguez: Ahora yo quisiera preguntarle a Arrufat. En los últimos años el teatro cubano ha reivindicado a ciertas figuras que estuvieron sumergidas en el silencio durante varias décadas, como es el caso de Virgilio Piñera. Estamos ahora en la eclosión virgiliana. Todo el mundo quiere representar los textos de Virgilio. Se ha propiciado un marco, nos parece, favorable para la polémica, para la reflexión. ¿Por qué no ha pasado lo mismo con *Los siete contra Tebas*? ¿Cuál es la causa de que no se haya representado en el teatro cubano, de que no haya ido a las tablas?

Antón Arrufat: El asunto es diferente. Virgilio Piñera pasó una marginación de un tipo y yo pasé una marginación de otro... Y él está muerto y el que se muere se salva; yo todavía estoy vivo y puedo reclamar algunas cosas. Con *Los siete contra Tebas* sucedió un problema político que no ha sucedido con Virgilio Piñera en un sentido estricto. Es decir, no había ninguna obra de Virgilio Piñera que colocar en el *index* político del país, y con *Los siete contra Tebas* sí. Yo no sé si hay razón o no, y ya ni me acuerdo un poco, porque han pasado treinta años de una cuestión que sigue viva alrededor de mí y ha muerto en mí. Cosa muy curiosa. Siempre se me pregunta cuando salgo al extranjero sobre eso, como si hubiera acabado de ocurrir y para mí ha ocurrido hace muchos años. Para los demás es un problema que tienen que resolver.

Yo me he dedicado a otras cosas, he escrito muchos libros de narrativa, de poesía y he escrito muchos ensayos. He escrito muy pocas obras de teatro porque después de ese golpe es muy difícil reponerse, en cuanto a la posibilidad de estreno. Después de *Los siete contra Tebas*, que inició en mi teatro una apertura, en el sentido de que yo dejé de hacer un teatro, digamos de cámara, cerrado, y lo desarrollé en un espacio abierto en el que recurrí al verso o a la prosa cortada, rítmica, que se pudiera quizás hasta cantar en el escenario. Utilicé un coro, lo que nadie en Cuba había hecho hasta ese momento después de *Electra Garrigó*, si bien el coro de Virgilio es diferente al coro mío. Mi coro se atreve con el comentario de la escena, se atreve a hacer una pequeña obra dentro de una obra; lucha contra las estructuras ibsenianas que prevalecían y que han prevalecido durante muchos años en este cementerio que se llama el teatro cubano.

Creo que es una especie de mito que a los demás les convendría anular o quebrar y a mí no, pero de todos modos, es un mito que fundamenta mi nombre y mi celebridad —local— y por eso no quisiera que ese fundamento se eliminara. Yo lucho oscuramente en mi casa, en mi cama, porque esa obra no se estrene nunca, pero sé que al final acabará estrenándose. Y los demás quieren quitarme hasta esa razón de ser célebre. Pero de todos modos, aparte de la humorada, algún día tal vez se ponga. A mí me gustaría que se pusiera «tal cual», porque creo que hay en ese texto de novedades, una posible puesta en escena que no se ha practicado en el teatro cubano, que no lo han hecho ni los directores ni los actores. Hay una manera de expresión física, de expresión con el cuerpo que no se ha practicado mucho en el teatro cubano y que ahí están planteadas, dentro de las posibilidades que yo tenía en ese momento de percibir esa puesta en escena de un texto donde muy pocos personajes se enfrentan. Es un texto que parece más bien contar y menos dialogar. Pero creo que la efectividad de esa puesta estaría en el trabajo del actor, en el trabajo del director basándose en el cuerpo humano.

Patricia Ramos: No quisiéramos terminar sin antes pedirles, a manera de conclusión, sus opiniones sobre el estado de salud del actual movimiento teatral cubano.

Antón Arrufat: Como decía Cantinflas, «hay momentos verdaderamente momentáneos». A mí me parece que el teatro cubano está en un callejón sin salida desde hace mucho tiempo. Y creo que se debe a la ausencia de autores y a que haya un director o dos interesados en la experimentación, pero desde un punto de vista que no es el de la sugerencia que el texto provoca, sino de los propios intereses que como creador tiene ese director. Esto conduce a una especie de empobrecimiento del teatro cubano, a una ausencia de representaciones, a una ausencia de estrenos. Es impresionante, señores, la cantidad de clásicos y de autores contemporáneos que el pueblo de Cuba jamás ha visto. El pueblo teatral que va a los teatros nunca ha visto un Hamlet, nunca ha visto un Beckett o lo ha visto puesto de una manera absurda. Hay además una tradición del teatro, que aquí se ha perdido completamente. Se ha dejado de poner el teatro cubano del siglo XIX, del cual habíamos hecho una labor enorme de rescate para que la gente supiera que el teatro cubano no empezó hoy ni empezó con Virgilio Piñera, ni ha sido destruido posteriormente, sino que tiene una larga tradición como todo el arte cubano, que cuenta ya con siglos de existencia. Estamos acostumbrados a hablar como si todo fuera un hecho inmediato y detrás de nosotros hay un pasado. Creo que uno de los sentidos de la modernidad y de la posmodernidad es el uso de ese pasado, el pensar el pasado como una simultaneidad, como un hecho que está presente en nosotros. Ese es uno de los primeros principios de la posmodernidad, que es al mismo tiempo la negación de la afluencia histórica. Pero eso en este país se ha dejado de hacer. Y hoy, en este momento, hay un cementerio teatral impresionante. Es lamentable el esfuerzo inmenso que la Revolución hizo para formar actores, directores, durante años, en el que se gastó una cantidad inmensa de dinero y energía, para que no resulte nada. ¡Para que no resulte nada...! Para que los actores quieran meterse en un avión e ir a ganar dinero a Madrid. Cosa que está muy bien, porque tienen que comprar después el aceite. Pero de todos modos, el hecho de que haya una especie de dispersión de la energía teatral y que haya además una especie de inercia que no se sabe cómo romper, es uno de los fenómenos más conmovedores que veo en el teatro cubano. Yo hace años que me fui del teatro, pero aún así me llegan algunos ecos de su ruina total. Y entonces casi no puedo ni siquiera lamentar que yo no haya vuelto a estrenar en casi treinta años. Tenemos el caso excepcional de Estorino, uno de nuestros grandes dramaturgos y de nuestros grandes directores también que, aunque se haya ejercitado solo en sus puestas en escena y haya abandonado por completo la posibilidad de poner otras obras, tiene el mérito de haber puesto a Abilio Estévez y a Reinaldo Montero en circulación; la *Medea* es uno de los pocos espectáculos teatrales que se pueden ir a ver en este país, aparte de las cosas de Carlos Díaz. Pero son sucesos eventuales, de vez en cuando hay una representación. Si pensamos en la cantidad de actores formados y de supuestos directores que hay, es increíble que no haya todos los días cinco o seis puestas en la Ciudad de La Habana que ir a ver.

Raquel Carrió: Debo decir que yo discrepo completamente de Antón, que por demás es una persona que admiro y respeto mucho. En la primera cosa en que discrepo con él es en que yo pienso que cuando se hable de *Los siete contra Tebas*, hay que decir que aquello fue una injusticia y nada más. Las razones no hacen falta. Aquello fue una injusticia absoluta con Antón, con la cultura cubana y con el teatro cubano. Podemos entonces ir a buscar las causas, pero no es una cuestión de azar. Fue eso: una injusticia y un error. Y creo que el teatro cubano ha pagado muy caro las injusticias como esas —no solo en el caso de Antón. Aunque para ser justos, yo pienso que el

caso más terrible fue el de *Los siete contra Tebas*, porque es un texto espléndido, bien escrito y además, en mi criterio, posee una profundidad de análisis tremenda de los elementos de la cultura cubana que en ese momento había que discutir. Ese es mi criterio. Y por lo tanto mi primera discrepancia.

La segunda, es que yo pienso que no es justo decir que no hay teatro en Cuba. Lo más increíble, y lo más sorprendente que tiene el teatro en este país, en este momento, es que a pesar de las múltiples torpezas en el orden conceptual, ejecutivo, de las múltiples polaridades sin razón, porque como todo el mundo sabe hubo una etapa de un conflicto entre el teatro de sala y el teatro nuevo, conflicto muy esterilizante por cierto, porque lo que se estaba haciendo en el teatro de sala era bien interesante, pero lo que se estaba haciendo también en el Escambray era interesante y lo que se estaba haciendo en otros grupos era interesante. Pero esa manía sectaria de decir o esto o esto, es lo que ha arrasado de verdad con el teatro cubano. Es lo que arrasó con *Los siete contra Tebas*, lo que arrasó con la obra de Triana y lo que arrasó con muchísimas cosas. Por ejemplo, *Los mangos de Caín* de Estorino, que es un texto precioso, yo no sé cuánto tiempo estuvo sin ponerse. No es solamente el caso de *Los siete...* La manía sectaria, dogmática y excluyente nos ha hecho un daño espantoso. El hecho de decidir qué es lo que se promueve y todo lo que no se incluya dentro de eso negarlo y el hecho de ir de una prioridad a otra; y entonces hemos tenido un *boom* del teatro de sala en los años 60, ese era «el teatro» y después, llegando a los 70, el priorizado era el teatro que se hacía fuera de los espacios de las salas, el teatro que estaba buscando el contacto con el público al igual que el de investigaciones. Pero es que después, en los 80, se negaba el teatro nuevo, que tiene también valores y que aportó cosas importantes a la dramaturgia, la escena y la cultura teatral cubana.

Yo creo que hay un concepto básico que hay que rescatar, y es el teatro como cultura, como elemento que desde distintos puntos de vista, desde distintas prácticas, se va acumulando y forma parte del conjunto de la cultura. Ahora otra vez tenemos esa misma polaridad. Y entonces la gente se declara a favor del teatro realista de no sé quién y rechaza el de Carlos, o de lo contrario acepta el de Carlos y rechaza todo lo demás...

Ahora, con ese mismo criterio y con esa misma introducción digo que lo más curioso que tiene el teatro cubano en estos momentos es que a pesar de las enormes e incontables dificultades materiales y a pesar de las inmensas limitaciones que significa producir teatro en este país, que no siempre un autor sabe cuáles son, porque el autor necesita papel y tinta, y desde luego una vida cultural, y entiendo que Antón se queje del problema de la vida cultural, que podría ser de un estímulo mayor, aquí hay un teatro cien veces superior al de muchos países latinoamericanos, o del Caribe o de muchísimos lugares. En este país existe una voluntad de hacer teatro y un resultado de hacer teatro, como lo hace Carlos por ejemplo, increíble. Frente al *Rey Lear* yo me preguntaba cómo había logrado este hombre producir este espectáculo. Frente a *Escuadra hacia la muerte*, un espectáculo del que él no ha hablado, yo me conmoví profundamente. Yo creo que es un buen ejemplo de lo que estoy diciendo que en este país exista un grupo como el Buendía, que trabaja en un local que era una iglesia ortodoxa griega que abandonaron unos popes, que estaba destruida y que los actores reconstruyeron con sus manos, que lleva más de diez años haciendo teatro; que ha recorrido el mundo entero y ha ganado primeros lugares en festivales internacionales; que fue un grupo que sus puestas en escena se presentaron y fueron seleccionadas en primer lugar en la crítica en una plaza teatral tan difícil como Londres; que en estos momentos tiene un espectáculo que acaba de ser seleccionado por el director del teatro El Globo, de Londres, para representarlo allá. Se acaba de reconstruir el teatro shakespeariano en Londres, el productor artístico ha visto espectáculos en

todas partes y el único grupo extranjero que lleva y el único espectáculo que lleva es un espectáculo nuestro.

Pero no solo existimos nosotros. Yo creo que un buen ejemplo para lo que estoy diciendo es que exista en este país un lugar donde Víctor Varela hace teatro con los mínimos recursos, con el cuerpo al pelo, al pelo del actor, y eso no se reduce a *Segismundo ex marqués*, que para mí tiene, por encima de todas las lecturas que se puedan hacer sobre ese espectáculo, una: la lucha desesperada no solo por la sobrevivencia, sino por la belleza; a pesar de ser el lugar más feo de la tierra, porque trabajan en un viejo almacén donde no hay luces, no hay sonido, no hay nada y por las ventanas se oye un perro ladrar, una mujer tendiendo ropa, una guaracha que suena, otro perro que ladra, otra mujer que grita y vemos la lucha desesperada de aquellos tres actores sudando, que se caen y que se mueven por preservar un sentido de la belleza. No por gusto se habla de la vuelta a los orígenes, al sentido ritual del teatro cubano, que sería un tema para otra ocasión. Yo pienso que es extraordinariamente conmovedor que un grupo de gente joven, tome *La casa vieja* de Abelardo Estorino, un texto del año 64 y empiece, con muy poco, a tratar de hacer su versión y su lectura; y hacer una trilogía de los hijos, cómo ven los hijos *La casa vieja*, cómo ven los hijos *La noche de los asesinos*, que está puesta en este momento alternándose con *La casa vieja*. Se me quedan muchísimos ejemplos.... Es importantísimo que a pesar de las limitaciones haya gente que sean directores formados, que exista el grupo de Carlos, que exista el grupo Argos que tiene una obra como *La tríada* o una puesta como *Baal*, un espectáculo que no está cerrado todavía, pero en el que están trabajando y llegarán en algún momento a un resultado, o *El ciervo encantado* de Nelda Castillo, o las cosas que está haciendo un grupo que quiere rescatar el vernáculo.

O sea, se está haciendo teatro en Cuba y lo que habría que preguntarse no es si se trata de un cementerio o un páramo, sino cómo sobreviven las ganas de hacer teatro con los escasísimos recursos que existen para hacerlo. Extrañamente, yo estoy de acuerdo con Antón en el sentido de que mucha gente emigra y de cierta forma abandona. Sin embargo, la gente de teatro más joven está aquí y está haciendo teatro. Entonces, yo pienso que no se puede decir tan fácilmente eso, Antón, porque no es justo. Contigo se fue muy injusto, pero sería una injusticia con la gente más joven que sigue creando a pesar de las limitaciones, y a pesar también de la falta de información.

A veces un grupo cubano recibe una invitación para un festival, como el grupo en que yo trabajo, para llevar *Otra tempestad* al festival de Londrina y no pudimos ir porque los brasileños pagaban la mitad más uno de los pasajes, o sea, pagaban once pasajes y el resto tenía que pagarlos Cuba y no pudimos ir porque el país no tiene dinero para pagar. Todavía hay razones sociales mucho más profundas que están afectando verdaderamente el teatro, pero a pesar de eso se sigue trabajando. En estos momentos, como dijo Carlos, se están haciendo tres versiones de *Réquiem por Yarini*. Ayer me preguntaban estas muchachas el por qué... y bueno, yo no sé cual es la razón de este fenómeno. Yo sé por qué se está haciendo *Réquiem*... en el Buendía, bajo la dirección de Flora y a partir de mi investigación y mi dramaturgia. Y lo sé porque trabajo ahí. Pero tendría que preguntarle a Fullea León y tendría que preguntarle a Carlos cuáles son sus motivaciones. Yo pienso que ahora el fenómeno de la prostitución y la reflexión sobre la naturaleza trágica de ese fenómeno en la gente joven puede ser un elemento, y de hecho hay tres grupos que están interesados en un mismo tema. Hay que ir a los talleres de teatro para saber lo que cuesta producir un espectáculo en este país y hay que estar en una sala de teatro entrenando actores durante ocho horas, sin un aire acondicionado y sin un ventilador, para saber que los actores se derriten trabajando. Ese mismo «cuerpo» que tú quieres, Antón, no es un cuerpo cualquiera, tiene que ser un cuerpo teatral, no es un cuerpo en bruto, es un cuerpo preparado, formado, es un cuerpo casi sacrificial.

Claro, uno siente que no hay en Cuba, que no hay en La Habana la vida cultural que uno quisiera. Yo por ejemplo lamento muchísimo que a veces se hacen funciones en el Buendía como *Otra tempestad*, que requiere un esfuerzo brutal de sus actores, termina el piso lleno de sudor y uno sabe que está trabajando para una sola parte del público. Pocas veces estudiantes universitarios, que podrían disfrutar enormemente ese trabajo, van. Entonces, yo sí creo que hay una tremenda *atomización* de la vida cultural, que impide la comunicación, porque los medios no funcionan como tienen que funcionar, porque el transporte es muy malo, porque la gente está muy agobiada por muchas cosas, empezando por el calor y por la vida en general; y existe esa atomización que hace que a lo mejor tú estás escribiendo en tu casa y como no se publica y no se divulga como debe ser, la gente no conoce toda tu obra; Estorino acaba de escribir una nueva obra y esa obra la vamos a ver dentro de dos años o de tres. Salió el libro de Estorino y la gente no lo conoce, cuando sería imprescindible un lanzamiento de ese libro en esta escuela y que viniera Estorino aquí a hacer el lanzamiento de su libro, o Antón está haciendo cosas y no se conocen.

Abelardo Estorino: Yo dije que no iba a hablar mucho, porque ya me cuesta trabajo escribir mis propias obras, para además ponerme a teorizar sobre lo que escribo o sobre lo que escriben los que me rodean. Ahora, Raquel planteó algo que me parece interesante y es el espíritu de época. Yo creo que un dramaturgo que no esté en relación con la música, la pintura, la poesía, o la novela de su época no puede ser un dramaturgo que la represente ni que haga nada nuevo. Por desgracia, últimamente encuentro que los teatristas van al teatro, los músicos a los conciertos, los pintores a las exposiciones y es muy difícil encontrar que un teatrista esté en un concierto o que un músico esté en el teatro. Es posible que si el músico hizo la música para la obra esté allí, pero no es lo usual. En cuanto a mi experiencia, pienso que estoy más influido por la música y por la pintura y tal vez por la novela que por el teatro en sí mismo. Porque en el momento en que vine a vivir a la Habana la vida cultural era más compleja, la gente participaba de todos esos eventos. Parece que el mundo se va especializando cada vez más para empeorar.

Raquel Carrió: Por eso empecé por saludar la iniciativa de realizar esta mesa aquí para empezar a analizar estas cosas. Yo les puedo garantizar que hay gente joven realizando teatro en Cuba, en condiciones difícilísimas. A pesar de lo cual, un inglés que dirige el teatro El Globo, en la temporada más importante de este año, en Londres, vio aquel espectáculo y nos dijo: acabamos de venir de los Estados Unidos y hemos visto montones de versiones shakespearianas, no queremos ninguna de esas, queremos esta. Y eso a Carlos le ha pasado, porque he estado ahí cuando ha llegado gente, españoles de distintos lugares que han visto una puesta en escena de Carlos y dicen «me la llevo», o sea, lo pago todo, me la llevo. Más valorada en España, o en Brasil, o en Inglaterra, o donde quiera, que en este contexto. A nosotros nos ha pasado. Mi grupo de teatro Buendía, además de *Otra tempestad*, tiene las versiones de *La cándida*, *Eréndira* y *Las ruinas circulares*. Hemos dado la vuelta al mundo entero: Europa, Asia, Africa, América Latina, Australia, con críticas excelentes y me duele que no ha habido una sola rueda de prensa para que este grupo explique por qué salió en la selección de la crítica del *Time Out* dos veces consecutivas y por dos años. Y lo mismo tiene que haberle pasado a Carlos, a Estorino también, porque la obra de Estorino no se divulga como se debería divulgar, ni la de Antón tampoco. Entonces si vamos a ser profundos, vamos hasta el final y no nos quedemos en decir que es un cementerio.

Sobre el teatro, hace muchos años Martí hablaba de un vínculo entre la escena y el alma de la nación; los males que pueda reflejar la escena nuestra, son males reflejados en el alma de nuestra nación. El teatro sigue queriendo ser el termómetro, el alma de la nación y hablarle de la manera que puede al espectador cubano.

Entonces yo sinceramente los invito a que, en esta polémica que tenemos de la justicia y la injusticia, vayan al teatro y vean las cosas que se están haciendo.

Hay que luchar contra la atomización de la cultura cubana, contra la incomunicación de los creadores. Eso hay que hacerlo porque es lo que va a permitir que esa riquísima tradición que tiene este país de rebeldía y de subversión siga renovando el teatro cubano. A mí no me importa si hay un director que opta por el respeto absoluto del texto u otro que lo altere totalmente como lo altera El público o como lo altera el Buendía. Eso no importa. La cultura para ser cultura tiene que ser diversa. Lo que hay es que respetarse y luchar por la justicia para la valoración de las cosas que los creadores cubanos y los críticos y los investigadores cubanos y todo el mundo hacen.

Patricia Ramos: Cuando nos propusimos organizar esta mesa redonda sobre la intertextualidad en el teatro, temimos que el tema no fuera lo suficientemente motivador para el debate. Creo ahora, sin embargo, que ustedes han sobrecumplido nuestras expectativas, porque no solo han valorado muy eficazmente la valoración y la práctica de esa categoría científica en nuestro ámbito teatral, sino que han conversado sobre otros muchos aspectos del proceso del teatro en Cuba. Nos complace que hayan aceptado debatir sobre estos puntos de tanta actualidad.

Pensamos que la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, anfitriona hoy de esta mesa redonda, debe continuar promoviendo estos encuentros, propiciadores del movimiento de ideas y la confrontación de tesis, tan necesarios a la cultura cubana. Agradecemos a los participantes por sus intervenciones y asimismo a *Temas*, por darnos la oportunidad de hacer mucho más amplia la recepción de lo que se ha debatido. Muchas gracias.

Participantes:

Patricia Ramos y Daylet Domínguez: Estudiantes de 5º año de Letras, Facultad de Artes y Letras, Universidad de La Habana.

Antón Arrufat: Dramaturgo, poeta y crítico literario.

Rosa Ileana Boudet: Directora del Departamento de Teatro de Casa de las Américas y de la revista *Conjunto*.

Raquel Carrió: Profesora titular de Dramaturgia, Instituto Superior de Arte y asesora teatral de Teatro Buendía.

Carlos Díaz: Director del grupo de teatro El Público.

Abelardo Estorino: Dramaturgo y director de teatro.

Ausencia no quiere decir olvido

Adelaida de Juan

Profesora. Universidad de La Habana.

«Estar visible es estar presente; estar ausente es estar invisible». Así comienza John Berger¹ uno de sus ensayos sobre pintura en los cuales insiste en el contrapunteo ausencia/presencia, que ha elaborado también con respecto a la fotografía.² El «lugar de la obra» sobre el que medita Berger es un hilo conductor de gran parte de su ensayística. En su volumen *Ways of Seeing (Modos de ver)*³ trata sobre la lectura del arte en la actualidad, a partir de la aparición de los *mass media*: es «la época de su reproducción masiva» como originalmente fuera pensado por Walter Benjamín, de quien Berger es explícitamente seguidor. El inglés subraya, entre otras invariables, la constante relación entre lo manifiesto y lo latente en la obra, tomando en cuenta la intrínseca polisemia de la producción artística. La contemporaneidad de una obra, pues, radica fundamentalmente en la cambiante apreciación interpretativa de su receptor. (Pienso ahora en otro incitante acercamiento que hiciera en 1921 Shklovski para re-leer al *Quijote* y a *Tristram Shandy*.)

Premio *Temas* de ensayo 1998, en la categoría de Humanidades.

Lo que Berger ha denominado los polos de ausencia y presencia con respecto a la fotografía —cuya fuerza radica en su poder de evocación de lo ausente a través de la visión de lo presente en la escena—, aparece en algunos de sus textos sobre las artes visuales en general con los términos siguientes:

Lo visible, por lo tanto, nos da fe de la realidad de lo invisible y provoca el desarrollo de un ojo interno que guarda y une y ordena, como en un interior, como si lo que ha sido visto quedara en parte protegido para siempre de la emboscada que nos tiende el espacio: la ausencia.⁴

Lo no-dicho —en una obra de artes plásticas, lo no-visto— está tan cargado de intensidad como lo presentado ante nuestros ojos; lo inasible se hace manifiesto en nuestra percepción del texto visual por medio de recursos formales que matizan y conforman la composición de la pieza. Para captar y desentrañar el significado de tales ausencias, el paratexto que es el título dado por el creador (o por el curador o el editor) a la obra, resulta a menudo imprescindible. Citaré en este momento tan solo el cuadro de René Magritte *En el umbral de la libertad*, y la novela de Daphne du Maurier *Rebeca*, título también del conocido filme de Hitchcock.

Como he apuntado brevemente, no pocos artistas a lo largo de la historia de las artes visuales han preferido la ausencia o la casi ausencia de elementos claves en su representación figurativa. Con ello acentúan, por una parte, la participación activa del receptor y, por otra, establecen la existencia de significados no visibles, pero que son significantes de alto valor. La ausencia parcial o la sugerencia de tales elementos acuden a variados recursos. El *David* de Miguel Ángel ha completado su lanzamiento y la honda está sujeta sobre un hombro por la mano que la proyectó. La acción solo está presente por la actitud del personaje una vez completada aquella.

Los espejos reflejantes son otro de los recursos más usados con distintos fines. De la superficie bruñida en la pared detrás del matrimonio *Arnolfini*, obra cargada de alusiones simbólicas por Van Eyck, al rostro reflejado de la *Venus del espejo*, que Velázquez nos permite adivinar unido a la contemplación de la mujer que nos da la espalda, muchos espejos provocan nuestra atención. Velázquez fue particularmente proclive a este recurso: en *Las Meninas*, ejemplo sobresaliente, sirve para introducir la existencia de aun otra dimensión espacial en la composición de variados planos. En un rejuego de inversión, Magritte, en *Para no ser reproducido* (obra de mediados del siglo xx), coloca a una figura de hombre bien trajeado frente a un espejo; para subrayar la presencia de este se refleja en él el libro sobre el estante. Pero la imagen del hombre en el espejo continúa dándonos la espalda, repitiendo la configuración del modelo en el plano frontal.

Otros recursos también son usados para indicar la presencia de lo ausente. Los zapatos de Van Gogh adquieren una fuerte carga emotiva precisamente por su soledad y condición de abandono: lo ausente es solo presentado y adivinado por el espectador. En otro sentido, en algunas de las *Vistas del Monte Fuji*, Hokusai apenas deja asomar la curva de la ladera, el promontorio o la cima del monte, centro manifiesto de las treintiséis escenas que realizara el japonés.

Un caso notable se presenta con las ventanas abiertas de Vermeer. Es obvio que se convierten en el recurso empleado como fuente de esa característica luz lateral que ilumina tantas obras del holandés. Vemos de perfil a la muchacha que lee la carta y, al mismo tiempo, adivinamos su rostro reflejado en el cristal de la ventana abierta. Pero una mirada sostenida provoca la curiosidad acerca de lo que está ocurriendo *fuera* de esa ventana persistentemente abierta. Los personajes de estos cuadros se niegan a mirar hacia el exterior: el interior es el *locus* de la acción y portador de múltiples alusiones simbólicas. Pero la ventana permanece abierta, de modo tal que incita a la indagación acerca de lo que pueda —o no— ocurrir fuera del recinto cerrado.

En la misma época y país de Vermeer, Rembrandt desarrolla su extraordinaria obra. En su *Danae* presenta la escena en que Zeus, según el relato mitológico, se transforma en lluvia de oro para penetrar en la torre donde la mujer permanece encerrada. A diferencia de las versiones que un siglo antes hicieran otros notables pintores —pienso en Tiziano, por ejemplo—, Rembrandt no deletrea el relato helénico sino solo lo sugiere, por medio de esa luz dorada que le fuera característica en su madurez y, sobre todo, por el gesto de Danae que extiende su brazo hacia la luz. Ella está presentada como un desnudo tradicional sobre un diván, pero su cuerpo, la expresión de su rostro (se ha señalado que el artista ha pintado a una mujer amada), la dirección de su mirada y la mano expectante en el aire, hacen presente esa lluvia de oro que está visualmente ausente del lienzo.

Quizás el ejemplo más sobresaliente de esta forma de proceder por alusión o por ausencia se encuentra en *La caída de Icaro*, que Brueghel el Viejo pintara en el siglo xvi. El artista adopta el tema de la mitología griega y, a la manera usual de su época, lo sitúa con los aditamentos del tiempo en que está viviendo. La escena no puede presentarse de modo más bucólico y apacible: el campesino que ara la tierra, el pastor que conduce sus ovejas, los navegantes que hacen surcar sus naves por el mar tranquilo. No hay viento que agite los árboles y el agua; el cielo también está libre de nubes. Pero el título —aquí también absolutamente imprescindible— indica una escena que, a la primera lectura, no está ocurriendo. Solo el pastor levanta la vista mientras, a sus espaldas, unas piernas patalean en el agua. Icaro ha salido del Laberinto gracias a la fabricación de sus alas precursoras, pero el sol ha derretido la cera que las sostenía, precipitándolo a su perdición. El pintor parece querer subrayar la indiferencia general que rodea toda hazaña notable, el poder absoluto de la cotidianidad que rechaza lo extraordinario y ese virarse de espaldas ante la desgracia ajena. Este cuadro depende totalmente de su título, como parte integrante de la lectura de la escena, ya que el tema central que aquel indica está ausente salvo por algunos pequeños asideros que requieren de una atención muy particular, siempre a partir del título.

Este recurso, por medio del cual un fragmento o un detalle asume el sentido de la totalidad, ha sido muy utilizado por algunos de los cartelistas cubanos más recientes. En *Hara Kiri*, cartel justamente premiado, Fernández Reboiro se limita a los hilos de sangre que el trazo obligatorio de la espada ha de seguir en el suicidio ritual; para *Missing-Niños desaparecidos*, Muñoz Bachs coloca en la zona inferior lateral de un gran espacio negro una pelotica infantil de colores; Rostgaard se ciñe a un pie cuyo grillete está sujeto a una cadena rota para

dar la imagen del *Cimarrón*. El texto, imprescindible por el propio carácter de la cartelística, puede convertirse él mismo en el único elemento graficado: tal es el caso de la palabra onomatopéyica *Click*, solitaria en el centro de un plano oscuro que llena todo el espacio del cartel o la valla, y que Beltrán empleara para la campaña de ahorro de electricidad. Esta ausencia voluntaria de un relato descriptivo del tema resulta en una lectura participativa en la cual el título no es reiterativo de la imagen, sino que se convierte en un paratexto obligado.

La fotografía —esa manifestación que, al igual que la cartelística, está polémicamente incluida en la historia de las artes visuales— se erige como manifestación en sí y como recurso frecuentemente empleado en el diseño gráfico. En los ejemplos que acabo de citar, Azcuy ha hecho de la manipulación selectiva de la imagen fotográfica su característica más distintiva. Recuerdo particularmente sus carteles para los filmes *Besos robados* y *Rita*: en ambos casos solo presenta el fragmento ampliado de la fotografía de un rostro, que deviene el indicador del tema central de la película. Este artista convierte las fotografías hipertrofiadas de las manos en significantes de múltiples lecturas: sus diseños para los filmes *Sobre el amor* y *Luz de esperanza* son ejemplos de ello. En ambos casos, temáticas bien diferenciadas se expresan mediante el uso de un fragmento aislado de una fotografía más amplia (de cuerpo entero se diría coloquialmente).

La combinatoria de pintura con detalles seleccionados de una fotografía (que en el *corpus* de la obra múltiple de Raúl Martínez alcanzara un punto paradigmático) sirve a Fernández Reboiro en sus carteles sobre Alicia Alonso: *Carmen* es, en mi opinión, el de mayor impacto. Rostgaard también realiza esta combinatoria para el documental *Hanoi martes 13*, de Santiago Alvarez. Eludiendo la representación de la ciudad atacada, dibuja dos bombas en posición descendente; en sus puntas aparecen sendas fotografías del rostro sonriente de Lyndon Johnson, presidente de los agresores. Pero sin dudas la fotografía más empleada en el diseño gráfico, así como en otras manifestaciones de la plástica, es la que Korda tomara del Che durante los funerales de las víctimas de *La Coubre*, en 1960. Rostgaard, Níko, Faustino Pérez, Helena Serrano y muchos otros diseñadores, han hecho uso de esta imagen. Con frecuencia han llegado a fragmentarla y en ocasiones a reducirla a la estrellita de la boina negra, que así se convierte en un elemento simbólico de la figura histórica.

La fotografía ha colaborado en redefinir no solo nuestro modo de ver las cosas, sino también las propias cosas que vemos («the look of things» escribe Berger). Cuando Edward Weston, hace ya más de medio siglo, escoge un pimiento como objetivo magnificado de su

lente, está señalando, de hecho, a través de un detalle de la naturaleza, la belleza formal de sus productos. Estas formas recuerdan, por asociación propia de determinada conformación cultural, otras formas generadoras de una apreciación de variadas connotaciones. Los pimientos devienen así incitaciones de tipo sensorial que llegan a lo sexual. (En el ámbito de la visión estrictamente plástica también derivan en modos apreciativos de las construcciones de cierto abstraccionismo informal).

La fotografía es ejemplo claro de esos polos de ausencia/presencia en que me estoy deteniendo. Lo es en varias direcciones. Puede serlo, entre otras modalidades, por la escogida del detalle de un objeto para indicar su totalidad u otra totalidad más abarcadora (como en el caso citado de Weston), o bien por una ausencia tan evidente que se suele olvidar: el espacio ocupado por el que dispara el lente, que se convierte en el espacio del veedor de la fotografía. (Para solventar la ausencia de la imagen del fotógrafo se han desarrollado distintos recursos técnicos que dan el margen de tiempo necesario para que el fotógrafo corra a incluirse en la imagen final... pero los receptores siguen ausentes de la composición). En el primer caso, quiero citar solo las imágenes relacionadas con un tema: el ámbito de las bailarinas del ballet romántico está fijado en nuestra cultura por las imágenes pintadas y grabadas del siglo pasado por Degas. Cien años después, los fotógrafos a menudo hacen la escogida de una imagen parcial para conformar elípticamente la visión totalizadora. Pienso ahora en las fotografías de André Kertész, cuya obra *Las piernas de la bailarina* (1939) deja invisibles tanto el cuerpo y la cabeza de la danzante como el ambiente teatral del ballet: los pies calzados con las tradicionales zapatillas de punta, las piernas cubiertas por las medias largas, una mano colocada sobre el *tutu* son los únicos indicadores visuales de la mujer; la cual, en lugar de ser ubicada sobre el tabloncillo de un escenario, ha sido puesta sobre la hierba, limitada por un muro y unos bloques rajados del pavimento. También en el diseño gráfico dedicado a la temática del ballet se han empleado fotografías de detalles de los danzantes: Reymena, en 1980, emplea un complejo montaje fotográfico que registra los movimientos sucesivos de un paso de ballet mediante las imágenes superpuestas de las piernas en acción. Chinolope también ha usado este recurso, aunque sus imágenes están menos centradas en un fragmento de los danzantes.

Quisiera ejemplificar otra dirección en la cual la fotografía se mueve entre lo ausente y lo presente con un ejemplo también devenido clásico en la fotografía cubana de la década de los años 60. Durante la concentración en la Plaza de la Revolución, Fidel Castro

da a conocer la Primera Declaración de La Habana. El fotógrafo Raúl Corrales, que se coloca sobre una silla detrás del orador, establece en su fotografía varios planos sucesivos: Fidel, la balastrada curva, la multitud, las edificaciones en la lejanía. Un detalle aparece en un ángulo de la balastrada: una persona se asoma de frente a Corrales con una cámara fotográfica en las manos, presto a disparar el obturador hacia Fidel/Corrales/receptor de la foto. Se establece así un complejo contrapunto de miradas que van en dos direcciones, en las que prima la del autor de la foto, convertida en la nuestra. Corrales y nosotros estamos, es evidente, ausentes de la escena, pero la mirada de ese fotógrafo que nos enfrenta —y que está, por supuesto, presente— en cierto sentido nos incluye, aunque pasivamente, en la escena.

Existen otros ejemplos similares en la iconografía visual de Cuba. Pienso, por ejemplo, en un grabado costumbrista del siglo XIX, en el que Mialhe litografía la Fuente de La Habana y coloca en el primer plano de su grabado a un pintor que está dibujando el mismo tema. Con este recurso, el artista real (ausente en la obra) documenta a un artista virtual, presente en la misma. Si se considera ahora la fotografía de Corrales, el fotógrafo real —quien, como los receptores, está ausente de la composición— ha captado a otro fotógrafo, que asoma con su cámara en las manos y queda así presente para siempre. (Al igual que la fotografía de Korda citada anteriormente, esta pieza de Corrales ha sido integrada a no pocas obras de diversas manifestaciones, como las pinturas de Antonio Saura y Fayad Jamís, y obras de reproducción múltiple).

II

Durante las últimas cuatro décadas, el ámbito sociohistórico (Revolución cubana, guerra de Vietnam, insurgencias estudiantiles y obreras, movimientos revolucionarios, etc.) propicia la llamada de atención, sobre todo en el seno de las metrópolis hegemónicas, hacia la producción de grupos llamados de minoría. Entre estos, las expresiones feministas buscan con mayor fuerza y organización vías participativas en el denominado *mainstream* del sistema del arte contemporáneo. Intentan responder así a la ya clásica pregunta de Gayatri Spivak «Can the subaltern speak?» («¿Puede el subalterno hablar?») y, en particular, a la anterior indagación de Linda Nochlin, en 1971, «Why have there been no great women artists?» («¿Por qué no ha habido grandes artistas mujeres?»).⁵ Rebelándose contra un canon secularmente impuesto por el varón blanco occidental, no pocas artistas se proponen como temática la subversión de tal canon, en especial en lo

referente a sus vivencias genéricas. La apropiación con signo distinto de un *corpus* de temas tradicionales es el instrumento de algunas artistas, sobre todo en la producción estadounidense de la década de los 70.⁶ Antes he mencionado la *Venus del espejo* de Velázquez; en 1971, Silvia Sleigh coloca a su modelo varón (*Philip Golub Reclining*) (*Philip Golub reclinado*) en un encuadre similar a la Venus velazquiana: este desnudo masculino también nos da la espalda en el primer plano y un rostro, circundado por una cabellera copiosa, se hace visible en el centro de la composición. El título de la obra nos informa del nombre del modelo (práctica de Sleigh en otras obras) y el espacio de la virtual superficie reflejante, a diferencia de lo que ocurre en la obra de Velázquez, no es un espacio de conformación algo vaga y voluntariamente pequeña. Al fondo —de nuevo un remedo de Velázquez— se percibe a la pintora observando y llevando al lienzo la escena, en un lugar similar al que en la obra anterior ocupa el Cupido, aquí ausente.

Un ejemplo más representativo de apropiación y rejuego de ausencias y presencias se ofrece en una ambiciosa obra de Judy Chicago. En *The Dinner Party* (*La cena*), realizada entre 1973 y 1979 en técnica mixta, Chicago retoma una de las piezas canónicas más reiteradas en la historia del arte occidental moderno: *La última cena*, de Leonardo, una de las obras clásicas a partir de la época cumbre del Renacimiento italiano.⁷ Para citar solo un ejemplo de apropiación posmoderna de la obra, recuérdese cómo, cuatro siglos y un océano por medio, Andy Warhol, con dibujo impecable, reiteró esta composición en su natal Pittsburgh. Pero Chicago, a diferencia de Warhol, no reproduce la escena renacentista, sino que parte de ella, la transforma y, además, le altera el título, dándole un tono más íntimo y familiar. En la iconografía cristiana, *La última cena* consta de trece figuras presentadas frontalmente ante una mesa. Chicago concibe tres mesas, cada una con trece plazas y dispuestas en forma de un triángulo equilátero. Las treintinueve plazas resultantes están dedicadas a otras tantas mujeres que ella considera importantes en el devenir histórico occidental. Pero en ningún momento aparecen las figuras de las treintinueve mujeres escogidas: su presencia está señalada por otros tantos tipos de copa, plato y mantelito (trece por mesa/lado del triángulo), los cuales reiteran motivos físicos y simbólicos de la femineidad (flor/vagina, mariposa, etc.) Esta instalación de gran formato patentiza, además de su expresión conceptual y signica, el contrapunto ausencia/presencia, que he desarrollado anteriormente.

Corpus fue el título, intencionadamente en latín, que Mary Kelly dio a una muestra de 1985 expuesta en el Fruitmarket Gallery de Edimburgo, y en Riverside Studios de Londres al año siguiente; esta muestra dio

inicio a un proyecto abierto titulado *Interim*.⁸ En las tres secciones de la muestra, cada una con tres parejas de imágenes fotográficas, estas utilizan el soporte de grandes láminas de perspex. Las imágenes se proyectan creando una suerte de doblaje y, a la vez, capturan al/la espectador/a que de ese modo se halla reflejado/a en, e incorporado/a, la superficie similar a un espejo. Pero las únicas figuras que aparecen con sus rasgos físicos son las de las personas que están presentes en la exhibición en un momento dado, es decir, los espectadores reflejados. En cada tríptico se centra solo la fotografía de una prenda de la vestimenta femenina —chaqueta de cuero negro, bolsa, botas, *negligé* negro, vestido blanco— las cuales reciben en la obra los nombres que el doctor J. M. Charcot diera originalmente, en 1880, a las cinco actitudes asumidas durante diversas etapas de la histeria: «Menacée» («Amenazada»), «Appel» («Apelación»), «Supplication» («Súplica»), «Erotisme» («Erotismo»), «Extase» («Extasis»). Debe recordarse que Charcot —contra cuyas teorías se rebelara Freud en la configuración del psicoanálisis— tomó como objeto de estudio a la mujer, en tanto cuerpo histerizado, para ser escudriñado y descifrado en términos de la mirada y la nomenclatura masculinas. Lo que me interesa subrayar ahora es la conjunción texto-imagen fotográfica en la cual la mujer no aparece corporizada (salvo en una eventual duplicación posibilitada por una superficie que actúa como espejo ante la espectadora). Las prendas de vestir femeninas señalan la ausencia de tal corporización, mientras las propiedades del soporte empleado permiten el reflejo transitorio —alusión de lo presente— de otros cuerpos participativos en la producción/recepción de la obra. Volveré sobre un recurso similar empleado a inicios de los años 90 en Cuba.

En 1994, Terry Berkowitz ejecuta *Backseat* (*Asiento trasero*), una instalación que combina el uso de objetos, video y sonido, desarrollada en dos salas. Según Berkowitz,

Backseat hace palpable las experiencias con que las mujeres se enfrentan cada día, la doble mentalidad que nos es imprescindible para nuestra supervivencia y el residuo que queda después de una violación. La violación no es un acto aislado que ocurre y tiene un fin, sino que es una profanación extrema de la persona, muy difícil de olvidar y superar.⁹

En la sala inicial, hay un círculo de espigas de cuatro metros de altura y dentro de este círculo de cinco metros de diámetro se ubica un auto que se ha fraccionado y que solo muestra la mitad trasera. Los espectadores pueden sentarse en este *backseat* del auto y oír una cinta en la que se grabó con detalle una violación y sus secuelas. En la segunda sala hay tres cabinas privadas, del tipo que se puede ver en los *sex-shops*, con puertas

independientes que aíslan al espectador que tome asiento en cualquiera de ellas y atienda una cinta de video de siete minutos de duración. En ningún momento aparecen la figura de la mujer violada ni las de sus violadores; la obra persigue dar lo que ella sintió, oyó y vio durante tan traumática experiencia. En estas ausencias también está incluido el título mismo de la instalación, ya que no alude al ataque en sí, sino al lugar en que usualmente ocurre (al menos en el ámbito neoyorquino en que vive la artista). Por medio de las presencias reales —visuales y auditivas— se manifiestan los protagonistas (ausentes de la instalación de la acción narrada).

III

En años recientes, algunas creadoras cubanas han dirigido su atención al tema de la mujer por vías parabólicas. Pueden aludir, sin que la figura de la mujer sea explicitada en la composición, a elementos de mayor o menor represión machista impuestos a ella a lo largo de la historia: tal es el caso de *Cinturón de castidad*, de María Magdalena Campos (1959), expuesto en 1985. En esa época Campos escribe: «manipulo el supuesto criterio de prohibición o prescripción de la vida erótica de los individuos, concepto que aparentemente ha sido superado por el hombre moderno, pero que en mi experiencia vital aparece como elemento histórico en contradicción permanente».¹⁰ Otro acercamiento diverso en su intención se puede deducir en cierto momento de la obra —fuertemente influida por el postconceptualismo— de Consuelo Castañeda (1958), cuando realiza *Los signos icónicos transcriben según códigos de experiencia adquirida*, pieza de múltiples lecturas. Antes de esta obra, Castañeda manipula otra imagen icónica de Leonardo, la conocida como la *Gioconda*, casi oculta ahora por elementos como relámpagos que fragmentan la figura del fondo, característica de su labor en esa etapa inicial. En 1989 realiza, por medio de una fotografía de su madre, otra manipulación que quiebra intencionadamente la imagen: *Retrato de mi madre y yo: una historia en setenta páginas*. Aquí el título hace presente una ausencia, la de la propia artista que solo se manifiesta a través de su visión íntima del paso del tiempo, patente en el rostro materno. Ana Albertina Delgado (1963) lleva a cabo en 1989 una exposición en el Castillo de la Fuerza con el título *Dentro del labio*, de cuyas obras dijo que eran el producto de un proceso de autodefinición: «parto de la búsqueda, de mi forma de ver, de crear la realidad y, de acuerdo con mi estado emocional, crear una parte de lo no visto, ni oído, lo que me permite suplir el olvido».¹¹ De ese mismo año es una obra hasta cierto punto alegórica de una faceta de este proceso, a la cual puso como título *Memorias*.

Lo no-dicho —en una obra de artes plásticas, lo no-visto— está tan cargado de intensidad como lo presentado ante nuestros ojos; lo inasible se hace manifiesto en nuestra percepción del texto visual por medio de recursos formales que matizan y conforman la composición de la pieza.

Quisiera detenerme en la labor de dos artistas que han hecho obras centradas en este dar la presencia de la mujer por medio de sus entornos y sus alusiones al papel que una tradición patriarcal les asigna en la sociedad y en especial en la vida de relación. *Subyacencias (visión de cuatro mujeres)* es una instalación/ensayo que Caridad Ramos (1955) ha realizado con sus hermanas Rosa, Marta y Doris, y que fuera vista por primera vez en su casa santiaguera durante el Festival del Caribe de 1993, y expuesta en La Habana en mayo de 1994. Utilizando pintura, lienzo, yeso, sogá, metal y soporte de cartón y madera, el ensayo se desarrolla a través de ocho temas, todos los cuales son un despliegue de determinados puntos de vista conceptuales en la heredada trama social vigente. La explicación del título queda expuesta en las «Palabras» que las autoras colocan en el Catálogo de la muestra habanera:

¿Por qué subyacencias?

Aun cuando los códigos formales que utilizamos se refieren a los términos más comunes con los que históricamente nos han clasificado, en estos mismos códigos subyacen conceptos y vivencias de un mundo de ideas mucho más rico y complejo que el que pudiera apreciarse en una primera lectura [...] A pesar de las limitaciones naturales del machismo y las diferencias, de la debilidad y la fuerza, del dolor del parto, del miedo ancestral y el pecado original... somos felices de ser mujeres. Porque con todo esto y más invitamos a la reflexión en este «concierto para ocho manos» como la visión de cuatro mujeres cuya razón es el arte.¹²

Estas son las palabras que a manera de introducción conducen al espectador a través del ámbito poblado de ocho instalaciones: su lectura queda, pues, cuidadosamente trazada. Pero los títulos de cada pieza, numerados en el catálogo por su orden de ubicación real, el hálito general que se respira en el trazado de tal lectura, no dan del todo esta «felicidad de ser mujer» que se asegura en las «Palabras». Los títulos corresponden a las obras *Monólogo interior*, *Lo que me distingue*, *Permanencia de una triste historia*, *Armonía fluctuante*, *Camino repetido*, *Recurrencia a la poesía vital*, *Cuando no puedo estallar*, *Alegoría*. La última pieza es la única que configura a un ser humano: significativamente es un desnudo masculino (el modelo fue el compañero de Caridad) minuciosamente realista, entronizado (¿también por las mujeres?) en un butacón

desde el cual parece complacerse en contemplar las escenas alegóricas en que se encuentran virtualmente aquellas.

Las situaciones femeninas son vistas con ojo autocrítico, con una mezcla de conciencia, denuncia y aceptación interiorizada. (Aquí vienen a la mente similares variantes temáticas tocadas por otras creadoras cubanas: el silencio vigilante de Peláez, el estallido de Eiriz, las esculturas rupestres de Mendieta, las autofotografías de Marta María Pérez, el cinturón de castidad de Campos, la transgresión mítica de Ayón). En Ramos, la incomunicación que se vincula con la evasión, la sexualidad que puede desembocar, pero no agotarse en la maternidad, la reiteración infinita de los mismos papeles desempeñados con independencia de la voluntad real de las protagonistas, todas estas situaciones están aludidas por la forma de la ropa que cubre a la ausente, los aditamentos que sus manos invisibles manipulan, el cuerpo y el rostro que solo están en las formas vacías que una vez ocuparon. La figura toda está ausente, pero su presencia cobra una fuerza inusitada al quedar a la vista la envoltura que obligadamente la cubre, sea cual fuere el sujeto portador de la misma. Esa envoltura, impuesta por las fuerzas de mucho tiempo, adquiere una doble connotación: es simbólica a fuerza de reiteración y de la aceptación social; y es, al propio tiempo, un papel asumido por la mujer, cuyo género empieza a formarse en la cuna. En las *Subyacencias*, sin embargo, conviven la aceptación a regañadientes, la denuncia, la crítica a tal aceptación y la posibilidad de subvertir el papel asignado. La mera exposición de tales situaciones femeninas es ya una toma de conciencia y una posibilidad de permitir que ese mundo subyacente aflore armoniosamente.

Un acercamiento similar, por el poder de lo ausente, es hecho por Jacqueline Maggi (1948): no aparece la figura de la mujer, pero ella está siempre presente porque el entorno creado es marcadamente el de la mujer en su cotidianidad casera. Esta creación de momentos evocadores del devenir vital de la mujer, que va de los zapatos gastados al costurero, del «primer beso» al «anhelo inútil», adquiere una fuerza notable por la ausencia misma de la protagonista: es el escenario que ha quedado vacío, para que el espectador

llene y complete todas las posibles ocurrencias evocadas.

Maggi parece reducir su temática a los objetos y situaciones más corrientes en la vida doméstica, que están, por ende, más ausentes de nuestra percepción activa, ya que damos por sentado que se encuentran en su lugar y que las labores caseras «se hacen». Es asumido como normal que las cosas «están ahí», pero no solemos pensar en quién las ubica una y otra vez para nuestro casi mecánico encuentro. ¿Y quién «hace» las labores que posibilitan la vida cotidiana en su aspecto más reiterativo y necesario? También se da por sentado que esto «es así», como si los objetos inanimados, tocados por una varita mágica, adquirieran día a día su ubicación correcta y desempeñaran su labor necesaria. En nuestro contexto cultural, ese «alguien» invisible es eufemísticamente denominado «ama de casa», cuando en realidad casi nunca tiene los atributos de poder que se otorgan a un «amo». Ama de casa es la mujer que, en el mundo de hoy, suele realizar una jornada de trabajo, frecuentemente de carácter subordinado, fuera de la casa, para después asumir otra jornada de trabajo, esta vez sin salario ni protección legal alguna, en el hogar. Ese es el «alguien» invisible que recoge los objetos, cuyo costurero está repleto de prendas de toda la familia esperando el arreglo necesario, que después de cocinar para todos ha de enfrentarse a una multiplicidad de enseres sucios: esa es la mujer llamada «ama» de su casa. Al adquirir más conciencia y reclamar mayor cooperación en las labores que atañen a toda la familia, se dice que otros miembros de la misma —los varones— la «ayudan» en tales labores imprescindibles para la marcha armoniosa de la vida; pocas veces se comparte equitativamente el papel asignado a la mujer y menos aún se asume en su totalidad.

Los testimonios mudos de tal situación son los presentados por Jacqueline Maggi. No se trata aquí de una actitud de acre denuncia ni de la violencia expositiva (como puede verse en la instalación de Mary Kelly, que también presenta los elementos de la habilitación de la mujer ausente), sino de dejar que la mera presencia de los objetos en determinados contextos hable por sí misma, se exprese fuertemente al despertar en nuestras conciencias determinadas realidades que, por cotidianas, quedan sepultadas en nuestra percepción activa. Con razón Maggi hizo preceder un catálogo suyo de inicios de la década del 90 con una cita de Flaubert: «Uno no elige sus temas, ¡los padece!». ¹³

La «condición femenina» en su aspecto más doméstico (término demasiado pariente de domesticado) es el radio de acción tradicionalmente asignado en nuestra cultura a la mujer —aun a lo profesional— en la vida del hogar. Esto provoca una familiaridad, un diálogo cotidiano, una relación casi de

amor-odio, por habitual, con un mundo de objetos cuyas propiedades se borran un tanto por esa misma cotidianidad. Maggi lleva este tipo de familiaridad con las cosas preferentemente a la madera, material que manipula y al que da nueva vida formal. A este respecto, ella ha expresado:

Hasta el más simple de los objetos encierra un gran poder de evocación: son como mágicos y misteriosos porque de ellos emanan muchos significados, que ejercen sobre nosotros una especial atracción. Es el encanto de lo sorpresivo, lo absurdo o lo conmovedor de esas pequeñas cosas entrañables lo que las convierte en imprescindibles a nuestro espíritu. Acariciar estos objetos, hacerlos y rehacerlos es como retenerlos y darlos. Con mi obra pretendo explotar el potencial de significados que tiene el simple objeto íntimo, transformar en algo importante lo trivial, y perpetuarlo, fijando la atención de los demás en todo lo que de apasionado puede latir dentro de los mismos. ¹⁴

Las «escenas» o «cuadros» que presenta Maggi parecen adquirir vida propia, haber sido sorprendidos o abandonados en medio de una actividad febril. El costurero está solo semicerrado porque la cantidad de ropa que espera su arreglo no hace fácil que la tapa caiga simétricamente sobre el cuerpo del objeto; la tijerita ha quedado fuera, y ambos, costurero y tijera, no están ubicados en el centro del tapetico de encaje que sirve de soporte, sino que rompen una posible simetría, como si la premura del abandono los hubiera dejado en esa posición precisa. El bolso repleto de cosas adivinadas, cuyo cierre tampoco ha completado su recorrido total, puede ser «el ganador» y también un «anhelo inútil». (En la obra de Kelly ya mencionada, un bolso similar ilustra la categoría de «Appel»: la polisemia otorga a un objeto la posibilidad de ser decodificado como triunfante en una lucha o expresión de la inutilidad anhelante y, en otro contexto, como apelación o reclamo). Esta detención en el tiempo de la acción se reitera: las gavetas de la mesita están a medio abrir; el libro no se ha cerrado; las espumaderas y cucharones cuelgan de modo asimétrico en la pared de la cocina; la pieza de ropa en su perchero aún tiene el nudo y los pliegues de su uso reciente y forma parte del *cambio de estación*. (Para Kelly, una prenda parecida corporiza *Extase*). La escoba, el balde y el recogedor son mudos testimonios de una labor cotidiana, como lo es también la colección, un tanto anárquica y apresurada, de loza y ollas sucias; el cordón de la plancha parece haber sido desconectado un momento antes; los zapatos, medio gastados por el uso, caen como quiera de los pies que suponemos cansados. (Si en el mundo creado por Maggi los zapatos con medio tacón coadyuvan al *Cambio de estación*, para Kelly unos botines igualmente gastados configuran «Supplication»).

Mirage fue el título de una de las exposiciones personales de Maggi, celebrada en Nueva York en 1994.

En el catálogo¹⁵ fueron colocadas unas palabras «de acuerdo con James Joyce» que nos informan que «The epiphany was the sudden revelation of the whatness of a thing, the moment in which the soul of the commonest object, seems to us radiant» («La epifanía fue la súbita revelación de una cosa, el momento en el cual el alma del objeto más común nos parece radiante»). Pienso que el título de esta muestra apunta precisamente a un sentido profundo e importante de su escogida temática y a la forma de enfrentarla. Los objetos que crea Maggi en lienzos, grabados y esculturas en madera son, en efecto, mirajes, espejismos de una realidad otra, vislumbrada a través de una atmósfera engañosamente bella y que no corresponde a la crudeza real del objeto finamente reproducido. Al receptor corresponde ver, no solo mirar, estos espejismos y lo que ellos ocultan y revelan a la vez. De nuevo, la ausencia y la presencia.

En las producciones de Ramos y Maggi encontramos puntos de contacto y de divergencia. La ausencia del sujeto —la sujeto— actuante, la humildad de los objetos representados que son, además, de empleo constante en la vida cotidiana, la bastedad de los materiales con que crean las piezas, la escogida temática en su sentido más amplio son, evidentemente, las convergencias de ambas producciones. La divergencia está en el carácter creativo y su dirección de sentido: Ramos procura referirse a conceptualizaciones más vivenciales del devenir de la mujer; la presencia de la figura naturalista del varón entronizado crea un lazo en la trama unificada por su contrapunto en el tratamiento y en el modo de eludir la figura de la mujer para aludirla de otro modo. Maggi, por su parte, se aferra a objetos más obviamente cotidianos, encontrando en ellos el poder de evocar una más profunda significación. La misma cotidianidad del referente provoca una lectura multívoca: a la primera mirada, deslumbrada por la técnica primorosa y el amor al material que emplea, siguen otras lecturas de mayor profundidad. No hay sino contrastar, por ejemplo, los zapatos hipertrofiados y diamantinos de un Andy Warhol o un gigantesco anuncio lumínico, apropiado por algunos artistas contemporáneos, con los zapatos de madera tirados sin alineación ni arreglo de Maggi, para comprender la abismal diferencia semántica que tratamientos diversos confieren a un mismo detalle temático. La obra de Maggi parece pronunciarse *sotto voce*, pero su recuerdo visual crea un mundo de posibilidades de lecturas sobre el ámbito más inmediato y presente de la mujer ausente.

Josefina Ludmer ha desentrañado, en excelente análisis, lo que ella denomina «las tretas del débil».¹⁶ ¿No será la polaridad ausencia/presencia una de tales tretas en la imaginería visual de la artista contemporánea? Sería

entonces un recurso secular del arte (ahora solo he considerado, con una excepción, ejemplos de la producción occidental), recontextualizado en la producción de un creciente número de mujeres actuantes en la esfera de las artes plásticas.

Notas

1. John Berger, *El sentido de la vista*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 199.
2. Con otro abordaje y ciertos puntos de contacto desarrolla Cartier-Brenson su teoría —que aplica tan estupendamente a su propia labor creadora— acerca de lo que denomina «el instante decisivo» de una escena espontánea captada por el lente.
3. John Berger, *Ways of Seeing*, Penguin Books Limited, Essex, 1971.
4. Véase John Berger, *El sentido...*, ob. cit., p. 202.
5. Linda Nochlin, *Women, Art, and Power and Other Essays*, Icon Editions, Nueva York, 1989, pp. 145-178.
6. Véase Edward Lucie-Smith, *Art and Civilization*, Harry N. Adams. Inc., Nueva York, 1992, pp. 541 y ss.
7. Cassandra L. Langer, «Against the Grain: a Workin Gynergenic Art Criticism», en Arlene Raven, Cassandra L. Langer, Joanna Fruch, eds., *Feminist Art Criticism. An Anthology*, Nueva York, 1991, pp. 120-123.
8. Griselda Pollock, *Vision and Diference*, The University Press, Cambridge, Gran Bretaña, 1991, pp. 188-198.
9. Terry Berkowitz, Catálogo de la Exposición *Backseat*, Sculpture Center, Nueva York, 1994. Cit. en Catálogo-Libro de la exposición *Cómo nos vemos. Imágenes y arquetipos femeninos*, Centro Cultural TeclaSala, Barcelona, enero-marzo 1998, p. 30.
10. María Magdalena Campos, Catálogo de la exposición *Made in Havana. Contemporary Art from Cuba*, Nueva Gales del Sur, Brisbane, Melbourne, (Australia), octubre 1988-mayo de 1989, p. 21.
11. Ana Albertina Delgado, entrevista citada en Catálogo de la exposición *Dentro del labio*, Proyecto Castillo de la Fuerza, La Habana, junio-julio de 1989, s.p.
12. Caridad Ramos, «Palabras», Catálogo de la Exposición *Subyacencias. Visión de cuatro mujeres*, La Habana, mayo de 1994, s.p.
13. Véase Catálogo de la Exposición *Jacqueline Maggi. Esculturas y dibujos*, Galería de la Universidad de Málaga, España, noviembre-diciembre de 1993, s.p.
14. *Ibidem*. Jacqueline Maggi, ob. cit.
15. Véase Catálogo de la Exposición *Mirages. Paintings, Drawings, Sculptures*, Judite Galleries, Nueva York, noviembre de 1994, s.p.
16. Josefina Ludmer, «Tretas del débil», en Patricia Elena González y Eliana Ortega, eds., *La sartén por el mango*, Ediciones Huracán, Río Piedras, Puerto Rico, 1984, pp. 47-54.

La confluencia que se frustró: psicoanálisis y bolchevismo

Jorge Luis Acanda González

Profesor. Universidad de La Habana.

El psicoanálisis no debe ser comprendido como una psicología en el sentido de una teoría funcionalista del comportamiento. Su teoría, precisamente allí donde parece ocuparse de funciones psíquicas, es siempre «teoría de la interacción».

Alfred Lorenzer

Toda reificación es un olvido.

M. Horkheimer y T.W. Adorno

Este final de siglo es una época de crisis. La conciencia de la crisis, la percepción de su existencia, tiñe todos los discursos y formas de expresión del hombre actual. En sus muy distintas manifestaciones es, por sobre todas las cosas, una crisis del sujeto, una crisis de la subjetividad humana. Los modelos producidos y distribuidos socialmente para que los hombres se piensen a sí mismos, piensen la realidad circundante y se representen sus metas, no logran ya cimentar la búsqueda de la identidad en los seres humanos

contemporáneos, navegantes sin brújula en un piélago de dudas y desafíos sin precedentes.

Una época de crisis, porque es la crisis de una época. El historiador inglés Eric Hobsbawn señalaba lo peculiar de un siglo XX que, en tanto período histórico, ha sido el más corto en mucho tiempo: empezó en 1917, con la aurora roja de la revolución soviética, y concluyó en 1989 con el derrumbe del muro de Berlín y del experimento del fermentado «socialismo real». El alfa y el omega de este siglo XX no remiten, simplemente —como superficialmente han creído algunos— al inicio y al fin de un panorama político internacional caracterizado por el enfrentamiento antagónico entre dos sistemas sociales diferentes. Marcan esencialmente el inicio y el final de un intento de reconstrucción de la subjetividad humana que se presentó a sí mismo como «comunismo». Porque la actual crisis finisecular del sujeto solo puede entenderse plenamente si nos remitimos y la relacionamos con la crisis similar que se vivió en el período comprendido entre 1870 y 1914. Fueron aquellos años también de crisis del sujeto. En ese caso, de crisis del sujeto liberal,¹ es decir, del modelo que desde 1789 —o tal vez desde antes, desde el siglo

Premio *Temas* de ensayo 1998, en la categoría de Ciencias Sociales.

xvii de la revolución inglesa y el cartesianismo— presentaba la burguesía liberal como ideal del nuevo sujeto construido por ella: autocentrado, racional, plenamente consciente de sí y de sus capacidades, habilitado para —aplicando el criterio de maximización de ganancias— crear un nuevo mundo de objetos que permitirían obtener la felicidad a la raza humana.

Las terribles realidades sociales provocadas por el proceso de industrialización (pauperización, explotación, enajenación), la ausencia de democracia en los sistemas políticos liberales decimonónicos y el inevitable tránsito del capitalismo de libre concurrencia —con sus promesas de amplias posibilidades para todos— a un capitalismo monopólico, concentrador de la riqueza y de la carencia de propiedad, revelaron la irrealidad de la imagen del «sujeto liberal» y provocaron el rechazo a las formas alienadas de subjetividad a él vinculadas. Las formas de la conciencia cotidiana y del arte de fines del siglo xix expresaban esta comprensión —a veces, solo intuición— de la crisis del sujeto liberal.

En el pensamiento teórico-social, en la intelección filosófica, la denuncia al sujeto liberal se venía expresando desde mediados del siglo xix. Marx fue el iniciador de la crítica al carácter enajenante de la subjetividad producido por el capitalismo. Casi cincuenta años después, Sigmund Freud descubriría el inconsciente y demostraría la esencia represiva de la civilización burguesa.

Si el año 1917 marcó el comienzo de una nueva época, fue porque la revolución bolchevique parecía anunciar el inicio de nuevas búsquedas para superar la bancarrota espiritual a la que había conducido la alienada subjetividad generada por el capitalismo liberal. El siglo xx —que se abría diecisiete años después de su inicio cronológico— prometía ser la era en la que nuevas constelaciones de relaciones sociales permitirían salvar la crisis del *fin de siècle*.

La historia de este «siglo» (1917-1989) es la de los afanes por encontrar una salida a la crisis del sujeto liberal y a la de su sustrato material: el capitalismo liberal. Crisis que marcó su punto de no retorno con la dramática eclosión de 1914. Estos años han registrado los distintos intentos realizados —desde la izquierda, pero también desde la derecha— por hallar una solución a las aporías del liberalismo: el ensayo del «socialismo real», el fascismo, la construcción del capitalismo de Estado (y su manifestación para el consumo de masas: el «Estado de bienestar»), demuestran que el impulso hacia el «cambio de la subjetividad» constituía una urgencia sentida en los más diversos estratos sociales. Los procesos que se desencadenaron a partir del Octubre Rojo continuaron la «rebelión del sujeto» que había comenzado en el siglo xix. La historia de este

siglo xx es la del fracaso de su cometido como época: encontrar los caminos para permitir a la subjetividad humana desembarazarse de las estructuras que la aherrojaban. La crisis de este fin de siglo tiene las mismas raíces que la del anterior.

Pero no estamos en el mismo punto que hace cien años. Tenemos algo con lo que entonces no contábamos: la experiencia. Si logramos asumirla críticamente, podremos interrogarla para encontrar las claves que nos permitan volver a empezar sin repetir los errores. Si Marx y Freud fueron los pensadores que lograron fundar las dos únicas teorías verdaderamente críticas sobre el sujeto, sobre la sociedad y la cultura, un buen punto de partida sería el analizar cómo se expresó, en el impulso crítico que ambos echaron a andar, la contraposición al modelo del «sujeto liberal», y preguntarnos también cómo se relacionaron entre sí estos dos «impulsos críticos» en la realización de esta tarea. Propongo entonces pasar a reflexionar sobre el tema de la relación entre psicoanálisis y bolchevismo.

Replanteando la cuestión: psicoanálisis y bolchevismo

El adecuado planteamiento del problema contiene ya en sí la mitad de su solución.

Carlos Marx

Lo usual ha sido plantearse la cuestión en términos de relación entre el marxismo y el freudismo. Thomas McCarthy afirma, con toda razón, que ya se ha vuelto un lugar común la tesis de la reconciliabilidad de las ideas de ambos pensadores.² Incluso se llegó a acuñar el término «freudomarxismo» para designar los muy variados intentos de vincular sus doctrinas. Pero los resultados arrojados por sus distintas variantes (desde las iniciales de Wilhelm Reich en los años 20 hasta las de Herbert Marcuse en los 60) no solo han sido contradictorios y dispares; no solo han encontrado el rechazo expreso del marxismo y el freudismo «institucionalizados», sino que tampoco han logrado establecer un fundamento conceptual lo suficientemente sólido como para vencer este rechazo y permitir cimentar firmemente la idea de la congruencia entre ambas doctrinas. La relación entre marxismo y freudismo sigue siendo, cuando no de franca repulsión, al menos de extrañeza.

Situación más que anómala, si partimos (y este *si* condicional es importante) de entender a ambas como las únicas teorías críticas existentes sobre la subjetividad y, por ende, como instrumentos indispensables para reflexionar sobre la crisis actual. Una clave importante para salvar esta situación de desencuentro nos la brinda

el psicoanalista suizo Mario Erdheim: la razón de la incomunicación estriba en que se ha prestado más atención a las teorías como tales, que a las enseñanzas que se derivan de sus respectivas prácticas.³

Esto implica replantearse la cuestión. No continuar pensando al marxismo y al freudismo como dos teorías *más*, como dos simples sistemas conceptuales, como tantos otros que existen en las ciencias sociales; sino reflexionar sobre el nexo entre dos doctrinas que encaminan su intención a la crítica de las patologías sociales, y que ambas tienen, por lo tanto, una intención *terapéutica*;⁴ centrar la atención en ambos (marxismo y freudismo) como dos modos de ejercer la crítica de la subjetividad alienada. Pensar entonces en términos de la relación entre psicoanálisis y bolchevismo, en tanto ambos constituyen los dos modos de praxis crítica en que estas doctrinas se materializaron; dos métodos específicos, históricamente registrables, de interacción práctica para intentar salvar la crisis del sujeto.

Los orígenes de una relación

La historia de las relaciones del psicoanálisis y el marxismo es la historia de un malentendido organizado por ambas partes.

Helmut Dahmer

Tradicionalmente, referirse a la relación entre psicoanálisis y bolchevismo se ha restringido al simple recuento histórico. Se ponen ejemplos que constatan la existencia de un movimiento psicoanalítico de relativa fuerza en la Rusia soviética de los años 20, para después pasar a narrar cómo ese movimiento fue reprimido por el termidor stalinista. El análisis se limita a afirmar que la joven revolución tuvo una posición que se califica de tolerante y permisiva hacia el psicoanálisis, y que transitó posteriormente a su «resistencia» o «rechazo», debido a la «incapacidad del stalinismo» para operar una «recepción crítico-dialéctica» de aquel.⁵

Esta posición, por asumir como «naturales» procesos que en nada lo fueron, no permite dar explicación a dos cuestiones fundamentales. La primera es por qué, si hasta ese momento lo que primaba entre el movimiento freudiano y el marxista era el desconocimiento y la incomunicación, fue precisamente con el Octubre Rojo que comienza la historia de las relaciones entre ambos, signadas inicialmente no por el rechazo, sino por el intento de acercamiento y mutuo enriquecimiento; y por qué coincidió con los primeros años del gobierno bolchevique que el psicoanálisis ruso adquiriera una fuerza que nunca antes había tenido. La segunda cuestión es por qué esa situación inicial (de mucho más que simple «tolerancia y permisividad») dio

paso a la denuncia del psicoanálisis como «ideología burguesa»; sobre todo, por cuanto un hecho significativo llama la atención: en la misma época en que se ahogaba al movimiento psicoanalítico, se eliminaba —incluso físicamente, en la persona de sus principales figuras— al bolchevismo como concepción política.

Estas dos cuestiones permiten afirmar que la relación entre el psicoanálisis y el bolchevismo no fue de simple coexistencia temporal y espacial, sino que se trató de algo más profundo y orgánico. ¿Sería absurdo pensar en una relación de complementación, de coherencia, entre ambos?

Como apunta Dahmer, antes del estallido de la Primera Guerra Mundial ni el materialismo biológico freudiano ni el materialismo histórico marxista se habían convertido en un problema el uno para el otro.⁶ El marxismo de la Segunda Internacional se situaba en la «tradición anti-psicológica», en la que figuraban tanto los grandes sistemas idealistas como la sociología clásica, desde Comte y Durkheim hasta Simmel y Weber. Prisionero de una concepción economicista y mecanicista de la historia, establecía una relación directa entre la situación social, los intereses colectivos y la conciencia y la actividad política, con lo que la determinación subjetiva del individuo potencialmente revolucionario quedaba fuera de su reflexión. Pero incluso en figuras principales del marxismo revolucionario, alejadas de toda interpretación objetivista del proceso social —tales como Lenin, Rosa Luxemburgo, Karl Korsch o Bujarin—, pueden buscarse en vano huellas de un conocimiento de la teoría de Freud. La única excepción la constituye Trotski, quien en un período posterior, en carta a Pavlov del 23 de septiembre de 1923, relató su «descubrimiento» del psicoanálisis en los años de pre-guerra.⁷ Por su parte, la Asociación Psicoanalítica de Viena efectuó el 10 de marzo de 1909 una reunión para discutir por primera vez el tema «Marxismo», en la que participaron figuras como Freud, Adler, Stekel y otros. La lectura de las actas revelan el desconocimiento del tema y la conciencia todavía muy limitada de los posibles puntos de intersección entre las dos doctrinas.⁸

Los sucesos de octubre de 1917 y las tormentas políticas que conmocionaron posteriormente a Europa cambiaron esta situación. El estallido de la revolución comunista en un país tan atrasado como la Rusia zarista y la energía creadora de la voluntad revolucionaria subrayaron la importancia del «factor subjetivo», que se convirtió en un importante problema de la reflexión social en el período entre guerras. La energía procedente de la revolución bolchevique planteó la cuestión de los nexos entre marxismo y psicoanálisis. Dos hechos casi simultáneos lo corroboraron. En abril de 1919, el

gobierno húngaro de los consejos —de carácter comunista y clara inspiración bolchevique— fundó, en el marco de su reorganización de la Universidad de Budapest, por primera vez en Europa y en el mundo, la cátedra de psicoanálisis, y nombró al frente de ella a Sandor Ferenczi, uno de los más importantes seguidores de Freud. El experimento tuvo una duración tan breve como la de la revolución húngara: la contrarrevolución burguesa triunfante eliminó de la enseñanza universitaria la teoría freudiana.

Por esos mismos días apareció publicado en Viena (primero por entregas, en un periódico, y más tarde en forma de folleto) el ensayo de Paul Federn «Psychologie der Revolution: Die Vaterlose Gesellschaft», dedicado a la aplicación del psicoanálisis al estudio de la psicología de la revolución y a la exaltación de la importancia del ensayo bolchevique.⁹ Ambos momentos demuestran que, para los contemporáneos del asalto al Palacio de Invierno, la confluencia del psicoanálisis y la revolución comunista era algo indiscutible.

En los primeros años de la revolución rusa, el psicoanálisis encontró apoyo expreso en los círculos oficiales soviéticos, en tanto teoría materialista sexual-revolucionaria. Fueron muchos los políticos, educadores, psicólogos y filósofos que comprendieron el carácter de crítica subversiva a los fundamentos morales de la sociedad burguesa que representaban las ideas de Freud, y la dimensión revolucionaria de su descubrimiento de que los deseos pulsionales del individuo son incompatibles con las normas de una cultura basada en la represión y la dominación. En ello reside la explicación —y no en una simple política de «tolerancia»— del desarrollo del movimiento psicoanalítico ruso, la continuación de las actividades de la Liga Psicoanalítica Rusa, la publicación en ruso de las obras de Freud, la realización de los primeros intentos prácticos de educación infantil de orientación psicoanalítica, realizados por Vera Schmidt por un lado y por Spielrein por otro,¹⁰ así como las investigaciones que realizó Wilhelm Reich en la segunda mitad de los años 20 en la URSS.

La recepción del psicoanálisis en los primeros años de la revolución soviética estuvo condicionada por dos factores: el primero es que, en la lucha contra el misticismo y el idealismo predominantes en la filosofía rusa pre-revolucionaria, el programa de construcción de la nueva filosofía soviética se basaba —por indicación expresa de Lenin¹¹— en la defensa de la dialéctica y en el establecimiento de una fuerte alianza entre el materialismo y la ciencia natural; el segundo, la necesidad de luchar contra el predominio del idealismo en la psicología tradicional rusa. Sigfried Kätzel hace un detallado estudio de este proceso.¹² Las principales figuras de la psicología rusa pre-revolucionaria (Lapsin,

Chelpanov, Lopatin, Loski) propagaban concepciones místico-religiosas sobre el «alma humana». Como reacción ante el predominio del idealismo en esta ciencia, en la joven república surgen un conjunto de escuelas —la reactología, el behaviorismo, la reflexología de Pavlov, el monismo neurobiológico— que buscaban la fundamentación del estudio objetivo de los procesos psicológicos mediante métodos fisiológicos perfeccionados.¹³ En este contexto debe entenderse la percepción del psicoanálisis que predominó entonces en la Rusia soviética. El rechazo y la hostilidad de que era objeto por parte de muchas instituciones burguesas debido al abierto tratamiento del tema sexual, y la interpretación materialista-biologicista del propio Freud sobre su teoría, fomentó en la Rusia soviética la impresión de que poseía un carácter antiburgués, y de que podía ser de importancia en la necesaria tarea de desarrollar una psicología marxista. Sus partidarios soviéticos (Vigotski, Luria, Fridman, Zalkind, entre otros) utilizaron como argumento principal la idea de que era congruente con el punto de partida fisiológico en la psicología, en especial con la reflexología pavloviana. Nótese que tanto la carta de Trotski a Pavlov, como su artículo de 1926 antes mencionados, fundamentaban la defensa del psicoanálisis en la tesis de su supuesta compatibilidad con la teoría de los reflejos. Esta era la misma idea defendida por Vigotski y Luria en sendos trabajos aparecidos en 1923.¹⁴ El psicoanálisis soviético nació marcado por esta autointerpretación mecanicista y fisiologizante.¹⁵

A partir de 1924, después de la muerte de Lenin, se inició el retroceso en la vida política y espiritual soviética. El marxismo fue despojado de su carácter de concepción crítica sobre la enajenación del hombre y proceso de su desenajenación positiva, y convertido en «ciencia» legitimadora de una interpretación economicista y objetivizante del proceso histórico. Aunque teñido de una autopercepción fisiologizante, el potencial crítico del psicoanálisis no podía ser aceptado en el nuevo encuadramiento totalitario de la sociedad que comenzaba a construirse. El ataque al psicoanálisis se enmarcó en el contexto de la lucha entre los «mecanicistas» y los «formalistas», las dos principales tendencias de la filosofía soviética, debate que tuvo lugar en la segunda mitad de la década de los años 20 y que signó el desarrollo posterior del pensamiento filosófico en la URSS.¹⁶ Los «mecanicistas», liderados por Skvortsov-Stepanov y Timiriázev, intentaban reducir las complejas formas de movimiento de la materia al movimiento mecánico. En su opinión, la dialéctica materialista debía ser traducida al lenguaje de las leyes mecánicas.¹⁷ A ellos se enfrentó Anatoli Deborin, considerado entonces la máxima figura de la filosofía soviética, director de la revista *Bajo la bandera del marxismo*.

Tanto el concepto de bolchevismo como el de psicoanálisis perdieron su significado inicial. La interpretación actual de ambos términos carga con una historia de falsificaciones y deformaciones que dificultan extraordinariamente toda reflexión sobre la relación existente entre ellos.

El grupo de los «deborinistas» se llamaba a sí mismo «los dialécticos», pero eran denominados por sus oponentes los «formalistas», por considerar que su interpretación de la dialéctica materialista era abstracta y no rebasaba los marcos de la hegeliana. La polémica entre estos dos grupos asumió un carácter extremadamente escolástico, y solo nos interesa por su incidencia en la historia del psicoanálisis en la URSS. El éxito inicial correspondió a Deborin: el «mecanicismo» fue descalificado oficialmente como «forma específica de resurgimiento del positivismo en la filosofía soviética».¹⁸ El psicoanálisis fue criticado como forma de expresión del «mecanicismo». El primer ataque de Deborin a esta teoría apareció en la revista *El materialista militante* en 1925. En ese mismo año aparecieron otros ataques en la revista *Bajo la bandera del marxismo*, escritos por W. Jurinetz y A. Thalheimer.¹⁹ En el momento de su triunfo sobre los «mecanicistas», Deborin los caracterizaba como «un bloque singular, compuesto por freudianos, antiguos y recientes machistas, y por partidarios abiertos y encubiertos del empirismo y el materialismo mecanicista».²⁰ La condena oficial a los «mecanicistas» implicó la descalificación ideológica del psicoanálisis. Los mecanicistas fueron vinculados a lo que se denominó «desviación de derecha» de Bujarin. Posteriormente le llegaría el turno a Deborin y los «formalistas», tildados de trotskistas y anatematizados en 1930. Kätzel afirma que para principios de la década del 30 había desaparecido casi del todo el influjo del psicoanálisis en la URSS, y que incluso muchos de sus antiguos partidarios se habían separado de él, y destaca el ejemplo de A. B. Zalkind, uno de sus principales cultores, que en el Primer Congreso para el Estudio del Comportamiento del Hombre, en 1930, no solo atacó al psicoanálisis, sino que incluso saludó la desaparición de sus raíces en la vida soviética.²¹

En aquel lustro decisivo en la historia intelectual de la URSS, el psicoanálisis pasó de ser considerado un apoyo a la creación de una psicología materialista, a valorarse como expresión del idealismo burgués. Una transformación radical semejante ocurrió con la comprensión del marxismo. Su carácter esencial de crítica a la dialéctica de la cosificación y la apropiación enajenada de la realidad fue eliminado totalmente, para dar paso a un conjunto de supuestas leyes y categorías

«universales» que intentaban presentar con carácter de «ciencia rigurosa» lo que no era más que un instrumento ideológico de legitimación de una política. El *telos* de ese marxismo «soviético» no era la crítica, sino la fe.²² En opinión de Stalin, «una teoría, cuando es verdadera, proporciona a los que realizan la práctica la fuerza de la orientación, la claridad de la perspectiva, la seguridad en el trabajo y la fe en la victoria de nuestra causa».²³ La década del 30 presenciaba la consolidación del sistema del socialismo represivo conocido como stalinismo, pero también el afianzamiento de dos de sus resultados: la interpretación deformada sobre el marxismo y sobre el psicoanálisis; y, con ello, la identificación de los conceptos de *bolchevismo* y *sovietismo* con el sistema político y las prácticas del stalinismo durante aquellas décadas infamantes.

Tanto el concepto de bolchevismo como el de psicoanálisis perdieron su significado inicial. La interpretación actual de ambos términos carga con una historia de falsificaciones y deformaciones que dificultan extraordinariamente toda reflexión sobre la relación existente entre ellos. Por eso, un momento fundamental en el estudio de este nexo tiene que pasar por asumir críticamente las interpretaciones que se fijaron en la conciencia social, rechazar la imagen falsa y estereotipada que sobre ellas se ha establecido; y someter también a crítica, si preciso fuera, las formas erróneas de autoconciencia de ambas.

Exorcizando las palabras

La palabra *psicoanálisis* ha llegado hasta nosotros en su versión hollywoodense. Una serie de filmes, desde *Las tres caras de Eva* hasta *Análisis final*, han difundido la versión medicalizada del psicoanálisis. Rechazado fuertemente en sus inicios por los centros de producción espiritual de la burguesía (la academia, la iglesia), que vieron con espanto la disección de las normas morales convencionales y del carácter opresivo de su cultura que la nueva teoría implicaba, el psicoanálisis encontró posteriormente acomodo dentro de la cultura de la dominación, al ser transformado en una ciencia auxiliar de la medicina, una rama del saber encaminada a proporcionar alivio a enfermos mentales. Ganó

respetabilidad y aceptación profesionalizándose y *medicalizándose*. El psicoanalista es visto —y en muchos casos se ve él mismo— como un profesional que cura un padecimiento. En la percepción social del psicoanalista, este es un especialista que gana mucho dinero, que acuesta a su cliente —que es entendido y se entiende a sí mismo como un paciente, un enfermo— en un diván y lo deja soliloquear hasta que descubre, en el pasado de este, aquel trauma —siempre de carácter sexual— escondido en el inconsciente y que ha provocado la neurosis. Una vez en posesión del conocimiento de esa vivencia que provoca la alteración de las funciones psíquicas del paciente, la tarea del psicoanalista es la de llevar al paciente el recuerdo, y así curarlo.

En esta interpretación, el psicoanalista —al igual que cualquier otro especialista de la medicina— es el verdadero sujeto de la curación. Realiza la actividad, dirige y controla todo el proceso. El paciente —la propia palabra lo indica— es un enfermo que tiene que ser conducido y asume, por tanto, el papel de objeto de la actividad terapéutica.

Si vamos a ser justos, esta imagen no la inventó Hollywood. Tan solo la popularizó y la mejoró. La visión medicalizada del tratamiento de las afecciones psíquicas, y la mesiánica del terapeuta como ente omnisciente y omnipotente, en cuyas manos ha de entregarse el enfermo, es compartida por muchos psicoanalistas desde hace tiempo. Recordemos que Charcot, famoso psiquiatra francés del siglo XIX, del que el mismo Freud fuera alumno y admirador, y que iniciara el tratamiento médico de la histeria, era conocido en su época como «el Napoleón de la histeria».

Pasemos ahora al bolchevismo. Aquí también encontramos un estereotipo fijado en el imaginario colectivo. La primera visión que acude a nuestras mentes es la de «el hombre con el cuchillo en la boca». Extremistas y violentos, los bolcheviques serían apenas los precursores del stalinismo y del *gulag*. Esta es la visión que desde hace decenios difunden sus enemigos. Visión que, sorprendentemente, se acerca en mucho a la que se difundió concienzuda y sistemáticamente desde la propia Unión Soviética. La propia historiografía soviética presentó a los bolcheviques como un grupo de hombres duros, desprovistos de flaquezas humanas, omniscientes, encabezados por el más omnisciente de todos, Lenin. Un Lenin representado gráficamente siempre con el ceño fruncido, la mirada iracunda, y una mano siempre cerrada en forma de puño. Escasean en la hagiografía soviética las imágenes de un Lenin sonriente. Nunca se le representó como alguien que podía tener momentos de duda y flaqueza, y mucho menos como alguien que se equivocó en algo. A Lenin y sus bolcheviques, su «cohorte de hierro» —término

que significativamente se utilizó— se les enfocó como un núcleo que creó los soviets en la Rusia zarista, produjo la revolución y la dirigió por caminos ya previstos de antemano, como si hubieran sido los únicos sujetos reales de aquel proceso histórico.

En el fondo de ambas visiones históricas, de signo político opuesto, subyace un elemento común: una interpretación extremadamente voluntarista de la historia. Exorcicemos estos conceptos. No aceptemos como válidas las interpretaciones al uso de ambos, y realicemos una labor de disección histórica de lo que inicialmente representaron el psicoanálisis y el bolchevismo, para poder entender por qué a las significaciones iniciales les fueron superpuestas otras, escamoteadoras de la verdad.

Significación gnoseológica del psicoanálisis

Para poder entender la significación gnoseológica del psicoanálisis es preciso relacionar el descubrimiento de la existencia del inconsciente con las características del período histórico en que tuvo lugar. El fenómeno que motivó el surgimiento del psicoanálisis lo constituyó la crisis del individuo burgués; encontró su representación en toda la cultura de la época, y se fijó como «ideal cultural» incluso en la conciencia de sí de los sectores no burgueses.²⁴ Mario Erdheim ha hecho un detallado estudio de la interrelación entre los resultados alcanzados por Sigmund Freud en su trabajo científico y las demandas espirituales del momento. Como rechazo al encuadramiento alienante del individuo en el orden de la racionalidad capitalista, tanto el arte como la filosofía expresaban la percepción de la importancia de la existencia de lo subjetivo, lo irracional, lo onírico. Tanto en la música de Wagner, como en la filosofía nietzscheana o en las corrientes literarias de fines del siglo XIX y principios del XX tomaba cuerpo esta «sublevación del sujeto», esta resistencia a la cosificación y estandarización de lo individual. Tal revuelta del sujeto se expresó también en el campo de la medicina.²⁵ Apareció la exigencia, más o menos consciente, de que el enfermo fuera tratado clínicamente como «sujeto», es decir, como una persona racional, capaz de entender las causas de su mal y el tratamiento del mismo, y no como un simple «objeto». Esta exigencia se extendió también al campo de las «enfermedades mentales». Pero la psiquiatría (en tanto rama de la medicina encargada de su tratamiento), prisionera de la concepción científico-natural de la enfermedad, no pudo afrontar adecuadamente el reto. Tal situación paradójica se advirtió en el modo en que encaró el fenómeno de la histeria. Si tradicionalmente se había entendido la histeria como simulación, y al

histérico como un mentiroso, ya por esos años se extendía su comprensión como una enfermedad, y se procedía a buscar sus causas. La inserción de la nueva visión del fenómeno dentro de los viejos esquemas de tratamiento de la enfermedad se puede apreciar fácilmente en el ejemplo de Charcot, quien iniciara el estudio científico de la histeria y la utilización de la hipnosis (hasta entonces considerada por los médicos como simple charlatanería de feria) en su investigación y tratamiento. Médicos de toda Europa asistían a sus clases. El propio Freud quedó vivamente impresionado por sus resultados y su personalidad.²⁶ Como ya apunté, a Charcot se le llamaba «el Napoleón de la histeria». Y esta denominación indica, a las claras, el mantenimiento de la visión tradicional. Charcot dominaba la histeria como Napoleón el campo de batalla. Era el amo y señor de la curación de los infelices que la padecían, así como Napoleón manejaba las masas de soldados, simples instrumentos en sus manos. El uso de la hipnosis era claro ejemplo de ello. Delante de un numeroso auditorio de estudiantes y especialistas de distintos países, Charcot hipnotizaba a una mujer, aquejada de parálisis histérica, y la hacía caminar. Así demostraba la inexistencia de causas fisiológicas de la parálisis y, de paso, su dominio del paciente.

Freud regresó a su natal Viena más decidido que antes a emprender el tratamiento de la histeria (algo poco deseado por muchos médicos entonces) y a utilizar lo aprendido con Charcot. Pero sus primeras experiencias con pacientes aquejadas de este mal (las después famosas «histéricas vienesas») le demostraron los límites de este enfoque de la psiquiatría académica. Era evidente que la causa de los desórdenes histéricos se encontraba en algún recuerdo penoso para el paciente, en alguna experiencia de vida desagradable que era «olvidada». El esfuerzo para mantener en el «olvido» esa vivencia provocaba distintos desarreglos psíquicos e incluso fisiológicos. A través de la hipnosis, Freud lograba acercar a su paciente al recuerdo «prohibido», pero no podía ni captar la interpretación negativa asignada por ella a ese recuerdo, ni lograr que después, en el estado de vigilia, la enferma lograra revivirlo. Freud descubrió con asombro la resistencia ofrecida por la persona, objeto del tratamiento, a recordar y aclarar el significado negativo de lo «olvidado». Comprendió que la hipnosis colocaba al paciente en una relación de subordinación respecto al médico, y por lo mismo impedía que llegara a tomar conciencia de aquel hecho traumático que provocaba su padecimiento. No había posibilidad de cura para el histérico si no se lo ilustraba sobre la causa de su mal. Pero esa ilustración era imposible con el esquema tradicional del tratamiento médico, en tanto solo se podía lograr una «ilustración» impuesta desde fuera del paciente (el terapeuta era el

que debía informar al enfermo) y no la «autoilustración», única forma de lograr la recuperación. Entendió que para que su práctica terapéutica (y por tanto ilustradora) alcanzara su cometido, tenía que subvertir totalmente el esquema clásico de relaciones interpersonales establecido en el campo del conocimiento científico y afianzado por la Ilustración. Fue la comprensión —nada común para su época— de las exigencias de su práctica profesional la que lo condujo a lograr lo que para los demás estuvo vedado: el descubrimiento y acceso al inconsciente, campo de la subjetividad humana hasta entonces totalmente desconocido.

Al insistir en la necesidad de reflexionar en torno a la significación epistemológica del método terapéutico fundado por Freud, Erdheim apunta a una idea fundamental, de la que muchos —incluido el propio Freud— no han sido conscientes: el método psicoanalítico implica una toma de posición revolucionaria con respecto a los esquemas establecidos de la Ilustración, una subversión de los mismos, a la vez que la conservación de sus intereses crítico-liberadores. Freud pudo hacer historia en el campo de la teoría sobre el hombre y la sociedad precisamente porque fue capaz de entender —sin interiorizarlo adecuadamente, por cierto— los límites de la Ilustración clásica.

Primer excursio filosófico: la Ilustración

Llegados a este punto, es preciso hacer un paréntesis y explicar lo que significó la Ilustración como proceso del pensamiento. Enmarcada temporalmente en el siglo XVIII («el Siglo de las Luces») constituyó la expresión histórica de la ideología burguesa de la emancipación. Surgió como contraposición a la concepción religioso-oscurantista del mundo, que lo consideraba resultado de la voluntad inexplicable de una esencia sobrenatural. La Ilustración abrió paso a la interpretación de la realidad como algo racional, y por lo tanto explicable. Su objetivo era liberar a los hombres del engaño y la superstición mediante la luz del saber, y convertirlos así, de esclavos, en señores y dueños de su vida. Su intención era, por tanto, *terapéutica*: llevar todo fenómeno social ante el tribunal de la razón, para decidir sobre su eliminación o transformación. Su programa era el de «desencantar» al mundo para someterlo al dominio racional del hombre. Eliminar —para decirlo con un lenguaje actual— las «patologías» de la sociedad.

En contraposición a la concepción teológica de la iluminación del hombre mediante la revelación divina, la Ilustración hacía hincapié en la capacidad racional del individuo para lograr el conocimiento de la realidad y su autoconocimiento. La respuesta que en su

momento proporcionó Kant a la pregunta ¿qué es la Ilustración?, destaca admirablemente el énfasis en la capacidad de independencia racional del sujeto:

Ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su propia inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro. *¡Sapere aude!*; ¡ten el valor de servirte de tu propio entendimiento! Este es, pues, el lema de la Ilustración.²⁷

Por ende, la idea de razón incluía la voluntad de ser racional, de alcanzar la madurez, la capacidad de autonomía y responsabilidad en la dirección de su propia vida.

La intención teórica de la Ilustración es la de concebir al hombre como sujeto de su vida. Sujeto en tanto convierte en objetos de su actividad los fenómenos que lo rodean; ya no se subordina a ellos (sean fuerzas naturales o instituciones sociales), sino que los *objetualiza* para dominarlos y utilizarlos en la conformación de una vida feliz. Y es aquí donde aparecen sus contradicciones insalvables. El objetivo de la Ilustración es educar a los hombres. Pero ¿quién introduce la luz en la mente de los hombres? Otros hombres: los ya ilustrados. Ellos convierten a los demás individuos en *objetos* de su actividad educativa, y son los que los conducen hacia la razón y la felicidad. Es decir, en la actividad de ilustración, se *objetualiza* al otro.

Las relaciones intersubjetivas (sujeto-sujeto) solo pueden ser comprendidas en los marcos de la Ilustración clásica como relaciones *objetuales* (sujeto-objeto). Con ello, la Ilustración se traiciona a sí misma. Divide a los hombres en dos grupos: los educadores y los educandos. La aspiración a la autodeterminación cabe tan solo para los sujetos ilustradores, no para los individuos-objetos que deben ser ilustrados. Su función emancipadora cae prisionera de su tendencia objetualizante y *cosificadora*. El sujeto transformador se constituye a sí mismo al construir su mundo, y construye su modo de apropiación del mundo cosificando a los demás hombres. Desde el paradigma de la relación sujeto-objeto (eje del pensamiento ilustrador) es imposible superar esa instrumentalización de la razón. Al final de cuentas, la Ilustración se autodestruye porque se configura bajo el signo de la dominación. La burguesía desarrolla su proceso de liberación conservando la dominación, la asimetría de las relaciones sociales intersubjetivas, y desarrollando hasta el paroxismo el proceso de objetualización o cosificación. El conocimiento, como proceso de reflexión racional, es entendido según estas necesidades. Conocer supondrá entonces la existencia de un sujeto cosificador. Conocer será objetualizar. Toda relación

racional (por ejemplo, la del maestro con el alumno, el terapeuta con el enfermo, el salvador con el salvado) será vista como la de un «sujeto» con un «objeto».

La aspiración a la autoproducción, la madurez y la determinación es algo encomiable y digno de ser conservado. Pero la salida a las aporías de la Ilustración clásica solo es posible reinsertándolas en el contexto de relaciones verdaderamente intersubjetivas. Sin proponérselo, y sin comprenderlo fehacientemente, Freud operaría esta subversión del esquema de la Ilustración.

La revolución psicoanalítica

Freud operó una revolución gnoseológica y ética en el planteamiento de las relaciones intersubjetivas de ilustración. La práctica psicoanalítica deja de ser una relación entre el médico y el enfermo para convertirse en una relación entre el *analista* y el *analizando*. Destacar la **n** en este vocablo —introducido por Freud en el vocabulario terapéutico— no es ocioso. Lo que quiero resaltar es que ahora el neurótico ocupa una posición activa en su tratamiento. Se establece una verdadera interacción entre el uno y el otro. «El aporte decisivo de Freud consistió en que transformó la relación médico-paciente en el contexto del psicoanálisis, y con ello pudo desarrollar una nueva teoría sobre la enfermedad».²⁸ El neurótico ya no es visto más como un enfermo. Se trata de un individuo que ha tenido que desarrollar complejos mecanismos psíquicos de defensa ante la hostilidad de un contexto cultural esencialmente represivo. Es precisamente él quien tiene que someter a reflexión crítica su historia de vida, sacar a flote en su consciente aquellas vivencias que lo torturan, y reflexionar críticamente no solo sobre ellas, sino también sobre los códigos conductuales y valorativos socialmente establecidos, para poder determinar si la valencia negativa que ellos han otorgado a la manifestación de sus pulsiones es racional o no. Las disfunciones psíquicas constituyen una enfermedad social en el más estricto sentido de la palabra. Quien la padece no es un mero enfermo, sino una víctima del carácter enajenante de la cultura. La propia concepción ética sobre el neurótico cambia: la culpa de su padecimiento no recae ya sobre él, sino sobre la sociedad y su cultura, que es la verdaderamente enferma y represiva. Este ser sufriente tiene que constituirse en el sujeto activo de su autoilustración, de la toma de conciencia de la causa de su mal. El profesional del psicoanálisis pasa a ser un terapeuta de nuevo tipo. Abandona el papel tradicional de «médico» para convertirse en «analista». No «cura» al neurótico. Lo que hace es ayudar a que el analizando adquiera conciencia de su situación, a que alcance por

sus propios medios la madurez. Su objetivo es potenciar la capacidad del analizando para que comprenda su situación.

En el proceso psicoanalítico se disuelven las categorías corrientes de la psiquiatría, que regulaban el tradicional distanciamiento entre el médico y el paciente. Freud rompió con la tendencia existente desde el surgimiento mismo de la sociedad clasista de colocar todo vínculo interpersonal en el molde de las relaciones de poder. Las relaciones príncipe-súbdito, maestro-alumno, padre-hijo, líder-masa, hombre-mujer, médico-enfermo, reproducían la asimetría de la relación entre el detentor del poder y de la sabiduría —colocado, por tanto, «arriba»—, y aquel que carecía de aquellos atributos y, por estar «abajo», tenía que ser conducido. Esta fijación social de roles constituía el obstáculo principal para captar la dimensión social del inconsciente.²⁹ La disolución de los mismos era una condición imprescindible.³⁰

Freud se apartó de los modelos existentes, fijados durante milenios para la reflexión sobre la subjetividad del individuo. Esto le permitió alcanzar el éxito allí donde otros fracasaron. En aquellos años de crisis del individuo burgués, fueron muchos los que intentaron un acercamiento diferente al tema de la subjetividad dañada.³¹ Tal vez Nietzsche y Charcot sean los mejores exponentes de los dos puntos extremos, entre los que se abrió entonces un abanico de posiciones interpretativas. Ambos presintieron la existencia de una zona oculta y profunda en el alma humana. Pero ni la exégesis de lo irracional y de la «voluntad de poder» en Nietzsche, ni la concepción fisiologizante de la histeria en la «nueva psiquiatría» de Charcot, lograron encontrar la vía hacia el inconsciente, precisamente por no rebasar el modelo de las relaciones de dominación sujeto-objeto.

La redefinición de la relación entre el terapeuta y el analizando implicó a su vez la conformación de una nueva concepción del saber.³² Solo aquel conocimiento portado por la relación entre ambos —y no solo por el terapeuta—, permite construir la concientización sobre la patología. Si el terapeuta obtiene un saber sobre el sujeto, sin que este se lo haya comunicado, o cuando el analizando, aunque lo haya comunicado, no ha integrado y racionalizado ese saber en toda su dimensión, entonces todo el proceso psicoanalítico se detiene. Un desequilibrio entre el saber del analista y el del analizando proporciona una clara señal de que a la empresa de la ilustración —de acceso del sujeto tratado a la madurez— le espera un mal final. Como destaca Erdheim, la colocación del individuo objeto de tratamiento en la posición de sujeto, simétrica con la del terapeuta —clave de la praxis psicoanalítica—, reactiva la subjetividad del investigador. Su comprensión

de la subjetividad del otro depende de cómo el terapeuta maneje y comprenda su propia subjetividad. El proceso psicoanalítico implica una doble autorreflexión constante: la del especialista y la del analizando. La autorreflexión metódica es elevada por el psicoanálisis, por primera vez en la historia del conocimiento, a principio básico de conformación de las relaciones intersubjetivas. Las implicaciones de esta idea seminal para la estructuración (o por mejor decir, reestructuración) de todas las constelaciones de relaciones intersubjetivas, tanto en la esfera espiritual como práctica de la vida social, son tan profundas que ni Freud ni la mayoría de sus contemporáneos las captaron en toda su magnitud. Y tanto el propio psicoanálisis en su desarrollo «institucionalizado» como el grueso del pensamiento social actual—incluso buena parte del que se coloca conscientemente en función de la subversión de las relaciones sociales de dominación y explotación— no se las han apropiado.³³

El bolchevismo

Si hemos remontado las formas falsas de comprensión (e incluso de autocomprensión) del psicoanálisis para poder entender el profundo significado gnoseológico, ético y crítico de su praxis, y la dimensión renovadora de su propuesta para solucionar la crisis de la subjetividad a fines del siglo XIX, será preciso realizar un procedimiento semejante con el bolchevismo. Tendremos que guardarnos de los fetichismos teóricos y desembarazar a todo un conjunto de importantes conceptos (como los de *soviet*, *leninismo*, etc.) de la maraña de falsificaciones tejidas en torno a ellos.

El término «bolchevismo», como expresión del vocabulario político, nació en 1903 para designar a un grupo surgido de la escisión del Partido Obrero Social-Demócrata Ruso en su Segundo Congreso, en agosto de ese año. Pero su contenido, entonces, era mucho más pobre que el que llegó a tener años más tarde, cuando las duras luchas y experiencias enfrentadas por aquellos hombres les aseguraron un lugar en la historia. Por eso es inútil intentar entenderlo como algo que nació ya maduro. Las ideas de Lenin y de otros importantes líderes del bolchevismo cambian, evolucionan, se critican a sí mismas, a lo largo de los complejos procesos ocurridos entre 1903 y 1917 y, sobre todo, en el período posterior al asalto del Palacio de Invierno.

Algunos han querido ver el bolchevismo solo como un fenómeno ruso, cuyas características se explicarían por su origen en una Rusia zarista autocrática y campesina, feudal y atrasada. Visto así, su estudio sería

Freud se apartó de los modelos existentes, fijados durante milenios para la reflexión sobre la subjetividad del individuo. Esto le permitió alcanzar el éxito allí donde otros fracasaron. En aquellos años de crisis del individuo burgués, fueron muchos los que intentaron un acercamiento diferente al tema de la subjetividad dañada.

solo una curiosidad histórica. Otros, tratando de resaltar su significación, lo han elevado a conjunto de recetas infalibles, para ser aplicadas en todo momento. Pero es algo diferente a todo ello. El bolchevismo es un modo de entender la política. Un modo *revolucionario* de entender la política. Un modo de interpretar, proyectar y realizar la transformación de la realidad social, de entender la relación teoría-práctica, y el papel del factor subjetivo.

No caigamos en exégesis innecesarias. El bolchevismo fue más de lo que los propios bolcheviques (incluyendo a Lenin) intentaron y entendieron. Por eso hay que rastrear su significación no tan solo (y agregaría, no principalmente) en los escritos de Lenin (ya de por sí memorables y dignos siempre de ser leídos) o de sus otras figuras significativas; sino, ante todo, en los procesos que se desencadenaron en la nueva república soviética a partir de octubre de 1917. Por eso es importante centrar la atención en la política cultural bolchevique (entendiendo *cultural* en su sentido más amplio). Analizar el bolchevismo como modo de construir —desde las realidades de la práctica y no desde dogmas teóricos— una política cultural para la construcción comunista, y para el desarrollo de la subjetividad; una política que aceptaba la diversidad, la pluralidad, el debate interno.³⁴

Recordemos que, desde antes de 1917, en Rusia se producía un despliegue espiritual extraordinario. En la literatura, el ballet, el teatro, el pensamiento político y económico, las artes plásticas, se experimentaba un florecimiento sin parangón. Los bolcheviques no podían siquiera soñar con eliminar o detener esto. ¡Ellos mismos eran resultado de ese proceso de renovación cultural! Una cierta historia oficial posterior ha querido hacer ver el bolchevismo como efecto tan solo de la agudización de las contradicciones políticas y económicas. Se intentó escamotear que fue también resultado de la expresión cultural de esas contradicciones, plasmadas en movimientos artísticos, pedagógicos, científicos, etc., muy importantes.

Dos cuestiones básicas a menudo son dejadas fuera de vista cuando se quiere reflexionar sobre el tema que nos ocupa: la primera, que el bolchevismo tuvo como una de sus causas de origen el rechazo expreso a la

interpretación objetivante del marxismo, manifiesta en las posiciones políticas reformistas predominantes en la Segunda Internacional. Constituyó, por lo tanto, un intento consciente de recuperar la esencia crítica y revolucionaria del marxismo, de su teoría política. La segunda, que la teoría política de Marx, en su conjunto, es un momento de su teoría sobre la desenajenación del hombre, de su crítica al carácter deformante y alienante de las relaciones intersubjetivas en el capitalismo. En este punto tendremos que detener nuestra atención.

Segundo excursus filosófico: la concepción marxiana de la apropiación

En 1846, cuando apenas contaba 28 años de edad, Carlos Marx redactó sus *Tesis sobre Feuerbach*, documento excepcional en el devenir del pensamiento humano y acta de nacimiento de la nueva concepción materialista de la historia. Marx estaba intentando sentar las bases de una interpretación materialista del proceso de producción y del despliegue de la subjetividad humana. La Tesis III, en particular, es de especial importancia para el tema que nos ocupa. En ella se somete a crítica (por primera vez en la historia de las ideas) la interpretación objetualizante de las relaciones interpersonales.

La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado. Conduce, pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad...³⁵

El enfoque tradicional —típico de la Ilustración— del perfeccionamiento de la sociedad humana como acto pedagógico, divide a los hombres en dos grupos: los educadores y los educandos. Marx comprende que la deficiencia fundamental de este punto de vista es que coloca a los «educadores», a los «ilustrados» fuera del proceso de la reflexión crítica sobre la realidad, y los pone por encima de los demás hombres. Las masas

populares son simples objetos. Pero para Marx, la revolución es algo mucho más complejo que eso: «La coincidencia de la modificación de las circunstancias y la actividad humana solo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*».³⁶ La revolución comunista tiene que romper el molde de las relaciones interpersonales objetualizantes, para devenir un proceso en el que los hombres, interactuando entre sí y con su condicionamiento material, al transformarlo se transforman a sí mismos.

De esta idea, apenas esbozada en un documento que, por su lenguaje aforístico y por su alta densidad conceptual, ha merecido escasa atención por parte de muchos marxistas, se desprende que la práctica política revolucionaria comunista no puede ser una continuación, *de otra manera*, de la práctica política tradicional existente desde el inicio de las sociedades divididas en clases antagónicas. Precisamente, porque su objetivo es otro: no cambiar el mecanismo de explotación y dominación de los hombres, sino eliminarlo. Dos años más tarde, en *El Manifiesto Comunista*, se volverá a expresar la misma idea:

Todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales sino aboliendo su propio modo de apropiación en vigor, y, por tanto, todo modo de apropiación existente hasta nuestros días.³⁷

Este pasaje ha sido objeto de una mala interpretación básica por aquellos que no conocen el contenido que el concepto de *apropiación* tenía en la filosofía clásica alemana (en especial, en Hegel) de la que Marx era heredero directo. Se confunde con *expropiación* y se piensa que aquí, simplemente, se nos dice que el proletariado tiene que destruir el modo capitalista de expropiación. Lectura, a todas luces, insuficiente, por cuanto en el fragmento citado se exhorta a la clase obrera a abolir también su propio «modo de apropiación». Ya en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, se había presentado al comunismo como superación positiva del modo de apropiación enajenante de la realidad.³⁸ El concepto *apropiación* apunta al proceso complejo en el que los seres humanos, al producir su mundo, se producen a sí mismos y producen su subjetividad. El hombre se apropia de la realidad porque la produce, la hace suya al crearla mediante su actividad práctica. Pero el modo en que se apropia de ella, la interioriza y la traduce en elementos de su subjetividad (sus capacidades, potencialidades, ideas, aspiraciones, valores, etc.) está condicionado por el modo en que la produce. Producción y apropiación, por tanto, forman un todo indivisible. *Producción* dice del proceso

de objetivación del hombre, que crea los objetos de su realidad y en ellos expresa su subjetividad. *Apropiación* dice del proceso de producción de la subjetividad humana, de su autoproducción, es decir, de su autorrealización como sujeto.

Todo modo social de producción de la realidad es, a la vez, un modo social de apropiación de esa realidad (y por lo tanto, de autoproducción del hombre).³⁹ Todas las clases sociales dominantes hasta ahora han sometido el resto de la sociedad a *su* modo específico de apropiación. Es decir, a su modo de autoproducción. Han logrado ese dominio porque se han autoproducido como los únicos sujetos verdaderos del proceso histórico, y han producido a todas las demás clases y grupos sociales como objetos de su autoproducción. La burguesía, pese a su carácter históricamente revolucionario, no rebasó este patrón. Su modo de apropiación es enajenante y explotador porque implica que para autoproducirse como clase dominante tiene que crear al proletariado (y mantener las clases provenientes del viejo orden social) como objeto de su dominio, desprovisto de toda posibilidad de autodeterminación. El resto de la sociedad es tan solo un conjunto de objetos de su autorreproducción. Por eso en *El Manifiesto...* se llama a abolir todo *modo de apropiación existente hasta nuestros días*, y crear uno nuevo, en el que ninguna clase social pueda objetualizar o cosificar a las demás. La revolución comunista significa, para Marx y Engels, el surgimiento de una sociedad en la que ninguna clase sea la dominante, y por tanto todos los grupos sociales puedan asumir lo que hasta ahora les ha sido negado: el papel de sujetos, la facultad de autoproducirse a sí mismos. No es casual que el capítulo II de esa obra, titulado «Proletarios y comunistas», en el que se exponen las concepciones de sus autores sobre el comunismo, termine con esta idea: «En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una *asociación*, en la que *el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos*».⁴⁰ Lo que aquí se propone es una subversión total de la lógica de estructuración de las relaciones intersubjetivas. Y es solo a la luz de esta nueva lógica que podremos aprehender el sentido verdaderamente revolucionario de la propuesta bolchevique de práctica política.

El bolchevismo y los soviets

El momento histórico decisivo, la verdadera prueba histórica, se la ofrecieron a los bolcheviques los soviets. Es preciso destacar no solo lo que los bolcheviques les enseñaron a los soviets, sino también lo que aprendieron de ellos. Y sobre todo, cómo se dispusieron a realizar

este aprendizaje, a establecer una relación bilateral con las masas, de mutuo enriquecimiento. La historia de la práctica política de los bolcheviques muestra, como rasgo distintivo, la tensión permanente bajo la que se colocaron conscientemente para poder reflejar las características complejas y cambiantes de la realidad.

La clave para entender el carácter creador del bolchevismo como práctica política revolucionaria es su relación con el movimiento soviético. Los bolcheviques no crearon los soviets. Estos fueron resultado de la actividad espontánea de las masas, su forma de organizarse para la lucha. El primer soviet apareció el 15 de mayo de 1905, en la ciudad de Ivanovo-Vosnesenks, a partir de un comité obrero de huelga. Con las huelgas de octubre de ese año, su difusión por toda Rusia fue más rápida. El 17 de octubre nace el soviet de diputados obreros de Petersburgo, dirigido inicialmente por Krustalev-Nosar, y después por Trotski, ambos mencheviques. Los mencheviques desempeñaron un activo papel en la creación de los soviets. Los bolcheviques, en un primer momento, los vieron con desconfianza. Eliminados por la violenta represión que siguió al fracaso de la Revolución de 1905, reaparecen con los sucesos de febrero de 1917 —que por cierto, sorprendieron también a los bolcheviques. Pero Lenin ha aprendido la lección, y comprende mejor que nadie lo que significaban. Tras su regreso a Rusia en el famoso «tren sellado», lanza en las «Tesis de Abril» su famosa consigna: *todo el poder a los soviets*. Lenin no pide todo el poder para los bolcheviques, que es lo que esperaban sus correligionarios, sino todo el poder para los soviets, sobre los que los bolcheviques en modo alguno tenían control. En mi opinión, con esa consigna Lenin estaba realizando una transformación tan profunda, un giro tan completo con respecto a las formas tradicionales de entender la política y las relaciones en el binomio dirección-masas, que sus contemporáneos y muchos de sus seguidores posteriores no alcanzaron a comprender toda su significación. Recordemos que Lenin precisó poner en juego su inmensa fuerza de persuasión y su prestigio personal, durante todo un mes, para que su partido aceptara esa tesis, que marca la esencia misma de lo que significan verdaderamente el bolchevismo y el leninismo. El partido bolchevique le impuso el poder soviético al movimiento revolucionario, pero Lenin le impuso el poder soviético a los bolcheviques.

Creo que en este punto es donde el bolchevismo adquirió su distinción cualitativa como movimiento revolucionario, su mayoría de edad, el rasgo que lo llevaría a hacer época. Los soviets les plantearon a los bolcheviques la verdadera prueba histórica. Presentaron, en forma concreta, un problema vital y permanente

para el marxismo revolucionario: el de la relación entre un centro organizador del proceso político —cuya existencia es por demás imprescindible— y la espontaneidad y creatividad y, más aún, la autonomía de las clases, grupos y sectores implicados en la subversión del modo de apropiación capitalista. La cuestión cardinal era la de producir un ensamblaje entre el partido y las formas de asociatividad revolucionarias, surgidas en las propias masas en su lucha contra la opresión; por lo tanto, la estructuración de un sistema de relaciones intersubjetivas radicalmente diferente, que posibilitara la aparición de un modo de apropiación de la realidad raigalmente nuevo, como se había querido en *El Manifiesto Comunista*. Todo el poder para los soviets, en la lectura original de Lenin, significaba reconocer a los distintos grupos sociales participantes en la revolución no como elementos pasivos, como antes que debían ser conducidos o ilustrados, sino como fuerzas activas, como verdaderos sujetos de la revolución. Siguiendo las indicaciones de la Tesis III sobre Feuerbach, de Marx, el hincapié se hacía en el rechazo al esquema clásico de la relación asimétrica entre conductores y conducidos.

Lenin vio a los soviets como un importante elemento en la producción de la nueva democracia. Espontáneamente, por su propia fuerza y carácter, los soviets se habían desarrollado, de órganos de lucha, en aparatos de Estado.⁴¹ Aquí residía la especificidad de la revolución proletaria. El líder bolchevique comprendió que, si bien los soviets debían elevarse a órganos del Estado, tenían que seguir siendo órganos de combate. Y no solo contra el enemigo externo o la contrarrevolución interna (con lo cual no se diferenciarían esencialmente de ningún tipo anterior de Estado), sino también y por sobre todo —y aquí radica lo revolucionario de la concepción leninista— contra el peligro de burocratización y autonomización del aparato estatal, que se demostró mas letal que aquellos. Se proponía una simbiosis, inédita en la historia, que permitiría incluir la lucha democrática en la lucha revolucionaria, y la revolución democrática en la socialista.⁴² La democracia no es un método ni una relación jurídica con el Estado, sino una relación de clases. La democracia burguesa y la proletaria despliegan su diferencia en relación con una forma específica de concentración del poder. La forma proletaria tiene que ser radicalmente diferente. Se tiene que basar en una relación de interacción entre los distintos grupos que promueven el nuevo proyecto sustentado en la desenajenación del individuo. El grupo dirigente tiene que promover la autoilustración de las masas oprimidas, despertar sus potencialidades para su autoconstitución como sujetos sociales, y abandonar el papel tradicional del terapeuta omnisciente. Su deber es el de facilitar la *des-objetualización* de esos grupos sociales, siempre

preteridos. La democracia proletaria tiene que abrir paso a la superación de todo modo existente de apropiación de la realidad. La revolución comunista no puede reproducir el esquema burgués de la Ilustración, sino abrirse a un nuevo modelo.

La gran preocupación de Lenin, en los últimos años de su vida, se centró en el proceso de burocratización del aparato estatal y en el aumento de su autonomía y distanciamiento con respecto a la clase obrera y demás clases revolucionarias. Pronto comprendió que una simple sustitución del parlamentarismo por la forma soviética no bastaba para destruir el viejo Estado. A esa posibilidad de autonomización opuso la realización de la revolución cultural, entendida como proceso de obtención de la madurez de los individuos.

Las concepciones de Lenin fueron abandonadas. El nombre de bolchevismo se mantuvo todavía muchos años más, aun cuando el proyecto original y muchos de los hombres que lo iniciaron fueron aniquilados. Una mutación semántica extraordinaria borró toda traza de la significación original de la revolución que inauguró una nueva época.

A manera de conclusiones

El psicoanálisis y el bolchevismo, como formas de praxis transformadoras, son el resultado de la crisis del sujeto liberal de fines del siglo XIX. La aparición de ambos marca, en buena medida, la apertura de la nueva época histórica. Mas allá de su autocomprensión, y de las imágenes socialmente difundidas —por intereses muy diversos— de su interpretación, constituyeron *dos* intentos de trascender esa crisis basados en *un* mismo modelo práctico-cognoscitivo: el de la superación del esquema objetualizante de la Ilustración burguesa, y, a la vez, la conservación de su identificación de la liberación con la obtención de la madurez. El interés por realizar una crítica profunda y sin compromisos de la realidad enajenante y represiva, guiada por un interés emancipatorio, se vinculó con la necesidad de una incondicional autorreflexión para prevenir la atrofia del impulso subversivo. Lo novedoso de esta concepción se perdió después, en la continuación de ambos movimientos. La crisis de la subjetividad que vivimos en este fin de milenio se explica en buena medida por esta razón. La confluencia del psicoanálisis y el bolchevismo, con todo lo que de promesa emancipatoria significaba, se perdió. Su recuperación es tarea clave para poder eslabonar un nuevo modo de apropiación de la realidad (y por tanto, de producción de nuevas subjetividades) que facilite el surgimiento de

constelaciones inéditas de poder e ideología que potencien al hombre nuevo.

Notas

1. Agradezco a mi colega José Miguel Marinas haberme llamado la atención sobre este tema. Véase su artículo «La crisis del sujeto liberal», *Derecho y moral. Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, n. 28, Granada, España, 1988.
2. Thomas McCarthy, *La teoría crítica de Jürgen Habermas*, Tecnos, Madrid, 1992, p. 230.
3. Mario Erdheim, *Die gesellschaftliche Produktion von Unbewusstheit*, Suhrkamp, Frankfurt, 1982, p. 45.
4. «Los “objetos” de ambas teorías críticas tienen el privilegio de poder convertirse en sujetos de la historia de vida tanto colectiva como individual». Helmut Dahmer, *Libido und Gesellschaft*, Suhrkamp, Frankfurt, 1982, p. 9.
5. Incluso en trabajos de tan alta valía como los de Dahmer y Schneider, no se rebasa esta posición. Véase Helmut Dahmer, ob. cit. y Michael Schneider, *Neurose und Klassenkampf*, Rowohlt, Hamburgo, 1973.
6. Helmut Dahmer, ob. cit., p. 241.
7. «Durante mi estancia de varios años en Viena [1907-1914] estuve en cercano contacto con los freudianos; leí sus trabajos e incluso visité sus reuniones. Siempre me sorprendió, en su manera de tratar los problemas psicológicos, que unían un realismo fisiológico con un análisis cuasi-literario de los fenómenos psicológicos» (Citado en Helmut Dahmer, ob. cit., p. 462). Un análisis posterior del psicoanálisis lo ofrecería Trotski en su artículo «Cultura y socialismo», de 1926-1927, incluido en su obra *Literatura y Revolución* (Alianza Editorial, Madrid, 1986).
8. Helmut Dahmer, ob. cit., p. 251.
9. Helmut Dahmer, ob. cit., pp. 258 y sig.; Siegfried Kätzel, *Marxismus und psychoanalyse*, Deutscher Verlag der Wissenschaften, Berlín, 1987, pp. 33 y sig.
10. Carlos Castilla del Pino, *Psicoanálisis y marxismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 15.
11. Véase su artículo «Sobre el materialismo militante».
12. Siegfried Kätzel, ob. cit., pp. 44-49 y 108-165.
13. Siegfried Kätzel, ob. cit., p. 45.
14. Se trata de un artículo de Vigotski aparecido en la revista rusa *Bajo la bandera del marxismo* y de un libro de Luria publicado en Kazán. Véase Siegfried Kätzel, ob. cit., p. 87.
15. Interpretación que, por otra parte, era la dominante en el movimiento freudo-marxista fuera de la Rusia soviética. Una de sus principales figuras, Otto Fenichel, escribía en 1931: «Que el psicoanálisis es materialista en su esencia, lo asegura el comprobar que su tarea principal consiste en la reducción de todas las llamadas funciones “superiores” a sus sustratos biológicos, del “espíritu” a las pulsiones, de las pulsiones a sus fuentes somáticas, de las acciones del hombre al principio “materialista” del placer y el displacer» (citado en Lorenzer 87).
16. L. N. Suvorov, *Marxist Philosophy at the Leninist Stage*, Progress Publishers, Moscú, 1982, pp. 163-173.
17. *Ibidem*, p. 171.

18. *Ibidem*, p. 172.

19. El artículo de Thalheimer tuvo significación especial, por tratarse de la máxima figura teórica del Partido Comunista Alemán en aquel momento. No era la primera vez que desde las filas de ese partido se criticaba al psicoanálisis. Si bien en su revista *Bandera Roja* (editada por el CC del PCA) vio la luz una recensión en septiembre de 1922 con motivo del Congreso Internacional Psicoanalítico de ese año en Berlín, en la que se destacaba el rechazo de los medios académicos burgueses a ese «nuevo método médico», ya en mayo de ese año Georg Lukács publicó en esa misma revista un ataque al libro de Freud *Psicología de masas y análisis del yo* (aparecido en 1921) destacando que el psicoanálisis no superaba las limitaciones fundamentales de las teorías burguesas. En 1923, y desde la páginas de *La Internacional*, una figura del relieve de Hermann Duncker en ese partido rechazaba al freudismo como «forma de la filosofía burguesa» (Siegfried Kätzel, *ob. cit.*, pp. 40-44). Thalheimer fue expulsado de la Internacional Comunista en 1929 por «revisiónista de derecha». Lukács fue obligado a someterse a sucesivas autoocríticas a lo largo de su vida.

20. Helmut Dahmer, *ob. cit.*, p. 263.

21. Siegfried Kätzel, *ob. cit.*, p. 131.

22. Helmut Dahmer, *ob. cit.*, p. 269.

23. *Ibidem*.

24. Helmut Dahmer, «Psicoanálisis y materialismo histórico», en Jensen Henning, comp., *Teoría crítica del sujeto*, Siglo XXI, México, D. F., 1986, p. 157.

25. Mario Erdheim, *ob. cit.*, p. 17.

26. En carta a su novia de esa época refleja ese deslumbramiento: «Me siento verdaderamente muy bien en este momento y, según creo, estoy cambiando mucho. Charcot, uno de los más grandes médicos que existen, un espíritu genialmente sensato, conmueve simplemente mis ideas y mis intenciones. Con frecuencia salgo de sus conferencias como de Notre-Dame...». (Marthe Robert, *La revolución psicoanalítica*, Ciencia y Técnica, La Habana, 1967, p. 56).

27. Immanuel Kant, *Filosofía de la historia*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1989, p. 25.

28. Mario Erdheim, *Psychoanalyse und Unbewusstheit in der Kultur*, Suhrkamp, Frankfurt, 1991, p. 68.

29. Mario Erdheim, *Die gesellschaftliche...*, *ob. cit.*, p. 24.

30. Mario Erdheim y Maya Nadig llamaron a este proceso «muerte social del terapeuta». No dispongo de más espacio aquí para profundizar en esa tesis, por demás importantísima.

31. En esa época, el tema de lo consciente y lo inconsciente era moneda común en la obra de filósofos y artistas. El propio término

«ello» fue acuñado por Nietzsche. Esto condujo después a muchas malas interpretaciones sobre la significación cosmovisiva del psicoanálisis.

32. Mario Erdheim, *Psychoanalyse und...*, *ob. cit.*, p. 128.

33. Para la interpretación de la teoría y la praxis de Freud que aquí presento, me he apoyado en las concepciones desarrolladas desde hace algunos años por un grupo de psicoanalistas de habla alemana, tanto los fundadores de la llamada «teoría crítica del sujeto» (Alfred Lorenzer, Helmut Dahmer, Klaus Dorn) como a los que desarrollan su actividad en Zürich (Mario Erdheim, Fritz Morgenthaler, Paul Parin).

34. Recordar que durante el angustioso período 1917-1921, en el que el joven Estado soviético tuvo que enfrentarse a la intervención militar de catorce potencias y a la guerra civil, hubo plena libertad de discusión *dentro* del partido bolchevique, libertad que Lenin, tras la sublevación de los marineros de Kronstadt en ese año, excluyera en forma *limitada y temporal*.

35. Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, 3 t., Progreso, Moscú, 1973, p. 8.

36. *Ibidem*.

37. *Ibidem*, pp. 120-21.

38. Véase el tercer manuscrito, en especial toda la parte anterior a la crítica a la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel.

39. El análisis más detallado ofrecido por Marx de estas ideas, esenciales en la concepción materialista de la historia, aparecen desperdigadas a lo largo de las casi 600 páginas de uno de sus textos menos conocidos pero más importantes: los *Fundamentos a la crítica de la economía política*, también conocidos en alemán como los *Grundrisse*.

40. Carlos Marx y Federico Engels, *ob. cit.*, p. 130. El subrayado es mío. J. L. A. G.

41. Lenin hace un detallado análisis de esto en su obra *«El renegado Kautsky...»*.

42. Al respecto, estúdiense con detenimiento las ideas expresadas por Lenin en su artículo dedicado al cuarto aniversario de la Revolución de Octubre.

Globalización e integración regional en América Latina y el Caribe: un estado del debate

Carlos Alzugaray Treto

Profesor. Instituto Superior de Relaciones Internacionales.

En un contexto mundial marcado por súbitos y turbulentos cambios tecnológicos, económicos y políticos, dos temas dialécticamente vinculados entre sí, la globalización y la integración regional, se han convertido en lugar común en la agenda de todo cónclave internacional. Ambos fenómenos tienen profundas repercusiones sociales que no siempre son analizadas con la profundidad y detenimiento necesarios. Aunque no dispongo de espacio para hacerlo aquí y ahora, trataré de esbozar, al menos, algunos de sus ejes principales, con vistas a un debate más sustancioso y abarcador.

La globalización y sus desafíos sociales

La tendencia más fuerte del mundo contemporáneo a fines del siglo xx es aquella que nos lleva hacia una globalización cada vez mayor en lo económico, lo social y lo cultural. No se trata de un fenómeno nuevo; incluso Marx y Engels lo previeron, hace hoy poco más de 150 años, en el *Manifiesto Comunista*.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.¹

Se trata, sin embargo, de un fenómeno polémico, que provoca las más dispares reacciones, algunas apasionadamente críticas. En no pocas ocasiones se escucha la consigna de que hay que «luchar contra la globalización», sobre todo entre los sectores que conforman hoy la izquierda latinoamericana y caribeña. Quizás corresponda a Jaime Osorio el mérito de resumir este debate en pocas palabras, cuando afirmó recientemente, que la globalización es «un proceso civilizatorio bárbaro»; pero, argumentó, resulta positivo «que se vaya constituyendo un gran mercado mundial, que haya procesos de integración y de apertura de las

economías, que podamos acceder a bienes que se producen en distintas regiones». Al mismo tiempo, «hay que tener cuidado en cómo enfrentamos políticamente los aspectos bárbaros de este proceso civilizatorio» pues no podemos «tirar por la borda todo lo que de civilizatorio pueda haber».²

Impulsada como consecuencia de los más importantes logros científicos y tecnológicos alcanzados jamás por la humanidad, la globalización podría propiciar beneficios indiscutibles para todos los habitantes del planeta, si se enfrenta desde posiciones solidarias, como propuso el Santo Padre Juan Pablo II en su visita a Cuba en enero de 1998. Contrariamente a lo que sugieren, de una forma u otra, varios estudios de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales,³ la globalización no constituye realmente una opción política, sino un proceso ante el cual los distintos actores nacionales e internacionales pueden adoptar actitudes muy disímiles, pero que continuará avanzando con o sin la participación de estos, incluso en su desmedro. Como ha insistido Silvio Baró, estamos ante un hecho objetivo que se produce fundamentalmente en el ámbito de la producción material, de la base, que a su vez influye, en última instancia, sobre la superestructura social, política y cultural de toda sociedad, pues la globalización «es un fenómeno *esencialmente* técnico-económico y *no exclusivamente* técnico-económico».⁴

Para algunos, el proceso globalizador actual, analizado en el ámbito de su funcionamiento básico, «está asumiendo formas microeconómicas de redes institucionales crecientemente extensas, diversas, e integradas, fraguadas en el interior de los mercados y entre empresas a lo largo y ancho del globo».⁵ Para Manuel Castells, se ha ido conformando «una economía con la capacidad de funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria», movida por las novedosas tecnologías informáticas que «permiten que los capitales vayan y vengan entre economías en un tiempo muy corto, de modo que estos y, por tanto, los ahorros y la inversión, están interconectados en todo el mundo, de los bancos a los fondos de pensiones, mercados bursátiles y cambios de divisas».⁶ En definitiva, es una compresión en tiempo y espacio de las relaciones de producción.⁷

Pero si la globalización internacionaliza y comprime aún más el proceso de producción, ello no tiene las mismas consecuencias para los distintos factores que en ella intervienen. Los capitales se mueven a velocidades nunca vistas, buscando mayor rentabilidad; muchas veces ni siquiera con objetivos inversionistas, sino meramente especulativos, lo cual se traduce en una inusitada acumulación de la riqueza en un limitado número de corporaciones y personas. Tal como lo ha

subrayado Ignacio Ramonet, «nunca antes los amos de la Tierra han sido tan pocos ni tan poderosos».⁸

Las estadísticas publicadas por los organismos internacionales avalan lo escrito por Ramonet. Según el *Informe del desarrollo humano*, correspondiente a 1992, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, en 1960 el 20% más acomodado de la población mundial concentraba el 70,2% de la riqueza, mientras que el 20% más pobre disponía solamente del 2,3% para una correlación de 30 a 1; en 1989 estas cifras eran, respectivamente, 82,7% y 1,4% para un relación de 59 a 1.

Por otra parte, la globalización ha significado una concentración de las inversiones productivas, de las producciones tecnológicamente más avanzadas y de las corrientes mundiales de comercio en los polos más poderosos de la tríada mundial: los Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. Aunque algunos países de desarrollo medio del Tercer mundo —como China o Brasil, por ejemplo—, se han beneficiado de estos procesos, lo que caracteriza la situación de la inmensa mayoría de las naciones de América Latina y el Caribe, de Asia y de África es la marginalización.⁹

Tal situación, de por sí inaceptable, se ve reforzada por el enorme aumento de la pobreza y, por tanto, de la concomitante desigualdad. En 1995, los miembros de la Comisión sobre Gobernabilidad Global, encabezada por el ex primer ministro sueco Ingvar Carlsson y el ex secretario general de la Mancomunidad Británica, el guyanés Shridath Ramphal, subrayaron esta situación al escribir:

El asombroso comportamiento de algunos países desarrollados de Asia ha tendido a oscurecer un aspecto menos admirable de los cambios económicos del mundo de la posguerra: el inexorable incremento del número de los muy pobres. Aunque la economía global se ha expandido cinco veces en las últimas cuatro décadas, no ha eliminado la pobreza atroz, ni siquiera reducido su preponderancia. Incluso algunos países que han tenido éxito en otros terrenos no han podido eliminar la pobreza.

El reforzamiento de la pobreza se demuestra por el hecho de que el número de personas que caen en la categoría de «pobreza absoluta» del Banco Mundial ha aumentado a 1 300 millones en 1993. Este nivel de pobreza significa una miseria aguda; es vivir al borde mismo de la existencia.¹⁰

Un académico tan poco sospechoso de tendencias izquierdizantes como Zbigniew Brzezinski se ha referido también a este tema en su poco conocido —y sí muy criticado— libro sobre «el desorden global», cuando subrayó la irracionalidad prevaleciente en las sociedades más adelantadas del planeta, imbuidas de lo que calificó como una «cornucopia permisiva», por su constante tendencia a priorizar la gratificación individual; y propensas a «evadir problemas morales y cívicos sensibles imponiéndoles soluciones doctrinales o

Impulsada como consecuencia de los más importantes logros científicos y tecnológicos alcanzados jamás por la humanidad, la globalización podría propiciar beneficios indiscutibles para todos los habitantes del planeta, si se enfrenta desde posiciones solidarias.

técnicas». Brzezinski señaló un peligro que resulta evidente para cualquier observador de la realidad mundial: «En un mundo que se ha vuelto más próximo e íntimo, y que se caracteriza por un despertar político masivo, la desigualdad se torna menos tolerable».¹¹

El mundo del trabajo, cuya fuerza no tiene la movilidad del capital porque no se puede trasladar sin que se desplacen los trabajadores mismos, ha sido el gran perdedor del proceso globalizador, como hoy reconocen hasta el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Junto a la clase obrera, el sector medio también ha sufrido las consecuencias de la globalización, lo que ha dado por resultado sociedades cada vez más polarizadas. Y, por supuesto, en el mundo del Sur, al cual pertenecen América Latina y el Caribe, estas características son aún más agudas.

Pero aun cuando la desigualdad y la pobreza crecientes son amenazas formidables que enfrentan las sociedades actuales como resultado de la globalización, no son las únicas. A manera de inventario, vale la pena subrayar que en su discurso temático ante el Consejo Intergubernamental del Programa MOST de la UNESCO, el 16 de junio de 1997 en París, Stephen Castles apuntó nueve contradicciones inherentes al proceso globalizador, cuya falta de solución podría acarrear aún mayores riesgos y amenazas para la humanidad: entre la inclusión y la exclusión; entre el mercado y el Estado; entre la red y el ser; entre la riqueza y la pobreza crecientes; entre lo global y lo local; entre la economía y el medio ambiente; entre la modernidad y la posmodernidad; entre el ciudadano nacional y el global, y entre la globalización desde arriba y la globalización desde abajo.¹²

En América Latina y el Caribe la situación de la desigualdad es más terrible que en otras regiones del planeta. Ya en 1992, cuando aún la globalización no se había convertido en la palabra de orden, el Diálogo Interamericano, institución cercana al Partido Demócrata de los Estados Unidos, advertía:

Alrededor de 180 millones de personas, es decir dos de cada cinco personas, viven actualmente en la pobreza en América Latina. Alrededor de la mitad de estas personas viven en condiciones de pobreza abyecta, con ingresos inferiores a los necesarios para comprar los alimentos imprescindibles. La brecha entre los ricos y los pobres de América Latina es mucho más grande que en cualquier otra

región importante del mundo: el 20% más adinerado de la población de la región gana alrededor de veinte veces más que el 20% más pobre; en Asia, en cambio, los más ricos ganan casi diez veces más que los más pobres.¹³

Según reconoció recientemente el Banco Interamericano de Desarrollo, esa situación no ha mejorado. «América Latina es la región del mundo donde los ingresos se distribuyeron de la forma más inequitativa».¹⁴ Por otra parte, como sugiere el propio Banco,

no puede perderse de vista que la distribución del ingreso de la región se deterioró severamente durante los años de la crisis de la deuda, de forma que si bien se quebró esa tendencia desde fines de los 80, la concentración se ha mantenido a niveles altos. El 20% más pobre de la población de cada país recibe tan solo un 3% de los ingresos totales, mientras que en el otro extremo, el 20% más rico detenta el 60%, las mismas proporciones que se tenían a principios de los 70 y que durante una época parecieron superadas.¹⁵

El resultado de esta situación, en términos sociales, ha sido subrayado de manera crudamente sensible por Atilio Borón, al describir las sociedades latinoamericanas como

una yuxtaposición de universos sociales que ya casi no guardan vínculos entre sí. Aunque parezca paradójico, el Brasil esclavista o el México colonial fueron sociedades mucho más integradas que las sociedades burguesas de finales del siglo xx: la explotación de las clases subalternas exigía entonces ciertas formas de sociabilidad por entero ausentes en el Brasil o el México capitalista de nuestros días. [Los sectores excluidos] viven económica, social, cultural y ecológicamente segregados.¹⁶

Esta visión la ha confirmado también Sebastián Edwards desde otro ángulo:

El comportamiento de América Latina tampoco ha sido satisfactorio desde el punto de vista social. En la mayor parte de los países las condiciones sociales, particularmente la pobreza, no han mejorado. En algunos países, el desempleo ha aumentado rápidamente, levantando la cuestión de si estas economías orientadas al mercado están en condiciones de crear empleos tan rápidamente como es necesario para absorber la creciente oferta de trabajo.¹⁷

Esta situación «es contestada por sectores sociales cada vez más amplios que se ven afectados».¹⁸

Por su parte, Carlos Juan Moneta¹⁹ ha hecho un significativo aporte al análisis de la globalización al

proponer un estudio de su dimensión cultural, calificándola como «el eslabón perdido» del proceso. Subrayando las tensiones a las que están sometidas las identidades nacionales debido a los procesos globalizadores —que van desde la concentración urbana hasta la existencia de políticas culturales transnacionales—, el autor señala, acertadamente, que se está produciendo «una transformación [...] muchas veces turbulenta» de aquellas, ante lo cual se requieren iniciativas que permitan una adaptación activa de los ciudadanos a este proceso. De las propuestas que hace Moneta, hay varias que, desde el punto de vista social, parecen particularmente importantes en nuestro continente: la conveniencia de un cambio drástico de contenido y enfoque en las políticas culturales, vinculándolas «a los nuevos escenarios de información y comunicación»; el mejoramiento de los componentes culturales de las relaciones internacionales y transnacionales; el aprovechamiento de la diversidad cultural de América Latina y el Caribe en función de la defensa de nuestra «especificidad frente a las corrientes homogeneizadoras externas», y la ampliación de «la participación en las decisiones y procesos de cambio económico y político al mayor y más variado espectro de actores».

En conclusión, en América Latina, como en ninguna otra región del globo, pudieran recordarse algunas de las paradojas que marcan el proceso globalizador:

- La globalización hace que nuestras sociedades sean cada vez más interdependientes, pero cabe preguntar: ¿puede haber interdependencia justa, digna y equitativa —y, por tanto, estable—, cuando unos pocos son incluidos y otros muchos excluidos y marginados?
- La globalización promueve la integración económica mundial, aumentando asombrosamente los flujos comerciales y financieros; pero ¿es posible una integración de la economía mundial efectiva y equilibrada cuando lo que se hace es promover la falta de igualdad, cuando unos pocos son cada vez más ricos y muchos cada vez más pobres?
- La globalización favorece la vinculación cultural entre países y civilizaciones, mas ¿puede calificarse de intercambio cultural mutuamente beneficioso lo que hoy existe cuando tres o cuatro consorcios internacionales de la comunicación promueven el individualismo, el consumismo y la trivialidad y, en algunos casos más graves, la pornografía, la violencia, el crimen y la drogadicción entre pueblos sin esperanzas?
- La globalización debe favorecer la expansión de la ciencia y la tecnología de manera tal que todos los habitantes del planeta se beneficien, pero ¿puede ser beneficioso que los principales logros científicos y

tecnológicos sirvan hoy principalmente para acelerar la ruina de los bosques tropicales o para destruir la capa de ozono con emisiones cada vez más incontroladas de dióxido de carbono, con la sola justificación de que las grandes corporaciones deben aumentar sus ganancias?

- La globalización debe servir para expandir la educación y hacer que cada niño o adolescente de nuestro planeta tenga acceso a horizontes cada vez más amplios, que le permitan una contribución más plena al desarrollo humano, pero cabe preguntar: ¿puede haber desarrollo sostenible viable para toda la humanidad, si la educación sigue siendo privilegio de unos pocos, y quimera inalcanzable para muchos más?

Los retos de la integración regional en América Latina y el Caribe

A diferencia de la globalización, que escapa a la acción directa de los gobiernos y ante la cual solo cabe la adaptación activa e inteligente para maximizar sus beneficios y minimizar sus costos, la integración regional constituye un instrumento importante en manos de los gobiernos y otros actores sociales. Puede convertirse, junto a otras políticas públicas, en el vehículo idóneo para la promoción de un desarrollo sostenible con equidad. La percepción común acerca del tema ha aceptado como hipótesis, casi sin discusión, que la integración regional es una idea-fuerza de carácter positivo, y que el camino a seguir es avanzar desde la integración comercial a la económica por vía de los acuerdos de libre comercio, las uniones aduaneras y de ahí a las monetarias, lo que inevitablemente llevará a la unificación política.

Sin embargo, conviene alertar de antemano contra una percepción idílica de la integración regional. Tanto los avances y retrocesos del exitoso experimento europeo como los fallidos intentos latinoamericanos y caribeños, demuestran tal aserto. Lo primero que debe ser considerado es que, aun en los casos exitosos, se trata de un proceso de compleja y prolongada puesta en práctica. Requiere, a la vez, de una clara visión acerca de sus oportunidades y riesgos, de una férrea y persistente voluntad política y de una ponderación acertada de los caminos por los cuales debe encauzarse. En segundo lugar, la definición misma sobre qué se entiende por «integración» y la conceptualización teórica acerca de definiciones, variables e indicadores han sido siempre polémicas.²⁰ El debate académico actual sobre el tema, que incluso cuestiona los propios presupuestos de la integración, confirma que, a pesar de la creciente

literatura, todavía no existe un consenso sustancial a ese nivel, lo que contrasta con el discurso político integrador internacional.

Alberto Alesina, Enrico Spolaore y Romain Wacziarg²¹ han escrito recientemente un provocativo trabajo en el que se argumenta que la integración económica (entendida por ellos como una liberalización del comercio y una «globalización» de los mercados) está «en relación inversa» con el tamaño de los Estados, y conduce al «separatismo político». Por su parte, Barry Eichengreen,²² al estudiar la más reciente evolución de la Unión Europea, ha cuestionado que la integración monetaria sea imprescindible para la consolidación de los beneficios de la económica, y que la integración política, a su vez, resulte esencial para maximizar las ganancias en eficiencia de la monetaria. De otro lado, las más recientes investigaciones en torno al experimento integrador que condujo a Europa del Mercado Común a la Comunidad y, más recientemente, a la Unión, tienden a argumentar que los Estados nacionales del viejo continente, lejos de debilitarse, han sido rescatados o se han fortalecido. Tales son las conclusiones a las que han llegado, por caminos independientes, Alan S. Milward en su fundamental obra *The European Rescue of the Nation State*²³ y Andrew Moravcsik en varios trabajos que próximamente aparecerán en forma de libro.²⁴

Desde otro ángulo, algunos autores vienen estudiando los distintos procesos integradores regionales existentes con el fin de desentrañar sus características. James Mittelman²⁵ ha adelantado ciertas conclusiones a las que ha arribado como participante en el proyecto «El Nuevo Regionalismo», patrocinado por el Instituto Mundial para las Investigaciones sobre el Desarrollo Económico, de la Universidad de las Naciones Unidas, dirigido por Björn Hettne, y cuyos resultados verán próximamente la luz en la forma de una colección de ensayos. Conviene resumir algunas de estas apreciaciones. Según este estudio, el «nuevo regionalismo» abarca un conjunto de fenómenos muy amplio y diverso, en el cual se incluyen proyectos «clásicos» en el ámbito de macrorregiones y experimentos novedosos a nivel subregional, incluso entre zonas específicas de dos o más países distintos —como, por ejemplo, los que se vienen desarrollando en el sudeste asiático, en específico el triángulo de crecimiento Johor-Singapur-Riau, entre partes de Malasia, Singapur y Tailandia. Mittelman también subraya el carácter contradictorio del regionalismo actual, que entraña procesos de integración y de desintegración, aunque reconoce que, a diferencia del pasado, en general hay una tendencia hacia un regionalismo más abierto.²⁶

Tres ideas adelantadas por Mittelman merecen subrayarse. Primero, su propuesta de clasificación de

las formas de regionalización en cinco categorías distintas: autocéntricas, desarrollistas, neoliberales, degeneradas y transformadoras.²⁷ Aunque este intento puede no resultar del todo satisfactorio, y no corresponde aquí detallarlo, sí resulta conveniente el esfuerzo por definir una tipología. Segundo, la característica más importante del nuevo regionalismo es su extensión realmente mundial, al abarcar todas las regiones del globo y establecer vínculos externos mucho más amplios. Estos procesos no están siendo conducidos en todos los casos por superpotencias «desde afuera y arriba», sino que se promueven espontáneamente y «desde adentro y abajo».²⁸ Tercero, aunque se trata de procesos iniciados, en primera instancia, por los actores estatales, «el crecimiento de la sociedad civil regional, incluyendo redes sociales y culturales, provee ímpetus».²⁹

Además, los nuevos procesos de integración regional a escala mundial se producen en un contexto sumamente contradictorio. Por un lado, son a la vez una respuesta a los desafíos de la globalización y una forma de insertarse en la economía mundial desde una posición mucho más favorable. De lo que se trata es de lograr una nueva división internacional del trabajo que posibilite la competitividad necesaria de las distintas economías nacionales en un mundo que se reestructura sobre la base de megabloques regionales.³⁰ Por otro lado, como han señalado varios autores, la globalización ha provocado, de forma paradójica, una interrelación más estrecha entre la economía mundial en su conjunto y las economías locales subnacionales.³¹ James Rosenau ha inventado el término «fragmeegración» para definir este proceso que fragmenta e integra a la vez las sociedades a través y dentro de las fronteras de sus Estados nacionales.³² Abocarse a un proceso de integración regional y/o subregional en América Latina y el Caribe, significa en la actualidad tomar en cuenta estas nuevas realidades.

Por ser el más avanzado, sostenido y completo proyecto de integración regional vigente, resulta importante tomar en cuenta aquellas lecciones que puedan sacarse de los éxitos y fracasos de la experiencia europea. L. Alan Winters³³ ha intentado hacer un balance de las lecciones de este proceso —que acaba de cumplir cuarenta años de existencia— para los países subdesarrollados. A los efectos de este artículo, dos resultan importantes. La primera es que el fenómeno de la integración europea ha sido esencialmente político e ideológico, movido «por una gran visión que tuvo efectos económicos residuales afortunados». A esta conclusión habría que agregar, sin embargo, que lo que Winters define como «efectos económicos residuales afortunados» se debió, ante todo, a las favorables políticas de bienestar social que llevaron adelante los

Se puede llegar a la conclusión de que un proceso de integración puede contribuir a disminuir los problemas sociales agudizados por la globalización de las economías, solo si enfoca directamente el tema de la pobreza extrema y la desigualdad.

gobiernos europeos en las tres décadas iniciales, coincidentes con el período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. La concepción de que la integración europea tendría que producirse sobre la base del principio de que ninguna región o sector social debía ser perjudicado, llevó a la creación de los fondos de cohesión social, que desempeñaron un papel decisivo en el logro del acceso y exitosa incorporación de los países del Sur (Grecia, Portugal y España) a la Comunidad en la década de los 80.

Teniendo en cuenta que el proceso integrador europeo se ha caracterizado por la alternancia de períodos de euforia y entusiasmo, que lo han acelerado, y de pesimismo y duda —que lo han estancado o hasta revertido—, Winters ha sugerido que ha resultado importante la existencia de un organismo ejecutivo supranacional —en este caso, la Comisión Europea—, «vital para el objetivo de la integración como guardián y campeón del ideal europeo». De ello se deduce que los proyectos integradores deben buscar el establecimiento de alguna institución o autoridad supranacional que le dé continuidad a la aspiración común, cuando los Estados que lo integran, por cualquier razón, desfallezcan.

Una lección importante —que no fue incluida por Winters y que cobra particular significación en las actuales circunstancias— surge de una de las fallas más evidentes que se observan en el panorama actual de conformación de la unión económica y monetaria. La fundación, impulso y desarrollo de la integración europea desde el Tratado de Roma hasta el de Maastricht fue conducido por las élites europeas, sin que los pueblos del continente participaran de una forma significativa. La integración europea fue producto de un «suave despotismo ilustrado», según lo definiera Enrique Barón Crespo, eurodiputado socialista español que presidió el Parlamento Europeo entre julio de 1989 y enero de 1992.³⁴ El desenlace negativo del primer referéndum danés sobre Maastricht y el «casi no» del francés en 1993 pusieron sobre el tapete el tema del «déficit democrático» que padecen las instituciones de la Unión Europea, el cual se vincula al tema de la doble adhesión de los ciudadanos europeos a su Estado nacional y al ideal de «Europa».³⁵ Para evitar ese «déficit democrático» que parece

acompañar a todo proceso integrador, conviene vigorizar el papel que en ella debe tener la sociedad civil internacional de la región en cuestión.³⁶

Finalmente, como ha demostrado Alan Milward, al igual que la cohesión del Estado nación se ha sustentado por la puesta en práctica de «políticas nacionales diseñadas para asegurar beneficios materiales a amplios grupos sociales», un proceso de integración, que siempre implica la cesión limitada de algunas facultades soberanas —lo que se ha dado en llamar las «competencias confiadas»³⁷— solo puede obtener la adhesión y apoyo de los ciudadanos de sus respectivos países miembros si logra esos mismos o similares beneficios en el marco de una nueva forma de cooperación internacional con otros Estados nacionales.³⁸ Al aumentar el desempleo y el consecuente malestar social, e identificarse, con razón o sin ella, con los criterios de convergencia aprobados en Maastricht, el «ideal europeo» ya no resultó tan atractivo para las amplias capas populares del viejo continente. De ahí la importancia que la cuestión social adquiere dentro del proceso integrador, como han señalado recientemente varios estudiosos de la Unión Europea.³⁹

Según frase muy atinada de Herald Muñoz, «la integración es una esperanza frustrada de los países de América Latina, pero continúa siendo un instrumento esencial para asegurar el crecimiento de las economías latinoamericanas y el bienestar de sus ciudadanos».⁴⁰ Por ello no debe extrañar que, después de los fallidos intentos de las décadas de los 50, 60, 70 y 80, los proyectos integradores se hayan convertido nuevamente en temas de alta prioridad política para la mayor parte de los países de la región en la década de los 90. Sin embargo, el debate sobre la integración adolece de una serie de paradojas que vale la pena contrastar y someter a crítica.

En el ámbito del discurso político, sigue siendo promovida como una idea-fuerza de gran atractivo y beneficio esa aspiración, aún por materializar, de nuestros próceres. En la práctica, se marcha cada vez más hacia una aceptación acrítica de una concepción técnico-económica del problema, por decirlo de alguna forma, lo que restringe la discusión y el análisis de las opciones de integración, circunscribiéndolas al discurso neoliberal prevaleciente sobre liberalización comercial,

como paradigma basado en los supuestos beneficios que comporta dejar que la «mano invisible» del mercado resuelva los problemas sociales. En el debate académico siguen prevaleciendo una diversidad y una confusión importantes, que «requieren de un enfoque crítico y alternativo».⁴¹

Como ha señalado Jaime Estay, los actuales procesos de integración latinoamericanos y caribeños sufren tres tipos de dificultades, que estuvieron presentes en los esquemas fracasados de las décadas anteriores:

el mayor énfasis sigue estando puesto casi exclusivamente en los aspectos comerciales, en desmedro de otros componentes de la vinculación y del posible desarrollo de medidas tendientes a lograr mayores niveles de complementación tecnológica y productiva y a avanzar en otras áreas que pudieran ser incorporadas al proceso integrador [...] hay una evidente falta de atención hacia los problemas derivados de la heterogeneidad y diferencias de desarrollo existentes entre los participantes [...] [el esfuerzo integrador] está muy lejos de transformarse en el valor cultural compartido en el interior de cada una de las sociedades latinoamericanas.⁴²

En resumen, para el profesor-investigador de la Universidad de Puebla, «hasta la fecha, la integración formalizada a través de los esquemas apunta casi exclusivamente a los aspectos económicos y es, a lo más, una integración del capital, constituyendo todo ello un obstáculo de primera importancia para un verdadero avance del esfuerzo integrador».⁴³

Por otra parte, el cambio en la política estadounidense hacia la integración latinoamericana, promovido inicialmente por la Iniciativa de las Américas del presidente George Bush, concretado en la negociación y firma del Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (ALCAN) —que incorporó a México al ya establecido entre los Estados Unidos y Canadá y proyectado hacia el resto de la región por el presidente Bill Clinton en su convocatoria a la Cumbre de las Américas de Miami en 1994— y su llamado a establecer un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) para el 2005, ha introducido la región en un laberinto aún mucho más complejo que el que ya existía, al cuestionar en la práctica el principal presupuesto integrador latinoamericano y caribeño.⁴⁴ Esta transformación ha llevado a muchos estudiosos a preguntarse si América Latina y el Caribe se encaminan hacia un proceso neopanamericano, que tendría su norte en el establecimiento del ALCA, o neobolivariano, con sus coordenadas en los actuales intentos subregionales representados por MERCOSUR, la Comunidad Andina, el G-3, el Mercado Común Centroamericano, CARICOM y la Asociación de Estados del Caribe.⁴⁵

Como ha señalado Socorro Ramírez, el problema básico de un proyecto integrador neopanamericano, es que implicaría una «regionalización vertical», en la

cual «economías comparativamente pequeñas se asocian a alguna(s) de las grandes potencias globales con el fin de beneficiarse de sus capitales, sus empresas, tecnologías y mercados». Como se trata de un proyecto que, en definitiva, busca la inserción mundial a través del «enganche» con una economía altamente globalizada, como es la norteamericana, «las economías subalternas se ven obligadas a pagar un alto costo». Para los Estados Unidos, sin embargo, este tipo de proyecto les asegura un mercado y «constituye un mecanismo de presión ante un eventual proteccionismo excesivo de la Unión Europea y Japón».⁴⁶

Los beneficios que puedan derivarse para América Latina y el Caribe de un proyecto como el ALCA son al menos cuestionables por tres grupos de razones. En primer lugar, debe tenerse en cuenta que los Estados Unidos sientan la pauta del proceso negociador, como demuestra el debate alrededor de la «vía rápida». Habría que añadir que es altamente improbable que la administración Clinton logre la autorización necesaria del Congreso antes del fin de su mandato en el 2000 y, si la obtiene, estará fuertemente condicionada, lo que hará que traslade los costos a los demás países envueltos en el proceso. Habría que ver qué sucedería con la próxima administración y qué correlación se establecería en el Congreso, donde hay dos sectores que se mueven en función de un «endurecimiento» de la postura negociadora norteamericana, la «derecha conservadora unilateralista», al estilo del republicano Jesse Helms, y la «izquierda liberal multilateralista» al estilo del demócrata Richard Gephardt.

En segundo lugar, el modelo que probablemente sirva de base para el ALCA es el ALCAN, en el cual México tuvo que pagar altos costos para lograr lo que en definitiva perseguía: un clima más favorable para las inversiones y un mayor acceso al mercado norteamericano. Una de las conclusiones que se pueden sacar del ALCAN es que a los países en desarrollo que se vinculan a economías desarrolladas por medio de acuerdos de libre comercio, se les imponen obligaciones mucho mayores en todos los terrenos, como ha reconocido Jeffrey Schott.⁴⁷ Pero debe tenerse en cuenta además que, respecto a México, existían y existen fuertes intereses políticos y de seguridad norteamericanos, que aumentaban su capacidad de negociación —lo que no es el caso del resto de América Latina y el Caribe. Por ello, no resultaría sorprendente que el ALCAN «se convirtiera más en una anomalía que en un precursor de tendencias futuras en la integración profunda entre el Norte y el Sur».⁴⁸

En tercer lugar, porque a pesar de la aparente vocación social de ciertos acuerdos de la Cumbre de Miami y de las iniciativas posteriores, no hay ninguna prueba empírica que demuestre que una zona de libre

comercio de este tipo promueva lo que constituye el elemento central de toda política de desarrollo económico y que en aquel momento se definió como «erradicar la pobreza y la discriminación en nuestro hemisferio». Vale la pena recordar que, en este terreno, los presidentes reunidos en la ciudad floridana afirmaron solemnemente:

Resulta políticamente intolerable y moralmente inaceptable que algunos sectores de nuestras poblaciones se encuentren marginados y no participen plenamente de los beneficios del desarrollo. Con el objetivo de lograr una mayor justicia social para todos nuestros pueblos, nos comprometemos individual y colectivamente a mejorar el acceso a la educación de calidad y a la atención primaria en materia de salud, así como a erradicar la pobreza extrema y el analfabetismo. Todos deben tener acceso a los frutos de la estabilidad democrática y del crecimiento económico, sin discriminación por motivos de raza, sexo, nacionalidad de origen o religión.⁴⁹

Pero el problema de la desigualdad, generado por la pobreza extrema, no solo tiene un carácter de principio, sino una dimensión práctica que se vincula con el tema del desarrollo. Como ha demostrado un reciente estudio del Banco Mundial, realizado por Klaus Deininger y Lyn Squire, existe «una fuerte vinculación entre el crecimiento en general y la reducción de la pobreza».⁵⁰ Por ello, una estrategia diseñada a disminuir la pobreza es condición *sine qua non* para la consecución de los objetivos del desarrollo.

Teniendo en cuenta los argumentos señalados a lo largo de este trabajo, se puede llegar a la conclusión de que un proceso de integración puede contribuir a disminuir los problemas sociales agudizados por la globalización de las economías, solo si enfoca directamente el tema de la pobreza extrema y la desigualdad. Las experiencias positivas y negativas del proyecto europeo subrayan la importancia de los factores sociales para lograr una transformación cuyos beneficios alcancen a todos los sectores de la sociedad, lo que a su vez reforzará el apoyo democrático a la mutación integradora, que tiene significativas implicaciones para la soberanía de los Estados y un valor sumamente importante para los ciudadanos de nuestros países. La creación de un Área de Libre Comercio de las Américas no significa necesariamente que estos problemas sean enfocados con la importancia que ellos tienen, debido a las asimetrías presentes entre los Estados Unidos —cuyos intereses económicos y políticos no son los del resto de la región—, y América Latina y el Caribe.

Lo anterior no significa el abandono unilateral del proceso de negociación del ALCA. Si América Latina y el Caribe pudieran obtener de los Estados Unidos sus demandas históricas, relacionadas con una relación más equitativa y con el acceso a los capitales

inversionistas y al mercado norteamericano —uno de los más protegidos del mundo a pesar del discurso librecambista de sus dirigentes—, el ALCA pudiera resultar altamente favorable para la región. Pero ello no será nada fácil si América Latina y el Caribe no enfrentan esta negociación desde posiciones robustas, lo que solo podría lograrse manteniendo todas las opciones abiertas y reforzando sus vínculos con otras regiones, como la Unión Europea y Asia-Pacífico, para lo cual existen actualmente significativas «ventanas de oportunidad».

La aceptación pasiva de un proyecto como el ALCA también podría tener enormes perjuicios para los escenarios alternativos de un futuro orden mundial, como ha señalado Helio Jaguaribe, decano del Instituto de Estudios Políticos y Sociales de Río de Janeiro, Brasil. Para él, el ALCA está irremediabilmente ligado al proyecto de una *Pax Americana* que estaría caracterizada por «una combinación de intimidación coercitiva y de abusivas exclusiones del mercado americano».⁵¹

Sería recomendable que el proceso de integración regional siguiera avanzando en el ámbito de las subregiones, como lo ha venido haciendo hasta ahora, pero asegurando que sea asumido por los distintos sectores sociales sobre la base de una agenda que no se limite a los aspectos de liberalización comercial y que ponga en su centro el tema de la superación de la pobreza y la desigualdad. Solo así podrá asegurarse el objetivo propuesto en el proyecto preparado por la parte chilena para la Segunda Cumbre, acerca de que «el respeto a la persona humana y al pleno desarrollo de sus capacidades encuentren la vigencia que merecen».

Notas

1. Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas*, t. I, Editorial Progreso, Moscú, 1973, p. 115.
2. Juan Valdés Paz *et al.*, «La globalización: una mirada desde la izquierda» (mesa redonda), *Temas*, n. 5, enero-marzo de 1996, p. 73.
3. «Liberalization and Globalization: Drawing Conclusions for Development», South Centre, Ginebra, 1996, p. 3.
4. Silvio Baró, «Globalización: contradicciones, implicaciones y amenazas», *Análisis de Coyuntura (Globalización: desafíos en el mundo de hoy)*, n. 2, AUNA (Asociación por la Unidad de Nuestra América), La Habana, 31 de marzo de 1997, p. 3. Énfasis de Baró.
5. John Gerald Ruggie, «At Home Abroad, Abroad at Home: International Liberalization and Domestic Stability in the New World Economy», *Jean Monnet Chair Papers*, n. 20, The Robert Schuman Centre at the European University Institute, Florencia, p. 47.
6. Citado por Martha Harnecker, *Haciendo posible lo imposible: la izquierda en el umbral del siglo XXI* (versión preliminar), Centro de Investigaciones Memoria Popular Latinoamericana (MEPLA), La Habana, 1998, p. 65.

7. James H. Mittelman, «Rethinking the “New Regionalism” in the Context of Globalization», *Global Governance*, n. 2, 1996 y Jaime E. Estay Reyno, «Pasado y presente de la integración económica latinoamericana», en Jaime Preciado y Alberto Rocha, *América Latina: realidad, virtualidad y utopía de la integración*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1997.
8. Ignacio Ramonet, *Géopolitique du chaos*, Editions Galilée, colección «L'espace critique», Paris, 1997. El propio Ramonet ha señalado que, en consecuencia, se ha producido un «ascenso de lo irracional» («la montée de l'irrationnel»).
9. Eric Toussaint, *La bourse ou la vie: La finance contre les peuples*, CADTM, Bruselas, 1998, cap. III, pp. 55-69. Próximamente podremos contar con una edición en español de la interesante obra de Toussaint, a cargo de la Editorial Nueva Sociedad, de Caracas, Venezuela.
10. The Commission on Global Governance, *Our Global Neighbourhood*, Oxford University Press, Oxford, 1995, p. 21.
11. Zbigniew Brzezinski, *Out of Control: Global Turmoil on the Eve of the 21st Century*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1993, pp. 182-220.
12. Stephen Castles, *Globalisation and Migration: Some Pressing Contradictions*, notas del Congreso Intergubernamental, UNESCO-MOST, 16 de junio de 1997 (mimeo).
13. Diálogo Interamericano, *Convergencia y comunidad: las Américas en 1993*, Instituto Aspen, Washington, 1992, p. 45.
14. Banco Interamericano de Desarrollo, *América Latina tras una década de reformas: progreso económico y social en América Latina. Informe 1997*, Washington D. C., septiembre de 1997, p. 76.
15. *Ibidem*, p. 43.
16. Atilio Borón, *La sociedad civil después del diluvio neoliberal*, EURAL, Buenos Aires, p. 34. (mimeo).
17. Sebastián Edwards, «Latin America's Underperformance», *Foreign Affairs*, v. 76, n. 2, marzo-abril de 1997, p. 95.
18. Jaime Preciado, «Alternativas al neoliberalismo en la América Latina de la postguerra fría», en Jaime Preciado, Jaime Estay y John Saxe-Fernández, *América Latina en la postguerra fría: tendencias y alternativas*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México, 1997, p. 27.
19. Carlos Juan Moneta, «La dimensión cultural: el eslabón perdido de la globalización», *Capítulos del SELA*, n. 47, julio-septiembre de 1996.
20. James E. Dougherty y Robert L. Pfaltzgraff, Jr., *Contending Theories of International Relations: A Comprehensive Survey*, Harper & Row, Nueva York, 1981, pp. 417-67.
21. Alberto Alesina, Enrico Spolaore y Romain Wacziarg, *Economic Integration and Political Disintegration*, Universidad de Harvard, Cambridge, 1997 (mimeo).
22. Barry Eichengreen, «A More Perfect Union? The Logic of Economic Integration», *Essays in International Finance*, n. 198, Universidad de Princeton, Princeton, Nueva Jersey, junio de 1996.
23. Alan S. Milward, *The European Rescue of the Nation State*, Routledge, Londres, 1992.
24. Andrew Moravcsik, *Why the European Community Strengthens the State: Domestic Politics and International Cooperation*, Centro de Estudios Europeos, Universidad de Harvard, Cambridge, 1994.
25. James Mittelman, *ob. cit.*
26. *Ibidem*, pp. 190-1.
27. *Ibidem*, pp. 189.
28. *Ibidem*, pp. 192. La Cumbre del Foro del Caribe celebrada en Santo Domingo en agosto de 1998, con la inclusión de Cuba como observador, y la firma de un Acuerdo de Libre Comercio entre el CARICOM y República Dominicana son ejemplos muy concretos de estos procesos «desde abajo».
29. James Mittelman, *ob. cit.*, p. 192.
30. James H. Mittelman, «Rethinking the International Division of Labor in the Context of Globalisation», *Third World Quarterly*, v. 16, n. 2, 1995, pp. 279-82.
31. Jaime Preciado y Alberto Rocha, «Problemas y desafíos actuales del proceso de regionalización de América Latina y el Caribe», en Jaime Preciado y Alberto Rocha, *ob. cit.*, p. 82.
32. James Rosenau, «Cambio y complejidad: desafíos para la comprensión en el campo de las relaciones internacionales», *Análisis Político*, n. 32, Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá, septiembre-diciembre de 1997.
33. L. Alan Winters, *What Can European Experience Teach Developing Countries About Integration?*, Working Paper Series, 215, Departamento de Integración y Programas Regionales, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington D. C., 1997.
34. Enrique Barón Crespo, «¿Cómo dar la palabra a los electores?», en Paddy Ashdown *et al.*, *¿Cómo pueden los electores de la UE hacer oír su voz?*, Instituto de Investigaciones de Política Pública Philip Morris, Bruselas, 1995, p. 29.
35. Véase J. H. H. Weiler, *Europe After Maastricht - Do the New Clothes Have an Emperor?*, Harvard Jean Monnet Working Paper 12/95, Cambridge: Harvard Law School, Jean Monnet Chair, y Alan S. Milward, «Allegiance: The Past and the Future», *Journal of European Integration History*, v. 1, n. 1, NOMOS Verlagsgesellschaft para el Grupo de Enlace de Profesores de Historia adjunto a la Comisión Europea, Baden-Baden, 1995.
36. Aunque al hablar de «sociedad civil» la mayor parte de los politólogos incluyen en ese concepto a los grupos empresariales, esta no es la perspectiva del autor. Esta teorización sobre la sociedad civil requiere mayor profundización y refinamiento. Convendría redefinir el concepto, ya que resulta evidente que la posición del empresariado con respecto al Estado es discutible. Un ejemplo interesante es el caso de los distintos gobiernos rusos bajo el presidente Boris Yeltsin y su vinculación y/o dependencia de los grupos empresariales surgidos de la antigua «nomenclatura» y fácilmente clasificables hoy como una «cleptotura» incrustada en el poder.
37. Lo que los angloparlantes llaman «the pooling of sovereignty». José Antonio Nieto Solís, *Fundamentos y políticas de la Unión Europea*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1995, p. 83.
38. Alan S. Milward *et al.*, *The Frontier of National Sovereignty: History and theory 1945-1992*, Routledge, Londres, 1993, p. 182.
39. Iain Begg y François Nectoux, «Social Protection and Economic Union», *Journal of European Social Policy*, v. 5, n. 4, 1995; Tony Judt, «The Social Question Redivivus», *Foreign Affairs*, v. 76, n. 4, septiembre-octubre de 1997; y Martin Rhodes, *A New Social Contract? Globalisation and Western European Welfare States*, Robert Schuman Centre, European University Institute, EUI Working Papers, Florencia, 1996.

40. Herald Muñoz, *Política internacional de los nuevos tiempos*, Editorial Los Andes, Serie Temas de Hoy, Santiago de Chile, 1996, p. 122.
41. Lourdes María Regueiro Bello, «La integración latinoamericana: apuntes para un debate», *Revista de Ciencias Sociales*, Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, San Juan, 1997, p. 128. Debo decir aquí que aun cuando concuerdo con Lourdes Regueiro en que las diferencias entre Europa y América Latina y el Caribe son sustanciales, a la hora de estudiar la integración y sacar conclusiones teóricas y prácticas sobre otras experiencias, no me parece irrelevante lo que ella define como «el referente eurocentrista», precisamente por la importancia que tienen en él los problemas sociales, tanto en los éxitos como en los fracasos. Reconocer la existencia de grandes diferencias económicas, políticas, sociales y culturales entre ambas regiones no exime a los científicos sociales de la responsabilidad de estudiar el proceso europeo y llegar a conclusiones sobre sus éxitos y fracasos.
42. Jaime E. Estay Reyno, «La integración económica americana: encuadre general, balance y situación actual», en Jaime Preciado, Jaime Estay y John Saxe-Fernández, ob. cit.
43. *Ibíd.*, pp. 74-75.
44. Alberto Rocha Valencia, «América Latina en su laberinto: integración subregional, regional y continental», en Jaime Preciado y Alberto Rocha, ob. cit., pp. 175-6.
45. Alberto Rocha Valencia, «América Latina: la gestación del Estado-región supranacional en la dinámica política de la integración regional y subregional», *Estudios Latinoamericanos*, nueva época, a. IV, n. 7, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F., enero-junio de 1997, pp. 73-4.
46. Socorro Ramírez, «El grupo de los tres (G-3) ¿Proyecto neopanamericano o neobolivariano?», en Jaime Preciado y Alberto Rocha, ob. cit., pp. 130-1.
47. Jeffrey Schott, *NAFTA: An Interim Report* [ponencia a la Tercera Conferencia del Banco Mundial sobre Desarrollo de América Latina y el Caribe, Montevideo, Uruguay, junio 29 a julio 1 de 1997], Institute for International Economics, Washington, 1997.
48. Stephen Haggard, *Developing Nations and the Politics of Global Integration*, The Brookings Institution, Washington, D.C., 1995, p. 99.
49. «Cumbre de las Américas, Declaración de Principios», *Cuadernos de Nuestra América*, v. XII, n. 24, julio-diciembre de 1995, p. 83.
50. Klaus Deininger y Lyn Squire, «New Data Set Measuring Income Inequality», *The World Bank Economic Review*, v. 10, n. 3, septiembre de 1996, p. 588.
51. Helio Jaguaribe, *Mercosul e as alternativas para a ordem mundial* [ponencia presentada en el Encuentro Internacional «Globalización, América Latina y II Cumbre de las Américas», Santiago de Chile, 30 de marzo al 2 de abril de 1998], Instituto de Estudios Políticos y Sociales, 1998, p. 13 (mimeo).

© TEMAS, 1998.

Terrorismo y amenazas imperialistas

Isabel Monal

Profesora e investigadora. Instituto de Filosofía.

Los horribles atentados del 11 de septiembre, y las guerras que les han seguido, marcan sin dudas un hito cuyo significado y proyección futura no se puede ignorar ni minimizar. Salvo excepciones, existe una tendencia a conferirle al atentado terrorista la exagerada dimensión de demarcación de cambio de época o de inicio de un nuevo orden internacional. No parece tampoco acertado el juicio que lo ubica, en cambio, como un acontecimiento casi anecdótico, con lo cual se minimiza el impacto real que ya ha tenido, y sigue teniendo, en las configuraciones geopolíticas y geoestratégicas. Sin dudas, una transformación importante de estas configuraciones está teniendo lugar, pero el mundo no parece haber cambiado en el sentido profundo del término. Visto en su proyección, el acto terrible del 11 de septiembre y la riposta estadounidense, junto con los antecedentes de la Guerra del Golfo y de los ataques a Yugoslavia, permiten, en lo esencial, la conformación y afianzamiento del llamado nuevo orden mundial surgido después de la caída del socialismo en Europa del Este y la desintegración de la URSS. Ahí radicaría el cambio más significativo. Pero no el único.

No parece posible tratar de entender, al menos parcialmente, lo que ha ocurrido, si no vemos la encrucijada de varias transversales, en cuya lógica habría que ubicar el sangriento acto terrorista más espectacular imaginable, aunque su número de víctimas —no está de más aclarar enseguida— no alcanza las espeluznantes cifras de lo que alguien ha llamado con justeza el terrorismo silencioso del hambre y las enfermedades de cientos de miles de niños del Tercer mundo, víctimas del muy injusto orden económico, político y social mundial.

Algunas de esas transversales son de particular significación para el objeto de este análisis.

La causa antiterrorista. Geoestrategia e ideología

En primer lugar, lo más acertado sería comprender que el 11 de septiembre debe, en parte, su ocurrencia al hecho de que el mundo no ha cambiado como debía, ni se ha modificado en la dirección de una mayor justicia social y equidad, por una parte, ni de una disminución

o, mejor aún, desaparición de la hegemonía, dominio y explotación imperialistas, por otra. Sin embargo, en el marco del capitalismo neoliberal que se internacionaliza, se han producido conocidos cambios en un sentido inverso: ha habido, desde hace más de diez años, una intensificación de ese dominio, una pobreza y miseria crecientes, desigualdades que se ahondan, países enteros amenazados con desaparecer por miseria y enfermedades (como es el caso del SIDA en gran parte de África), flagrantes injusticias que proliferan, y relaciones internacionales impositivas, arrogantes y humillantes. Nunca antes fue tan terrible el panorama del planeta; nunca antes la humanidad había conocido un poder imperial unipolar tan poderoso. Es en ese panorama, en primera instancia, que habría que ubicar los atentados del 11 de septiembre, si se quiere ser serio y abarcador.

En realidad, hay una contradicción en el sistema de explotación y dominación que obliga a los Estados Unidos a encontrar «soluciones» que permitan la supervivencia de aquel. Desde 1948, se manifestó la conciencia de la existencia de este problema y, por tanto, de los objetivos que debían mantenerse de una administración a otra. Así, George Kennan, cuando dirigía el equipo de planificación del Departamento de Estado, constataba que los Estados Unidos poseían alrededor de 50% de las riquezas mundiales pero solo 6,3% de su población. «Nuestra verdadera tarea —continuaba la argumentación— en el período que viene es desarrollar un sistema de relaciones que nos permitirá mantener esta posición de desigualdad sin poner en peligro nuestra seguridad nacional».¹ Cuánto tiempo podrá mantenerse esta situación con su contradicción insuperable (siempre y cuando el peligro no se entienda como amenaza a la seguridad, sino a lo insostenible del sistema), es una pregunta que nunca ha dejado de estar sobre el tapete, pero que los atentados del 11 de septiembre han recordado en su actualidad.

Los Estados Unidos decidieron enfrentar el terrorismo que ahora los golpea de la peor manera posible, haciéndole la guerra al pueblo afgano en nombre de una cruzada antiterrorista, cuyo objetivo central y verdadero, de tipo geoestratégico y geopolítico, busca en realidad incrementar y consolidar su poder y control sobre el mundo, y para lo cual el antiterrorismo es una útil y «honesta» fachada de presentación. Se trata, pues, de una guerra neocolonial e imperialista de amplias proyecciones, lo que no quiere decir, como a veces se lee, que la búsqueda de Bin Laden y la destrucción de los talibanes haya sido solo un pretexto. Sin dudas, son pretextos para ocultar y justificar objetivos más importantes y vastos, pero la lucha contra el terrorismo que los azota directamente, y la consecuente lucha contra los talibanes y su huésped, fueron también objetivos

de sus acciones, aunque no los únicos ni los más importantes.

Contrariamente a lo que se quiere hacer creer, el imperialismo no ha desaparecido de la faz de la tierra con las mundializaciones múltiples y las transnacionales, sino que ha entrado en una nueva fase o, como sostienen algunos especialistas, se ha transformado en un nuevo imperialismo. En cualquiera de los dos casos, lo que interesa subrayar no es solo su permanencia como tal, sino que, con los nuevos desarrollos y sin por ello modificar su naturaleza esencial, el imperialismo ha sufrido transformaciones cualitativas importantes con la nueva fase de la internacionalización del capital y esas formas múltiples de mundialización que lo acompañan, formando un conjunto de estrechas imbricaciones. En las nuevas circunstancias, ya no se trata, para el imperialismo en general, de un control militar o colonial directo sino, en particular, del control de los mercados y de la dominación tanto política como militar necesarios para ello. No existe, pues, una tendencia a controlar directamente determinados territorios, sino más bien a controlar la economía mundial y los mercados globales. Por ello, al poder unipolar le resulta imprescindible liberarse tanto de las trabas (económicas, políticas o militares) que le impidan ejercer su dominación a escala planetaria, como de obstáculos tales como el respeto a las fronteras o a las soberanías nacionales, en especial las de los Estados del Tercer mundo y de aquellos que no sean sus propios aliados o sus servidores. Todo ello no quiere decir que el uso de la fuerza no le sea necesario; por el contrario, ella continúa desempeñando un papel fundamental. Pero, en las nuevas circunstancias, ese ejercicio de la fuerza demanda condiciones de gran flexibilidad y que se pueda llevar adelante lo más rápidamente posible. Estos objetivos estratégicos demandan, a su vez, variadas formas complementarias a la mundialización económica, tales como las intervenciones militares y políticas, para que la internacionalización del capital tenga éxito y pueda ser permanente. Es un conjunto necesario para la expansión y el reforzamiento imperialistas, y para que la potencia unipolar logre establecerse con más fuerza y más plenamente.

Pero la treta de descalificar el concepto y la teoría del imperialismo ha rendido, sin embargo, sus frutos, incluyendo las ingenuidades y «modernismos» de una parte importante de la izquierda. Resultó, por ejemplo, muy útil en momentos específicos, como la guerra contra Yugoslavia y la intervención en Kosovo, y también en la guerra contra el pueblo afgano y a favor del proyecto imperial en curso, con fachada de antiterrorismo. Sin dudas, la descalificación del concepto de imperialismo ha sido, como ha señalado Samir Amin, una útil jugarreta ideológica. Los que hablan de imperialismo y

antimperialismo son acusados de retardatarios, de estar rezagados respecto a los avances cognoscitivos de las ciencias sociales, y a permanecer atrapados en ideologismos ya superados. Es un triste espectáculo leer, en ocasiones, a respetados teóricos de la izquierda en filigranas a la moda para escapar del anatema. Claro que la deslegitimización de la idea del imperialismo conlleva la inmediata consecuencia de deslegitimar, asimismo, la lucha real y política contra él, y el concomitante resultado de favorecer la acción imperial en todas las latitudes. Ayuda, igualmente, a legitimar la retórica capitalista e imperialista dominante, y priva a los movimientos populares y de izquierda de un arma formidable de lucha y de esclarecimiento ideológico.

Afganistán en perspectiva: la guerra equivocada

Existen indicios de que esta guerra imperialista por mantener e incrementar la supremacía de los Estados Unidos en el mundo había sido concebida y planeada desde meses antes de los acontecimientos del 11 de septiembre. Es lo que afirmó, en una entrevista a la BBC, Niaz Naik, ex ministro paquistaní de Asuntos Exteriores. Al parecer, desde fines de julio de 2001, funcionarios norteamericanos le habían hablado de un plan que buscaría lanzar una operación militar para derrocar al régimen talibán e instalar en su lugar un gobierno de afganos «moderados»; esto se llevaría a cabo, a más tardar, hacia mediados de octubre (antes de las nieves) desde las bases situadas en Tadjikistán, en donde los consejeros de los Estados Unidos ya estaban presentes.² Este dato es importante porque confirma, además, el trasfondo de las verdaderas intenciones geoestratégicas, ya que la guerra no estaba directamente motivada por el afán antiterrorista. Asia representa un área de vital interés estratégico para los Estados Unidos en su línea de reafirmar y potenciar su propio papel de centro mundial del imperialismo. La guerra contra Afganistán se inscribe en esa óptica.

Sin dejar de tener en cuenta que el motivo central de esa guerra y la cruzada antiterrorista radica en sus intereses geopolíticos de supremacía mundial, existen asimismo varios otros objetivos muy importantes. El eje petrolero es, sin dudas, uno de ellos; se trata, sobre todo, del control económico y militar de los grandes corredores energéticos, un hecho reconocido por la prensa burguesa y por innumerables analistas más o menos lúcidos, que no son precisamente de izquierda; en el entendido, además, de que el control y la garantía del petróleo es también una condición para la supervivencia de la supremacía del imperialismo contemporáneo y de su representante máximo y más

poderoso. Zbigniew Brzezinski deja claramente expuesta la importancia de Asia central cuando subraya la necesidad del control estadounidense de lo que él denomina los «Balcanes eurasiáticos», que incluyen el territorio desde el área caucásica del Caspio hasta las repúblicas ex soviéticas de Asia central, así como Afganistán e Irán. Para él, queda muy claro que el área está situada en una posición central respecto a la red de comunicación destinada inevitablemente a conectar de manera más directa la extremidad más rica e industrializada de la Eurasia occidental y la oriental.³

Ese dominio necesita no solo el control de las vías energéticas, sino también de las articulaciones esenciales, infraestructuras, comunicaciones, intercambios y comercio. Tal control requiere territorio, sometimiento de las poblaciones y bases militares que posibiliten prontas intervenciones. La supremacía militar es una condición para el mantenimiento y la ampliación de la supremacía económica y política, capaz de quebrar resistencias y de tomar el lugar de otras influencias competitivas. El cambio cualitativo del imperialismo no supone la desaparición o disminución de la importancia de las bases militares. Por ejemplo, el papel tan importante de la aviación moderna en la estrategia de dominio, puesta en evidencia en el Golfo, Kosovo y Afganistán, requiere de una cierta cercanía al teatro de las operaciones, pero también son útiles para el sometimiento permanente de las áreas ya bajo control. Con la presencia de bases en el corazón de Asia —no solo en Afganistán, sino también en algunas de las repúblicas ex soviéticas—, se obtiene una posición prominente en el área y se posibilita el establecimiento de un cordón de bases del Pacífico al Golfo Pérsico. La progresión de los últimos años es significativa; gracias a la guerra del Golfo, los Estados Unidos lograron finalmente implantarse en el Medio Oriente; con la guerra contra Yugoslavia han instalado bases en Bosnia, Kosovo y Macedonia; después se instalan en Afganistán y varias de las ex repúblicas soviéticas (Tadjikistán, Turkmenistán y Georgia). No es cuestión de una forma colonial directa, no se gobiernan los territorios de la manera clásica colonial, pero se utilizan bases y hasta se pueden crear, en caso necesario, especies de protectorados con fachada de internacionales, que permitan el avasallamiento necesario.

Esta guerra imperialista buscaba mantener e incrementar la supremacía de los Estados Unidos en el mundo. Pero el hecho de que, por su naturaleza, fuera imperialista no excluye, sin embargo, como ya ha observado algún estudioso, que poseyera rasgos propios de las guerras colonialistas clásicas tradicionales: la indiscutible superioridad tecnológica de las armas de los invasores (que en el caso de Afganistán fue

devastadora), la inserción de la guerra en un conflicto étnico-tribal en curso, utilizando una de las partes contra la otra; decisión desde el exterior de cuál gobierno debe ser el del país vencido, reparto del botín, etcétera.⁴

La presencia de las bases militares o de ejércitos extranjeros puede también quedar «justificada» porque perdure una situación de inestabilidad, tal y como viene ocurriendo en Kosovo, por ejemplo. Aquí el mantenimiento de la desestabilización «muestra» la necesidad de la presencia militar extranjera.⁵ En el caso de Afganistán, y de Asia central en general, el designio está claro: de una forma u otra se mantendrá la presencia militar estadounidense y, para Afganistán en específico, también la de algunos de sus aliados (Gran Bretaña en particular) por largo tiempo.

Es conveniente, para el designio de dominación imperialista, esta multiplicidad de las fuerzas de intervención y ocupación porque permiten la fachada internacional y, con ello, la referencia a la famosa «comunidad internacional», designación secuestrada por los poderes imperiales desde la Guerra del Golfo. Aunque el caso de Afganistán ha sido, en muchos sentidos, una especie de repetición de lo ocurrido en el Golfo en 1991, en tanto primera guerra del nuevo orden, hay, sin embargo, importantes diferencias. Una de ellas es precisamente el papel de los aliados y las relaciones entre ellos. La progresión, en ese sentido, es bien significativa. Para Iraq se buscó, y se logró, el aval y la participación de la ONU. Ello implicó, no obstante, dificultades en la conjunción de voluntades políticas e innumerables ajetreos diplomáticos para lograr el consenso entre tan variados aliados. Para los ataques a Yugoslavia y su provincia de Kosovo, las fuerzas imperialistas prefirieron limitarse solo a la OTAN, lo cual les permitía una mayor libertad de movimiento y decisión, e introducía la alianza de los poderosos como fuerza interventora y de gendarme internacional, un precedente importante y necesario para los proyectos de reparto y dominación del mundo. Pero en el caso de Afganistán, hasta el uso de la OTAN parecía mucho para los Estados Unidos; ello hubiera provocado, a sus ojos, tener en cuenta muchas opiniones y demasiados miramientos y concesiones. Se montó, cierto, una alianza, pero solo para apoyar y sostener a los Estados Unidos. En este caso, se dejó de lado hasta los aliados más cercanos de la OTAN para tener las manos totalmente libres; después de todo, el argumento ha sido que los Estados Unidos habían sido atacados. Con la nueva guerra, estos han establecido su autonomía bélica. Aquí se está también frente a un precedente de consecuencias incalculables, más aún si se tiene en cuenta que el ataque terrorista del 11 de septiembre generó una onda de aceleración de las acciones y proyecciones imperiales.

Y con ello la tentación de manejar y salvaguardar el sistema mediante la guerra.

Se trata de la guerra como política o como una manera privilegiada de hacer política. Brzezinski lo establece claramente, con bastante anticipación a los atentados de septiembre. Para el consejero del presidente James Carter, «lo que hay que preservar es el sentimiento de que el orden del mundo reposa, en última instancia, sobre los Estados Unidos [...] Ellos deben estar en posición de actuar solos y de manera independiente cuando la acción colectiva no pueda ser orquestada».⁶ Una divisa claramente establecida en la progresión, que acaba de señalarse, que va del Golfo a Afganistán, a Iraq. Para la en ocasiones inconveniente opinión pública norteamericana y la de los aliados europeos, ya se había encontrado también una salida. Ante el temor de que la duración de la guerra, con sus atrocidades, hubiera logrado hacer bascular la opinión en el sentido contrario a la guerra, la garantía de que sería de corta duración, al menos en su período más grave y terrible, impediría que el movimiento por la paz lograra hacerse fuerte y potente, como ocurrió con Viet Nam.

La guerra contra Afganistán fue la continuación y profundización de la misma lógica imperialista que condujo a la Guerra del Golfo y a la guerra contra Yugoslavia, las cuales forman a su vez un conjunto con las violentas agresiones a Panamá y Somalia. Es esa transversal de la geopolítica del designio de dominación y explotación, con las características de las nuevas formas del imperialismo, la que enlaza, en la encrucijada, con el desafío terrorista. Lo que no excluye, por supuesto, que el componente antiterrorista sea real y legítimo.

Pero esa guerra, además de ser un crimen, fue un grave error. No solo porque la situación de confrontaciones se ha extendido, y produce caos e ingobernabilidad, sino también porque, aun cuando las fuerzas imperialistas y sus socios (incluyendo a los nuevos servidores de antiguas repúblicas soviéticas decididas a unirse al carro del poder unipolar y con la ilusión de participar en el juego de influencias de la región) hayan obtenido la victoria militar, las consecuencias políticas y sociales para toda la región y el resto del mundo serán impredecibles. Los talibanes, pero sobre todo Bin Laden y su red Al Qaeda, podrían emerger como héroes, y hasta casi santos, ante significativas masas de creyentes y gente humilde, y sus futuros émulos y seguidores podrían multiplicarse indefinidamente. Estos no serán resultados necesariamente inmediatos —¿cuánto tiempo pasó desde que Arabia Saudita autorizara la presencia de tropas norteamericanas en su suelo (uno de los agravios esgrimidos por Bin Laden) y los atentados de Nueva

En su lucha obsesiva contra el socialismo y el comunismo —y, en general, contra todos los movimientos progresistas— los Estados Unidos concibieron la promoción del islamismo político extremista como una fuerza de choque y de subversión.

York? Por eso no se sabe cuándo ni cómo será el verdadero fin de la guerra, y mucho menos cuáles nuevas y peligrosas amenazas acecharán la tranquilidad del planeta. El odio que esta guerra puede haber engendrado puede ser infinito, y las amenazas inimaginables. No es posible avasallar y humillar indefinidamente a poblaciones enteras sin que, desprovistas de perspectivas y esperanzas reales, se dejen llevar por el barranco sin solución de las reacciones irracionales. Por el momento, no obstante, son los triunfos de los Estados Unidos y sus aliados cercanos los que dominan el escenario, lo cual ha traído como una de sus consecuencias que el imperio se sumergiera en una euforia triunfalista y arrogante que lo estimula aún más a la gestión por la guerra y el intervencionismo en los asuntos del planeta, como se ha visto después en Iraq.

Terrorismos, fundamentalismos y política imperialista

El tratamiento paradójico, oportunista y desequilibrado por parte de los Estados Unidos de los problemas del Medio Oriente, y del mundo árabe y musulmán en general, están en la raíz de muchos de los males de hoy, incluyendo el terrorismo. Durante décadas el imperialismo occidental se esforzó, con bastante éxito, en liquidar a líderes y movimientos enteros de esos países que no servían a sus intereses o que consideraban demasiado radicales o comunistas. La lista sería larga, pero resulta imprescindible entrar en algunas precisiones sobre los más significativos, respecto al presente análisis.

Durante décadas los países imperialistas europeos, y los Estados Unidos en particular, llevaron a cabo una política sistemática de subversión y aniquilamiento no solo de los gobiernos o movimientos procomunistas, sino también contra todas las tentativas de desarrollo independiente que sobre bases relativamente laicas trataron de implementar diversos países del Tercer mundo, en algunos casos inclusive de naciones recién salidas del estatus colonial. Irán, el Egipto de Nasser, Indonesia y la Argelia del FLN, son ejemplos típicos de esta política de hostilidad de Occidente. Esa hostilidad no se encuentra, sin embargo, hacia los regímenes feudales y oscurantistas de la región.

En 1953, el gobierno progresista, nacionalista, reformista y laico de Muhammad Mossadegh fue liquidado por un golpe fomentado por la CIA; sus seguidores, incluyendo a los comunistas del partido Toudeh, fueron masacrados por miles en un baño de sangre sin precedentes entonces. Fue aquel gobierno, es oportuno recordarlo, el que nacionalizó los campos de petróleo de Irán. En la década de los 60, Ben Barka fue asesinado mediante un contubernio entre los agentes de Marruecos y los franceses. A mediados de esa década, el gobierno progresista y de política exterior independiente de Sukarno, en Indonesia, fue eliminado mediante un golpe que encabezó Suharto y fomentaron los Estados Unidos. Decenas de miles de comunistas y de seguidores del presidente fueron asesinados. Esa política de sistemática liquidación de movimientos y gobiernos laicos, ya fueran reformistas, nacionalistas o revolucionarios, y de la consecuente destrucción de las esperanzas y de las opciones de desarrollo y de independencia, no podía dejar de traer nefastas consecuencias.

Comentando esta situación, Samir Amín hacía notar recientemente cómo el capitalismo y el imperialismo occidentales habían liquidado poco a poco, o reducido a su ínfima expresión, las fuerzas laicas no pronorteamericanas o no sometidas a algunos de sus aliados occidentales (el caso de Ben Barka), lo que finalmente creó un vacío político. Este vacío, unido a la permanencia de las condiciones de hambre, explotación y opresión de amplias masas, por muchos de aquellos gobiernos pro-occidentales, fue abriendo el camino y creando condiciones para el islamismo político, sobre todo el integrista; un proceso que entonces, y por muchos años, contó con el aliento, apoyo y promoción de los poderes imperialistas, los cuales salieron muy beneficiados entonces con aquellos resultados, además de alejar el tan temido peligro de los cambios revolucionarios. No se insistirá lo suficiente en lo desastroso de esta política para el mundo árabe y musulmán y, en consecuencia, para todo el planeta.

El Islam político es, en general, una tendencia retardataria y oscurantista que se asienta en una ideología conservadora y hasta reaccionaria, particularmente opresora respecto a las mujeres. En la época del alza del movimiento de liberación nacional en los países árabes (con sus limitaciones) tales como el nasserismo,

el baathismo, Boumedién, etc., el Islam político no existía. No porque estuviera reprimido, sino porque existían alternativas reales de llevar adelante proyectos de desarrollo, nacionalistas, reformistas, etc. Ha sido ese vacío, creado por las interferencias e intervenciones imperialistas, con su aniquilamiento de las esperanzas, lo que ha permitido el surgimiento de la situación actual, generadora de terroristas fanáticos extremistas.

Tal y como muestra la historia hasta ahora, el Islam político integrista no es, en general, el que ofrece las alternativas de sociedades más justas y, por tanto, antifeudales y equitativas. En sentido general, su presencia ha sido poco significativa en los movimientos de contestación y protestas actuales. En su esencia, no se caracterizan, salvo excepciones, como antineoliberales, o propiamente antimperialistas; cuando más, se manifiestan como antinorteamericanos, y ya esto es en cierta forma una limitante, porque no apunta al sistema como tal. Lo que no excluye, sino todo lo contrario, la necesidad de unir al conjunto de los movimientos populares, de protesta y antimperialistas con los movimientos populares de tradición islámica no identificados con el terrorismo universal.

En realidad, la estrategia del imperialismo parece haber impuesto una lógica infernal. Se liquidan gobiernos y fuerzas laicas nacionalistas, se crea un vacío político que inmediatamente es llenado por el Islam político y por las redes terroristas, también fomentadas contra los movimientos progresistas; a su vez, las condiciones de miseria, explotación y humillación se hacen cada vez más intolerables, y se incrementa y desborda, en consecuencia, un terrorismo ciego e irracional a escala planetaria.

No se puede ver el terrorismo actual como algo totalmente ajeno a esta evolución, como tampoco es inseparable de toda la atmósfera de violencia, asesinatos, torturas, impuestos, por ejemplo, en América Latina por terribles dictaduras (promovidas y alentadas por la CIA y los procónsules del imperio), y mucho menos separado de la desgarradora situación del Medio Oriente y la agresión continua a los palestinos.⁷

Bin Laden ha dicho que ya nunca más los Estados Unidos se sentirán seguros, y que vivirán con las mismas incertidumbres y sufrimientos que los árabes y los musulmanes vienen sufriendo desde hace décadas. Aunque parte de los objetivos de esa guerra absurda se alcanzaron, todo parece indicar que, efectivamente, Bin Laden y sus seguidores estarían logrando ese propósito; pero, ¿a qué precio? En primer lugar, ¿qué sentido ni valor puede tener, política y moralmente, precipitar al pueblo norteamericano al temor y desasosiego permanentes? Nada podrá justificar las víctimas inocentes de uno u otro lado (el pueblo norteamericano y los civiles afganos), y el resultado del atentado ha

sido también elevar la imagen del imperialismo a los ojos del mundo, y facilitar en bandeja de plata justificaciones y argumentos para llevar adelante, ampliar y profundizar sus designios geopolíticos. El imperio se ha hecho más arrogante y se siente empujado a tener que demostrar su poder ante el mundo, a no dejarse humillar y a mantener el miedo que a muchos inspira. El imperio más fuerte y poderoso de la historia de la humanidad no puede permitir tranquilamente «perder la cara» y aceptar con pasividad el golpe recibido. ¿Es que los irracionales y fanáticos terroristas del 11 de septiembre no anticiparon la furia del gran poderoso? Toda esta visión del integrismo terrorista está demostrando, entre otras cosas, cuán peligroso y criminal puede ser este tipo de primitivismo político con su enfoque irracional del mundo, de la historia y de las formas de lucha para la transformación del mundo y, mucho menos, si se quiere un mundo mejor y más justo.

El terrorismo bárbaro y ciego guiado por el odio, no es un camino ni una salida: es un salto al vacío. El odio irracional al imperio, que ellos además convierten en odio al pueblo estadounidense, no es ni podrá ser la vía para ese mundo mejor y más justo, para un mundo en que un puñado de países no exploten ni humillen a la mayoría de la humanidad, ni existan las enormes desigualdades entre pobres y ricos, y débiles y poderosos. De hecho, conduce a lo contrario.

Debe llamar a seria reflexión, por otra parte, lo que significó que no solo muchos árabes y musulmanes recibieran la noticia del ataque con indiferencia y hasta con beneplácito, sino que, aunque más mitigado, no produjo todo el rechazo y la condena que merecía entre sectores de otras muchas partes del mundo. Es una mala noticia para el imperio y sus aliados, que no quieren acabar de aceptar cuánto es el odio acumulado y creciente de amplias masas de la población mundial; pero es, sobre todo, una mala noticia para la humanidad en su conjunto, en especial, para los que creen que un mundo mejor es posible y que se puede y debe luchar sin descanso por obtenerlo.

Esa indiferencia es lamentable, en primer lugar, por una cuestión de principios y de ética, pero también por razones políticas: ese camino no conduce sino a la desorientación y al caos; no es la vía (ni forma parte de la vía) para cambiar el mundo, ni es tampoco el camino para luchar y liquidar al imperialismo. En el odio irracional y primitivo no hay un verdadero programa, ni un verdadero proyecto de sociedad ni de relaciones internacionales sensatas y equitativas. Y debe preocupar que tantos en el mundo, que están del lado opuesto al imperialismo y al neoliberalismo, se puedan extraviar y confundir de esta forma. No hay que subestimar todo lo que estas acciones encierran. Desgraciadamente, el

imperio y sus acólitos no sacarán de ello ninguna lección (los manifestantes en Pakistán escribían en una gran pancarta: *Americans, think why you are so hated all over the world* [Norteamericanos, piensen por qué son tan odiados en todo el mundo]). No pensarán mucho, pero la izquierda y el movimiento popular y progresista en general deben ser más sabios y extraer las conclusiones que se imponen.

Uno de los designios aparentes más malsanos y peligrosos de Bin Laden y los talibanes es provocar un choque o guerra de civilizaciones. Son tantos los daños y sufrimientos infligidos por el Occidente desarrollado, que ellos y muchos más creen que ha llegado la hora de la *jihad* y de la lucha de civilizaciones. Y, sin dudas, una de las reacciones más contraproducentes y más en consonancia con la línea de este objetivo ha sido la guerra criminal de los Estados Unidos y sus aliados contra el pueblo de Afganistán con visaje de lucha contra el terrorismo y del derecho de los Estados Unidos, atacados, a ripostar. La soberbia del imperio, los aliados, los oportunistas y los genuflexos y temerosos de la furia del imperio, apoyan y siguen detrás; y tal parece que ninguno de ellos comprende o quiere comprender las consecuencias terribles e impredecibles de la guerra para el planeta todo. Una guerra que, en definitiva, no acabó con el terrorismo, al menos con este tipo de terrorismo de fanáticos kamikazes. Y uno de los peligros más graves de esta «riposta» es, precisamente, favorecer y crear condiciones propicias para el buscado choque de civilizaciones o algo aproximado.

No parece exagerado preguntarse si no era precisamente esa reacción guerrerista la que secretamente anhelaban los autores del atentado, con el fin de precipitarnos en ese abismo. Los dirigentes estadounidenses y sus aliados no se cansan de repetir que no fue una guerra contra el Islam ni los musulmanes, que se trató solo de los terroristas. Pero los hechos sangrientos de la guerra, sus imágenes, el número increíble de víctimas civiles, la enorme cantidad de tiros errados (muy superior a los de Yugoslavia), han podido más que las palabras, discordantes con esa realidad. De pronto, las «armas inteligentes» dejaron de serlo o ya no lo son tanto; ¿puede alguien creer realmente en esas cifras de accidentes?⁸ ¿No pueden pensar muchos, con razón, que con ello se buscó llevar al pueblo afgano a una desesperación extrema, que lo obligara a rebelarse contra los talibanes y sus huéspedes? El cuadro que ha ofrecido esta guerra no puede borrarse con declaraciones ni con las hipócritas bolsitas de comida que fueron lanzadas durante los días de los feroces bombardeos.⁹ ¿Qué podría generarse en este caldo de cultivo, a la vez que seguían las matanzas de palestinos y se bombardeaba y bloqueaba a Iraq y morían más niños iraquíes que con el atentado a las torres gemelas?

Es necesario recordar aquí que Bin Laden, los talibanes y muchos otros terroristas y organizaciones terroristas fueron tolerados, estimulados, aplaudidos y hasta creados y apoyados por los propios Estados Unidos durante décadas. Es conocido que Bin Laden es un Frankenstein de la CIA, y quizás algunos hayan olvidado que, en su momento, el entonces presidente Bill Clinton, ante las críticas contra los desmanes de los talibanes, solo atinó a justificarlos argumentando que era la mejor solución para Afganistán, pensando probablemente en la estabilidad que habían traído.

Pero la larga y siniestra historia de la colaboración, promoción y apoyo de Washington a los terroristas de varios horizontes y, en particular, con los terroristas islámicos, no comenzó con Bin Laden y los talibanes. En su lucha obsesiva contra el socialismo y el comunismo —y, en general, contra todos los movimientos progresistas—, los Estados Unidos concibieron la promoción del islamismo político extremista como una fuerza de choque y de subversión. Por la vía de Pakistán, y con la ayuda de Arabia Saudita, dieron luz verde primero, y financiamiento y entrenamiento después, a las diversas sectas fundamentalistas de Afganistán, incluyendo, en su momento, a los talibanes.

Desde enero de 1980, los propios Estados Unidos financiaron las escuelas de terrorismo instaladas en los territorios tribales del Noreste. Allí se formaron varias oleadas sucesivas de terroristas. Aquellas escuelas del terror estuvieron apoyadas por la CIA, y sus egresados pasaron a ser conocidos internacionalmente como los «afganos», aunque, en realidad, eran grupos compuestos por profesionales del terror de muchos orígenes árabes y musulmanes. Después se fueron repartiendo por el mundo y constituyendo redes; algunos se trasladaron a Argelia y otros hacia los Estados Unidos. El propio Brzezinski se ha ufano de haber sostenido a los combatientes moujadines en la lucha contra el gobierno procomunista de Afganistán, desde mediados de 1979, es decir, seis meses antes de que la Unión Soviética entrara en ese país.¹⁰ Las cifras sobre este ejército de fanáticos islamitas radicales y asesinos se cuentan en alrededor de cien mil. Existe también el dato de que algunos de los grupos islamitas de Argelia fueron entrenados en los Estados Unidos —algunos directamente por expertos de la CIA— para el asesinato. En realidad, como lo muestra la historia de los últimos lustros, ha sido el propio pueblo de los países árabes y musulmanes la primera y más sufrida víctima de los terroristas integristas.

Contrariamente a lo que pensaban Bin Laden y sus socios, la CIA los manipuló y los utilizó en su guerra contra el socialismo y el comunismo, en particular en Afganistán. Llevados por su fervor religioso extremo,

los combatientes islámicos parece que ignoraban, en su mayor parte, que luchaban por los intereses de los Estados Unidos. El mismo Bin Laden no estaba consciente de esta manipulación.¹¹ En realidad, los llamados *freedom fighters* [luchadores por la libertad] actuaron sin fronteras en su cruzada asesina. No solo actuaron en países árabes, sino también en otros países musulmanes. Establecieron nexos con los ejércitos musulmanes de Chechenia y de Bosnia. Y también con la UCK de Kosovo y Macedonia. Todo bajo la mirada complaciente o el apoyo de la gran potencia imperialista y, en algunos casos, como en los conflictos yugoslavos, con el visto bueno de algunos de sus aliados de la OTAN. Todo quedaba justificado por el enfrentamiento al «malévolo» comunismo.

A raíz de los terribles ataques del 11 de septiembre, los gobiernos árabes, por la voz de Hariri y Moubarak hicieron explícito, en la BBC, que ellos habían prevenido a los Estados Unidos que estaban fabricando terroristas peligrosos. Ahora esos terroristas se han virado contra sus propios promotores. Como bien dice Noam Chomsky, por todo esto y otras muchas cosas, solo si se olvida su pasado, los Estados Unidos pueden ser considerados como una víctima inocente.

Algunos periodistas habilidosos de los medios occidentales han tratado de hacer creer que la llegada al poder de los talibanes fue solo obra de Pakistán, como si ignoraran que el financiamiento a chorros de la CIA —junto con el saudita— llegaba a los «luchadores por la libertad» (es decir contra el gobierno comunista de Afganistán, primero, y la ulterior intervención soviética, después), por vía de los servicios secretos de Pakistán (ISI).

En realidad, era un negocio para ambos; nadie debe dudar, porque está claramente expresado por los propios dirigentes pakistaníes de la época: ellos les hacían un servicio a los Estados Unidos y estos debían aceptar que Pakistán fuera implementando su propio proyecto panislámico bajo su control en la región, que necesitaba, entre otras condiciones, a Afganistán como su Estado vasallo. El islamismo militante recibió un impulso decisivo durante la presidencia, en Pakistán, del general Zia Ul Haq entre 1977 y 1988. Concentró entonces un grupo poderoso de oficiales en los servicios de información, los cuales estaban animados de una ideología que mezclaba el nacionalismo anti-indio y el mesianismo islámico. Cinco semanas antes de su muerte, el dictador explicaba que su finalidad era un «alineamiento estratégico» en Asia del sur, y que para ello necesitaba que Afganistán se convirtiera en un Estado satélite. Su objetivo central consistía en llegar a dirigir una confederación panislámica.

Ustedes los norteamericanos —razonaba Ul Haq— desearon que nosotros fuéramos un Estado de la línea del frente. Al ayudarlos en Afganistán hemos ganado el derecho

de tener en Kabul un régimen escogido por nosotros [...] Será un verdadero Estado islámico, una verdadera confederación islámica, una parte del renacimiento panislámico que ganará un día, ustedes lo verán, a los musulmanes de la Unión Soviética.¹²

El apoyo incondicional de Washington al Islam militante y, en el caso de Afganistán, por intermedio del ISI pakistaní, trajo consecuencias que todavía hoy se están padeciendo. En Pakistán y en el mundo entero, la CIA estimuló y financió, con la visión a corto plazo que ha caracterizado en este asunto a las diversas administraciones estadounidenses, las corrientes más extremistas y fanáticas del Islam, con el objetivo de que fueran peones permanentes tanto en su lucha contra el comunismo, como para sus designios imperiales más vastos.

Brzezinski trató de justificar todo esto con la mayor impudicia. Todo estaba permitido con tal de deshacerse del enemigo comunista. Siempre esa visión a corto plazo, adherirse a las «soluciones» más inmediatas, sin analizar a fondo las posibles consecuencias: es la misma visión que rige hoy las reacciones del imperio, sin reflexionar a dónde conducen al mundo con sus decisiones maniqueas y su poderío devastador. La ex presidenta de Pakistán, Benazir Bhutto, sintetiza el proceso: «La idea de los talibanes fue inglesa; la gestión, americana; el dinero, saudita; y la ejecución, paquistaní».¹³

Pero no era solo el enemigo comunista. En Gran Bretaña se recibía a terroristas mientras se le negaba el mismo tratamiento a la ANC de Nelson Mandela: el capitalismo occidental prefería la Sudáfrica del apartheid a los verdaderos luchadores por la libertad. Y no hace mucho, Rigoberta Menchú recordaba las acciones subversivas de Henry Kissinger en América Latina, y como promotor de asesinatos y terrorismos en Centroamérica y en el Cono sur. ¿Y qué decir de Cuba y el acoso terrorista por más de cuarenta años? Múltiples intentos de asesinatos a Fidel Castro, atentados contra sedes diplomáticas, promoción y apoyo a bandas asesinas, atentados terroristas a hoteles en la década pasada, secuestros de aviones, y hasta la voladura, en pleno vuelo, de un avión de Cubana de Aviación con 73 pasajeros a bordo. Si bien es cierto que el ataque a las torres gemelas es inédito por la cantidad de víctimas en un solo golpe y por haber utilizado aviones civiles como proyectiles, no es menos cierto que tiene sus antecedentes en dos tipos de terrorismo aéreo: el secuestro y la voladura de aviones. Llama la atención que no se recuerde hoy, en medio de tanta furia antiterrorista, que ambas invenciones macabras fueron creadas por la CIA y sus agentes, reclutados para la contrarrevolución en Cuba. Los terroristas asentados en Miami, o guiados desde allí, son tan Frankensteins del imperio como Bin Laden y los kamikazes del 11 de septiembre.

Podrían recordarse algunos de los elementos que justifican poner en duda la sinceridad antiterrorista de los poderes capitalistas aliados de los Estados Unidos, al que concedieron luz verde, en el manipulado Consejo de Seguridad, para llevar adelante la guerra contra Afganistán. Sin embargo, no hace tantos años esos mismos aliados aceptaron la posición del representante norteamericano, de que era una «pérdida de tiempo» prestarle atención a una demanda de Cuba que pedía la información que obraba en manos de los Estados Unidos sobre el acto terrorista contra Cubana de Aviación.¹⁴

Esos, y otros muchos, son los hechos que muestran hasta la saciedad que cuando el terrorismo es contra esa parte del Tercer mundo que no esté sirviendo de aliado sumiso, entonces todos los golpes son válidos. Por todo ello, nadie que sea serio y honesto podrá aceptar jamás que el poder imperialista pueda guiar, aunar, liderar y organizar la imprescindible y permanente lucha contra el terrorismo. Una lucha, que ya se desarrolla, será sobre todo contra los Estados y los gobernantes que molestan o contra los movimientos de protesta o de liberación, y que deja fuera y santificado el terrorismo de Estado norteamericano y de Israel. De nuevo el famoso «doble rasero», del cual se nos dice ahora, una vez más con todo cinismo, que hay que aceptarlo, que esta divisa es inevitable. El imperio hace sus listas, ya con ese criterio y algunas hojitas de parra, y pretende decidir quién es terrorista y quién no, o sostenedor de los terroristas, cuándo y cómo atacar, intervenir o agredir. Esta es la declarada posición de los halcones. Oponerse a este designio es una de las tareas más importantes del mundo progresista, de la izquierda, o simplemente de los hombres sanos y honestos.

Existe la Organización de las Naciones Unidas, y sería ella —pero bajo estrecha vigilancia de todos los Estados miembros— quien mejor pudiera llevar a cabo esta tarea de manera coordinada, equitativa, sin hegemonismos y, sobre todo, sin individuaciones arbitrarias y oportunistas. En otras palabras, sin que el Consejo de Seguridad, bajo el control de los poderosos, utilice, una vez más, la institución para sus propios fines; con el agravante de que entonces estos estarían legitimados como «comunidad internacional»; esa comunidad internacional ya usurpada desde la Guerra del Golfo por el imperialismo y sus servidores.

Si el terrorismo criminal no tiene ninguna justificación, no es menos cierto que la política exterior del imperio, obcecado por sus intereses y arrogancia, rinde también frutos de horror. Y reconocer esta relación no implica en lo absoluto hallarles una justificación o atenuante a los atentados. Se trata, por el contrario, de la más elemental consideración política. No es extraño

que se emplee el terrorismo intelectual para intentar acallar esta u otras formas similares de análisis, porque así, de hecho, se libera al imperialismo de toda crítica e imputación. Es, en el fondo, una manera de defender y sostener al imperio.¹⁵

Los autores del atentado (sea Bin Laden u otro) han logrado la increíble proeza de hacer aparecer al imperialismo como víctima, hacerle ganar simpatías y compasión (por vía de su pueblo, ahora víctima) y crear condiciones para que incremente su poderío y su dominio sobre el mundo, en particular sobre el Tercer mundo. Está facilitando que incremente su hegemonía y control (político, militar y ¡hasta moral, su flanco más débil!), y crea condiciones también para que muchos piensen que hace falta realmente un fuerte poder mundial que traiga orden, que controle y garantice una (hipotética) gobernabilidad, aunque esta sea la del imperio.

Los Estados Unidos han mostrado, es cierto, su fragilidad, pero ello no debe llamar a engaño: el imperio sale, por el momento, fortalecido. Y el presidente Bush, que carecía hasta entonces de verdadera legitimidad, debido al fraude electoral de la Florida que lo llevó a la presidencia, vio ahora no solo ganar esa legitimidad negada, sino también simpatía y reconocimiento.¹⁶

Obviamente, el imperialismo estadounidense ha aprovechado esta inesperada corriente de tolerancia y simpatía, tanto más cuando las desilusiones crecientes sobre el neoliberalismo, la mundialización y el nuevo orden ya apuntaban el dedo acusador hacia ellos y sus aliados del G-7. Y, por supuesto, no dejará pasar la ocasión de utilizar en beneficio propio el natural deseo de amplias masas de la población mundial (sobre todo, de los países desarrollados) por la gobernabilidad y el rechazo y el miedo que genera el terrorismo ciego y sanguinario. Facilitó, sin dudas, un momento propicio para llevar adelante viejos proyectos y ambiciones de sus designios imperiales y de incrementar aún más su dominio y explotación sobre el mundo.

Las absurdas guerras llevadas a cabo y la conducta general del imperio apuntan en ese sentido; se trata sobre todo de objetivos geoestratégicos que se inscriben en esa línea de dominación unipolar. Es cuestión, ante todo, de sacar partido de la pasividad y la escasa oposición que sus acciones han provocado hasta el momento, para profundizar y ampliar el designio imperialista, un designio que incluye —y esto debe tenerse muy presente— imponer (con el apoyo ya añejo de sus aliados de la OTAN) la tesis de las soberanías limitadas, la no aceptación de la igualdad entre las naciones, y el derecho a la intervención; tal y como lo fueron los casos de Iraq, Somalia, Yugoslavia y el actual Plan Colombia.

La cortina ideológica: una proyección

La guerra de Afganistán, anunciada y presentada en sus inicios como *America strikes back* [Norteamérica contrataca] no debe hacer olvidar que ella formó parte de un conjunto geoestratégico y geopolítico propio de la nueva etapa del imperialismo o del nuevo imperialismo (como prefieren llamarlo algunos especialistas). Junto a los motivos y argumentaciones elaboradas y establecidas de los factores susceptibles de justificar, a sus ojos y los de la OTAN, la intervención, se agrega el terrorismo; pero, entiéndase bien, algunos terrorismos, aquellos que no están al servicio del imperialismo. Y debe también tenerse muy presente la nueva concepción del intervencionismo que tratan de establecer en la teoría y la práctica de las relaciones internacionales, a partir de esas primeras experiencias. A diferencia del intervencionismo que había caracterizado al imperialismo y al neocolonialismo desde finales del siglo XIX, que justificaba y trataba de legitimar la necesidad o el *derecho de poder violar el principio* de la soberanía de los Estados (es decir, había violación, pero no se cuestionaba el principio mismo), el nuevo intervencionismo busca justificar y *legitimar la obsolescencia del principio mismo*, esto es, su *liquidación* pura y simple. Si los presupuestos del nuevo intervencionismo, de ese autoproclamado derecho a intervenir sin fronteras y sin limitaciones, buscaba apoyarse en las llamadas intervenciones humanitarias, la defensa de los valores occidentales y las amenazas globales, tales como la droga, la posesión de armas de destrucción masiva, o las violaciones de los derechos humanos, el terrorismo (que estaba en la lista como un elemento más) ahora se convierte en una referencia esencial justificadora de guerras, bloqueos, intervenciones «legítimas», y toda cuanta forma de presión y desestabilización de gobiernos y naciones se pueda concebir.

Los atentados han permitido que algunos de los dirigentes y personeros de los intereses imperialistas ratifiquen la idea, expuesta ya en la guerra de Kosovo, de que se está obrando éticamente y en nombre de Dios contra el Mal. Inspirados, al parecer, en el mito de los Estados Unidos como nación predestinada por Dios para hacer el Bien, y con la visión maniquea de la realidad y de los acontecimientos del 11 de septiembre, que ya le conocemos, el líder del imperio presentó la guerra contra el terrorismo y Afganistán como una lucha del Bien contra el Mal; en el entendido de que el Bien es el imperio. Hasta Vladimir Putin, en su esfuerzo de ponerse a tono con los tambores que más suenan, dijo que «el mal debe ser castigado». Una de las intenciones de este tipo de discurso es tratar de situar la problemática en un plano estrictamente moral y abstracto, como si fuera ajeno a la política. Es una hábil

estratagema para hacer creer que las acciones del imperialismo, antes y después de los atentados, no son de tipo político. George W. Bush va más allá todavía y decide que Dios está de su lado: «Dios no es neutral». Sin entrar aquí en las insuperables contradicciones teológicas que una frase tal conlleva, lo menos que puede observarse es cómo se asemeja ese discurso al de los integristas islámicos. Otro de los rasgos de este discurso es diabolizar al enemigo y con ello justificar cualquier acción por desmedida y cruenta que sea. Hasta un hombre como Colin Powell, que no carece de cierta ponderación, decía en 1991, después de los destrozos en Iraq, «estoy falto de demonios [...] estoy falto de bandidos».¹⁷

Todo parece bueno para las mistificaciones encubridoras. Así se reaviva ese añejo argumento del colonialismo acerca de la lucha entre la civilización y la barbarie. Se trata de que no sea reconocible el rostro del imperio. El imperio británico acostumbraba a justificarse mediante la imagen del fardo que debía llevar el hombre blanco, pero con ello aceptaba su condición de imperio, aunque estuviera animado por la caridad. Pero el imperialismo contemporáneo ni siquiera admite su propia existencia: son sencillamente los defensores de los principios de la libertad y la democracia, más aún ¡es precisamente porque son los portadores de esos valores que han sufrido los ataques del 11 de septiembre! Así se corona la mitología y la mistificación: los atentados son contra la democracia y la libertad que los Estados Unidos y Occidente en general representan. De un plumazo desaparece toda la historia de los últimos lustros de subversiones y promoción de terroristas, inexistentes también quedan la miseria, la opresión y los hegemonismos como promotores de la desesperación irracional. Ya no cabe, pues, la imagen de víctima culpable. Virgen y limpio de toda culpa y de toda responsabilidad queda el imperio para poder ser lo que Chomsky alertaba que no era: una víctima inocente.

Pero se trata también de crear las condiciones ideológicas propicias para acciones futuras. Así, la lista de Estados y organizaciones terroristas hechas por el poder imperial ya anuncia todo tipo de futuras violaciones, intervenciones, agresiones, guerras y crímenes posibles. Es el momento, piensan los halcones, de eliminar a Sadam Hussein, liquidar las guerrillas colombianas y cuanto movimiento de liberación esté en el camino. Resulta interesante que en la nueva lista estén los talibanes, que no estaban en una lista anterior. Si hubiera hecho falta una prueba más del cinismo y de la política de doble rasero, esta lo muestra de manera evidente.¹⁸

Peligros serios acechan a los movimientos de liberación y a todos los movimientos de protesta,

de izquierda y progresistas en general. La lucha contra el terrorismo será utilizada contra ellos de las formas más disímiles. En lo inmediato, el interés público mundial se dirige al terrorismo, y la escasa atención y vigilancia del mundo y de las opiniones públicas hacia los acuciantes problemas de la humanidad puede facilitar la realización de los intereses de la mundialización neoliberal, las agresiones imperialistas y los planes de anexión de América Latina (por la vía del libre comercio neoliberal asimétrico, como el ALCA). Graves y urgentes son las tareas de los movimientos populares y de protesta en el mundo, ahora complicados con la nueva situación creada, la necesaria lucha contra el terrorismo y la creciente crisis económica. Esencial resulta impedir que las exigencias presionantes del antiterrorismo lancen a un segundo plano o minimicen las urgencias de los flagelos fundamentales que hoy azotan a la humanidad y que venían concitando una protesta creciente. Porto Alegre ha devuelto en ese sentido la esperanza; porque si bien los organizadores esperaban una mayor participación, el número total ha sido de lo más estimulante.

Uno de los objetivos de la nueva cruzada contra el terrorismo es quebrar el frente contra la mundialización neoliberal y crear una atmósfera hostil hacia los movimientos de protesta, progresistas y de izquierda. Bajo el ropaje de la lucha contra el terrorismo, se tratará de desacreditar a los movimientos contestatarios, y debilitarlos, y todo ello precisamente en el momento en que estas luchas estaban en un proceso de alza y vitalidad crecientes; cuando las ilusiones, que el liberalismo llegó a crear en algún momento, están ya en pleno descrédito. Así se dice, de manera natural, que para esos movimientos está en el orden del día no admitir, y oponerse a, la idea de que la lucha contra el terrorismo sirve de pretexto para las claudicaciones y la sumisión. Tarea fundamental es llegar a recuperar y desarrollar una conciencia antimperialista fuerte y vigorosa.

Además, un movimiento de masas internacional pujante podría quizás influir en que el liderazgo de la lucha contra el terrorismo no esté totalmente en manos del imperialismo y sus aliados, lo que la podría convertir en una fachada y una excusa para los designios imperiales. Y a las enormes e injustas desigualdades que hoy dividen al mundo se les agregaría probablemente otra, aquella que autorizará a concebir dos tipos de terrorismo: el que ataca al imperio y el que sirve a sus intereses, uno malo y otro bueno, uno legítimo y aceptable, y otro deleznable y espurio.¹⁹

Iraq y la actual expansión imperialista

La guerra contra Iraq tuvo finalmente lugar. No fue necesario esperar mucho tiempo después de

Afganistán para que quedara claro que la antigua Mesopotamia sería la nueva víctima del imperialismo.

Si muchos tuvieron dudas, y pocos lo detectaron, ahora resulta cada vez más evidente que el mundo está en presencia de una nueva fase, sumamente agresiva, de fuerte progresión de la expansión imperialista. Sin dudas, la presencia de Bush y sus halcones al frente del gran poder imperial, desatados después del atentado a las torres gemelas, ponen el sello de su impronta en los acontecimientos; pero la actual fase del desarrollo imperialista, incluyendo este momento de particular agresividad, no es el simple resultado de la acción de un grupo conservador que hubiese copado el control del país, sino que obedece, sobre todo, a la dinámica misma del desarrollo del capitalismo, mediante la cual se despliega la tendencia imperialista inherente a ese sistema, y que tiene su origen en las profundas y fuertes corrientes dentro del propio *establishment* de los Estados Unidos y que conduce su clase dominante.

Hay que enmarcar la guerra de agresión a Iraq y su ocupación actual tanto en el contexto de esa evolución del capitalismo mundial como en el cuadro de la estrategia global de dominación de los Estados Unidos en las nuevas condiciones mundiales, en particular el sello que le impone la actual administración de halcones imperiales y fundamentalistas, engañosamente cubiertos de una conveniente mística de mesianismo. También hay que analizar los recientes acontecimientos en sus nexos con algunas de las concepciones y teorías elaboradas en los últimos tiempos, relacionadas con la soberanía, el nuevo papel de los Estados-naciones, la tesis del derecho a la intervención, etc. Todos estos elementos están íntimamente ligados entre sí y expresan, como conjunto coherente, las profundas ambiciones del hegemonismo imperialista actual.

Este momento de incremento y crecimiento del poder dominante del capital mundial encuentra, como en el pasado, su fundamento en la economía. La vocación imperialista nace de la naturaleza misma del capitalismo, su necesidad de expansión constante, apropiación del plusproducto de amplios territorios fuera de las fronteras nacionales de los Estados imperiales, control y apropiación de recursos naturales y materias primas, conquista de nuevos mercados, etc. El capitalismo está empujado, por el camino de la acumulación y la expansión, una economía mundial caracterizada en esta época por un proceso que se ha dado en llamar mundialización o globalización, o, para decirlo con palabras de Marx, de internacionalización del capital. Se trata, bien entendido, de una mundialización neoliberal con predominio de la financiarización.

Pero el imperialismo, en la comprensión de la tradición marxista, es todo un sistema coherente y

complejo en que la economía, la política, lo social y el uso de la fuerza militar forman una unidad sistémica. Hoy, además, con más fuerza y eficacia que antes, el uso del aparato de propaganda de los medios masivos de difusión se ha convertido en un elemento clave y poderoso del funcionamiento exitoso de ese sistema complejo. El imperialismo actual, como se indicaba en las páginas iniciales, no se caracteriza por la posesión de colonias, como fue el caso del período entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX. La amplia bibliografía marxista al respecto ha analizado cuidadosamente las causas de este proceso, así como el papel central del capital monopólico financiero.

Por otra parte, debido al desarrollo desigual del capitalismo, el imperialismo se sigue caracterizando por la existencia de un centro —y de un grupo de países que lo constituyen— y una periferia. En fases anteriores han tenido mucha importancia las contradicciones entre los diversos Estados capitalistas desarrollados, en su rivalidad y lucha por el reparto del mundo. El actual momento no deja de compartir estas características, pero han tenido lugar significativas modificaciones y llegan a condicionar fuertemente el curso de los acontecimientos. Samir Amin llama la atención sobre lo que llama un «imperialismo colectivo» para referirse al de la tríada (los Estados Unidos, Europa y Japón), con intereses comunes.²⁰ Los Estados Unidos, desde luego, tienen la primacía en esa tríada.

La situación mundial de la tríada se modificó después de la caída del campo socialista europeo y la desaparición de la Unión Soviética. A partir de ese momento quedó también despejado el camino para el surgimiento de un nuevo orden mundial, del incremento del peso de la tríada como centro imperialista y del papel determinante de los Estados Unidos como gran y única superpotencia mundial. Como se ha explicado antes, la primera Guerra del Golfo, las acciones intervencionistas en Somalia, la agresión a Yugoslavia y la subsecuente ocupación de Kosovo (como territorio bajo el régimen de protectorado de facto), la guerra contra Afganistán (bajo pretexto de lucha contra el terrorismo), y la agresión y actual ocupación de Iraq, son hitos fundamentales de un mismo proyecto de dominio imperial del planeta por parte de los Estados Unidos, con el apoyo de los demás miembros de la tríada, salvo en la última aventura en Iraq. En todo caso, los logros imperiales en cada una de estas acciones, con la excepción de Somalia, produjeron, como uno de sus resultados, el estímulo a la aventura conquistadora y a la expresión de una gran arrogancia del superpoder estadounidense, con su aplastante e inigualado poderío militar. Al síndrome inhibitor de Viet Nam le ha sucedido el síndrome estimulador de Yugoslavia, Afganistán e Iraq.

El componente militar ha sido una constante de la expansión imperialista de todos los tiempos, pero en los momentos actuales, la preeminencia de ese factor es indiscutible y se ha convertido en base del nuevo orden mundial que los Estados Unidos procuran imponer. En realidad, se trata de una política de guerra. Es también en ese contexto que hay que ubicar la clarificadora y cinica declaración de Madeleine Albright sobre de qué serviría el poder militar de los Estados Unidos si este no era utilizado. El empuje militar permite también articular una imponente red de bases militares alrededor de todo el globo, para defender e imponer el control imperial y la hegemonía estadounidense. Una red que constituye, sin dudas, una pieza clave y necesaria en el sistema de dominación global de la llamada, por los epígonos del imperio, «la nación indispensable».

Esta política de guerra, llevada a cabo a tambor batiente por los halcones de la actual administración Bush, es también una muestra de que no basta, contrariamente a los reclamos de los ideólogos y epígonos del centro, la famosa mano invisible del mercado como mecanismo capaz, por sí mismo, de generar la superación de sus propias contradicciones. La fuerza militar es un factor determinante para mantener y ampliar el predominio económico y político. El puño militar, convenientemente manejado por el Estado, permite la realización de los designios imperialistas, y, en cierta medida, es una prueba de cómo la administración Bush entra en contradicción con los públicamente sostenidos principios de la economía neoliberal mundializada.

El imperativo militar ha desempeñado también un papel fundamental en vista de otros designios que son igualmente parte integrante del nuevo sistema de dominación planetario. Es típico del sistema imperialista la existencia de contradicciones y rivalidades entre los diversos países que conforman el centro. Las dos terribles guerras mundiales por el reparto del mundo del siglo pasado son una prueba todavía bien cercanas en la memoria. El cierto entendimiento y cooperación entre las potencias de la tríada, que caracterizó el período de la llamada Guerra fría, se mantuvo aún después de la desaparición del campo socialista y la URSS. Los Estados Unidos, por su parte, gozaron, como es sabido, de un período de cierto auge económico, superior al de Europa (Japón entró en recesión), durante una parte de la última década del siglo XX. Este estado de cosas ha venido cambiando, y la economía de los Estados Unidos, así como su capacidad competitiva, se han ido deteriorando. Todo parece indicar que necesitan emplear fórmulas fuera de la «sana y pacífica» lucha de mercado, para acudir a métodos más expeditos y agresivos que garanticen y

No se debe seguir repitiendo la ya manida historia del fin (anticipado) de los Estados nacionales, mientras que, en realidad, los centros imperiales refuerzan las funciones de política exterior de sus propios Estados.

amplien el dominio alcanzado. Muchos y constantes documentos y declaraciones provenientes del *establishment* lo confirman, y ratifican que una de las prioridades de la política exterior de los Estados Unidos consiste en no permitir que surjan o se desarrollen nuevas potencias que puedan igualar o sobrepasar a la nación norteamericana. Y este objetivo no solo se refiere a sus tradicionales aliados, sino también a Rusia y a China. Se trata, pues, del dominio absoluto imperialista en todos los terrenos que componen la dominación sistémica: económico, político, militar y de control de las opiniones públicas, en especial, las del propio país.

Las nuevas circunstancias indican claramente que en esta fase del imperialismo se ha desarrollado un centro del centro. No es nueva la desigualdad entre los diversos poderes imperiales. Inglaterra fue, durante mucho tiempo, el centro imperialista fundamental en el llamado período clásico del imperialismo; pero la enorme distancia que separa a los Estados Unidos del resto ha convertido a las demás potencias mundiales en imperialismos subordinados, de los cuales el centro del centro exige su sometimiento y tiende a hacerlos vasallos políticos y militares.

El proceso de agresión y ocupación de Iraq pone en evidencia esos designios, y muestra también la oposición de algunos de esos otros poderes, en particular de Francia y Alemania. Aunque si tenemos en cuenta que países como Bélgica y Luxemburgo han mostrado también desacuerdo, entonces es posible entender la despectiva frase de los Bush al referirse a ellos como *chocolate making countries* [países fabricantes de chocolate]. Con más razón, pequeños países del Tercer mundo, como Angola y Camerún, que sesionaron en el Consejo de Seguridad durante los debates y ajetreos relacionados con una segunda resolución sobre Iraq, han recibido un desprecio público; los ideólogos del bushismo no pueden aceptar que el voto de países pequeños pueda determinar el resultado del debate en el Consejo respecto al derecho del uso de la fuerza, en comparación con los democráticos Estados Unidos y su socio británico.

Claro que los nuevos países del antiguo campo socialista, la mal llamada por Donald Rumsfeld «nueva Europa», apoyan el gran proyecto de dominación estadounidense; para ellos, la alianza con los Estados Unidos es más importante que con Europa misma, y

no tienen reparos en servir de caballo de Troya. Varias naciones de la «vieja Europa» también siguen con esmero la línea Bush, pero ninguna iguala, evidentemente, a Gran Bretaña. Llama la atención el grado de sometimiento de Tony Blair y su disposición al vasallaje con escasas compensaciones. Pero es cuestión, en estos casos, de comenzar a identificar los factores y las razones que permitan entender esta conducta. Algunos elementos podrían avanzarse a guisa de explicación. En innumerables intervenciones —por ejemplo, en su discurso en Polonia o ante el Congreso de los Estados Unidos—, el primer ministro británico consideró que la multipolaridad, defendida por Jacques Chirac, era un grave error que pondría en peligro a todos, entendiéndose, a la indiscutible situación de privilegio de que gozan los europeos con respecto al resto del mundo. Para él, lo más sabio era aceptar el predominio de los Estados Unidos como garante del actual orden internacional. Más aún, ha coincidido con muchos ideólogos y halcones en que se ha creado una situación en el mundo, después del fin de la Guerra fría y, sobre todo, del 11 de septiembre, en que se facilita la afirmación y ampliación del actual sistema de dominación y de relaciones internacionales, por una duración aproximada de veinte años, que se debe aprovechar al máximo. Blair no lo ha dicho, pero la implicación de la aceptación de la condición de imperialismo subordinado y de vasallaje político y militar queda clara.

Algunos ideólogos del imperio han concebido formulaciones más moderadas para hacer pasar y defender lo que ya muchos llaman abiertamente, en el *establishment*, «América imperial» o «imperio americano». Pero, con fórmulas más o menos descarnadas, la vocación imperialista se manifiesta cada vez más abiertamente. Ya en noviembre de 2002, el conocido marxista norteamericano John Bellamy Foster, se inquietaba por esta corriente: «Los intelectuales y la élite política —comentaba— están acogiendo calurosamente una misión “imperialista” o “neoimperialista” para los Estados Unidos».²¹ Ya no se trata de negarlo u ocultarlo; antes bien, muchos lo consideran un deber y una responsabilidad; se trataría de, para algunos, «responsabilidad imperial» o de un *benign imperialism* [imperialismo benigno]. El pensamiento de la clase dominante en los Estados Unidos fue evolucionando

en los meses que antecedieron a la agresión a Iraq y durante la guerra misma. La oposición que en algún momento se puso de manifiesto (recordar, sobre todo, los debates de finales de diciembre de 2002 y de enero del presente 2003), quedó superada, y en lo fundamental se logró el consenso. Este consenso, debido a la actual resistencia iraquí, muestra señales de resquebrajamiento, pero ello no debe conducir a soslayar el significado y la importancia del acuerdo y la cooperación interna logrados, inclusive de la opinión pública norteamericana.

Algunos, en Europa y otros puntos del planeta, claman por un mundo multipolar y por el multilateralismo; otros, como Blair, lo consideran peligroso para sus propios intereses. Su discurso ante el Congreso de los Estados Unidos es muy iluminador en este sentido. Para él, «no hay teoría más peligrosa que esa necesidad de balancear el poder de América». Algunos ideólogos del imperio, por su parte, han concebido fórmulas «blandas» para cubrir el papel del centro-centro. De ahí la tesis del *sheriff* y el *posse* o la del «multilateralismo impositivo» [*assertive multilateralism*]. La primera es de Richard Haass,²² cuyo artículo «Imperial America» está considerado por algunos importantes teóricos marxistas estadounidenses como la referencia argumental de la clase dirigente del capitalismo norteamericano. La segunda es de Madeleine Albright, seguidamente teorizada por varios especialistas en sentidos diversos, pero cuya comprensión y aplicación conduce (al igual que la imagen del *sheriff* y el *posse*) a la aceptación, por parte de los demás, del papel dirigente y dominante de los Estados Unidos. En el caso Haass, los Estados Unidos son obviamente, el *sheriff* que comanda el *posse*. En ambas posiciones, significa aceptar como un hecho el carácter subsidiario de las otras potencias grandes y medianas y la marginación e insignificancia de los Estados débiles.

La divisa de Rumsfeld de que la misión define la coalición, y no a la inversa, expresa una tesis similar, pues se trata de que una vez que los Estados Unidos hayan definido una misión, los demás deben seguirlos sin derecho a oposiciones o a criterios inadmisibles para la administración norteamericana. Hay que decir, en este orden de cosas, que la propia Europa contribuyó, en gran medida, a esta situación cuando ante la crisis yugoslava llamó a los Estados Unidos para intervenir, y cuando finalmente aceptó los manejos de Albright en Rambouillet. Rusia, por su parte, también ha contribuido, desde que, existiendo todavía la Unión Soviética, aprobó la guerra contra Iraq en 1991, así como aceptó y apoyó a los Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo después del 11 de septiembre, incluyendo la proliferación de bases militares en varios de los antiguos países que formaron la Unión Soviética. Su oposición a la reciente agresión contra Iraq fue más

moderada que la francesa, y ante la nueva resolución que los Estados Unidos quisieron hacer pasar en el Consejo de Seguridad (antes del 23 de septiembre de 2003, según el propio Bush) emitió declaraciones ambiguas, cuyo interés principal, al parecer, radicaba sobre todo en lo que recibiría a cambio.

Una de las características, pues, del actual momento imperialista radica en las modificaciones de las relaciones internacionales entre países desarrollados, las cuales —sin dejar de ser competitivas— hacen que esta competitividad sea relativa, a favor del reforzamiento de la relación de un centro del centro: la hegemonía que tiende al dominio de los Estados Unidos. Todo ello no excluye, sin embargo, que las innumerables contradicciones que atraviesa el sistema capitalista se están haciendo muy activas y fuertes, ni tampoco que la actual ambición y agresividad imperiales están haciendo al mundo más caótico y explosivo, empujado a la ingobernabilidad y la barbarie. Al contrario de los deseos de Tony Blair, la anhelada gobernabilidad que el superpoder estadounidense traería, para el disfrute confortable de un imperialismo subsidiario y vasallo, el resultado podría ser precisamente su opuesto. Y un nuevo tipo de barbarie neofascista conduciría al mundo a sufrimientos inenarrables. Evidentemente, Blair ignora los sabios augurios de Rosa Luxemburgo.

El imperialismo de hoy conoce asimismo una situación interesante en lo que respecta al papel y las funciones de los Estados nacionales. No se debe seguir repitiendo la ya manida historia del fin (anticipado) de los Estados nacionales, mientras que, en realidad, los centros imperiales refuerzan las funciones de política exterior de sus propios Estados y el empleo de la fuerza militar para conseguir sus objetivos. La tesis de los Estados débiles es, sobre todo, para los países de la periferia. Sin embargo, en la situación actual, es evidente que el capital se va transnacionalizando y se multiplican los oligopolios. En etapas anteriores, el dominio del capital monopolístico financiero se correspondía con un Estado-nación en particular. Hoy no existe una figura política internacional que se corresponda de manera equivalente con las transnacionales, aunque estas tengan un país-base fundamental. El Estado-nación del imperio —es decir, los Estados Unidos—, busca llenar entonces las funciones del Estado necesario para la buena marcha de la mundialización; esto es, un Estado nacional particular que funcionaría como Estado mundial para cumplir, sobre todo, las funciones políticas y militares inherentes al buen funcionamiento del sistema-mundo. Así, el Estado del imperio se adjudica funciones de Estado político mundial. En esta tarea, espera el apoyo en particular de los demás miembros de la triada, algo que les ha fallado en cierta medida en la aventura contra Iraq. Es por este papel rector que, quizás, los

Estados Unidos sean, a los ojos de los abogados del nuevo orden imperial, «la nación indispensable».

Es cada vez más ampliamente aceptado que el imperio y sus seguidores recurrieron a la mentira para justificar la reciente agresión a Iraq. Pero resulta menos evidente el conjunto de ideas y concepciones sobre política y relaciones internacionales que componen la madeja ideológica y teórica donde se inscribe y justifica el proyecto general de dominio, que algunos llamaron «Proyecto para un nuevo siglo americano». Toda la atmósfera ideológica sobre el derecho a la intervención y la soberanía limitada, que se ha venido introduciendo desde la última década del siglo xx, forma parte del marco de referencia indispensable para una honda comprensión de la naturaleza y el designio del gran proyecto imperial. Igualmente, toda una batería de términos y conceptos —algunos nuevos y otros con existencia anterior, pero remozados o actualizados—, se han estado elaborando en los últimos tiempos. En estos meses se ha hablado menos de la famosa «guerra ética» de Tony Blair cuando los acontecimientos de Kosovo; pero ello no excluye que se intente hacer creer a la humanidad que existe un peligro para los Estados Unidos, que emana sobre todo de lo que, a juicio del propio imperio, ellos representan; a saber, los valores de derechos humanos, democracia, etcétera.

La nueva lógica conceptual elaborada parte de la idea de los llamados Estados maleantes (*rogue states*), los cuales han llegado a esta peligrosa condición a partir de su desgraciada condición de ser Estados fracasados deficientes (*failed states* y *failing states*). La tesis de la peligrosidad que para los Estados Unidos significarían los Estados débiles y fracasados (una buena parte del Tercer mundo) constituye una piedra angular de la nueva doctrina Bush de seguridad nacional.²³ Estos Estados fracasados son, a los ojos de Bush, más peligrosos para los Estados Unidos que cualquier potencia, debido, precisamente, a la incapacidad de sus gobiernos centrales para ejercer un debido control sobre su propio suelo; a su incompetencia e ingobernabilidad, que facilitarían el uso de su territorio por los terroristas y, en algunos casos, por oprimir a su pueblo. Por cierto, Javier Solana sostiene también la tesis de los Estados fracasados y su pérdida de derechos. Las condiciones de debilidad hacen que pierdan su derecho a la soberanía, con lo cual queda abierto el camino para que la llamada comunidad internacional, en particular los Estados democráticos —es decir, los poderes imperiales—, intervengan, incluso militarmente, en dichos *failed* y *failing states*. La soberanía no es entonces una condición absoluta o inherente a cualquier Estado por el hecho mismo de serlo, sino que es solo legítima y digna de ser respetada si no se es un *failed state*. Se trata de una ampliación de las tesis ya enarboladas desde los

años 90 del derecho a la intervención y de la soberanía limitada, cuando se trataba de Estados violadores de los derechos humanos. El terrorismo practicado o tolerado por esos Estados, como es el caso de Afganistán, o la posesión de armas de destrucción masiva en manos de *failed states* se convierten así en elementos justificadores y, por tanto, legitimadores para el nuevo intervencionismo imperialista. Sin la menor duda, Yugoslavia, Afganistán, Iraq, Irán y otros países de «cualquier oscuro lugar del mundo» son Estados deficientes o en quiebra, que han perdido su derecho a la soberanía. Algunos de los Estados fracasados, al convertirse en *rogue states*, y constituir por ello una amenaza para los Estados Unidos —sigue rezando la argumentación en su esencia—, pueden también ser objeto de acciones militares «preventivas», ya que, como todos los fracasados en general, pierden las ventajas normales de la soberanía.

En este punto, los especialistas encuentran un importante elemento de desvirtuación por parte de la administración Bush. El Derecho internacional, según estos analistas, legitima la idea del ataque o la acción *preemptive* [anticipatoria], inclusive esta aceptación está recogida en el artículo 51 de la Carta de la Naciones Unidas sobre el derecho a la autodefensa que autoriza a actuar anticipadamente ante una amenaza inminente; los especialistas han insistido en que se trata de la inminencia del ataque, pero la administración Bush ha decidido que no es posible, en la situación actual, esperar por la condición de inminencia. No existe, sin embargo, en el Derecho internacional, según el mismo análisis, una aceptación o tolerancia similar para el ataque o la acción «preventiva» (*preventive*). Los documentos e innumerables declaraciones de los líderes norteamericanos, incluyendo al propio presidente, se refieren sobre todo a *preemptive* (lo que está ligado a la situación de inminencia, y como excepción), pero le otorgan el contenido de *preventive*, como en el caso de Iraq. Un nuevo umbral, de la mayor y más peligrosa importancia, se ha franqueado para dejar carta abierta a la utilización arbitraria del enorme poder militar de los Estados Unidos. La expresión de esta doctrina (llamada por algunos *first strike doctrine* de Bush) fue expuesta en el mencionado documento sobre seguridad nacional de septiembre de 2002, pero ya estaba implícita en el discurso de Bush de West Point (junio de 2002). Comentando sobre el documento de Estrategia de Seguridad Nacional, James Rubin, antiguo asesor de Bill Clinton, hacía notar que la idea de una gran potencia utilizando la fuerza antes de ser atacada no es nueva, pero que el problema con el documento de Bush es que hace de la doctrina del *first strike* la regla y no la excepción.²⁴ Se amplía, pues, la doctrina de la *preemption*, redefinida para incluir la acción o guerra

preventiva (atacar a un enemigo aun en ausencia de evidencia específica de un ataque inminente), y la hace parte integral de una doctrina permanente de seguridad y defensa. De hecho, es un instrumento para la dominación planetaria.²⁵ Aunque, como ya se ha señalado en muchos estudios, la idea y el proyecto de atacar a Iraq para cambiar su régimen y ocuparlo existía desde varios años antes en los documentos programáticos y en los estudios de los *think tanks* de los halcones. Y todo ello, como parte del gran proyecto de dominación mundial con el uso de fuerza militar, la cual solo necesitaba para poderse poner en práctica un acontecimiento de la envergadura de Pearl Harbor; Bin Laden produjo el Pearl Harbor que necesitaba el imperio y que acabó de crear las condiciones para llevar adelante este período de empuje imperial agresivo que no quieren desaprovechar ni la clase dominante estadounidense ni Tony Blair, y menos aún los halcones de Bush, punta de lanza en la implantación del nuevo orden imperial.

La reciente agresión a Iraq tiene, como es común en estos casos, varios objetivos. Sin dudas, el control del petróleo es uno de ellos, y por varias razones. No solamente porque es una materia prima fundamental para el mantenimiento y ampliación del poder imperial, sino porque aumenta igualmente la impronta de los Estados Unidos sobre el resto del mundo y sus propios aliados; es un arma para la dependencia de los países del imperialismo subordinado y también para el objetivo general de la política exterior norteamericana de impedir el surgimiento de otros poderes mundiales —entiéndase Rusia y, en particular, China. En este sentido, el control sobre Iraq permite, como han señalado algunos analistas, impedir la ampliación de utilización del euro, tal y como intentaba el propio Saddam Hussein para sus transacciones petroleras, como moneda alternativa al dólar.²⁶ Pero probablemente el objetivo principal haya sido el cambio de régimen de Iraq como parte del plan más ambicioso de remodelar el Medio Oriente, región estratégicamente clave para el proyecto geopolítico global del imperio. La ocupación y control de Iraq implica también ampliar la red de bases militares, y dismantelar las ubicadas en Arabia Saudita,²⁷ donde resultan tan problemáticas y, por el malestar que crean entre los musulmanes sauditas —quienes profesan un islamismo sunita muy radical (wahabita), de donde proviene el propio Bin Laden—, susceptibles de promover el terrorismo fundamentalista.

Las Naciones Unidas, por su parte, han perdido mucho prestigio en este proceso, pero no solo por la conducta de los Estados Unidos y sus seguidores, sino también por la ambigüedad de su propia conducta, cuando, por ejemplo, apoyan y colaboran con las líneas de ocupación de Iraq, o cuando, como ahora, reúnen a

los miembros permanentes del Consejo de Seguridad para llegar a consensos en detrimento de los demás miembros del Consejo. Otro límite en el proyecto imperial acaba, así, de ser franqueado en el proceso de implantación del dominio de los poderosos.

Las fuerzas invasoras enfrentan grandes dificultades para convertir a Iraq en una neocolonia yanqui a través de su intención de aplicar un modelo de *nation-building* mediante una invasión; no se trata de la *nation-building* de un Kennedy, por ejemplo, sino precisamente de llevar adelante el proceso a través de una fuerza extranjera de ocupación. Pero ante los ojos del mundo, los invasores extranjeros son atacados diariamente en una guerra de guerrillas que es difícil anticipar cuánto podrá sostenerse. En contra de la efectividad de la resistencia, hasta ahora bastante exitosa, conspiran las tradicionales divisiones del pueblo iraquí y, sobre todo, el comienzo del uso de formas de terrorismo irracional y políticamente mal encauzado, como el atentado a la sede de las Naciones Unidas.

Es difícil predecir cómo será la evolución ulterior de los acontecimientos. Pero si la resistencia del pueblo iraquí se mantiene, y evita las irracionalidades terroristas, entonces estarían brindándoles un gran servicio a los pueblos oprimidos y amenazados. Los Estados Unidos podrían empantanarse, y el camino para futuras agresiones e intervenciones quedaría seriamente obstaculizado.

Notas

1. *Policy Planning Study*, 23 de febrero de 1948; citado por Noam Chomsky en *Ideologie et pouvoir*, EPO, Bruselas, 1991, p. 17.
2. Citado por Michel Collon, «La guerre global a commencé», Rémy Herrera, coord., *L'Empire en guerre*, Les Temps de Cerises, 2001, p. 212.
3. Véase *Le Grand Échiquier*, Fayard, París, 1977, p. 167-8.
4. Véase Andrea Catone, «Sul carattere della guerra in corso», *Rosso XXI*, Florencia, diciembre de 2001, p. 13.
5. Los terroristas de la UCK, con el apoyo de la base norteamericana de Camp Bondsteel, estuvieron atacando el sur de Serbia a finales de 2000 y zonas de Macedonia en la primavera de 2001, lo que desequilibró la zona por largo tiempo y justificó la misión militar exterior. En estos casos, no se querían realmente soluciones sino problemas.
6. Véase Andrea Catone, ob. cit.
7. Esta situación está tremendamente agravada por el binomio Sharon-Bush. Cómo no entender la amargura, el desaliento, la desconfianza y la desesperación que este conflicto genera, con sus iniquidades, los tratamientos desiguales y la continua justificación de Israel. A veces se escucha analizar la actitud de la actual administración en este asunto y en relación con Afganistán (inmediatamente después de la salida de los soviéticos y la caída del gobierno comunista) como aislacionismo o desinterés de los Estados

Isabel Monal

Unidos. Son palabras ciertas y mentirosas a la vez. No empeñarse, como lo hiciera Clinton en el proceso de paz mediorientales, no implica, y de hecho nunca lo ha sido, un verdadero aislacionismo ni mucho menos un desinterés. El apoyo y la justificación a Israel es sin falla; a Sharon se le recibe en la Casa Blanca mientras se ignora a Arafat.

8. Vale la pena indicar algunas de esas cifras oficiales. En Yugoslavia, en unos ochenta días de campaña aérea, de 23 000 lanzamientos, 20 dieron en blancos equivocados; en Afganistán, a los veinte días de campaña, de 3 000 lanzamientos, hubo 20 incidentes con «daños colaterales». En Yugoslavia, uno de cada 1 150 erraba su blanco, y en Afganistán, uno de cada 300 produjo daño colateral.

9. Con esas bolsitas se llevó el cinismo al colmo: primero las lanzaban y poco después a esa misma población les «regalaban» las bombas más poderosas y mortíferas (alguien con humor negro comentó entonces que querían que murieran con el estómago lleno).

10. En una entrevista el consejero de Carter relatava que desde julio de 1979 ya se habían dado las primeras directivas para la asistencia clandestina a los opositores del régimen de Kabul. (*Le Nouvel Observateur*, n. 1732, París, enero de 1998). El pueblo afgano, que debería sufrir los desmanes de estos grupos, obviamente no contaba.

11. «No tenemos la prueba, ni yo ni mis hermanos, de una ayuda americana». *Weekend Sunday*, 16 de agosto de 1998. Citado por Michel Chossudovsky, <http://www.globalresearch.ca/articles>.

12. Véase Selig S. Harrison, «Les liaisons douteuses du Pakistan», *Le Monde Diplomatique*, octubre de 2001. Y también Najam Sethi, «Pourquoi le Pakistan doit jouer la carte américaine», *The Friday Times* (reproducido en *Courrier International*, n. 569, París, 27 de septiembre-4 de octubre de 2001).

13. Citado por B. Sadr, «La duplicité de l'Occident», *Le Monde*, París, 29 de octubre de 2001.

14. Sin dudas, una prueba más de los dos raseros. ¿Una actitud similar de cualquier país del Tercer mundo respecto a una demanda equivalente por parte de los Estados Unidos no habría concitado todo tipo de presiones, amenazas y hasta acciones punitivas? Todavía hoy, a tantos años de aquella voladura, uno de los autores intelectuales del hecho se pasea por los Estados Unidos (amnistiado por Bush padre), en plena santidad antiterrorista del imperio y justificando públicamente el atentado terrorista de 1976. Orlando Bosch, el terrorista asesino, es un «niño lindo» de las fuerzas más oscuras de los Estados Unidos. Sin embargo, cabe preguntarse cómo es posible que los medios de información de los Estados Unidos no hayan señalado con toda la fuerza que merece que Bosch pueda expresarse públicamente de esta manera a favor del terrorismo, precisamente durante los momentos más graves de la santa cruzada antiterrorista.

15. A veces se escucha recordar a Munich, pero no todos recuerdan a Versalles. La opción de Munich nunca hubiera existido si no se hubiera dado un Versalles primero; y en aquella época algunas voces preclaras y lúcidas, como la de Lenin, se alzaron contra la inequidad de Versalles y para alertar del monstruo que se podría gestar. La historia le dio la razón; y cuando la Alemania nazi fue derrotada, los aliados tuvieron la inteligencia de no repetir el error de Versalles. Y aquella actitud no implicaba, en lo más mínimo, una justificación del nazismo.

16. El 20 de septiembre de 2001, el mundo pudo asistir atónito al discurso de la arrogancia, del *dictat* al planeta, de la imposición de la regla simplista de juicio final: *you are either with us or with the terrorists*. Para días después, en respuesta a la extraña propuesta de los talibanes de realizar un juicio internacional a Bin Laden, comportarse como verdadero emperador: «ya yo dije», «ya dije lo que tenían que hacer», etcétera.

17. Citado en J. Bellamy, H. Magdoff, R. McChesney, «Editorial», *Monthly Review*, Nueva York, noviembre de 2001.

18. Por cierto, interrogado durante su campaña presidencial por un periodista de la radio sobre los talibanes y su gobierno opresivo sobre las mujeres, el entonces candidato George W. Bush creyó que se trataba de un grupo de rock.

19. La última consideración surge de manera natural del conjunto de los análisis. La tarea fundamental que se plantea a las fuerzas progresistas y de izquierda es la de la acción internacionalista concertada, que no se deje atrapar por la falsa disyuntiva entre el imperialismo y los terroristas. Refundar el internacionalismo a partir de la rica experiencia acumulada desde la época de Marx y Engels, extrayendo las enseñanzas necesarias de las experiencias del siglo pasado y haciéndolo creador y adaptado a las nuevas circunstancias de amplias y nuevas movilizaciones mundiales, que es la vía esencial hacia la liberación, la justicia social y la igualdad entre los pueblos.

20. Samir Amin, «L'alternative au système neo-libéral mondialisé et militarisé. L'impérialisme aujourd'hui et l'offensive hégémonique des Etats Unis». Ponencia presentada en la conferencia Marx y los desafíos del siglo XXI, La Habana, mayo de 2003.

21. John Bellamy Foster, «Imperialism and "Empire"», *Monthly Review*, n. 5, Nueva York, noviembre de 2002.

22. Richard Haass, *The Reluctant Sheriff*, 1997. Citado por John Bellamy Foster, «The New Age of Imperialism», *Monthly Review*, n. 3, Nueva York, julio-agosto de 2003. El *posse* (o la *posse*) nos es familiar por los filmes del Oeste, cuando el *sheriff* convoca a un grupo de personas para asistirlo en sus funciones de preservación de la paz pública.

23. Véase al respecto *The National Security Strategy of the United States of America*, www.whitehouse.gov/nsc/nss.html, septiembre de 2002.

24. El artículo de James Rubin apareció en la edición de Internet de *The Guardian* del 23 de octubre de 2002.

25. Véase también, entre otros materiales, O'Hanlon, Rice y Steinberg, «The New National Security Strategy and Preemption», www.whitehouse.gov/nsc/nss.html, enero de 2003.

26. Véase al respecto, William Clark y Geoffrey Heard, «Non solo petrolio, la verità non detta: il dollaro, l'euro e la guerra in Iraq», *La Contraddizione*, n. 97, Roma, julio-agosto de 2003.

27. Esta observación sobre Arabia Saudita fue hecha por Wolfowitz mismo, «el *velociraptor*», como lo han calificado algunos periodistas sagaces.

© ~~TRIEGLAS~~, 2003.